FRANCK THILLIEZ



EL MANUSCRITO

UN GRAN THRILLER

QUERÍA ESCRIBIR UN GRAN FINAL,
PERO ACABÓ FIRMANDO SU PROPIA CONDENA.

NOVELA

NEWTON COMPTON EDITORES

Léane Morgan, la reina del thriller, escribe bajo seudónimo para proteger su intimidad y ocultar una herida que nunca ha cicatrizado: la desaparición de su hija Sarah. Nunca apareció el cuerpo y la policía cerró el caso atribuyéndolo a un asesino en serie. De su matrimonio con Jullian solo queda La Inspiradora, una villa frente a las dunas de la Costa de Ópalo que Léane abandonó junto con sus recuerdos. Cuando Jullian sufre una brutal agresión que le hace perder la memoria, Léane regresa para descubrir qué había averiguado sobre la desaparición de Sarah. Mientras tanto, cerca de Grenoble, aparece en el maletero de un coche robado el cadáver de una mujer sin rostro. ¿Es otra víctima del asesino al que culparon de la muerte de Sarah… o la pista que desmontará la versión oficial?

Franck Thilliez

El manuscrito

Traducción de Paula Parra Cotelo



Newton Compton Editores

Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, lugares y sucesos son fruto de la imaginación del autor y se han utilizado con fines meramente ficticios. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, o sucesos es pura coincidencia.

Título original: *Le manuscrit inachevé*
2025, Franck Thilliez
2026, de la traducción por Paula Parra Cotelo
2026, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Sholmes: «Wilson, nos equivocamos con Lupin. Tenemos que volver a empezar desde el principio».
Wilson: «E incluso antes de eso, si es posible».

Maurice Leblanc,
Arsène Lupin contra Herlock Sholmes

Prefacio

«Antes que nada, una palabra: xifóforo».

Así comienza el libro de mi padre, Caleb Traskman. Encontré el manuscrito en una caja de cartón abandonada en el fondo del desván, donde solía acumularlo todo. El paquete de folios tamaño A4 llevaba un año escondido en medio del caos, al calorcito justo bajo un tragaluz que, aquel verano, derramaba una hermosa luz del norte. Mi padre nunca le confió a nadie la existencia de este manuscrito; seguramente lo escribió en soledad, en su inmensa villa frente al mar, durante los diez meses en que mi madre moría poco a poco en un hospital, carcomida por el alzhéimer.

No llegó a terminar esta historia que, por aquel entonces, no tenía título. Sin embargo, creo que solo le faltaba una decena de páginas para completar las casi quinientas que conforman el manuscrito. No parece gran cosa, pero es una verdadera catástrofe para el género literario en el que mi padre se había convertido en uno de sus representantes más ilustres. Los *thrillers* de mi padre hacían estremecer a miles de lectores, y yo estaba convencido de que tenía entre manos una de sus mejores novelas. Retorcida, laberíntica, increíblemente angustiosa. También una de las más oscuras. La historia de Léane, una escritora hecha de la misma pasta que él, me cautivó por completo y me recordó hasta qué punto los libros de mi padre eran espejos de sus profundos temores y de sus peores obsesiones. Creo que solo se sentía en paz consigo mismo cuando plasmaba sus miedos en el papel. Y esta novela no escatima en horrores, palabra de un Traskman.

Seguramente estaréis pensando: ¿y ese famoso final? Esa conclusión en la que se suponía que todo debía resolverse, ¡por Dios bendito! ¿Por qué Caleb Traskman, el rey de la intriga y de los

desenlaces grandiosos, no aclaró todas las dudas? ¿Por qué no llegó hasta el final de su decimoséptima novela?

Podría haber llegado a creer que pausó toda su vida debido a la muerte de mi madre, que dejó el manuscrito incompleto siendo ya consciente de que, tres meses más tarde, se dispararía una bala en la cabeza con un arma de policía. O tal vez no sabía cómo darle un final a la historia. Sí, podría haber creído todo eso si no fuera porque algunos elementos del texto me contaban lo contrario, si no fuera porque me susurraban al oído, desde el inicio de la escritura, que mi padre sabía que jamás la terminaría, como si esa «no-conclusión» fuera en sí misma parte de la intriga, del «misterio Caleb Traskman». Un último golpe de efecto antes de su muerte.

A pesar de todo, los más cartesianos pensaréis: ¿por qué empeñarse en escribir un libro sin final? ¿Por qué dedicar un año de su vida a construir una casa sabiendo que nunca pondrá el tejado? En este momento en que os escribo, todavía hay un verdadero enigma sin resolver, pero pertenece más bien a la vida privada.

Cuando Évelyne Leconte, su editora de toda la vida, se enteró de la existencia de este manuscrito, saltó como un resorte. Pero, al leerlo y descubrir que el libro no era más que un truco de magia desprovisto de su efecto final, se sumió en la más profunda desesperación. Era impensable publicar una novela póstuma de Caleb Traskman sin su llamativa conclusión, aunque, imagino, muchísimos de sus lectores se habrían lanzado de cabeza a la historia de todas formas.

Así pues, llegó el momento de las teorías, del cruce de ideas para intentar resolver ese rompecabezas que mi padre había planteado. Nuestras maratónicas jornadas de reflexión en las oficinas parisinas se prolongaron durante semanas. En cada reunión, éramos una decena de personas, sentadas alrededor de la mesa, leyendo y releyendo el manuscrito, desmenuzando cada página, con el objetivo de entender por qué Caleb había subrayado los palíndromos… y por qué parecía tan obsesionado con las cifras en esta novela.

Durante todos aquellos momentos de incomprensión y dudas, nos observábamos en un silencio tenso. Nos obsesionamos durante mucho tiempo con el principio, con ese «antes que nada, una

palabra: xifóforo». ¿Por qué esa frase? ¿Cuál era su verdadero significado? Os juro que no queda un solo empleado en la editorial que, a día de hoy, no sepa que un xifóforo es un pececillo tropical de agua dulce, conocido también como pez cola de espada o portaespada, por la forma de su aleta caudal. Ya estás más encaminado, ¿verdad?

Entonces, un día, Évelyne —que lo conocía desde hacía más de treinta años— propuso una solución.

LA solución.

Por fin había encontrado la clave y había conseguido descifrar la mecánica implacable del espíritu enrevesado de mi padre. Después de todo, pensándolo bien, aquel final era bastante evidente, y todos los elementos estaban ahí, expuestos ante nosotros desde las primeras —y también las últimas— palabras. Pero lo evidente, cuando cae en manos expertas, puede convertirse en lo más difícil de percibir. Ahí residía todo el ingenio de Caleb Traskman.

Ya solo quedaba redactar ese final, y entonces todas las miradas se dirigieron hacia mí. No poseo el talento del patriarca, pero, como digno heredero, había publicado, algunos años atrás, un par de novelas negras sin pretensiones. Así pues, hacia el final de la novela, encontraréis una nota en la que se indica el momento en que tomé el relevo de mi padre. También notaréis que se han dejado tal cual las palabras subrayadas y otros elementos importantes a lo largo de la trama. Tenéis entre vuestras manos lo mismo que cayó en las mías el verano pasado.

Hay algunos puntos que no logramos resolver durante la redacción de este final, o que tuvimos que imaginar por nuestra cuenta. Es difícil saber con exactitud adónde quería llegar mi padre y cómo tenía previsto concluir esta historia. Frente a las lagunas que el relato original no nos permitió llenar, nos vimos obligados a tomar decisiones y hacer elecciones que quizá no habrían sido las mismas que las del autor. Para que os hagáis una idea de la complejidad de la tarea, basta con imaginar a la Gioconda sin su rostro y poneros en la situación de que os pidieran dibujarlo a vosotros… En todo caso, espero que mi conclusión esté a la altura de vuestras expectativas; he dado lo mejor de mí mismo porque así sea.

Para respetar el trabajo de Caleb hasta el final y mantener el espíritu de este libro en cada una de sus palabras, hacía falta un desenlace como el que descubriréis. Si permanecéis atentos durante la lectura, la respuesta a la pregunta que inevitablemente os haréis estará ahí.

Ah, una última cosa. Cuando pienso en los lectores más asiduos de Caleb, que también serán los más escépticos respecto a la naturaleza de este prólogo, ya puedo imaginar su razonamiento: es el propio Caleb Traskman quien está escribiendo estas palabras, pues sería capaz de hacerlo. El prólogo forma parte de la historia, lo que implica que Caleb redactó el final modificando su estilo de escritura. Tenéis derecho a pensarlo, y jamás podré probar lo contrario. Pero, al fin y al cabo, poco importa. Una novela es un juego de ilusiones; todo puede ser verdadero o falso, y la historia no existe hasta que vosotros la leéis.

Este libro que estáis a punto de comenzar a leer (aunque… ya lo habéis comenzado, ¿verdad?) se titula *El manuscrito*. Fue idea mía, y toda la editorial estuvo de acuerdo. No había otra alternativa posible.

J. L. Traskman

Caleb Traskman

El manuscrito

«Antes que nada, una palabra: xifóforo».

Prólogo

Enero de 2014

El invierno: hambriento, agresivo, implacable. Desalentaba a los corredores de los domingos y, con su ala helada, daba un fin prematuro a todos los propósitos de Año Nuevo. Sarah no pensaba lo mismo; lo veía como una motivación extra para llevar a cabo su entrenamiento. Cada vez quedaba menos para los campeonatos departamentales de carreras de medio fondo, y ella planeaba brillar en cada uno de ellos.

Con la cabellera rubia escondida bajo un gorro de lana azul y verde, las manos protegidas por sus guantes de *running* y el brazalete reflectante apretado alrededor del brazo, la estudiante de secundaria de diecisiete años descendió las escaleras de la villa y se asomó al despacho.

—¡Mamá, me voy!

Nadie le respondió. Sin lugar a dudas, su madre se encontraba paseando por las dunas o a la orilla del mar, en busca de inspiración para su próxima novela. Respecto a su padre, jefe de obra en la restauración del patrimonio, nunca llegaba a casa antes de las siete de la tarde, y últimamente las siete se habían convertido en las diez de la noche. Cada vez era más habitual que sus padres no se cruzaran, que no se dedicaran ni una mirada, que cenaran en silencio, cara a cara, como un par de carpas doradas. Por eso Sarah se negaba a casarse. Si ya le costaba aguantar tres meses con un tío, mejor ni hablar de pasar diecinueve años en el mismo acuario…

La Inspiradora se alzaba tras las dunas de la bahía de Authie, en el extremo sur de Berck. A Sarah le parecía que «La Inspiradora» era un nombre un tanto cretino, pero fue entre las paredes de la villa —

una ruina tirada de precio que habían adquirido hacía diez años y que, por aquel entonces, se conocía como La Rosa de las Arenas—donde Léane, su madre, maestra en aquella época, había escrito su primera novela de éxito. Se accedía por un camino de asfalto lleno de baches, trescientos metros después de haber dejado atrás el faro blanco y rojo que vigilaba la costa. En cierto modo, la casa anglonormanda marcaba el fin de la humanidad y el comienzo del reino de la naturaleza. Los únicos visitantes se reducían a un puñado de gaviotas, posadas en lo alto del tejado de pizarra, constantemente azotado por el viento cargado de arena. Sarah odiaba la arena, pues era una materia repugnante que se incrustaba hasta en el más mínimo resquicio, azotaba las ventanas y ensuciaba los coches.

Se sacó un selfi con los ojos alegres, como dos grandes lagos de luz azulada, y le envió la foto a su madre, acompañada del mensaje «He salido a correr», tras lo cual dejó el móvil sobre la mesa del salón, salió y cerró la puerta con llave. La joven deportista pasó por delante del cobertizo de los carros a vela y se adentró en un sendero entre las dunas. Unos metros más adelante, llegó a la vía asfaltada, la carretera que conectaba la bahía de Authie con la explanada.

En verano, el lugar se llenaba de caminantes, la mayoría atraídos por la colonia de focas y leones marinos que llevaba una eternidad allí asentada. Pero en aquel 23 de enero de 2014, a las 17:30 h, en la oscuridad que las farolas apenas conseguían atravesar, no quedaban más que los fantasmas de los vendedores de gofres y los espectros inasibles de las cometas.

A pesar de que el frío no le molestaba, Sarah detestaba la temporada baja y solo anhelaba una cosa: escapar de la Costa de Ópalo. Aquellas ciudades, ubicadas en el fin del mundo y carentes de vida la mitad del año, parecían cementerios marinos. Sus restaurantes y bares permanecían escondidos tras las persianas metálicas; sus habitantes, encerrados en casa, bebiendo o dejándose consumir junto al fuego, aferrados a la túnica negra del invierno… Un verdadero hogar para moribundos. Sus padres —sobre todo su madre, gracias a unos buenos derechos de autor— estaban a punto de comprar un piso en el centro de París. Cambiar una villa

de trescientos metros cuadrados en el corazón de las dunas por un apartamento de tres habitaciones en un quinto piso con vistas a la torre Eiffel les vendría de perlas. A fin de cuentas, no se trataba de vender La Inspiradora, sino de tener un segundo domicilio en la capital. Su madre jamás podría escribir sus historias de asesinatos y secuestros en otro sitio que no fuera junto al mar del Norte, pues tenía con su casa el mismo vínculo especial que un viejo marinero con su barco. Léane estaba convencida de que la villa le daba buena suerte.

Supersticiones de una escritora, suponía la joven.

En media hora, Sarah apenas se cruzó con nadie, pues había cuatro gatos por la zona. Las olas perezosas apenas pintaban de blanco la parte baja del dique. Berck naufragaba como una ballena muerta hacia el abismo. Cuando una neblina gélida comenzó a congelarle el rostro, la joven decidió dar media vuelta: era una motivada, sí, pero tampoco estaba tan mal de la cabeza.

Bordeó el hospital marítimo —el decorado perfecto para una película de terror— y pasó por delante del faro y su ojo de cíclope. En la zona para las autocaravanas, se sorprendió al toparse con una decena de vehículos atrapados entre los cobertizos para botes y las montañas de arena. Los tintineos de luz que surgían del interior delataban la presencia de los valientes que se habían acercado a la costa, a pesar del frío que pelaba. Se los imaginó embutidos en pijamas calentitos, atontados viendo la tele o embriagándose con interminables partidas de cartas, acompañados por una botella de vino.

Se guio por la luz azulada de las farolas para regresar al borde de la bahía de Authie. Tras un centenar de metros difíciles por la arena húmeda, guiada solo por la luz reflectante que llevaba sujeta al brazo, por fin logró percibir, a través de la neblina espesa, las luces difusas de la villa: latidos de vida en medio de aquel infierno de arena. A pesar de las capas de ropa, el viento punzante del oeste le calaba hasta los huesos. Ya comenzaba a imaginar los placeres de un buen baño, con los auriculares puestos y *Happy*, de Pharrell Williams, a todo trapo.

Cogió la llave del lugar donde la había dejado y la introdujo en la

cerradura, pero la puerta no estaba cerrada con llave.

—¡Mamá, ya estoy aquí!

No se fijó en la sombra que se alzaba a sus espaldas, ni se dio cuenta de que levantaba el brazo para golpearla.

El dolor en el cráneo.

Después, la más absoluta oscuridad.

Seis meses más tarde, un mechón compuesto por quinientos doce pelos —ni uno más, ni uno menos— llegó por correo al buzón de La Inspiradora. La Policía confirmó que eran de Sarah y relacionó el caso con el *modus operandi* de un individuo que todavía andaba suelto, autor hasta el momento de cuatro secuestros. El sobre había sido franqueado en Valence, en el departamento de Drôme, a ochocientos kilómetros de allí.

Léane y Jullian Morgan no volvieron a ver a su hija.

Capítulo 1

Cuatro años más tarde
Diciembre de 2017

Poco después de salir de la gasolinera, Quentin cogió el móvil de última generación que se encontraba sobre el salpicadero. Intentó desbloquearlo, pero el cacharro estaba protegido con identificación por huella dactilar. Lo apagó —se negaba a que lo rastreasen mediante geolocalización—, lo lanzó al asiento del copiloto y pulsó el botón para poner la radio. El rapero Nekfeu, con su tema *Nique les clones*, sustituyó la música clásica del CD y propagó su punzante discurso a través de los altavoces del sedán.

«Ya no veo más que clones, todo esto empezó en el cole. ¿De quién te aprovechas para seguir adelante? Aquí, todo el mundo interpreta un papel soñando con ganar millones. Y yo florecí como una rosa entre las ortigas».

Una rosa entre las ortigas. Eso era lo que él creía haber sido en aquella ciudad: un chaval distinto, capaz de salir adelante a base de pura determinación, que aspiraba a una formación profesional en mecánica con la idea de acabar reparando coches. Habría podido vivir su sueño bajo los capós de Ferraris, Porsches y Audis R8, en lugar de sostener el volante como los cabecillas del barrio. Sin embargo, la ciudad lo había atrapado, engullido y digerido como una ortiga, transformándolo en un clon de la chusma. Ni siquiera tenía el carné de conducir. La miseria lo había atrapado como un pulpo: imposible escapar una vez aprisionado entre sus tentáculos, enredado en su tinta.

Quentin se limpió el sudor de la frente, bajó la cremallera de la chaqueta bómber y miró por el retrovisor. No había nadie en la

carretera, solo curvas, la noche y el muro oscuro de las montañas. A pesar de lo que acababa de hacer, se sentía bien, sereno y libre. Le gustaba aquella atmósfera de fin del mundo, lejos del hormigón, del ruido, de los gritos de las mujeres golpeadas por sus vecinos de rellano. Pronto dejaría atrás los gigantes de granito y regresaría a su desgraciado bloque de viviendas en Échirolles, donde se pasaría el día durmiendo, fumando porros y jugando a la Play hasta la próxima vez. El teatro de su vida miserable, resumido en tres actos.

Miró de reojo los billetes esparcidos sobre el asiento del copiloto, bajo su Beretta y el móvil. No era mucho, pero llegaría el día en que tendría suficiente dinero ahorrado. Él también se marcharía, como su padre, pero no por los mismos motivos. Acarició la cruz que colgaba de una cadena de oro enganchada al retrovisor y sonrió. Dios velaba por él.

El resplandor azulado de las luces giratorias lo sorprendió al salir de una curva cerrada. Bajo el destello de los faros de su coche, un hombre ataviado con un chaleco naranja agitaba una barra luminosa. Había un camión pesado estacionado a lo largo del aparcamiento, que estaba siendo inspeccionado por un pastor belga *malinois* y su guía canino.

La aduana francesa.

Quentin maldijo. Después de llevar a cabo su jugada, había salido de la autopista y se había adentrado en las curvas montañosas para evitar ese tipo de líos. Soltó el pie del acelerador. ¿Qué demonios hacían allí esos cabrones a esas horas de la madrugada, y en pleno parque natural de Chartreuse? Los agentes aduaneros eran como la rabia: no se conformaban con un simple control de identidad, lo registraban todo a fondo y metían a su alimaña de cuatro patas en la cabina y el maletero. Durante una fracción de segundo, se planteó dar media vuelta, pero, entre la estrechez de la carretera, el quitamiedos y el barranco, huiría pisando huevos. Y, además, el agente ya le había echado el ojo y le hacía señas para que se apartara en el arcén.

Respirar, no desmoronarse, pensar… Cinco hombretones. Tres vehículos, dos de ellos Peugeot 308 trucados. El joven tenía la ventaja del factor sorpresa, así que tomó una decisión. Total, no

tenía otra alternativa. Fingió que reducía la velocidad, como si fuera a aparcar, y, cuando el tipo llegó a la altura de la ventanilla abierta del lado del conductor, pisó a fondo el pedal derecho. Escuchó los gritos de los hombres y vio cómo dos de ellos se abalanzaban hacia sus vehículos.

Quentin conducía por su vida, por su libertad. Le esperaban una decena de kilómetros de curvas traicioneras antes de llegar a Grenoble. No había escapatoria: solo darle caña al acelerador y rezar por salir con vida de aquel infierno de asfalto. Con el historial que arrastraba, le caería un buen paquete si lo atrapaban. Ya no tenía nada que perder.

Una sirena rompió el silencio en el desierto mineral de las montañas. Quentin encadenaba acelerones y reducciones de marcha como si estuviera en un videojuego. Las mismas sensaciones, pero esa vez con un billete al infierno en juego. En una ocasión, evitó por los pelos un quitamiedos y rozó el precipicio. Los neumáticos traseros chirriaron y el vehículo zigzagueó, pero logró mantener el control. Quentin soltó un grito de rabia, pues acababa de sacarles unos cincuenta metros a sus perseguidores. Tan hábil como su piloto virtual en el circuito de Nürburgring.

Su último pensamiento fue para su madre, cuando la Parca le cobró su billete tres curvas más adelante. No llevaba puesto el cinturón de seguridad, así que, en el momento del impacto contra los bloques de hormigón de una barrera de seguridad, atravesó el parabrisas: parte de su cuerpo quedó sobre el capó, mientras que la otra fue retenida por el airbag. El vehículo continuó dando bandazos unos diez metros más, bajo una lluvia de chispas, hasta detenerse por completo al borde del barranco. La frenada instantánea de treinta kilómetros por hora a cero no fue tan violenta. De hecho, la fina cadena con la cruz permaneció enganchada al retrovisor. Pero, finalmente, Quentin salió despedido y sufrió una caída de más de cuarenta metros, como una cerilla arrojada al vacío. Su cráneo fue el primero en estrellarse contra las rocas, y la brusca desaceleración provocó que sus órganos internos explotaran. El corazón se desprendió de la aorta y le reventó un riñón.

Su existencia, sus dieciocho años, todos sus recuerdos, sus risas y

sus llantos, se pulverizaron en menos de un segundo, en una carretera anónima de montaña entre Chambéry y Grenoble. El vehículo había sobrevivido, salvo por los cristales, hechos pedazos, y la parte izquierda, destrozada.

El conductor del Peugeot 308, Marc Norez, agente aduanero desde hacía veintidós años, llamó a la Policía y a los bomberos. Aquella noche, que debería haber sido tranquila, terminó convirtiéndose en una auténtica pesadilla. Había tenido tiempo de ver el rostro del fugitivo antes de la persecución, justo en el cordón policial. De aquellos rasgos tan jóvenes que recordaba, solo quedaba una silueta minúscula sin cabeza, apenas visible a pesar del alcance de su linterna. Qué lástima. ¿Por qué el individuo se había dado a la fuga? ¿A qué le temía? ¿Qué hacía en aquella carretera aislada a esas horas tan intempestivas?

Norez conversó durante cinco minutos con su compañero de equipo, luego bordeó el quitamiedos y se dirigió hacia el resto de sus compañeros, que acababan de llegar. Cuando el pastor belga y su dueño salieron del coche, el animal se mostró inquieto de inmediato. Se lanzó como una flecha hacia el maletero intacto y empezó a ladrar, al tiempo que arañaba la pintura con las patas. Uno de los agentes, arma en mano, pulsó el botón para abrirlo.

Retrocedió al descubrir el cadáver de una mujer.

Le habían arrancado el rostro.

Capítulo 2

La luz blanca y fantasmal del alumbrado, la noche al acecho tras los árboles, como un reptil listo para surgir, y los contornos oscuros y dentados de las montañas al fondo dibujaron en la mente de Vic Altran un cuadro de Pierre Seinturier. El policía de la brigada de investigación criminal no conocía al artista ni sus obras; sus ojos tan solo se habían cruzado con su nombre y uno de sus dibujos cuatro años atrás, en algún lugar, sin duda en una galería de arte en Grenoble. Su cerebro había ido a buscar la información como el brazo mecánico de una *jukebox*, y la había colocado en su conciencia sin poder evitarlo.

Vic acumulaba los recuerdos más inútiles desde su infancia. Hacía cinco años, había sido el hombre a batir en un concurso televisivo de France 2 durante más de catorce semanas consecutivas, lo que lo había convertido en la estrella de la brigada y de su barrio. Había ganado lo equivalente a diez mil euros en libros, diccionarios y juegos de mesa, de los que nunca había podido desprenderse y que ocupaban más espacio que un coche en un garaje. Era capaz de responder a preguntas absurdas del tipo «dígame de cuántas jugadas constó la partida de ajedrez que enfrentó a Kárpov y Kaspárov en Moscú el 9 de noviembre de 1985», o de dar la definición exacta de la palabra *vinculum*. Solía decir que el día de su derrota, justo después de cumplir cuarenta años, se había enfrentado a alguien más fuerte que él, pero la mayoría de sus amigos y compañeros sabían de sobra que se había cansado de aquella exposición mediática y que había preferido volver a su vida de policía.

Unos quince hombres ya se movían por el lugar de la tragedia, abrigados con cazadoras y gorros que protegían su cabeza:

bomberos, agentes aduaneros y funerarios, un equipo de la Policía científica, y sus compañeros de la Policía judicial de Grenoble, Ethan Dupuis y Jocelyn Mangematin. Saludó a cada uno de ellos por su nombre de pila y le repitió a su compañero de equipo, Vadim Morel, que le diera instrucciones al fotógrafo forense.

Morel le sirvió un café fuerte de un termo que siempre llevaba encima, sobre todo cuando las temperaturas congelaban tanto las copas de los árboles como los dedos humanos. Con el vaso en la mano y la nariz escondida bajo la bufanda, los dos hombres se dirigieron hacia el quitamiedos. Desde lejos, cualquiera podría haberlos confundido —ambos de cabello moreno, fisionomía similar y media vida a sus espaldas; los llamaban «V&V»—, pero el rostro de Vadim Morel hacía justicia a su mote, Mr. Potato: labios gruesos, orejas de soplillo y ojos como dos platillos que parecían haber sido recortados de un papel y pegados demasiado cerca de su nariz.

—Los agentes aduaneros estaban ubicados a cuatro kilómetros de aquí, antes de Saint-Hilaire. Llevaban a cabo un control rutinario. El conductor huyó del control policial con su Ford gris y terminó cayendo por el barranco.

Le tendió su identificación: Quentin Rose, dieciocho años, empadronado en Échirolles; otro rostro que Vic guardaría en su catálogo interior. Se la devolvió y echó un vistazo por encima del quitamiedos. Consiguió discernir, más abajo e iluminados por el corazón de la noche, a los trabajadores de la Policía científica.

—¿Cómo han bajado hasta ahí?

—Por un sendero un poco más alejado.

Se acercaron al vehículo de cristales tintados, cuya puerta delantera derecha estaba abierta. Morel señaló los elementos colocados en bolsas de pruebas precintadas que se encontraban sobre el asiento.

—Se hallaron en el suelo, en el lado del copiloto: algo de pasta, una Beretta y un teléfono móvil con la pantalla hecha trizas. Pero lo que nos interesa está en el maletero.

En el maletero del vehículo accidentado se hallaba el cadáver de una mujer, medio envuelta en una lona verde. El cuerpo había sido impulsado hacia el fondo del compartimento por la violencia del

choque.

La cabeza estaba dentro de una bolsa de plástico transparente, sujeta con una goma elástica gruesa y azul alrededor del cuello, y girada hacia la luz exterior de los halógenos. El rostro había sido despellejado —una superficie roja como lava en ebullición—, dos órbitas vacías que parecían aguardar sus ojos. En un rincón del maletero había bidones de productos de limpieza, lejía, cubos, fregonas, una pala y dos sacos de cal viva.

Vic levantó la lona. Le faltaban ambas manos, cortadas de un tajo limpio. Los antebrazos estaban envueltos en plástico hasta los codos, sujetos con cinta adhesiva en lugar de gomas elásticas como en la cabeza.

—Qué asco. Podías haberme avisado.

Vadim Morel alzó su vaso en un gesto que venía a decir: «No hay de qué».

—Me parecía que te habías levantado con el pie izquierdo. ¿Es por el divorcio?

—Nathalie quiere quedarse con MammaM[1]. ¿Te das cuenta de lo que pretende? ¡Es mi perra! Y ahora quiere añadirla a la infinita lista de todo lo que ya me ha quitado. Una forma muy emotiva de poner fin a un matrimonio de quince años, ¿no te parece?

—Sin intención de hacer un chiste de mal gusto…, les das la mano y te cogen el brazo. Y, hablando de manos, si las estás buscando, están en esa esquina, ahí.

Vic se hizo a un lado para no bloquear la luz artificial. Se fijó en una bolsa gruesa, también sellada con cinta adhesiva, junto al guardabarros derecho, cerca del compartimento del gato. Era el tipo de bolsa que se usaría para congelar comida.

—¿Estaban así embaladas?

—Tal cual. Nadie las ha tocado. Lo mismo con los brazos y la cabeza: bien empaquetadas como si fueran simples trozos de carne. El tipo era precavido, tuvo cuidado de no ensuciar el coche.

—¿Y los ojos y el rostro? ¿Dónde están?

—Ni idea. En el coche no, eso seguro.

Vic alzó el paquete y lo orientó hacia las linternas. Las manos, cuyas palmas estaban apoyadas la una contra la otra, terminaban en

unos dedos cerosos. El radio y el cúbito parecían haber sido cortados con un tajo limpio. Morel sacó un chicle de una cajita y se lo metió en la boca.

—Todo apunta a que el cráneo está destrozado por la parte posterior. Tal vez le haya desgarrado el rostro con un bisturí, y le haya sacado los ojos con una cucharilla, como en las pelis. Ya sabes, en plan Hannibal Lecter. Cuesta creer que ese cabrón no tuviera ni veinte años.

Vic volvió a dejar la bolsa en su sitio y se concentró en el cadáver. La víctima parecía ser una mujer joven, de cabello corto y rubio. Estimar su edad era misión imposible, ya que no tenía ni piel ni ojos, y la sangre se había endurecido en la superficie, como magma solidificado. Quizá tendría alrededor de veinte años. Teniendo en cuenta la presencia de la pala y la cal viva, que acelera la degradación de las materias orgánicas, era bastante evidente que Quentin Rose planeaba enterrar el cuerpo en algún sitio.

—¿Ninguna identificación sobre ella?

—Nada de nada. Lo sabremos cuando le realicen la autopsia, pero no será hasta mañana por la tarde, y eso siendo optimistas. Los forenses están desbordados desde hace dos días por el accidente de autobús en Chamrousse. Y prefiero no pensar en los posibles resultados de los análisis de ADN. A lo mejor nos llegan dentro de diez años, con algo de suerte.

—Ah, sí, Chamrousse…

El teléfono de Morel empezó a sonar.

—Perdona, es Poirier. He pedido una verificación de matrícula. Al menos eso es rápido.

Se alejó para atender la llamada. Vic sorbió el café, el vaso apretado entre sus guantes gruesos. Las manos forman parte de los marcadores de identidad de una persona, al igual que el rostro y los ojos. Las huellas dactilares, el color del iris, la forma de la nariz… Era evidente que había una intención clara de hacer que aquella mujer fuese anónima. ¿Planeaba Rose deshacerse de las manos en un lugar y del resto en otro distinto? ¿Adónde se dirigía? En aquel caos infinito de alerces y pinos, ¿dónde podría enterrar a su víctima sin la sombra de un testigo?

Vic detestaba los primeros pasos de un caso, pues existían tantas direcciones a seguir que normalmente le provocaban migrañas. Con un poco de suerte, este asunto podría acabar incluso antes de comenzar, ya que el principal sospechoso —un rostro en un documento de identidad— estaba muerto. Pero había un único problema: como él jamás respondería a sus preguntas, deberían buscar las respuestas por su cuenta.

El policía analizó los alrededores: los destellos crepitantes de las cámaras, los pinos alzándose al fondo, la curva del asfalto con líneas blancas, su jefe de equipo discutiendo con el sustituto del fiscal, también sacado de la cama a rastras en plena noche. Un cuadro lúgubre se pintaba en directo en su memoria; una fracción de horror de una precisión extrema, robada en el instante presente. Durante la siguiente hora, el magistrado autorizaría el levantamiento del cadáver, el coche sería remolcado y daría comienzo la investigación, justo cuando quedaba una semana para Navidad. Serían sus primeras vacaciones a solas con su perra, sin su hija ni su mujer, con la convocatoria en el tribunal para el 12 de enero, momento en que Nathalie y él lucharían por la custodia de Coralie. No podía decir que estuviera afrontando la segunda mitad de su vida bajo los mejores auspicios.

Tras colgar la llamada, Vadim Morel corrió hacia su jefe y luego le hizo un gesto a Vic para que lo siguiera.

—Ha habido un atraco en una gasolinera, a unos veinte kilómetros de aquí, en la A41, entre Chambéry y Grenoble. Ocurrió poco antes de las diez de la noche. He venido con el jefe, así que nos llevamos tu chatarra.

Se subieron al coche de Vic. Morel apartó un montón de papel del asiento del copiloto y unas latas vacías de Coca-Cola, que lanzó a la parte trasera.

—Esto es tan caótico como tu cabeza. Y encima huele a mierda, joder. ¿Cuándo piensas poner un poco de orden aquí dentro? Ahora entiendo por qué no quieres que me pase por tu casa. Sin tu mujer, debe de ser Chernóbil.

—Deja en paz mi casa, mi mujer, mi perro, y dime qué pinta un atraco en todo esto cuando tenemos dos cadáveres entre manos.

Morel tuvo que hacer fuerza con el cinturón para abrocharlo. Escupió el chicle, cogió una pastilla de menta de una bolsita que llevaba en la guantera y la examinó antes de metérsela en la boca.

—El tío apareció de la nada, mangó unos cientos de euros de la caja y se piró con un coche robado, después de amenazar a un conductor que estaba echando gasolina.

—Déjame adivinar: ¿Quentin Rose robó un Ford gris?

—Y el cadáver que venía con él, efectivamente.

---

1 Notación original.

Capítulo 3

Un coche de la gendarmería de Touvet ya estaba estacionado en el lugar cuando V&V llegaron al área de servicio, sobre la una de la madrugada. El lugar daba un mal rollo que te cagas, con sus cuatro surtidores cerrados tras el atraco, el aparcamiento desierto y la tienda iluminada con unos neones pálidos y mortecinos.

El gerente, un hombre robusto y con bigote, parecía tranquilo mientras hablaba por teléfono en uno de los pasillos. Los dos policías se acercaron al capitán de la gendarmería, Patrick Rousseau, el primero en ser informado del asalto. Era un tipo de las montañas en toda regla, embutido en una cazadora azul y blanca que hacían parecer aún más anchos sus hombros, dignos de un medio melé de rugby.

—Hará cosa de media hora me avisaron de que venían dos tíos de la brigada de investigación criminal, sin darme más explicaciones. ¿Pueden aclararme qué pasa?

Vic le llegaba a la altura de la barbilla, y su mano quedó completamente envuelta por la del gendarme. Fue él quien se encargó de las aclaraciones mientras Morel inspeccionaba el lugar:

—Nos alertaron los agentes de la aduana, que ya habían iniciado la persecución del Ford antes de que se estrellara contra un quitamiedos, a la altura del kilómetro 47 de la D30. El conductor, su presunto atracador, salió despedido y acabó en el fondo del barranco.

Con los brazos cruzados, Patrick Rousseau parecía tan expresivo como la fachada de un crematorio. Probablemente fuera de esos que piensan que un granuja menos sobre la faz de la Tierra es hacerle un favor a la humanidad. Desde el fondo se escuchó cómo se ponía en marcha una nevera o un congelador. El sonido distrajo a Vic

durante un par de segundos. Luego continuó:

—Hemos venido hasta aquí porque queríamos comprobar una matrícula: el Ford gris registrado como JU-202-MO, con matrícula falsa, fue identificado por su unidad como un vehículo robado en esta gasolinera a última hora del día. En su maletero encontramos el cadáver de una mujer no identificada, de unos veinte años. Por el estado del cuerpo, visiblemente mutilado, es evidente que ya estaba muerta antes del accidente.

—De acuerdo, entendido. Eso explica el comportamiento del propietario del vehículo robado. Se marchó a pie, sin pedir más explicaciones. Tenemos el vídeo del momento. Vengan por aquí.

Los guio hasta la parte trasera del mostrador. Vic no pudo evitar fijarse en el precio de las chocolatinas de la vitrina: dieciséis céntimos más caras que las del supermercado frente a su casa. Sintió cómo su mente empezaba a perderse en el delirio de las comparaciones, aunque logró espabilarse a tiempo. Volvió a centrar su atención en la pantalla del ordenador. El gendarme clicó en un directorio y mostró una primera secuencia.

—Aunque la calidad de las grabaciones deja bastante que desear, podemos hacernos una idea de lo que sucedió. Evidentemente, las imágenes son en blanco y negro, cuando hoy en día cualquier cámara a color cuesta menos de cien euros. Siempre pasa lo mismo cuando necesitamos vídeos, ¿no les parece?

Morel asintió en silencio.

—En fin. Empecemos por la cámara del surtidor número 2, a las 21:42 h. Miren: el atracador sale de esta camioneta por el lado del copiloto. Conseguimos interceptar al conductor justo a tiempo en el peaje de Chambéry. Al parecer, no tiene nada que ver con el asunto. Explica que recogió al chico a la salida de Grenoble. El chaval decía que quería ir a Chambéry, pero una vez llegaron al área de descanso de la autopista le pidió que lo dejara aquí, con la excusa de que había recibido un SMS durante el trayecto y que alguien iba a venir a buscarlo.

La mirada de Vic escaneaba hasta el más mínimo píxel de la imagen. Quentin Rose, con un gorro calado hasta las cejas y el rostro cubierto con una bufanda, se aleja de la camioneta y se

instala en un rincón, inmóvil. «Un atracador oportunista», valoró el policía: el joven no tenía un objetivo concreto y había decidido actuar en un lugar desierto, con poco riesgo.

El gendarme apoyó el índice sobre la pantalla.

—Como pueden ver, espera el mejor momento para actuar. La camioneta ya se ha marchado. Voy a cambiar a la cámara 4, situada en el surtidor más alejado de la tienda. Tres minutos más tarde, el Ford gris llega a un surtidor no automático y aparca…

Vic observaba y memorizaba los dos vídeos en paralelo. Rose acaba de entrar en la tienda, mientras que el conductor del Ford sale del vehículo, con una gorra oscura en la cabeza. Con el ángulo de la toma, las gruesas prendas y la falta de luminosidad, es difícil distinguir otra cosa que no sea una masa enterrada bajo un abrigo grueso. Cierra la puerta de un portazo, abre el depósito de gasolina y coge la manguera de diésel con toda la calma del mundo. Mira a su alrededor sin mostrar ni un signo de nerviosismo. No alza la mirada hacia la cámara en ningún momento.

Morel alternó de una pantalla a otra.

—No parece nada preocupado, el muy imbécil, a pesar de que lleva un cadáver con el rostro despellejado en el maletero. A esas horas, ¿no es obligatorio pasar por caja antes de llenar el depósito?

—A partir de las diez de la noche. Lo pone en la entrada. Por diez minutos no lo pillamos con la cámara de la tienda, de frente e iluminado como un árbol de Navidad.

Desde la cámara interior de la tienda, observaron cómo Rose obligaba al gerente a abrir la caja a punta de pistola. En menos de treinta segundos, se mete un puñado de billetes en el bolsillo y sale de la tienda en dirección al Ford. El desconocido lo ve, pero ya es demasiado tarde: el joven lo apunta con el arma y le ordena que retroceda. No obstante, el hombre no se mueve; parece dispuesto a negociar. Un disparo al suelo. Esta vez, el propietario del Ford retrocede dos pasos. Todavía con actitud amenazante, Rose cierra el depósito de la gasolina, se sube al coche y arranca a toda velocidad. Al principio inmóvil, el desconocido termina por desaparecer del ángulo de la cámara. El gendarme pausó la grabación.

—Creemos que huyó en dirección contraria a la autopista. A la

derecha del área de descanso hay una franja con árboles y, después, campo abierto. A quinientos metros hay una salida, que lleva hacia varios pueblos y otras carreteras comarcales. Teniendo en cuenta su comportamiento y el hecho de que conducía con una matrícula falsa, no esperé a que llegasen ustedes para avisar a la gendarmería de la zona. Es de noche y hay pocas probabilidades de que lo encuentren, pero nunca se sabe.

—Ha hecho lo que debía. ¿Algún testigo?

—Ninguno por ahora. El gerente estaba en estado de *shock* tras el atraco y no se fijó en nada. Yo mismo me encargué de revisar todas las cámaras, y eso es todo lo que tenemos.

—Así que no tenemos ni idea de cómo es físicamente… En cualquier caso, habrá que echarle un vistazo al historial de la videovigilancia y comparar los modelos de los vehículos. Puede que nuestro hombre ya haya pasado antes por aquí a echar gasolina con su matrícula real.

Vic salió de la tienda acompañado por los dos hombres, y se acercó al surtidor número 4. El gendarme señaló la manguera de combustible, que seguía tirada en el suelo.

—¿Tal vez podríamos sacar una muestra de ADN de la manguera?

—En el vídeo se ve que llevaba guantes. Pero no se preocupe por el ADN, vamos a recoger de sobra en su coche.

Vic se fundió en la noche mientras observaba las luces de las casas en lo alto, aferradas a las montañas. Cientos de destellos plateados, de vidas suspendidas en el espacio. El hombre al que buscaban se había desvanecido entre aquella miríada de estrellas. ¿De dónde venía con un cadáver mutilado en el maletero? ¿Y hacia dónde se dirigía? El policía pensó en la joven víctima, con las manos cortadas. Tal vez sus padres estuviesen esperando su regreso en alguna de esas casas. Quizá su madre ya la estuviera buscando, o su padre hubiera llamado a sus amigas. Una cosa era cierta: no volverían a verla jamás.

Se dio cuenta de que estaba contando las luces, de que una maldita voz en su puto cerebro hecho polvo quería saber cuántas lámparas seguían encendidas desde el área de descanso de Le Touvet, en el departamento de Isère, como si fuera una información

de vida o muerte.

Otros números giraban sin parar en su cabeza: el euro con treinta y cinco que costaban las chocolatinas —dieciséis céntimos más caras —, los cincuenta y siete litros y treinta y tres centilitros que había visto en la pantalla digital del surtidor 4 y los horarios de apertura y cierre de la tienda. Y se acordaría para siempre de todas aquellas cifras, hasta el día de su muerte, sin saber muy bien de dónde provenían.

Mientras tanto, veía a Morel charlando con el gendarme, seguramente explicándole que su compañero era un tipo un poco raro, que no hablaba demasiado, pero que ya se había acostumbrado después de más de diez años trabajando juntos.

Con un suspiro, Vic hizo una llamada rápida a un técnico de la Policía judicial que se había quedado en el lugar del accidente, para pedirle que comprobara si el número del chasis era legible —evidentemente, precisó que, en ese modelo de coche, debería encontrarse grabado en la carrocería, en la parte delantera derecha, justo debajo del parabrisas—, y colgó tan pronto obtuvo la respuesta. Luego volvió junto a los dos hombres y se dirigió a su compañero:

—El número de serie del chasis del vehículo ha sido borrado.

—Qué precavido el tío. Sin rostro, matrícula falsa, sin número de serie. Y, para colmo, un Ford gris…, como si no hubiera tropecientos por toda la región. No será fácil localizarlo a través del coche.

Vic se metió las manos en los bolsillos.

—Por muchas precauciones que haya tomado, esta noche nos hemos colado en su mundillo sin que se lo esperara. Ojalá seamos su regalo de Navidad más preciado.

Capítulo 4

—Sus libros suelen abordar temas como los dobles, la usurpación de identidad, la memoria y los recuerdos. *El manuscrito* no es la excepción. Tal vez sea su obra más cruda y violenta, pues trata temas que podrían llegar a herir la sensibilidad de algunos lectores, como la tortura, el secuestro y la violación. ¿Quiso poner en manos de sus lectores una novela impactante?

Léane Morgan se removió en la silla. No había pasado ni un cuarto de hora desde que la entrevista había comenzado y ya se sentía saturada. Tras más de cuatro años de ausencia, los lectores se habían lanzado de cabeza al nuevo *thriller* de Enaël Miraure. La novela se publicó en diciembre y rápidamente escaló al top 10 de los libros más vendidos. Sin embargo, no le quedaba más remedio que encadenar entrevistas hasta Navidad para asegurar su promoción.

—No tenía nada planeado. Simplemente escribí lo que me salió. Es un libro violento, estoy de acuerdo. Pero dígame una cosa: ¿considera usted que el mundo en el que vivimos no lo es?

Léane guardó silencio. Pamela, su agente de prensa, sentada en la mesa de al lado, la fulminó con la mirada. Aquel artículo valía oro: una doble página en *Twin*, la revista mensual femenina más leída por un público difícil de conquistar, con publicación prevista para las fiestas. La periodista, Géraldine Scordel, garabateaba en su cuaderno mientras fruncía los labios. Léane aceptaba a regañadientes participar en el tedioso juego de las entrevistas, pero se negaba a cualquier grabación de audio, así como asistir a los programas de radio y televisión. Además, exigía revisar los artículos antes de su publicación para asegurarse de que se refirieran a ella en masculino. Por supuesto, nada de fotos: nadie debía ver su rostro. Aunque un puñado de personas sabía que Enaël Miraure y

Léane Morgan eran la misma persona, el gran público ignoraba que, detrás del autor de sus noches en vela, se escondía una mujer. La novelista siempre había sabido proteger su vida privada, incluso en los rincones más dolorosos.

—¿Cómo resumiría su novela? Su historia, quiero decir.

—¿La ha leído?

—Leo todos los libros de los que hablo. Pero me gustaría escuchar su versión.

Léane dio un trago a su copa de *chardonnay* para intentar disimular los nervios. Siempre le había costado hablar de sus libros. La entrevista tenía lugar en una cafetería anónima del distrito 10 de París, lejos de los barrios elegantes y de los lugares habituales para ese tipo de encuentros. Hizo un esfuerzo sobrehumano para repetir lo que ya había contado una decena de veces.

—Es la historia de Judith Moderoi, una mujer normal y corriente, maestra, que mantiene una relación con un viejo escritor solitario, un hombre con un pasado turbulento que vive en una inmensa villa en Bréhat, una isla bretona, y que llevaba años sin publicar una novela.

—Janus Arpageon…

—Sí, Arpageon. Él invita a Judith a leer su manuscrito, todavía sin título y del que no ha hablado con nadie: se trata de una sórdida historia de violaciones y asesinatos de adolescentes cometidos por un escritor, Kajak Moebius. Arpageon todavía tiene que escribir las diez últimas páginas y, lo más importante, revelarle a la Policía de la novela el lugar donde están enterradas las víctimas de Kajak. A Judith le parece una obra magistral, pues ignora que Arpageo ha escrito su propia historia, y que Kajak, el personaje principal, es él mismo.

—Una especie de autobiografía novelada.

—Más bien es la larga confesión de un violador y asesino reincidente que jamás ha sido atrapado, y que decide contarlo todo a través de una novela durante sus años de vejez. Cuando anuncia que va a enviar su manuscrito a su antiguo editor antes de redactar el desenlace, Judith decide secuestrarlo y torturarlo para obligarlo a acabar la novela.

—Como en *Misery*, de Stephen King. ¿Lo ha leído?

—Por supuesto, y soy muy consciente de que algunos lectores van a hacer comparaciones, como acaba de hacerlo usted. Pero el enfoque que le doy no tiene nada que ver. Es más bien un homenaje que otra cosa.

—Tiene pasajes duros… Hay una escena estremecedora de una violación cometida por Arpageon en el pasado. También describe con detalle la fabricación de un instrumento de tortura que Judith utiliza para triturarle el pie, e incluso menciona la lista del material que compra en la tienda de la esquina. Explica cómo eliminar rastros de ADN con lejía, recuerda que la cal viva permite enterrar un cadáver sin dejar vestigios ni olores, y revela algunas técnicas utilizadas por la Policía. ¿No le preocupa que eso pueda perjudicar a los agentes de verdad? ¿O que personas con malas intenciones puedan servirse de las ideas de sus libros con fines indebidos?

—La historia de nunca acabar… ¿Nosotros, los escritores de novela negra, fomentamos la violencia en el mundo? ¿Es eso lo que intenta decir? ¿De verdad cree que las personas con malas intenciones, como usted las llama, esperan a que se publique mi novela para actuar? ¿Que la van a usar como si fuera un libro de recetas? Quien comete un asesinato o una violación lo hace por impulso, por odio, por rabia o por traumas de la infancia. La novela no es más que una excusa, o un detonante, si quiere interpretarlo así. Pero volvamos a mi historia, que de eso se trata, ¿no?

—Por favor.

—Arpageon se enfrenta a su torturadora y se niega a escribir el final. Entonces Judith lo asesina de un disparo en la cabeza con una SIG Sauer, el arma por excelencia de la Policía, y se deshace del cuerpo utilizando una técnica que el propio Arpageon describe en su libro: con cal viva, en un hoyo cavado en el bosque, a un metro cincuenta de profundidad…

Léane esbozó una sonrisa tensa y continuó:

—Sí, lo sé, eso contradice todo lo que acabo de decir sobre que las personas malintencionadas no se inspiran en la ficción. Pero, en este caso, es ficción dentro de la ficción, ¿entiende? Así que sigue siendo ficción.

—Entiendo.

—En fin, prosigamos. Después, Judith se inventa el desenlace, con el objetivo de revelar por fin el famoso lugar donde están enterradas las víctimas.

—Ella escribe el final de la novela, una decena de páginas de las quinientas que conforman el manuscrito.

—Sí, se las apaña como mejor puede. No le queda más remedio que tomar decisiones, hacer elecciones que quizá no habrían sido las mismas que las del autor. Y se le ocurre un título algo irónico: *El manuscrito*. Luego envía el libro al editor, que lo publica de inmediato.

—El mayor timo del mundo editorial: publicar un libro que no ha escrito uno mismo, sino que ha sido robado a otro…

—Exacto. Salvo que, en este caso, se vuelve en su contra. Por supuesto, tuvo su minuto de gloria, pero solo hasta que la Policía se presenta en su casa. Solo podía haber una persona que supiese que los asesinatos descritos en el libro eran reales: el asesino. En ese instante, Judith descubre que Arpageon era un auténtico asesino en serie, que había escrito su propia vida. Y que, al robarle su historia, ella tomaba su lugar.

La periodista, que escribía anotaciones, poseía una caligrafía completamente ilegible.

—Y cayó de lleno en la trampa. Es una idea brillante. He de admitir que es un giro argumental muy logrado.

—Gracias.

—Lo digo de corazón. También es una hermosa estructura abismada de su oficio: usted, una novelista que cuenta la historia de un escritor, Arpageon, que a su vez narra la historia de otro escritor, Kajak Moebius. Y salta a la vista que todos esos personajes entrelazados están profundamente atormentados. Es como una inmersión en la psique humana, una especie de descenso al laberinto de la mente, hasta sus capas más profundas. Kajak Moebius es monolítico, bestial, una representación del instinto violento. Arpageon, en cambio, es más comedido, arrastrado por sus miedos y obsesiones. Un poco como usted, ¿no?

—No sé, eh… Me da la sensación de que, sin eso, no tendría nada

que contar. Necesito que mis personajes sufran. Son como… destellos durante el proceso de escritura. Una especie de cortes con un cuchillo en mi cabeza.

La periodista le lanzó una mirada rápida a la asesora de prensa. Luego se aclaró la garganta.—¿Tiene algo que ver con su pasado?

—Tuve una infancia feliz, normal, si eso es lo que quiere saber. No siempre tiene por qué haber una persona atormentada o un psicópata detrás de un escritor.

—Suele haber un motivo oculto que impulsa a alguien a escribir, pero pasemos a otro tema. La escena final transcurre en los acantilados de Étretat, a la altura de la pasarela y del pico que usted llama «La Aguja Hueca». ¿Es un homenaje a Maurice Leblanc, como antes a Stephen King?

—A Maurice Leblanc, a Conan Doyle, a Agatha Christie… Un homenaje a la literatura policíaca en general, al *whodunit*, «¿quién lo ha hecho?». Pero, por favor, no mencione el final en su artículo.

—Faltaría más. Pasemos a otra cosa. Cuando uno tiene alguna conexión con la Policía, como es mi caso, no es complicado encontrar similitudes entre el *modus operandi* del asesino de su novela y el de Andy Jeanson, que, a diferencia del suyo, es completamente real.

Los dedos de Léane se tensaron alrededor de la copa.

—Igual también me inspiro en las noticias. ¿Algún problema?

Géraldine Scordel dejó su bolígrafo sobre la mesa, se quitó las gafas y se masajeó los ojos.

—Escuche, no me voy a andar con rodeos. Una fuente de confianza me ha asegurado que Sarah Morgan es una de las víctimas del Viajero, aunque el asesino en serie sigue sin revelar dónde está el cuerpo. También sé que el juicio todavía no se ha celebrado y que se trata de un caso delicado. Huelga decir que no me arriesgaría a mencionarlo en mi artículo sin que usted me diera su versión de los hechos. Soy consciente de que desea permanecer en el anonimato, pero plantéese el siguiente artículo: Enaël Miraure es una mujer, y se abre en canal para contar la tragedia que vivió hace cuatro años con la desaparición de su hija, y todo lo que vino después, hasta la detención del asesino en serie Andy Jeanson, hace dos años.

Se giró hacia la asesora de prensa.

—Ya no estaríamos hablando de una doble página, sino de un artículo de seis páginas, se lo garantizo. Con una promoción de semejante magnitud, haríamos que los números explotaran, tanto para usted como para nosotros. Éxito asegurado.

Cuando volvió a dirigir la mirada hacia Léane, ya se había puesto en pie, con los dos puños apoyados sobre la mesa.

—Y qué pasaría con mi vida, ¿eh? ¡Váyase a la mierda! Suelte una sola palabra acerca de mi identidad o sobre el caso y le meto por el culo una denuncia por difamación y violación de la privacidad. A su maldita revista y a usted.

Se puso el abrigo, cogió el bolso y salió de la cafetería sin mirar atrás. Pam la alcanzó en la calle.

—Lo siento, Léane. No tenía ni idea de que se metería en terreno pantanoso.

—Estabais compinchadas, ¿no?

—Claro que no, jamás haría algo así. Joder, ¿de verdad me ves capaz de hacerlo? Ya conoces a Scordel, es un hacha. Me encargaré de arreglarlo todo. No hablará del tema, si eso es lo que quieres. Pero si…

Leáne paró un taxi.

—¡Pues claro que es lo que quiero! Nada de «pero si», Pam. Ni de puta broma. No me he pasado diez años de mi vida ocultando quien soy para echarlo todo por la borda con una historia sórdida. Nunca más volveremos a hablar del tema, punto final.

—Como quieras. ¿Y la entrevista con *Libé* a las 18:20 h?

—No.

—No puedes hacer eso.

—Claro que puedo. Y asegúrate de que nada de esto salga a la luz, o te consideraré responsable de ello.

La novelista se subió al vehículo, le dio su dirección al conductor y se apoyó en el reposacabezas. ¡Qué pesadilla! En el fondo, ya se esperaba un episodio de ese estilo. Era inevitable que, tarde o temprano, un periodista mejor informado que los demás sacara el tema. Una novelista de éxito que escribe historias sobre violaciones, asesinatos y secuestros, y que vive los dramas de sus propios libros.

Seguro que eso haría estallar las ventas.

El taxi la dejó en la avenida Presidente Wilson, en el distrito 16, a unos cuantos metros del palacio de Tokio y del Museo de Arte Moderno. En cuanto entró en su piso de sesenta metros cuadrados, encendió la radio en un gesto automático y se sirvió otra copa de vino blanco. Ya sabía de antemano que se tomaría otras dos más antes de acostarse. Empinar el codo era la mejor forma de afrontar el vacío abismal de sus noches. Odiaba las recepciones, los cócteles, los encuentros donde la gente solo iba a lucirse. Lo brillante, lo falso, no podía importarle menos. Hasta aquel apartamento, París y sus luces le resultaban extraños.

A pesar del cansancio, Léane se conectó a su cuenta de Facebook Enaël Miraure, con ochenta mil fans, la mayoría mujeres. En la foto de perfil, que su editor había comprado a un banco de imágenes, Enaël era moreno con ojos grisáceos y el pelo corto, rondaba la cuarentena y tenía el físico al estilo Eastwood. El cabello de Léane era rubio y rizado, y le llegaba a la altura de los hombros. Tenía la nariz respingona y los ojos de un azul que variaba en función de la luminosidad.

La periodista no se había equivocado con el tema de la usurpación de la identidad, pero Léane necesitaba meterse en la piel de Enaël, sentir su masculinidad y su seguridad. A veces, en la piel de Léane, sufría una especie de angustia inexplicable cuando se ponía ante una hoja en blanco. Y, cuando caía la noche, una especie de mano encorvada subía por su garganta para acallarla, asfixiarla, como si Enaël Miraure estuviera preso en lo más profundo de su ser e intentara salir.

Se pasó un rato en las redes sociales, sola en medio de todos sus amigos virtuales. Luego se envolvió en un chal de lana y salió a la terraza a tomarse una copa de vino. A Sarah le habría encantado esa vista sobre los tejados de la capital, el brillo de las luces de la Torre Eiffel, el reflejo plateado del Sena. Léane, en cambio, solo apreciaba esa locura de ciudad porque la ayudaba a evitar pensar en exceso. París la anestesiaba, como unas gotas de absenta vertidas sobre un dulce.

Su móvil empezó a sonar. Suspiró en cuanto vio el nombre que

aparecía en la pantalla: Colin Bercheron… Decidió no cogerle el teléfono al policía y pensó en su marido. Ella se encontraba aquí, él allí, aferrado a la costa del Norte como un mejillón a una roca. Llevaban casi dos meses sin ponerse en contacto, excepto por un mensaje de voz que le envió la antevíspera, en el que le decía que tenía información importante. Ella había intentado llamarlo varias veces, en vano. Esa era una actitud muy de su estilo: tirar la piedra y esconder la mano.

¿Jullian se había hundido aún más en su paranoia? ¿Seguía buscando el cadáver de su hija a pesar de las pruebas? Léane temía el momento en que debieran hacer oficial su separación y empezar con los papeles del divorcio. Su relación se había ido a pique desde el año que llevaba viviendo en París. Otro duelo al que hacerle frente. Sin embargo, en el fondo de su ser, aún brillaba una chispa, un fuego de hacía veinte años que nunca se llegaría a apagar.

El policía le había dejado un mensaje de voz, que hizo el esfuerzo de escuchar.

> Léane, soy Colin. Perdón por molestarte a estas horas, pero han agredido a tu marido. Está en el hospital de Berck. No sé mucho más por ahora. Llámame en cuanto escuches este mensaje.

Capítulo 5

A veces ocurre un fenómeno extraño cuando uno se acerca a las ciudades costeras del norte en pleno invierno: en un abrir y cerrar de ojos, una guillotina de niebla se estrella contra el parabrisas y da la sensación de transportarte a un universo postapocalíptico, donde los monstruos pueden aparecer en cualquier momento contra las ventanillas del coche y llevarte mar a dentro, hacia el agua turbia y glacial. Una tarde pegajosa como aquella le había quitado a Sarah; una tarde en que la obscuridad tenía hambre, en que las dunas habían amordazado a su hija para arrastrarla hacia sus recovecos más oscuros.

A Léane se le erizó la piel y le puso el seguro a las puertas. Sabía que era una estupidez, pero sus temores —tan irracionales como repentinos— le carcomían la vida desde su adolescencia. Rostros deformes girando a su alrededor, decenas de manos acosándola en sus pesadillas, noches en vela, despertándose con un sobresalto… hasta pasados los treinta años, cuando por fin escribió sus primeras páginas y le dio vida a Enaël Miraure, como si la escritura hubiese sido su válvula de escape. No había querido hablar de esa angustia con la periodista. Justo en ese momento, veía la autocaravana de Andy Jeanson emerger de entre la bruma, deteniéndose en medio de la carretera y acercándose hasta aplastar sus manos grandes y huesudas contra el cristal de su coche. Incluso entre rejas, aquel hombre al que llamaban el Viajero la seguía como si fuese su sombra, escondido tras cada respiración, tras cada mínimo parpadeo. Era su propio hombre del saco.

Llegó al hospital alrededor de la una de la madrugada, ubicado en plena campiña francesa, a cinco kilómetros de Berck-sur-Mer. Colin la esperaba sentado en un banco de la sala de espera. Llevaba una

cazadora negra puesta de cualquier manera y una de sus típicas camisas de cuadros. Un flequillo color fuego le caía en forma de coma sobre una mirada firme y sincera. Era policía en un pueblito que a nadie le importaba un bledo, pero no por ello se tomaba su trabajo a la ligera: afrontaba con la misma seriedad tanto los casos más banales como los más estimulantes, aunque menos frecuentes, que la mayoría de las veces terminaban en manos de las jurisdicciones superiores.

Se levantó en cuanto la vio, con unas ganas irrefrenables de abrazarla. Sin embargo, se conformó con guiarla hacia la máquina de bebidas y meter un euro. Notó lo marcadas que tenía las facciones y lo pesados que parecían sus párpados. Le daba la sensación de que había adelgazado mucho durante esos dos meses.

—Estoy esperando novedades del médico, no debería tardar mucho más. Su vida no corre peligro, pero… fue bastante violento de todas formas.

—¿Qué ha pasado?

Colin le tendió un café con poco azúcar.

—Un viandante lo encontró inconsciente en el camino que conecta la bahía con el dique, del lado del faro, alrededor de las siete de la tarde. Estaba tirado en el suelo. La ambulancia lo trajo aquí. Le han golpeado en el cráneo y el cuello; puede que hayan intentado estrangularlo. Por ahora, no tengo más información. No tiene pinta de un ataque por robo: la cartera, la llave de la villa y el móvil estaban en su bolsillo. De hecho, sabemos hasta el recorrido que hizo gracias a una aplicación de salud que estaba en segundo plano en su *smartphone*. Jullian había terminado una caminata de unos cinco kilómetros a lo largo del dique, que había iniciado una hora antes. Debía de estar volviendo a casa.

Léane intentaba entender la situación. ¿Desde cuándo usaba Jullian ese tipo de aplicaciones? Odiaba ese tipo de tecnología que controlaba tu vida, que te permitía adelgazar, sentirte mejor y saber cuántos pasos habías dado al día. Incluso solía decir que, algún día, la gente enviaría a su teléfono a correr en su lugar.

—¿Por qué le harían algo así?

—No tengo ni idea, pero Jullian no solo tenía amigos. Tu marido

iba en contra de todo: la justicia, la investigación y los testigos. Quizá no lo sepas, pero hace menos de tres semanas estuvo a punto de pasar la noche en una celda por su comportamiento en comisaría. Estaba borracho y nos llamó de todo. Si no fuera quien es, lo habría encerrado sin pensármelo dos veces.

—Está buscando el cuerpo de Sarah.

—Puede ser, pero de eso hace ya cuatro años. Hoy en día vaga por las calles de Berck como un fantasma. Sus búsquedas empiezan a rozar el acoso, y no todo se puede justificar. Los policías trabajamos, aunque él piense lo contrario.

—Hasta que Jeanson no diga dónde está enterrado el cuerpo de nuestra hija, Jullian seguirá destruyendo todo lo que le rodea. Y destruyéndose a sí mismo.

Su mirada se desvió.

—Ven aquí…

Colin la apretujó contra su cuerpo, con un brazo.

Tuvo la sensación de abrazar un bloque de hormigón. Léane se alejó con cierta brusquedad y volvió a centrarse en el café.

—Discúlpame, Colin, pero…

—No te preocupes. Lo entiendo.

También incómodo, Colin echó un vistazo hacia la entrada, donde brillaba la luz giratoria de los bomberos o una ambulancia, y volvió a centrar su atención en Léane.

—He revisado el historial de llamadas de su teléfono. He visto que lo llamaste varias veces ayer y anteayer.

—Sí, porque me dejó un mensaje de voz. Te lo pongo.

A través del altavoz, la voz de Jullian sonaba grave y monótona. Hablaba de una información importante en relación con su hija, Sarah.

—Desde entonces, ni rastro de él. No contestó ninguna de mis llamadas.

Colin apuntó la información en una libreta que guardaba en el bolsillo interior de su cazadora desde hacía años, junto a un bolígrafo con la tapa toda mordida. Se lo metió entre los labios.

—Hace tres días, su padre lo llamó para avisarle de que vendría desde Montpellier para las fiestas. Acabo de escuchar el mensaje en

el móvil de tu marido. Para que lo sepas, el teléfono queda retenido como parte de la investigación. Llamé a tu suegro para avisarle de la agresión mientras venías en camino. Estará por aquí mañana.

Léane asintió. Jacques Morgan había perdido a su mujer hacía seis meses, a causa de un suicidio por sobredosis de medicamentos. Léane nunca había visto a su suegra feliz. En lo más profundo de su mirada siempre había brillado una tristeza terrible, cuyo origen Léane, y hasta Jullian, desconocían. El alcohol, los antidepresivos y los ansiolíticos habían marcado el ritmo de su vida. A veces, la novelista se preguntaba cómo Jacques había podido soportar todo aquello.

Colin la sacó de sus pensamientos:

—Ya que nos estamos sincerando, hay algo que debes saber. Hace alrededor de dos meses, Jullian llamó a comisaría temprano por la mañana para alertar de un robo con allanamiento.

Léane dejó suspendido su gesto y el vaso de papel quedó a la altura de la barbilla.

—¿Un robo con allanamiento?

—No quería que te enteraras, así que me pidió que no te dijese nada. No quería que te preocuparas. Sabía que tu libro iba a salir pronto a la venta y que tendrías la cabeza en otra parte. Yo mismo me acerqué a la villa para echar un vistazo, pero…

Parecía incómodo. Léane estaba pendiente de cada palabra que salía de sus labios.

—…pero todo parecía intacto. Jullian estaba durmiendo en el primer piso y no escuchó nada. Nos dijo que le habían hurgado en sus cosas, que se había dado cuenta de que unos papeles habían sido desplazados, que el individuo también se había metido en el cuarto de baño para robar objetos normales y corrientes, como jabones y cepillos. Y también que echaba en falta algunos ejemplares de tus novelas que se encontraban en la librería.

Léane tenía la sensación de estar en medio del último *round* de un combate de boxeo: recibía golpe tras golpe. Tiró el resto del café a la basura. El sabor metálico se le quedó en la garganta.

—Estaría delirando. ¿Jabones? ¿Mis novelas? ¿Quién querría eso?

—Además, no había ni rastro de que se hubiese cometido una

efracción. Jullian nos confirmó que todas las puertas estaban cerradas con llave. El asaltante, si es que hubo uno, tuvo que entrar con una llave.

—¿Crees que se le fue la cabeza?

—Se había pasado bebiendo la víspera, Léane. Al igual que el día anterior, y el anterior a ese. Había unas cuantas botellas tiradas en el fregadero. Te lo repito, últimamente lo hemos recogido varias veces a la salida de diferentes bares del pueblo. No teníamos forma de comprobar todo lo que nos contó. ¡Estábamos hablando de cepillos para el pelo! ¿Y quién se molestaría en robar tus libros si se pueden encontrar en librerías? ¿Por qué arriesgarse a colarse en vuestra casa para hacer ese tipo de cosas? Aun así, registré su denuncia, pero he de admitir que no tuvo ningún seguimiento.

Léane sintió un escalofrío. Jullian nunca volvió a ser el mismo desde la desaparición de Sarah. El alcohol, la desesperanza, sus búsquedas sin ningún resultado… ¿Cuántas veces se había recorrido los kilómetros y kilómetros de dunas, a lo largo y a lo ancho, incluso meses después? ¿Cuántos kilómetros cuadrados de fondos marinos se sondearon? ¿Quedaba alguna puerta de todas las casas en Berck a la que no hubiera llamado? ¿Quedaba algún vecino que no hubiera leído uno de esos folletos impresos con la cara de su hija? ¿Cómo podía seguir viviendo en aquella casa donde, seis meses después, habían recibido un sobre que contenía cabellos de Sarah? La casa en la que, un año y medio más tarde, se enteraron de que su hija había sido una de las víctimas de Andy Jeanson, un siniestro viajero en autocaravana que violaba, mataba y enterraba a sus víctimas en el bosque y, como si no fuera suficiente, enviaba mechones de pelo a sus padres.

Léane había huido de La Inspiradora, de aquellas jornadas dando vueltas entre cuatro paredes, de aquellas pesadillas de la infancia que habían vuelto a surgir y provocaban que se despertase gritando por las noches, de todas esas horas perdidas delante de la habitación vacía de su hija, sin lograr encontrar una sola idea para una nueva novela, esperando noticias de la investigación y reconstruyendo una y otra vez el escenario de la desaparición. Le tenía miedo a esa casa. Sobre todo, le aterraba imaginar a Jeanson

agazapado detrás de las dunas, oculto en la arena, listo para entrar en la casa y deslizarse bajo su cama; una presencia invisible que la asustaba, como el Horla de Maupassant.

Por eso se marchó, aunque Jullian se hubiera negado a seguirla hasta su piso en París. Él prefería esperar el regreso de Sarah, convencido de que algún día volvería. Se encerró en sus obsesiones; se negó a creer que Jeanson hubiera asesinado a Sarah y a las demás, y que las hubiera enterrado. Tampoco quería aceptar que jamás vería el cadáver con sus propios ojos. Se limitó a sobrevivir: bebía para olvidar la realidad y, el resto del tiempo, lo dedicaba a buscar por internet, en foros, en las carreteras; publicaba fotos de Sarah en todas las redes sociales, en portadas de revistas, o las colgaba en gasolineras, con la esperanza de que algún día alguien le dijesen al fin «ah sí, yo me he cruzado con ella» o «sé dónde está, está sana y salva». El suicidio de su madre no había resuelto nada.

En lo que a Léane respecta, la inspiración regresó en cuanto estuvo a solas en París: a partir de entonces, empezaría a contar la historia de un escritor perverso, violador y asesino al que una mujer trastornada encerraría para obligarlo a redactar el final de su libro. Incluso antes de escribir la primera línea, ya sabía qué título le pondría: *El manuscrito*. El libro se convirtió en uno de los más vendidos de finales de año.

La voz de Colin la devolvió a la realidad:

—¿Tienes pensado quedarte unos días en Berck?

—Sí, me he traído algunas cosas.

—¿Y la promoción de tu libro?

—El libro se está vendiendo bien. Hay cosas más importantes.

Por la forma en que la miró, Léane supuso que lo interpretó como una buena noticia. En ese momento llegó el doctor Jean Grzeskowiak. La novelista lo conocía desde hacía tiempo. De hecho, años atrás le había entregado documentación sobre los problemas de memoria y había respondido a sus preguntas para ayudarla con la escritura de una de sus novelas. La saludó con un caluroso apretón de manos.

—Vamos a llevarnos a su marido para hacerle algunas pruebas más, pero sé que ha venido en coche, así que puede entrar a verlo

cinco minutos. No se preocupe, saldrá de esta.

—¿Las heridas son muy graves?

—Físicamente está evolucionando bien. No tiene fracturas, pero las fuertes contusiones que tiene en el cuello le han provocado una hinchazón que podría afectar su voz y dificultar un poco la conversación con él durante algunos días. Sin embargo, no ha sufrido ningún daño irreversible. Nuestra mayor preocupación era el cráneo, pero no hemos detectado lesiones ni edemas. Sus respuestas verbales y motrices son bastante tranquilizadoras. Le haremos algunas pruebas más para asegurarnos de que no haya secuelas cerebrales, ya que perdió el conocimiento tras la agresión.

Colin había sacado su cuaderno.

—¿Lo golpearon por la espalda?

—Eso creo. En mi opinión, intentaron estrangularlo y luego lo golpearon en la parte superior del cráneo. No hay perforación en el cuero cabelludo, y el impacto se distribuye en una zona de dos a tres centímetros, así que el arma debía de ser algo bastante contundente, como un bate de béisbol.

Cada palabra utilizada golpeaba con fuerza a Léane. Sentía una profunda rabia contra sí misma: se imaginaba a su marido solo, inconsciente en el suelo, mientras ella se empinaba una botella de vino blanco de treinta euros. ¿Por qué no se subió al coche en cuanto escuchó el mensaje que le había dejado en el buzón de voz dos días antes? ¿Por qué no percibió la urgencia en su voz, ni el peligro que tal vez ya lo acechaba? ¿Qué iba a decirle ahora sobre su hija en común?

Torcieron por el pasillo. Una vez frente a la puerta 222, Léane apretó ambos puños contra su cuerpo y entró en la habitación. Jullian estaba tumbado sobre las sábanas, vestido con un pijama blanco, inmóvil, con una vía intravenosa en el brazo y un vendaje aparatoso en la cabeza, el rostro vuelto hacia el techo. Se giró hacia ella con el ojo derecho hinchado y enrojecido por los vasos sanguíneos destrozados. Le habían cortado mucho el pelo.

Léane sentía cómo un calor abrasador le ardía en el vientre. No se encontraba ante un paciente cualquiera, sino ante su marido, el padre de Sarah, el hombre junto a quien había pasado

prácticamente la mitad de su vida, aquel que había soportado sus obsesiones más de lo que ella había aceptado las suyas —esas largas semanas en las que se encerraba en una habitación y en su cabeza, sin hablar, sin reír—, ese mismo hombre que, día tras día, se había ido alejando de ella. Se abalanzó sobre él y le acarició la mejilla con el dorso de la mano. Le temblaban los dedos.

—Estoy aquí, contigo, ¿vale?

Él la miraba fijamente, con una evidente expresión de pánico en lo más profundo de sus ojos. Luego, con una voz quebrada que Léane apenas reconoció, dijo:

—¿Quién es usted?

Capítulo 6

De entre las ciento veintisiete víctimas con las que Vic se había topado sobre una mesa de autopsia, sesenta y seis eran hombres, cuarenta y cuatro mujeres, once niños y un recién nacido. Una montaña de estadísticas le saturaba la mente: el número de ahogados, de quemados, de accidentados, de rubios, de morenos, de calvos… Se acordaba de la dirección de cada víctima, de los lugares y las fechas en que se hallaron los cadáveres, del peso, de la altura, de las condiciones meteorológicas y, lo que es peor, de los rostros: una galería mórbida de ojos vaciados de vida, de narices fracturadas, de mejillas hundidas, verdosas, azuladas o simplemente grises. Eso no lo hacía sentirse desdichado, ni loco, ni un obseso; solo lo convertía en un trastero de crímenes pasados, y le sobrecargaba la memoria.

Vic padecía hipermnesia, un fenómeno que le hacía recordarlo todo o, mejor dicho, le impedía olvidar nada. Durante mucho tiempo, su capacidad excepcional para memorizar le pareció una ventaja. Cuando era niño, leía, escribía, aprendía y calculaba más rápido que cualquier otro crío de su edad. Pero la esponja de su cerebro, que al principio estaba completamente seca, se había empapado demasiado rápido. Sus padres, conscientes de su increíble facultad, lo apuntaron a clubes de ajedrez y de astronomía, lo enviaron a clases de violín y de piano, y lo inscribieron en un colegio para alumnos precoces. Lo suscribieron a decenas de revistas de ciencia, historia y geografía; le regalaron diccionarios por Navidad; se montaron la película de que llegaría a convertirse en un investigador reputado, en el premio nobel de física, en un pianista prodigio… Mientras tanto, Vic soñaba con jugar al fútbol, correr con sus compañeros, jugar al escondite. Pero no le dejaban tiempo para ser

un niño. A los veintidós años, recitó el número pi con mil cuatrocientas cifras decimales y ganó su primer concurso de memoria, rodeado de adultos feroces que lo veían más como a un rival que como lo que realmente era: un niño.

Luego todo se fue al garete, sobre todo en la adolescencia. Odiaba ir a clase, no podía ver una pieza de ajedrez ni en pintura y se la pelaba saber la raíz cuadrada de 2 con una precisión superior a lo que permite una calculadora. Tocaba a Mozart, Schubert y Vivaldi sin ser capaz de leer una partitura, solo por las melodías aprendidas de memoria. La sed de aprender se secó. Su cerebro estaba falto de espacio y de oxígeno, y Vic ya tenía más recuerdos acumulados que cualquier persona al límite de su vida. La gente de su entorno lo adoraba —qué orgullo tener un amigo capaz de memorizar un juego completo de cincuenta y dos cartas en menos de un minuto—, pero lo odiaba aún más. Nada de normalidad, nada de equilibrio. Había vivido sus primeras relaciones amorosas a toda velocidad; sabía cómo seducir, emocionar y darles donde más duele a las personas para enfadarlas. Había adivinado todas y cada una de las mentiras, pues solo eran respuestas diferentes a las mismas preguntas, pero con meses de diferencia. Si la mísera existencia está compuesta por la suma de nuestros recuerdos personales, entonces Vic poseía varias existencias. O tal vez ninguna.

Había disfrutado de su año en el servicio militar: el ejercicio físico, la disciplina, el manejo de armas, el mismo uniforme para todos, el trato de igual a igual con sus compañeros, que no sabían nada sobre él. Las caminatas por el barro en pleno invierno, con los pies ensangrentados. Recibir golpes en el *ring*. Había sido toda una revelación. No se convertiría en investigador astrofísico, pero serviría a su país, sumergido en la multitud gris de los uniformes. Fue en el cuartel donde le hablaron del oficio de policía y enseguida tomó una decisión: su memoria enciclopédica le ayudaría a resolver casos y a perseguir criminales.

Tres años más tarde, salió de la academia de Policía de Cannes-Écluse como teniente y solicitó que lo destinasen a Grenoble, el lugar donde se había criado. Al año siguiente, sus padres se mudaron y no asistieron a su boda. Le habían dado la espalda a su

hijo, y «miserable» fue la última palabra que escuchó salir de los labios de su madre. Unos años después, Vic aceptó participar en un programa de televisión sobre la memoria con la esperanza de que sus padres lo vieran, se sintieran orgullosos y retomaran el contacto con él. Tras sus ochenta y tres victorias consecutivas, que lo llevaron hasta el día en que cumplió los cuarenta, aún no había recibido ni una sola llamada. Así que perdió la partida siguiente y volvió a codearse entre cadáveres.

Ahora, más de veinticuatro horas después de lo que había descubierto en el maletero de un coche, el centésimo vigésimo octavo cuerpo lo esperaba, recién salido de la cámara frigorífica y tumbado sobre la mesa de acero, iluminado por la luz quirúrgica, demasiado fuerte para su gusto.

Ophélie Ehre, una de las forenses del Instituto de Medicina Legal de Grenoble, ya se movía alrededor del cuerpo cuando V&V llegaron a la recepción, alrededor de la una de la madrugada. No era la hora ideal para practicar una autopsia, pero el accidente de autobús en Chamrousse había sido demasiado mediático y se encontraba en la cima del poder estatal. El vehículo había ardido por completo y consumido los cuerpos de los pasajeros. Se había exigido que los exámenes de las cincuenta y dos víctimas —autopsias y ADN— tuviesen prioridad sobre otros casos, cualesquiera que fueran.

Ehre tenía la nariz cubierta con una mascarilla de papel.

—He empezado sin vosotros. La he pesado y rapado, y ya he empezado a abrir el cráneo. Lo siento, pero es mi séptimo cliente desde las ocho de la mañana y me muero de ganas de acostarme. En cuanto a la autopsia del chico que se estampó contra las rocas, no la empezaré hasta dentro de dos o tres días. Todavía tengo mucho trabajo con Chamrousse.

—Él es menos urgente. Sabemos lo que le pasó: simplemente robó el coche equivocado.

Rose se quedará guardado unos días más. Los policías habían registrado sus pertenencias —el dinero, la Beretta, el móvil encontrado en el vehículo y otro que hallaron en el bolsillo de su cazadora— y las habían guardado en bolsas selladas dentro de un armario de la comisaría. Por ahora, Rose no les interesaba. La

víctima hallada en el maletero y la búsqueda del desconocido de la gasolinera era lo que más urgía a los investigadores.

—Mejor. Bueno, os explico. Tenemos un sujeto femenino, de un metro setenta aproximadamente, tipo caucásico y unos cincuenta y ocho kilos. Rubia natural, cabello corto. A simple vista, diría que ronda los veinte años, pero el antropólogo forense será más preciso. Solo llevaba unas bragas y una camiseta interior de tirantes blanca y sucia. No presenta ninguna marca característica que pueda ayudarnos a identificarla, ni tatuajes ni *piercings*. Se había quitado los pendientes hace poco; los agujeros en los lóbulos aún no se han cerrado del todo. Tiene una fractura grave en la parte posterior del cráneo: el sujeto fue golpeado con un objeto pesado y punzante, como un martillo, lo que provocó una hemorragia severa en la cavidad craneal. La piel del rostro ha sido retirada por completo. Aquí se pueden observar las marcas del corte. Tuvieron que utilizar un bisturí y trazar un óvalo alrededor del rostro, pasando por la frente, las sienes, la barbilla, y luego tiraron, tal como hago yo en las autopsias… En cuanto a los ojos, fueron extraídos con destreza: extirpación, globo ocular seccionado de forma limpia.

Vic se acercó al cuerpo al tiempo que arrugaba la nariz. Se había rasurado y abierto el cráneo, pero la bóveda estaba partida en el lugar donde la habían golpeado. Vic buscó el cerebro y lo localizó sobre la báscula para órganos. A su lado, las manos cortadas: dos arañas blanquecinas que parecían querer saltar sobre él. Devolvió su atención al cadáver.

—¿Indicios de agresión sexual?

—Lo sabré en media hora. He localizado unas marcas compatibles con ataduras aquí, en la zona de corte de este antebrazo, y aquí, en las manos. También he preparado algunas muestras para enviar a toxicología: pelos, uñas, humor vítreo…, lo que tal vez nos ayude a saber un poco más sobre su régimen alimenticio de estas últimas semanas y la presencia de estupefacientes o medicamentos en su organismo. Pero para eso también habrá que esperar. Yo diría que una semanita. El laboratorio está hasta los topes con lo de Chamrousse.

Vadim estaba estático, con las manos en los bolsillos. Vic entendió

que allí dentro hacía todavía más frío que afuera. No le agradaban las autopsias, pero ¿quién sería capaz de fingir que le gustaba algo así? Y, además, aquella víctima era apenas unos años mayor que sus hijas. Tanto Coralie como Hélène, de tan solo dieciséis años, podrían haber sido aquella joven fallecida.

Vic se quitó rápidamente esa idea insoportable de la cabeza. Vio en el rostro de su compañero que había pensado lo mismo: solo un enfermo habría podido cometer un acto semejante. La forense los instó a acercarse a las manos y les mostró una línea de tinta azul alrededor de cada una de las muñecas, justo a la altura del corte.

—Parece que dibujó estos círculos alrededor de las muñecas para hacer un corte preciso. Siguió la línea prácticamente al milímetro. —Señaló una larga cicatriz en el dorso de la mano derecha—. Esta es una herida antigua, debe de remontarse a hace años. Voy a mandar todo esto al laboratorio de anatomía patológica; ellos se encargarán de darnos más detalles.

Volvieron a acercarse al cadáver. La forense procedió con una incisión en forma de Y. Vic se preguntó qué clase de tarado sería capaz de extraer un rostro, mutilar y torturar de esa forma. Volvió a pensar en aquel hombre de la gorra, embutido en su abrigo acolchado, que se encontraba tan pancho en la gasolinera. Precisamente esa situación tan banal era lo que hacía tan difícil localizar a algunos depredadores. Al igual que Andy Jeanson, aquel asesino podía ser el vecino, un amigo, un amante…, y llevar una doble vida perfecta. Obrero de día, verdugo de noche.

En cuanto la médica separó los grandes colgajos de carne a ambos lados del esternón y las costillas, unos olores que parecían concentrar toda la putrefacción del mundo alcanzaron sus fosas nasales. En cierto modo, los cadáveres se asemejaban un poco al *whisky*: desprendían distintos aromas según su antigüedad, el ambiente en el que habían envejecido y la humedad… Vic se apartó para dejar trabajar a la forense. Mientras la observaba manipular sus instrumentos y desplazarse de la mesa de autopsias a la de laboratorio, se la imaginaba como la directora de una orquesta macabra, una exploradora de la muerte ante la que los órganos cantaban y los ligamentos vibraban como el arco de un violín. Ehre

se tomó su tiempo cuando llegó a los órganos genitales, que pesó y diseccionó. Confirmó la presencia de una sustancia lubricante, como la que deja un preservativo. «Mutilar sí, pero siempre con precaución», pensó Vic con estupor. Una de las características típicas de los asesinos metódicos: la capacidad de contenerse, pese al aumento de la excitación y el deseo de matar.

Tras el examen, Ophélie Ehre cosió lo mejor que pudo el envoltorio vacío; una vulgar muñeca de carne que terminaría al fondo de un cajón deslizante, quizá durante años, el tiempo que los llevara identificarla, o si el ADN no les aportaba pistas. Vic observó los antebrazos cortados. ¿Por qué diseccionarlos de ese modo y separar el cuerpo de las manos? Hizo varias idas y venidas entre la mesa de laboratorio y la de autopsias, dubitativo, con la repentina sensación de que algo no cuadraba.

—¿Tienes un metro?

La forense le tendió una cinta flexible.

—¿Sabes lo que es la «distracción», en el ilusionismo?

Ehre alzó las cejas.

—Es una técnica que consiste en centrar la atención del público en un punto concreto mientras se está llevando a cabo otra acción. Funciona porque es imposible que un ser humano interprete con precisión la totalidad de los estímulos que recibe. Me da la sensación de que…

Vic midió el diámetro del miembro izquierdo amputado, después su circunferencia, y siguió los mismos pasos con las muñecas de las manos cortadas. Miró fijamente a la forense con pavor.

—… de que eso es lo que ha pasado aquí. La distracción. Todos nos hemos centrado en el cuerpo, le hemos asociado estas manos sin prestar atención. No es culpa nuestra, es… es nuestro cerebro quien nos juega malas pasadas.

Vic cogió las manos.

—Si observamos con atención, nos damos cuenta de que no tienen las mismas dimensiones que las muñecas. Hay más de un centímetro de diferencia…

Las colocó lo más cerca posible de los brazos seccionados. Ehre se arrancó la mascarilla de papel mientras contenía el aliento. De

repente, entendió adónde Vic quería llegar.

—Mierda. No son las suyas.

Capítulo 7

A la izquierda, una estatua con aire de dios griego miraba fijamente a Vic con sus ojos de nácar. Detrás, un jabalí disecado con el pelaje manchado de sangre humana y, apoyada en su costado derecho, una rueda de camión inmensa, con fragmentos de hueso incrustados en el caucho. Más allá, motos destrozadas, bicicletas retorcidas, obras de arte envueltas, protegidas y numeradas con unas etiquetas amarillas. La muerte irradiaba de cada objeto, mezclada con el olor a cera, polvo y metal frío.

Tras el episodio en el Instituto de Medicina Legal y un rápido desvío por comisaría, Vic había decidido pasar la noche solo, en el depósito asegurado de las evidencias de la Policía judicial, donde se guardaban a buen recaudo todos aquellos objetos voluminosos que no podían almacenarse en sobres, cajas o bolsas. Cada prueba sensible, fuera cual fuera su tamaño, debía conservarse en un lugar seguro al menos seis meses después del veredicto del juicio. Allí se encontraba en una especie de extensión de su propio cerebro: la memoria de los casos criminales.

Aunque al principio el vigilante nocturno se mostró sorprendido por su visita, lo dejó pasar. A Vic le gustaba trabajar en equipo con Morel, pero también necesitaba trazar su propio camino, sobre todo a las cuatro de la madrugada. Le solían reprochar sus salidas en solitario, su carácter demasiado hogareño para ser policía, pero esa soledad era una necesidad. La calma. Que nadie le molestara ni llenara aún más su memoria a rebosar. Y, además, pasar el rato allí le evitaba tener que regresar a dormir a su ratonera.

Bajo la luz de los grandes neones, se dirigió hacia el vehículo que, dos días atrás, había chocado contra el quitamiedos, lo que provocó la muerte del joven Quentin Rose y desató el infierno que se

escondía en el fondo del maletero. El Ford estaba junto a la pared derecha, a unos diez metros de la entrada, y ya había sido minuciosamente inspeccionado por los equipos técnicos.

Vic había leído el informe: los especialistas de la Unidad de Identificación Judicial habían logrado recoger un pelo en la alfombrilla del conductor y detectaron rastros de esperma en el volante, la tela del asiento y la manija interior de la puerta. Por lo tanto, en los laboratorios disponían del material genético del hombre de la gorra. Su jefe, Alain Manzato, ejercía presión para que los análisis de ADN estuvieran listos lo antes posible.

El maletero estaba limpio como una patena, apenas salpicado por unas manchas de pintura blanca. Los técnicos habían hallado rastros de sangre en los trapos húmedos y en los cubos. El policía recordó la presencia de productos de limpieza y lejía. Todo indicaba que el hombre había limpiado algo, quizá la escena del crimen, y se había asegurado de no dejar ninguna huella. La presencia de la cal viva y de la pala sugería que planeaba enterrar el cuerpo en otro lugar. Un asesino meticuloso. El teniente permaneció allí, con el cuerpo inclinado y las dos manos apoyadas en el parachoques trasero, todavía conmocionado por lo que había descubierto dos horas antes en el Instituto de Medicina Legal.

Las manos empaquetadas de una forma extraña, ubicadas en el compartimento del gato, apuntaban a la probable existencia de una segunda víctima. Otra chica anónima, que solo existía por esas mutilaciones; que no tenía ni rostro, ni altura, ni color de pelo. Dos manos arrancadas de la nada que le daban un nuevo giro a la historia: el hombre que buscaban había matado y mutilado al menos en dos ocasiones. ¿Aquellas víctimas eran las primeras? ¿O habría otras más? Teniendo en cuenta las características poco habituales del crimen, ¿se enfrentaban a un macabro asesino en serie? ¿Existía otro Andy Jeanson que también enterraba a sus víctimas después de violarlas y asesinarlas?

¿El Viajero tenía fanáticos?

A Vic no le hacía ni pizca de gracia; solo le provocaba un disgusto y un sufrimiento ligados a la impotencia que sentía. Aunque encontraran al criminal, nada podría devolver a las víctimas a sus

seres queridos. Estos asesinos dejaban un rastro de ácido puro por dondequiera que atacaban y, cuando encarcelaban a uno, otro tomaba el relevo… o a una escala aún peor.

Primero observó las matrículas con detalle: torcidas, sucias, antiguas. En cambio, los remaches eran nuevos. Pasó el dedo por los bordes y recolectó unas diminutas partículas de hierro, tanto en la parte delantera como en la trasera. Esa limadura de hierro solo podía ser el resultado de un taladro, la única forma de quitar una matrícula sin dañarla en el proceso. Para Vic, estaba claro que el asesino alternaba entre una matrícula falsa y una verdadera. Lo confirmaban las diferentes marcas de desgaste en el plástico del parachoques y alrededor de los remaches. Se suponía que el desconocido de la gasolinera conducía respetando las normas de seguridad vial, a bordo de un coche de gama media, un modelo bastante popular. Los neumáticos estaban en buen estado, lo que evidenciaba un mantenimiento regular. El hombre no quería tener problemas con las fuerzas del orden. Un ciudadano promedio.

Rodeó el coche destrozado por la izquierda, se sentó en el asiento del copiloto y cerró la puerta de forma automática. Justo frente a él, una escultura de bronce, con aristas salientes y el rostro aplanado, le recordó a una obra de Giacometti. El hecho de que lo mirara fijamente lo incomodó y lo hizo consciente de su situación: estaba solo, perdido en medio del cuchitril que era aquel almacén, esforzándose por retrasar el momento de regresar a casa, donde ya no lo esperaban ni su mujer ni su hija.

Se concentró en realizar un análisis exhaustivo del interior del vehículo, pues los coches dicen mucho de sus propietarios. Si el de Vic era testigo del caos que reinaba en su cabeza y en su vida, aquel transpiraba orden por todos sus poros. Al principio, los chicos de la Policía científica no encontraron trozos de uñas, ni pelos, ni colillas, ni chicles aplastados. El cenicero estaba vacío, al igual que el compartimento de la puerta. En la guantera se encontraban el alcoholímetro, el triángulo y el chaleco reflectante, aún empaquetados. El asiento del copiloto parecía nuevo: no mostraba señales de uso a la altura de la espalda o la cabeza. Ni rastro de papeles de caramelos ni de paquetes de galletas. Los cinturones

traseros, atascados bajo los asientos, jamás habían sido usados. No tenía hijos.

Por el contrario, los técnicos habían detectado rastros de un disolvente en el volante —algo similar a los productos que se usan para desinfectar las manos—, así como minúsculas trazas de pintura blanca en las manijas de las puertas, parecidas a las encontradas en el maletero. También hallaron un tique de peaje entre los pedales: según los datos, el hombre que buscaban había entrado en la autopista a la altura de Chambéry a las 21:25 h, veinte minutos antes de llegar a la gasolinera. Eso indicaba que conducía con prudencia, a una media de ciento veinticinco kilómetros por hora.

Vic le sacó una fotografía con el móvil a la cruz que colgaba del retrovisor por su cadena de oro, y pensó en los rastros de esperma detectados en el asiento con el dispositivo CrimeScope. Se imaginó al conductor masturbándose frente a Jesús. Había eyaculado en el coche… ¿Quizá fantaseando con sus futuras víctimas? ¿O con la idea de que se encontraría con ellas por la noche, después del trabajo, para torturarlas? Eso explicaba los cristales tintados: ver sin ser visto y poder dedicarse a ese tipo de actos asquerosos. Sus deducciones lo llevaban hacia un depredador sexual, una auténtica máquina de secuestros, violaciones y asesinatos; una escoria de la naturaleza, como muchas otras que existían en el mundo.

Vic había leído una gran cantidad de libros sobre criminología y también se sabía de memoria el expediente de Jeanson, gestionado por la brigada de Lyon. Sabía que ese tipo de criminales, organizados y planificadores, eran los más difíciles de detener porque se fundían entre la multitud. Pero, una vez solos, cuando la excitación alcanzaba su culmen, se transformaban en temibles máquinas de matar. El Viajero se había salido con la suya durante más de dos años, antes de cometer una metedura de pata y caer en las redes de los compañeros lioneses.

¿Por qué el propietario de aquel coche cortaba las manos y extraía los ojos de sus víctimas? ¿Qué hacía con el rostro? ¿Era un fetichista? ¿Un coleccionista?

Giró la llave en el contacto y encendió la radio. Había un CD en el reproductor. Una melodía bien ejecutada invadió el habitáculo: un

concierto de Mozart. Vic cerró los ojos y visualizó la mano derecha del pianista, auxiliada por la ligereza de los violines. Al igual que la cruz, le sorprendió aquel extraño refinamiento: el *Concierto para piano n.º 22*, tercer movimiento, era una de las obras menos conocidas del compositor.

¿Estaban tratando con un experto en música? Pero los altavoces y el sistema de radio del coche no eran de buena calidad y no cumplían con las exigencias de un melómano. A Vic le molestaba cuando un detalle no encajaba del todo. Su mente podía quedarse dándole vueltas toda la noche.

Subió el volumen y dirigió la vista hacia la imitación del Giacometti, mientras los instrumentos de cuerda se expresaban y el sonido llegaba hasta las paredes del almacén. ¿El asesino conducía con música clásica a todo volumen? En ese momento, una idea cruzó su mente: ¿quizá el homicida había metido el cuerpo y las manos en el maletero, cogido la carretera e introducido el disco en el reproductor con el coche en marcha?

Vic buscó la caja del CD, en vano. Seguramente había salido volando fuera del vehículo cuando impactó con el quitamiedos, o quizá el asesino la había dejado en casa. Volvió a poner el disco desde el principio y cronometró la duración hasta el *allegro vivace assai* del *Concierto para piano n.º 22*: alrededor de cuarenta y dos minutos.

Cuarenta y dos minutos… Solo le llevó veinte llegar a la gasolinera desde el peaje de Chambéry, según el tique encontrado. Sobraban veintidós minutos. Si la teoría de Vic era acertada, y si Rose había cortado la lectura del CD justo después del robo, entonces el hombre que buscaban venía de los alrededores cercanos de Chambéry, quizá de uno de los innumerables pueblos perdidos entre las montañas. Un tipo de la zona.

Vic consideró que el vehículo le había revelado sus secretos. Disponían de ADN del asesino, conocían su anatomía tosca, su coche, y podían hacerse una idea del trayecto que había recorrido aquella noche. Si el hombre que buscaban era inteligente —y Vic estaba convencido de que así era— se enteraría de todo leyendo los periódicos: en ellos se hablaba del accidente de Rose y del

descubrimiento del cadáver en el maletero.

Eso lo convertía en un depredador acorralado y peligroso.

El policía le dio las gracias al vigilante y salió del almacén. Se dirigió hacia una zona comercial, a un cuarto de hora en coche del centro de Grenoble. Los neones azules y rojos de los letreros se reflejaban en los charcos dispersos sobre el asfalto, como pedazos de una aurora boreal caídos del cielo. Las calles y las tiendas no eran más que cuadros anodinos. Los suicidas deberían acercarse a pasar una noche allí, en vez de tirarse de un puente.

Estacionó en el aparcamiento del hotel y entró en el establecimiento de bajo coste, con ese ambiente de los hotelF1 franceses de los años 2000. El encargado, un tipo flacucho con pinta de lord inglés, suspiró al verlo. Dejó la llave de la habitación, junto con un sobre, encima del mostrador.

—Su mujer se pasó por aquí a última hora de la tarde para dejarle esto. Y parecía estar bastante cabreada.

Vic se puso rojo. Eso quería decir que Nathalie estaba al tanto de que se hospedaba en ese hotel de mala muerte, con duchas y baños compartidos, veintidós euros la noche, desayuno incluido. ¿Desde cuándo lo sabía? ¿Cómo se había enterado? Miró fijamente al encargado, con una repentina expresión de pánico en la mirada, y lo instó a continuar.

—Preguntó por su perro. Le dije que no tenía ni idea, que… En fin, no se preocupe, sigue en su caseta, bien escondido al fondo de mi jardín. Por cierto, hablando del chucho…, tuve que comprar otro paquete de pienso, y no es precisamente barato, así que…

Vic se llevó las manos a la cabeza.

—Sí, sí, lo sé, se me ha vuelto a olvidar. Yo…

Sacó un billete de veinte euros y lo dejó sobre el mostrador.

—Gracias, Romuald.

Cogió la llave y el sobre, que abrió en cuanto desapareció por el pasillo. En el interior solo encontró una hoja en la que estaba escrito, en letras mayúsculas: CABRÓN.

Capítulo 8

Léane se sobresaltó al sentir una mano sobre el hombro. Salió de su somnolencia y parpadeó varias veces. Colin estaba de pie a su lado; el rostro, pálido y cansado. Jullian dormía profundamente justo a su derecha. Los pitidos monótonos de los distintos aparatos, las sombras azuladas de la habitación, las estrellas de escarcha pegadas a la ventana… Así que aquella horrible historia sobre una agresión no había sido solo una pesadilla. Se frotó la nuca mientras esbozaba una mueca de dolor.

—¿Qué hora es?

—Las siete de la mañana.

El policía recogió una fotografía de Sarah, justo a los pies de Léane, y se la entregó. Se había dormido con la imagen de su hija entre las manos. En el papel satinado, desgastado de tanto manosearlo, Sarah sonreía, vestida con ropa deportiva, con su gorro verde y azul, un gran pompón en todo lo alto, calado hasta los ojos, y los dedos formando una V de victoria. Era la foto que le había enviado la noche de su desaparición, la última imagen de su hija con vida, y que Jullian había usado para imprimir miles de panfletos. Léane la guardó en su cartera con amargura.

—Venga, vamos —dijo Colin, haciendo un gesto con la cabeza—, te acompaño a la villa. Quiero comprobar que todo está tranquilo allí y que estarás a salvo.

—No, prefiero quedarme cerca de él.

—Se lo van a llevar para hacerle más pruebas y tardarán varias horas. El médico quiere que no se sienta demasiado perturbado antes de empezar, es importante. Además, tú necesitas descansar.

—No, me quedo igual. Esperaré en recepción.

Léane miró a su marido con tristeza.

—Ni siquiera reconoce a su propia hija… Lo ha olvidado todo. ¿Cómo se puede olvidar una tragedia así? Una tragedia que… te destroza en lo más profundo de tu ser.

Besó con ternura a su marido en la frente. Se sentía mal por él, y al mismo tiempo estaba furiosa. ¿Quién pudo haberlo agredido así, sin más? ¿Y por qué?

Soltó una de las llaves de repuesto que estaba sobre la mesilla de noche, salió en silencio de la habitación y se reunió con el policía, que intentaba tranquilizarla como podía.

—Jullian ha recibido un golpe violento en la cabeza. Es normal que tenga este tipo de pérdidas de memoria. Por lo menos, aún sabe quién es. La amnesia no es total.

—Sí, pero puede durar semanas, aunque no haya rastro visible en los escáneres. Incluso es posible que… que no vuelva a recordar algunos episodios de su vida. Que los pierda para siempre.

—Los médicos siempre toman precauciones y evitan ser demasiado optimistas, lo sabes de sobra.

—Me moría de ganas de hablarle de la muerte de Sarah, para provocarle una especie de *electroshock*. Es horrible verlo así, como un envoltorio vacío… Justo él, que ha luchado tanto y que nunca quiso rendirse. ¿Qué voy a hacer? ¿Cómo se le puede volver a enseñar a alguien unos recuerdos tan traumáticos? ¿Cómo explicarle lo que Jeanson le hizo a nuestra hija? Eso… eso no hay forma de explicarlo.

Colin esbozó una tenue sonrisa.

—No son las mejores circunstancias para volver, pero te va a venir bien tomarte un respiro, estar tranquila, lejos del bullicio. Tiempo al tiempo. Y, lo más importante, deja que los médicos hagan su trabajo, ¿vale? Jullian va a salir adelante, va a recuperar la memoria, y todo volverá a ser como antes. Él aquí, tú en París. La normalidad, vaya.

Había amargura en su voz. Se quedó a su lado durante todo el tiempo que duraron las pruebas de Jullian. Cuando el médico se acercó a hablar con ellos al final de la mañana, Léane no supo mucho más. Ahora tenían que analizar los resultados y, lo más importante, dejar que Jullian descansara. Tras la partida del médico,

Colin sacó las llaves del coche y las agitó.

—Bueno, pues te sigo. Sé prudente, el viento ha disipado la niebla y sopla con fuerza.

Al meterse en el coche, Léane sintió un vacío abismal. Su marido, amnésico, privado de sus recuerdos. Conocía bien cómo funcionaba la memoria: seis años antes había escrito una novela cuya protagonista sufría amnesia tras ser agredida y violada. Las amnesias retrógradas eran consecuencia de conmociones físicas o psicológicas. Montar en bicicleta, caminar, recitar las tablas de multiplicar o los nombres de los presidentes de la República era pan comido, pero recordar eventos personales era una misión imposible. Jullian no se acordaba de ella, a pesar de que se conocían desde hacía veinte años. No había visto ni el más mínimo destello de reconocimiento en su mirada, solo dos trozos de carbón helados. Le habría bastado ponerse una bata blanca para que él la tomara por una doctora más. Una desconocida.

Ese pensamiento fue insoportable. ¿Hasta qué punto se había quebrado la memoria de su marido? ¿Qué pasaría cuando se enterara de la desgracia que le había ocurrido a su hija? ¿Sentiría alguna emoción o permanecería tan indiferente como si le anunciaran la visita del embajador de la Patagonia a Francia?

Se le constriñó la garganta cuando la silueta del faro de Berck se reflejó en el parabrisas y la pequeña carretera llena de baches hacia su villa se desplegó bajo las ruedas del coche. Aquella urbe parecía un organismo en proceso de mutación, una peligrosa bestia salida de un cuento fantástico. Léane ahora sentía algo peor que el miedo: un agarre visceral que le anudaba las entrañas, como cada vez que veía ese faro barrer con su haz la costa oscura, dejando atrás las autocaravanas e imaginando las sombras a lo largo de las rocas; la impresión de que aquel pueblo era un parásito en sí mismo, que había crecido en su vientre y había puesto sus huevos infectos allí. Revivió la mano negra de Enaël Miraure subiendo desde el fondo de la garganta y sintió náuseas.

Unas serpientes de arena se deslizaban sobre el asfalto, se enrollaban alrededor de los baches, y las dunas se cerraban a su alrededor, como si quisieran sepultarla, asfixiarla. Siempre esa arena,

una y otra vez, como escupida de las fraguas del infierno. Léane echó un vistazo por el retrovisor para asegurarse de que Colin seguía detrás de ella. El vecino más cercano vivía a más de trescientos metros, y podrías gritar hasta morir sin que nadie te escuchara.

La carretera terminaba en un callejón sin salida frente a La Inspiradora. Jullian no había metido el cuatro por cuatro en el garaje, un acto poco habitual en él, ya que era un maniático del orden.

Aparcó detrás del vehículo y salió, enfundada en su abrigo. Colin hizo lo mismo y la ayudó con sus maletas, encorvado bajo las ráfagas de viento. Una avalancha de trocitos de conchas, rocas y todo lo que la erosión había digerido durante siglos azotaba los listones de las contraventanas, lo que producía un sonido parecido al de un palo de lluvia. Un aliento saturado de sal y algas brotaba desde mar adentro, y los jadeos perdidos de las olas venían a asaltar el flujo natural de la bahía de Authie. Los sonidos, los olores… Léane empezaba a sentir cómo los malos recuerdos afloraban de nuevo. Subió rápidamente los escalones de teca e introdujo la llave en la cerradura, que se resistió.

—Joder, parece que ha cambiado la cerradura.

—Seguro que fue por lo del allanamiento.

—Se me ocurrió coger sus llaves de la mesilla de noche. Voy a probar.

Las sacó del bolsillo, sopló entre sus manos congeladas y probó suerte: funcionaba. En el momento en que la puerta se abrió, sonaron cinco pitidos seguidos de una alarma que le desgarró los tímpanos. Con las manos sobre las orejas, Léane vio una consola blanca llena de botones. La pantalla pedía un código. Probó cuatro o cinco combinaciones, pero fue en vano. Enseguida volvió a salir, pues era imposible quedarse dentro por la potencia sonora.

Se refugiaron en el coche de Colin, quien terminaba una conversación telefónica.

—He llamado al número que había en el panel de control de la alarma. Una especie de agencia de vigilancia ya estaba al tanto y llegarán en unos diez minutos —dijo mientras ponía en marcha el motor para encender la calefacción—. En cuanto a la investigación,

nos hemos puesto en contacto con el proveedor del servicio telefónico de tu marido y hemos analizado el extracto que nos proporcionaron, que abarca los últimos treinta días. No hay mucho que decir, pero hemos visto una llamada extraña realizada el viernes pasado. Jullian llamó a un psiquiatra de Reims y borró la llamada de su historial, por eso no encontramos nada al principio.

—¿Un psiquiatra? ¿En Reims?

—Sí. He podido hablar con él. Se llama John Bartholomeus. Solo me ha dicho que lo único que sabía era que quería una cita para esta mañana. Pero no acudió, por una buena razón, claro…

—¿Jullian en una consulta con un psiquiatra? Y, de todas formas, ¿por qué querría una cita en un sitio tan lejos?

—Está claro que, teniendo en cuenta la distancia, tu marido no pidió la sesión por un problema psíquico: Bartholomeus también es perito psiquiátrico ante los tribunales. Se desplaza por todo el país cuando es necesario. Le pregunté si por casualidad había trabajado en el caso Jeanson, pero parece que no. De todas formas, quizá haya algo que investigar por ese lado. Me encargaré de ello.

La alarma seguía berreando. Léane se preguntaba para qué servía: nadie podía oírla, y en diez minutos podían pasar muchas cosas. Sin embargo, el técnico de la agencia de seguridad terminó llegando. Colin le mostró su placa de policía, Léane aseguró ser la propietaria del domicilio, documentos de identidad en mano, y explicó que su marido estaba ausente, sin dar más detalles. El técnico no parecía muy quisquilloso y apagó la alarma en menos de un minuto.

Léane y Colin al fin pudieron refugiarse. Ella se sacudió la ropa, cubierta de arena.

—¿Desde cuándo hay una alarma?

—Los técnicos de la agencia la instalaron hace dos meses, más o menos, después de un robo con allanamiento. Es de alta gama. Todas las salidas están provistas de sensores, por lo que es imposible entrar sin activar el sistema. Le voy a dar un nuevo código de activación y desactivación: es 2882.

Léane anotó la información en su móvil.

—¿Por qué un código nuevo? ¿Tenéis que cambiarlo en cada

intervención?

—No, es una petición del señor Morgan, después de los hechos que ocurrieron la pasada noche.

—¿Qué pasó anoche?

—La alarma saltó alrededor de la una de la madrugada. Llamé al móvil del señor Morgan al minuto siguiente. Respondió y dijo que la alarma se había activado cuando entró. Le pedí su nombre y la contraseña, tal y como exige el procedimiento, pero dijo que no recordaba ni el código de desactivación ni la contraseña. Parecía… bastante alegre.

—¿Había bebido?

—Sí, y no poco. Así que me desplacé hasta aquí para comprobar que todo estaba bien.

Colin sacó su cuaderno y tomaba notas con el ceño fruncido. Léane se frotaba los hombros; a pesar de la calidez de la casa, no conseguía entrar en calor. Los eventos extraños se sucedían más rápido que en sus *thrillers*.

—¿Y fue así? ¿No hubo ningún problema en particular?

—No. Sin duda, el señor Morgan volvía de un bar de Berck. Las salidas estaban intactas. Hice una inspección por toda la casa y no había nada fuera de lugar. El señor Morgan me pidió que cambiara el código por el nuevo número que me dio, 2882. Firmó un papel, con bastante dificultad, y luego me fui. ¿Quiere que le eche un vistazo a la casa?

—No hace falta, gracias.

Después de pedirle una firma en un documento de intervención, el técnico le explicó a Léane el funcionamiento de la alarma. Justo cuando se dirigía a su coche, la novelista se apresuró tras él y le preguntó:

—¿Cuál era la contraseña que debía darte por teléfono?

—«SarahTesorito». Volvió a establecer la misma, así que esa es la que debe darnos en caso de que haya algún problema.

Cuando se marchó, Léane miró a su alrededor, entrecerrando los ojos. La arena brillaba y se alzaba de la duna, como un puñado de polvo dorado soplado por un gigante. Regresó a casa y cerró la puerta con llave.

Mientras tanto, Colin había hecho una breve inspección de la planta baja.

—Todo parece estar en orden. Deberías meter los coches en el garaje si mañana quieres poder arrancar. ¡La arena es un coñazo! Solo por eso, aunque tuviese los medios, jamás te compraría esta casa.

—De todos modos, La Inspiradora no está a la venta. Bueno, voy a ver qué hay en el congelador. Seguro que habrá una *pizza* por ahí. ¿Te vale?

—Claro.

Las habitaciones le parecieron demasiado grandes, demasiado vacías en comparación con su apartamento. Se intuía la presencia de Jullian en detalles sutiles: una cazadora abandonada sobre un sillón, un par de zapatillas sobre la alfombra, sus DVD de la bailaora de flamenco Sara Baras apilados sobre la mesa, pero no había desorden ni caos, como ella podría haber esperado. Se dio cuenta de lo extraña que le resultaba ahora La Inspiradora, esa casa que le había dado todo… y también se lo había arrebatado.

Calentó una *pizza* en el microondas y volvió junto a Colin, que leía las instrucciones de la alarma y pulsaba los botones. Léane le tendió un plato.

—Déjalo, ya me encargaré de eso más tarde.

—Quiero asegurarme de que estarás a salvo.

—No te preocupes… Se han cambiado las cerraduras, y además tengo esa sirena infernal que desanimaría hasta a un sordo.

Comieron en un silencio que le sentó bien. Léane estaba de vuelta en su casa, en esa villa sublime que ya no deseaba.

—Gracias, Colin. Por todo.

—No tienes por qué darlas. Ya sabes, apenas había empezado las vacaciones y ya me estaba aburriendo.

—Ah, estás…

—No pasa nada. Hasta el día treinta no bajaré a casa de mis padres para celebrar Año Nuevo. Ya empezaba a preguntarme cómo iba a ocupar los días. No pienso dejar que una agresión como esta quede impune.

Léane le dedicó una sonrisa. Había que estar ciego para no darse

cuenta de que Colin estaba pillado por ella, y eso desde que había llegado a sus vidas, tras la desaparición de Sarah. Léane se había dejado llevar bajo sus sábanas una noche. Solo una noche de desesperación. Luego había leído la tristeza en sus ojos cuando le anunció su partida a París y que no volvería a esa casa. Desaparecería para siempre en la capital. En Berck, Léane se aferraba a Jullian, pero ella seguía estando presente, accesible, incluso en sus sueños.

Quiso poner fin a esa ligera incomodidad que se había instalado entre ellos. Se dirigió hacia la librería, un conjunto de pequeñas cavidades talladas en la piedra al fondo del salón. A la izquierda, un gran ventanal daba, en los días despejados, a una parte de la bahía, con su mar grisáceo y plateado cuando el sol asomaba. Léane pulsó un botón que cerró todas las contraventanas y revisó las estanterías.

—Siempre guardo cuatro ejemplares de todas mis novelas y ahora solo quedan tres de cada una. Creo que Jullian tenía razón: alguien ha estado aquí.

Colin cogió un marco colocado junto a la librería. En él había una foto de Jullian con ropa de pescador: un impermeable amarillo, botas de goma, recogiendo mejillones.

—¿Y si Jullian los guardó en otro sitio? ¿Quizá quiso releer tus libros?

—No es solo la agresión, Colin. Están pasando cosas extrañas. Jullian utilizaba «SarahTesorito» para todo: en su ordenador, en sus cuentas en internet… Aunque hubiera bebido, ¿cómo iba a olvidarlo? ¡Era el mote que le puso a su hija! ¿Y por qué tampoco se acordaba del código de la alarma?

—El alcohol puede jugar malas pasadas. Creo que no te das cuenta de hasta qué punto se había hundido Jullian.

Colin dejó el marco en su sitio y miró su reloj.

—Ya son las tres… Me voy. Llevo sin descansar desde ayer al mediodía, a mi gato no le debe de quedar comida y, cuando no come, me destroza la casa. Creo que le dan una especie de crisis de celos o qué sé yo… Debería consultarlo con el veterinario.

Cogió las llaves del cuatro por cuatro que se encontraban sobre un mueble.

—Vamos a meter los coches en el garaje primero.

Léane bajó al sótano por una escalera al fondo del pasillo y abrió la puerta del garaje. Colin ya había arrancado el cuatro por cuatro de Jullian y lo aparcó cerca de las bicicletas. Léane maniobró su pequeño coche citadino. Una vez que ambos vehículos estuvieron resguardados, cerró el garaje. Al llegar a lo alto de la escalera y darse la vuelta, Colin ya no estaba detrás de ella.

—¿Colin?

Sin respuesta. Volvió a bajar un escalón.

—¿Colin?

—Estoy aquí… He… Ven. He encontrado algo.

Su voz sonó grave. Léane sintió cómo el estrés aumentaba. ¿Qué más le iba a contar? ¿Qué novedad extraña habría descubierto? A lo lejos, vio su pelo despeinado y algo ralo asomando por el maletero abierto del cuatro por cuatro. Colin sacaba fotos con el móvil; el rostro serio.

—Quise echar un vistazo en el maletero, por si acaso.

La novelista se acercó y se llevó las manos a la cara. Bajo sus ojos había una serie de letras burdas escritas en la parte interior y metálica del maletero, rodeadas de rasguños de uñas. Alguien había arañado ahí; alguien había querido salir a toda costa.

Las letras, hechas con sangre, formaban una palabra, una palabra que cayó sobre la conciencia de Léane como si fuera el golpe de un garrote.

VIVA.

Capítulo 9

Léane pasó de la tisana al *whisky*, conmocionada por el descubrimiento. Una imagen escalofriante e incomprensible la perseguía: Sarah encerrada en el coche de Jullian, rascando la chapa, tratando de garabatear un mensaje con los dedos ensangrentados. Estaba delirando: Sarah había desaparecido hacía cuatro años y estaba muerta, asesinada a manos de Andy Jeanson, al igual que las demás. ¡Muerta!

—Todo esto que está pasando no es posible, Colin. Tú has visto a mi marido dejarse la piel por buscar a nuestra hija. Ha pasado años existiendo única y exclusivamente por la esperanza de encontrarla. No hace ni tres meses, estaba en las puertas de la comisaría de Lyon intentando conseguir documentos del caso Jeanson. Sin embargo, esa palabra escrita con sangre, esos arañazos… Alguien estuvo encerrado en el maletero de su coche, y es reciente, porque lo habría visto si aún viviera aquí. Una mujer que se desgarró los dedos y que eligió esa palabra. No escogió AYUDA o SOCORRO, sino VIVA.

Colin mantenía la calma, inclinado hacia adelante, sumido en una profunda reflexión y envuelto en un silencio pesado que terminó por romper:

—Tenemos que actuar con cabeza. La agresión de tu marido ha permitido abrir una investigación judicial que nos ofrece bastante posibilidades. Voy a solicitar un análisis de ADN de la sangre que hemos hallado dentro del proceso. Voy a conseguir una muestra de la sangre de Jullian en el hospital, así nos evitamos la extracción y podremos hacer una prueba de paternidad entre su ADN y el que está en el maletero.

Léane asintió. Le chocaba el tono monocorde y procesal del policía.

—¿Por qué hacer todo eso si te basta con comparar el ADN de la sangre del maletero con el perfil genético de Sarah, que está en el registro?

—No quiero que el caso se nos vuelva a escapar. Una solicitud al banco de ADN sobre el perfil de Sarah va a atraer la atención de la Policía de Lyon y hará que vengan hasta aquí. Y no quiero eso. Mientras podamos manejar este asunto como lo que es, es decir, una agresión, mantendremos el control. El coche está vinculado a tu marido, así que está justificado que presente ese tipo de solicitud ante el juez.

Léane hacía girar el vaso en la palma abierta de la mano. Colin tenía miedo de que le arrebataran el caso. Clavó la mirada en el montón de cenizas de la chimenea.

—Si piensas que… que la sangre podría ser de Sarah, o que ella podría haber escrito ese mensaje, eso significa que todavía crees, después de cuatro años, que Jullian podría estar implicado en todo esto. Y que todos se equivocan con Andy Jeanson. Pero, por favor, Colin, ¿te das cuenta de lo que estás diciendo?

—Hay sangre en el maletero del coche de tu marido. He de considerar todas las posibilidades.

Se hundió en el sillón, con una mano apoyada en la cabeza, como un viejo pensador.

—Escucha… He tenido suficiente tiempo para darle vueltas, ¿sabes? Durante todos estos años. En Berck no hay nada que hacer en invierno, salvo pensar. Así que eso hice: pensar, hacerme preguntas. Día tras día. Reconocer y repasar todos los elementos de la investigación. Pero cuando uno no es más que un poli de pueblo, como yo, avanzar en un caso es más complicado. No tienes acceso a los entresijos del expediente y, aunque estés en el meollo del caso, acabas sintiéndote como un extraño. Cuando pides consultar documentos o planeas tus teorías, te dan a entender que sería mejor que siguieras encargándote de las peleas de borrachos, en tu rincón perdido de la mano de Dios. Esos tipos de la Policía científica de Lyon… no son precisamente los más simpáticos del planeta.

Sacó su libreta y la agitó frente a él.

—Así que no me queda otra que apañármelas, hacer las cosas por

mi cuenta, conseguir información por vías indirectas. Este cuaderno es el mismo desde hace cuatro años. Dedicado a…, dedicado a tu familia. Todo está aquí escrito: mis observaciones, la cronología del caso… No te haces una idea de cuántas veces lo he releído, cuántas veces he vuelto a repasar cada dato. ¿Quieres saber lo que pienso a día de hoy? Que hay cosas extrañas en torno a Jeanson y a la desaparición de tu hija.

Oír esas palabras de la boca de Colin le provocó un nuevo escalofrío. Nunca antes había cuestionado nada… De hecho, ¿acaso podía hacerlo? Él mismo lo había dicho: era un donnadie.

—Explícate.

—¿Estás preparada para volver a escuchar la historia, para retomarla desde el principio? Todo lo que sabemos desde aquella noche en que Sarah desapareció y…, en fin, todos los detalles sórdidos. No es fácil. No querría estar en tu pellejo, pero…

—Han pasado ya cuatro años. Ya me enfrenté al horror junto a Jullian. Estoy preparada, Colin. Sé lo que Jeanson le hizo a mi hija y a las otras chicas secuestradas. Intento aprender a vivir con ello. Sé qué clase de monstruo es. Así que… vamos allá.

Capítulo 10

La conversación y las páginas garabateadas del cuaderno de Colin hicieron que Léane reviviese todos sus dolorosos recuerdos. La velada del 23 de enero de 2014 se le impuso como si hubiera sido la mismísima noche anterior. Recordaba el paseo por la playa desierta, en busca de alguna idea para un libro que no llegaba; recordaba el chapoteo de las olas, la huida de los cangrejos entre las rocas tras una larga línea recta por la arena mojada, los gruesos bancos de niebla que llegaron desde el mar… Había recibido el mensaje con el selfi de Sarah un poco antes de las 17:30 h, justo cuando llegó al antiguo búnker ubicado en la parte sur de la bahía, a más o menos un kilómetro de la villa. A las 19:45 h, había intentado ponerse en contacto con Jullian con su móvil, preocupada porque su hija ya llevaba dos horas ausente y le había enviado varios mensajes a los que no respondía. Su marido no le contestó hasta cerca de las 20:30 h, alegando que había estado trabajando hasta tarde en la cripta de la basílica de Notre-Dame de Boulogne-sur-Mer, a cuarenta kilómetros de allí.

—No tardamos en descubrir que Jullian había mentido. Mientras tu hija desaparecía, él no estaba en el trabajo, sino con Natacha Dambrine, su jefa y arquitecta del patrimonio. Le llevó un tiempo admitir la verdad y estuvo a punto de ir a la cárcel por una historia de adulterio.

Léane le dio un buen trago a la copa. Recordaba las insoportables acusaciones contra su marido, y lo patético que le había parecido Jullian cuando les admitió su aventura, a ella y a la Policía; la vergüenza que lo había devorado, su caída al infierno justo después. Y ella había estado completamente ciega y no se había enterado de nada, estaba demasiado absorbida en la búsqueda de ideas para un

libro que, cuatro años más tarde, se convertiría en *El manuscrito*.

A pesar de la rabia y de la decepción, lo había apoyado y se había quedado a su lado: lo único que importaba era la desaparición de su hija. Pero los cimientos de su relación ya habían empezado a resquebrajarse.

—La coartada de tu marido se sostiene en tres puntos: uno, la palabra de Dambrine; dos, la existencia de su picadero, descubierto en la torre del fuerte de Ambleteuse; y tres, la localización de su teléfono, que indicaba una posición GPS en Ambleteuse, a sesenta kilómetros de aquí, en el momento de tus llamadas avisando del retraso de Sarah.

No hacía falta ser adivino para ver que Colin odiaba a Jullian, aunque no lo demostrara abiertamente.

—La Policía judicial descartó a tu marido como persona de interés. Habría que ser tan retorcido como algún personaje de tus libros para secuestrar a su propia hija, dejar el móvil en el fuerte de Ambleteuse para fingir una presencia allí, involucrar a su amante en la mentira y convertirla en cómplice del crimen.

—Jullian adoraba a Sarah, nunca le habría hecho daño. Es mi marido. No puedo concebir que él haya hecho algo así.

—Existen un montón de motivos por los que uno puede hacerle daño a otra persona, aunque la adore. Pero dejémoslo estar. De todas formas, no encontramos ninguna fisura, ninguna prueba que contradijera su versión de aquella noche. A partir de entonces, la investigación cayó en saco roto: sin testigos, sin sospechosos, sin móvil y con un silencio de seis meses… hasta que recibisteis ese mechón de pelo enviado desde Drôme, el 20 de julio de 2014. La información se expandió como la pólvora por los archivos de la Policía y llegó al equipo de criminología de Lyon, que llevaba año y medio investigando tres desapariciones. La primera, cerca de Villefranche-sur-Saône, en enero de 2013; la segunda en Arcachon en julio del mismo año; y la tercera en Gap, en noviembre. El único elemento en común que une todos estos casos y los convierte en uno solo es el mechón de pelo, enviado por correo al domicilio de las víctimas unos meses después del secuestro…

Léane clavó la mirada en un punto sobre la mesa baja. El

momento atroz en que abrió aquel maldito sobre y descubrió los largos cabellos rubios quedaría grabado en su memoria hasta el fin de sus días. Jullian, al borde del agotamiento, se desplomó y tuvo que ser llevado al hospital.

—Y es ahí cuando entra en escena quien por aquel entonces todavía desconocíamos que era Andy Jeanson…

—Sí. Chicas jóvenes, guapas, que desaparecen sin dejar el más mínimo rastro. Se supone que el criminal conseguía entrar en las casas de las víctimas, pero sin dejar rastro de allanamiento. Los lugares de los secuestros están bastante lejos entre sí y las cartas se enviaron desde distintas ciudades, pero los sellos siempre indican el mismo departamento, Drôme, donde es probable que resida el secuestrador. Y lo más importante son los mechones de pelo, pues vinculan las cuatro desapariciones…

Colin aplastó el dedo índice sobre un número anotado justo en el centro de una de las páginas de su libreta.

—Quinientos doce. A uno de los policías se le ocurrió contar los pelos, y descubrió que siempre había quinientos doce. Ni uno más, ni uno menos. Quinientos doce pelos por cada mechón enviado. Nuestro secuestrador cuida hasta el más mínimo detalle. Los policías intentaron crear un perfil y llegaron a la conclusión de que podía tratarse de un depredador migratorio, un tipo que viaja pero que tiene un punto de anclaje en Drôme, un asesino que se coloca en algún lugar y ataca en cuanto tiene la oportunidad. De ahí su apodo: el Viajero. Y todo esto nos lleva al área de autocaravanas, a quinientos metros de aquí… Así, surge una hipótesis: ¿y si el secuestrador de Sarah hubiera estado estacionado en una autocaravana en Berck, entre las pocas personas presentes, la noche de su desaparición?

Colin pasó la página de la libreta. Se sabía el caso de memoria, pero su propia letra lo ayudaba a evocar un momento preciso, un lugar, una atmósfera.

—Volveremos al tema de las autocaravanas, pero por ahora continuemos. En 2014 y 2015, desaparecen otras cinco chicas después de Sarah. Viven en Saint-Malo, Toulon, Trappes, Vannes y Creil. Eso eleva el número de desapariciones a nueve, contando a tu

hija. Nueve jóvenes sin problemas, bien integradas en sociedad, de las que nadie volvió a tener noticias. A finales de 2015, el asunto toma un giro inesperado. Otro caso. Laure Bourdon, de veintidós años, desaparece en Marsella. Dos días después de ser raptada, logra escapar de la autocaravana donde su secuestrador la mantenía retenida, justo cuando había parado en plena campiña por un pinchazo en una rueda. La chica corre por la carretera, un coche la recoge y el conductor tiene la suficiente sangre fría como para apuntar la matrícula de la autocaravana. La Policía detendría al conductor del vehículo unas horas más tarde, en un peaje.

—Andy Jeanson, cuarenta y cinco años.

—Sí, un capataz desempleado, obsesionado con los rompecabezas y los problemas de lógica. Las paredes de la habitación en su casa, cerca de Lyon, estaban llenas del número 2 y sus múltiplos, así como de movimientos de partidas de ajedrez. Cientos de construcciones de metal y madera, candados con combinaciones numéricas, abarrotaban habitaciones enteras. Un verdadero chiflado. La gendarmería empezó encargándose de este caso, pero la Policía de Lyon no tardó en enterarse del asunto y estaba convencida de haber atrapado finalmente al secuestrador, el hombre invisible que llevaba dándoles guerra durante tres años: Andy Jeanson.

Léane solo se cruzó con los ojos negros de Andy Jeanson una vez, durante la reconstrucción de uno de los secuestros, en Villefranche-sur-Saône. Una multitud de policías los separó a ella y a su marido del asesino, y finalmente los tuvieron que alejar porque Jullian, fuera de sí, intentó abalanzarse sobre Jeanson. El asesino los observó con una total ausencia de emoción; ni un ápice de compasión tras su bigote gris y sus ojos apagados.

Colin regresó con dos vasos de agua, se bebió el suyo de un trago y continuó:

—El problema es que Jeanson no revela toda la verdad; dosifica la información a cuentagotas. No niega los nueve secuestros, pero durante las primeras semanas de detención no dice dónde están los cadáveres. No obstante, incluso sin esos cuerpos, no hay duda: él es el hombre a quien buscan. Los sobres encontrados en un cajón de un mueble de su casa son los mismos que los que contenían los

mechones de pelo recibidos por los familiares de las víctimas. Su autocaravana estaba llena de ataduras, rollos de cinta adhesiva, sedantes y todo tipo de drogas, en compartimentos ocultos que él mismo fabricó. Además, se descubrió un escondite ingenioso bajo la cama, del tamaño de un cuerpo, que es el lugar donde se cree que encerraba a sus víctimas.

Léane se giró hacia las contraventanas cerradas. Mientras escuchaba cómo la arena golpeaba los listones, se imaginó la oscuridad y las sombras que cubrían el exterior.

—Tras los barrotes de su prisión, finalmente empieza a hablar. Después de tres meses de encarcelamiento, indica la ubicación de tres cadáveres, en unos bosques situados en los Alpes. Ese hijo de puta lleva a la Policía hasta unos lugares concretos y les da las coordenadas GPS exactas de las tumbas. Debido a…

Se detuvo, dubitativo. Léane le hizo un gesto para que continuara, y añadió:

—Ya te he dicho que puedo escucharlo, Colin.

—Muy bien. Debido al estado de descomposición causado por la humedad del suelo y la cal viva, los cuerpos son imposibles de identificar, pero el ADN revela que pertenecen a la primera, la tercera y la séptima chicas secuestradas. Jeanson admite las violaciones y las mutilaciones, y proporciona todos los detalles con tal entusiasmo que resulta repugnante. Su *modus operandi* era el siguiente: mantenía a sus víctimas retenidas en la autocaravana durante varios días, las forzaba a mantener relaciones sexuales y terminaba matándolas con sus propias manos. La mayoría de las veces, las estrangulaba o les golpeaba la cabeza mientras dormían. Luego se deshacía de los cuerpos en la naturaleza: los enterraba profundamente y les espolvoreaba cal viva, que compraba en diferentes tiendas de jardinería para no llamar la atención. Es un miserable que se deleitaba con sus explicaciones y disfrutaba jugar con la Policía.

Léane respiró profundamente. Cuando Jeanson fue arrestado, quiso saberlo todo, al igual que Jullian y los demás padres. Quiso descubrir el calvario que tuvo que vivir su hija y enfrentarse a la bestia.

—Desde lo más profundo de su prisión, recordaba con exactitud las coordenadas GPS de la ubicación de cada cuerpo.

—Sí. Y, a día de hoy, ha revelado la ubicación de ocho de los nueve cuerpos; la última revelación data de hace más de un año. Le queda una víctima por confesar…, y es Sarah.

Léane bajó la mirada, que se le empezaba a nublar por las lágrimas no derramadas. Lo habría dado todo por saber dónde estaba el cuerpo de su hija, como los demás padres, por tener una certeza de una vez por todas. Pero había que esperar, y serían Jullian y ella quienes sufrirían hasta el final, hasta que ese hijo de puta decidiera hablar.

—Revela las ubicaciones de forma desordenada. Intenta confundirnos con las pistas. Se divierte con ello. Le gusta acaparar toda la atención, por eso alarga las revelaciones. Es otro juego para él, una forma de entretenerse tras las rejas y de revivir sus fantasías. Para él, cada ubicación revelada es una excusa para salir a tomar aire fresco en la naturaleza. Cuando pienso que ese asqueroso asesino en serie recibe cartas de mujeres de todas las edades fascinadas por él… Todo eso me repugna.

Una mueca acompañó sus palabras.

—En su domicilio no se encontró ningún rastro de las chicas, nunca las llevaba allí. Era muy meticuloso. Limpiaba su vehículo con frecuencia. Los técnicos de la Unidad de Identificación Judicial tienen muy poco hilo del que tirar. Ese cabrón es muy escurridizo. Además, sabe mantenerse impasible cuando se le muestran las fotografías de las desaparecidas. Es como si les planteara a los investigadores un nuevo acertijo para resolver. Lleva casi dos años encerrado y su juicio no está ni un poco más cerca de celebrarse, dada la complejidad del caso. Pero ¿por qué no confiesa dónde está Sarah, teniendo en cuenta que fue una de las primeras desaparecidas? ¿Por qué todas las demás menos ella?

Colin cerró el cuaderno con una mano y observó fijamente a Léane con la mirada sombría. Ella le daba vueltas al agua que le quedaba en el vaso, incapaz de olvidar los arañazos en el maletero del cuatro por cuatro. El mensaje que le había enviado Jullian la obsesionaba:

Tengo que contarte algo sobre Sarah.
He descubierto algo muy importante.

—Tal vez no debería decirte esto, pero teniendo en cuenta lo que acabamos de descubrir en ese maletero… ¿Te das cuenta de que lo único que realmente conecta a Sarah con Jeanson es ese mechón compuesto por quinientos doce pelos? Es el único vínculo sólido que no se puede cuestionar. Pero ¿hace eso que el asesino en serie sea el culpable? Cualquiera que conozca la historia de los cabellos y la desaparición podría haber enviado el sobre. Y hay mucha gente involucrada. Policías, jueces, personas cercanas a la víctima…

—¿Me estás diciendo que uno de ellos podría haber hecho algo así para inculpar a Jeanson?

—¿Por qué descartar esa posibilidad? Un secuestrador que no tiene nada que ver con Jeanson, que tiene a Sarah retenida, le corta un mechón de pelo, te lo envía, y listo. Hubo algunas filtraciones, la gente pudo descubrirlo. Eso explicaría por qué Jeanson aún no ha revelado la ubicación del cuerpo. Simple y llanamente: porque no lo sabe. Escribes este tipo de historias retorcidas en tus libros. Estás mejor posicionada que nadie para saber que la imaginación de ciertos individuos no tiene límites en cuanto a crímenes se refiere.

Léane desvió la mirada hacia la librería.

—Entonces, incluyes a Jullian en la lista… Siempre has sospechado de él… No, no tiene sentido. No hay forma de que supiera lo del mechón antes de que lo recibiéramos. Nunca fue a Valence ni a ningún otro sitio para enviar ese maldito sobre. Jeanson conocía este lugar. Estuvo aquí, en Berck. Describió a Sarah, tal y como describió a las otras víctimas. Habló de la bahía, de las dunas, de la casa. ¿Eso cómo lo explicas?

—Para empezar, no estoy acusando a Jullian, eso que quede claro. Solo digo que quizá Jeanson no tenga nada que ver con todo esto. Ya sabes cómo es un interrogatorio policial. Intentan presionar a los sospechosos hasta que confiesen. Les ponen fotos delante de sus narices y les dicen cosas como «¡vamos, habla! Fuiste tú quien la secuestró, ¿a que sí? ¿Te escondiste en esas dunas para atraparla? ¡Mira las fotos y habla!». En fin, ya sabes, algo por el estilo. Jeanson

pudo recopilar toda esa información perfectamente, usarla y repetirla, añadiendo así una víctima más a su palmarés.

—Vale, pongámonos en la improbable situación de que Jeanson no secuestró a Sarah… Entonces, ¿qué hacemos con esa pareja de testigos que aseguran haber visto su autocaravana en el aparcamiento la noche de la desaparición de Sarah? Tú mismo hablaste con ellos. Estaban aparcados por la zona el 23 de enero de 2014. Prestaron juramento de honor.

—Dos años después, Léane. Les mostraron la foto de una autocaravana dos años después. —Volvió a abrir la libreta y le enseñó la fotografía pegada de un modelo Chausson Welcome 55—: Esto es lo que vieron. Paso por este aparcamiento mínimo tres veces por semana, ¿y sabes cuántos modelos de este tipo veo? Es uno de los más comunes. Nuestros testigos vieron el vehículo, no a su ocupante. Sí, según ellos, una autocaravana del mismo modelo que la de Jeanson se puso en marcha en mitad de la noche, y sí, puede parecer extraño, pero ¿hay alguna hora establecida para salir de un aparcamiento? Quizá el dueño del vehículo trabajaba al día siguiente, tenía una urgencia o simplemente tenía que hacer un viaje y prefería conducir de noche.

El tono de voz de Colin había cambiado: vibraba con una emoción nueva, como si esos extraños giros en el caso y el hallazgo en el maletero fueran una oportunidad para escapar de las garras del invierno.

—Cuando estás convencido de algo, todas esas coincidencias, a las que normalmente no prestarías atención, se convierten en pistas, en elementos que parecen dirigidos directamente a nosotros, aunque en realidad sean meras coincidencias… ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí, lo entiendo. Y es tu punto de vista, pero no el mío.

Léane ya no podía más. Apenas conseguía mantenerse en pie y la última vez que recordaba haber dormido una noche entera parecía haber sido hacía una eternidad. Siguieron hablando unos cinco minutos más y después acompañó a Colin hasta la puerta. Él le devolvió las llaves del cuatro por cuatro.

—Ya he cerrado las puertas y el maletero. Volveré mañana, a

última hora de la mañana o a primera de la tarde, para el tema de la sangre y el ADN. No toques el coche hasta entonces —dijo Colin, al tiempo que descendía la mirada y la volvía a alzar—. Me alegro de que estés aquí.

Cuando se marchó, Léane dejó sus cosas tiradas y subió al primer piso, muerta de ganas de acostarse. La puerta del cuarto de Sarah estaba entreabierta. Echó un vistazo sintiendo la garganta constreñida. Nada había cambiado. Los mismos pósteres de deportistas, la misma ropa colocada al pie de la cama…, el mismo dolor crónico, cuatro años después. Una herida abierta en una casa que no dejaba de sangrar. No era de extrañar que Jullian se hubiese perdido de aquel modo.

Entró en el dormitorio matrimonial, dejó la maleta en el suelo y se tumbó en la cama sin molestarse en desnudarse, con los brazos en cruz. ¡Qué pesadilla! Estaba sola en aquella villa aislada, como uno de sus personajes arrojado en medio de la tormenta. Perdida, desorientada, zarandeada. Se imaginó a un novelista que disfrutaría manipulándola, volviéndola loca.

Se vio a sí misma escribiendo el libro de su propia historia, como Arpageon había hecho en *El manuscrito*, y plasmando en él toda la oscuridad del mundo. Oscuro. Siempre era ese tono, ese mismo negro de la ropa que vestía de adolescente, ese negro que le encantaba y que, sin embargo, la había hecho gritar tantas noches, desde hacía ya tanto tiempo…

Se incorporó de repente, helada de frío. Una mano invisible y gélida la había rozado. Lo había sentido de verdad.

«Es cosa de tu cabeza…», se dijo.

Cruzó los brazos para intentar entrar en calor y se dirigió al baño para asearse rápidamente. No se vio capaz de decir si faltaban objetos, si alguien había venido a revolver entre sus cosas íntimas. Ya se encargaría de esos detalles más adelante. Sin embargo, sintió tristeza: Jullian había guardado sus cremas, jabones y champús en el fondo del armario. Había borrado su presencia.

¿Acaso existía aún para el antiguo Jullian? ¿Qué iba a pasar ahora con el nuevo Jullian, el que no tenía memoria? En medio de aquella desgracia, ¿cabía la posibilidad de reconstruir un futuro juntos?

¿Había una segunda oportunidad?

Ese miércoles, alrededor de las ocho de la tarde, se acostó en su cama vacía, del lado de Jullian, con las piernas recogidas y en posición fetal, para intentar tranquilizarse a sí misma. Miró la puerta, abierta de par en par hacia la oscuridad del pasillo. Se levantó para cerrarla con pestillo y volvió a sumergirse bajo las mantas.

La almohada olía a almizcle. Era la caricia del perfume de su marido; el recuerdo de su fuerza imperturbable. Antes de bajar la intensidad de la luz —escribía cosas horribles, pero no quería dormir a oscuras: no esa noche—, se quitó el reloj y fue a guardarlo en el cajón de la mesilla de noche. Le dio un vuelco al corazón cuando descubrió un arma dentro.

La reconoció al instante, pues ya se había topado con ella en alguna de sus investigaciones: era una SIG Sauer 9 mm Parabellum.

Sabía que era el arma por excelencia de la Policía: en su libro, Judith había matado a Arpageon con la misma pistola.

La agarró por el mango. Era una pistola de verdad. Ya había disparado con ese tipo de armas en un centro de entrenamiento. El número de serie no estaba limado, por lo que no parecía tratarse de un arma de juguete, ni de una pieza del mercado negro vendida por un fajo de billetes. ¿Qué hacía un instrumento de la muerte como aquel metido en el cajón? ¿Dónde lo habría conseguido Jullian? ¿Por qué ese modelo en concreto, el mismo que aparecía en *El manuscrito*?

Presionó el pulsador del cargador y lo deslizó hacia abajo.

La recámara estaba casi llena. Casi.

Al igual que en el libro, solo faltaba una bala.

Capítulo 11

Aquel jueves al mediodía, Vic no sabía dónde colocarse en la acera frente al instituto ni cómo quedarse quieto. Le daba la sensación de que todos los jóvenes lo miraban fijamente, por lo que daba vueltas una y otra vez con el teléfono pegado a la oreja. Para entretenerse, escuchaba los mensajes de su buzón de voz mientras observaba a los alumnos que salían. Se dio cuenta de que nunca había ido a buscar a su hija desde que empezó el curso en septiembre, porque su vida se había convertido en un caos absoluto.

Cuando vio a Coralie entre su grupo de amigas, guardó el móvil y le hizo señas. Su hija, inmersa en la conversación, no lo vio.

—¡Coralie!

La joven se dio la vuelta rápidamente, le dirigió una mirada tan oscura como el maquillaje que contorneaba sus ojos y siguió su camino, con el bolso al hombro y el paso aún más apresurado. Vic echó a correr tras ella y acabó por agarrarla del brazo.

—Tenemos que hablar.

—¿Hablar de qué? No tengo nada que decirte.

—Bueno, pues yo sí.

Coralie entendió que no iba a rendirse y, siendo consciente de que todos los estaban mirando —y que corría el riesgo de pasar la mayor vergüenza de su vida con ese padre al que nadie conocía, con su chaqueta algo pasada de moda y el pelo despeinado—, lo guio hacia una pequeña zona verde, cerca de unos árboles desnudos y unos bancos vacíos. Al verla allí, con las alas desplegadas entre todos aquellos casi adultos, Vic se dio cuenta de que había dejado de ser la niña que había visto crecer. Agitó las llaves del coche.

—¿A qué hora tienes que volver a clase? Podíamos ir a comer a algún sitio.

—No tengo tiempo. Y, aunque lo tuviera, no iría.

—¿Sabes lo que ha hecho tu madre? ¿Estás al tanto de la nota?

La joven se cruzó de brazos, el pecho erguido bajo su abrigo acolchado, como si quisiera erigir un muro todavía más alto entre su padre y ella.

—Ya de por sí no está bien que digas que vives en un piso cuando estás durmiendo en un hotel de mala muerte, papá.

—No quería que… En fin, no es guay tener un padre que duerme en un hotel; solo quería evitarte esa preocupación.

—Gracias por preocuparte. Pero ¿sabes qué? Me duele más que te hayas olvidado de mi actuación anual de baile. Ni siquiera te pedí que vinieras, sé que eso te supera. Solo quería que me llevaras con tu tartana. ¡Pero no estuviste ahí, esperando enfrente de casa en el momento en que más te necesitaba!

—Yo… Lo sé, yo… Me cayó encima esta investigación, todo lo de tu madre, y… Es un cúmulo de cosas… Y… ¿por qué no me llamaste, por el amor de Dios? ¡Habría ido enseguida, yo…!

—Mamá no quiso que te llamara. Pero no pasa nada. Nos apañamos, como siempre. No hay problema.

—Cariño, he pensado en tu actuación todo el fin de semana, de verdad. Lo tenía escrito en grande en la puerta de mi habitación.

—¿En la puerta de tu habitación? ¿No podías anotarlo en el móvil, por ejemplo?

—Tendría demasiadas cosas ahí dentro y, además, ni siquiera se me ocurriría mirarlo. Ya sabes cómo va esto, ¿no? Esos cacharros que se supone que sustituyen la memoria no son para mí. Escucha, quería acompañarte y asistir, te lo prometo, pero llegué demasiado tarde al apart… al hotel anoche. Ahora mismo, las cosas están complicadas entre tu madre y yo. Y tú estás en medio de todo.

Vic miró los tablones verdes del banco frente a él; doce tablones paralelos, separados por cinco centímetros, tal vez seis. ¿Sería igual en el banco de la derecha? ¿Y en el otro, justo detrás? Volvió en sí y clavó la mirada en los ojos de su hija.

—Me gustaría que no mencionaras eso en el juicio.

—Mamá planea hacerlo. Lo tiene rodeado en rojo en su libreta. Y ella no lo va a olvidar.

El teléfono de Vic empezó a sonar en el peor momento. Era Vadim. Intentó ponerlo en silencio, pero los guantes se le enredaron, el móvil se le resbaló de las manos y acabó en el suelo. Coralie soltó uno de esos suspiros típicos de una adolescente.

—Ni siquiera eres capaz de cuidar de ti mismo, papá. Ni de alquilarte un piso donde vivir. De verdad, no es tan difícil. Un día te olvidarás de darle de comer a MammaM y la encontraremos muerta de hambre, por eso no puede quedarse contigo. Tienes la memoria de diez elefantes, pero aun así serías capaz de olvidarte de respirar. Mamá está agotada, papá. Ya no puede con todo esto.

Vic recogió el móvil del suelo con un gruñido. Cuando se incorporó, Coralie ya se alejaba de él. Dio dos o tres pasos tras ella, pero ya estaba cruzando la calle con prisa.

—¿Pasarás la Nochebuena conmigo? Podríamos ir…, no sé, a un restaurante chino. Hay uno cerca del hotel y…

Coralie se dio la vuelta y negó con la cabeza, apretando los labios, unos labios que a Vic le pareció que querían decir que sí, pero se resistían. Luego se alejó a toda prisa, con la cabeza escondida bajo el gorro. El policía no reaccionó. Se quedó ahí, plantado bajo los copos de nieve que empezaban a caer, rodeado de padres que, desde sus coches, habían presenciado aquel espectáculo patético de un padre perdido.

Clavó la vista en la pantalla hecha pedazos de su móvil.

—¡Mierda, joder!

Por suerte, el dispositivo aún funcionaba y la pantalla táctil respondía. Vic escuchó el mensaje de Vadim y, al volver al coche, ya sabía cuántos tablones tenían los otros bancos. Y cada vez que pasara frente al instituto recordaría ese número, cada palabra de la conversación con su hija en el parque, los copos de nieve que comenzaron a caer a las 12:22 h y aquella actuación de baile que, con una mediocridad ejemplar, él había olvidado.

Capítulo 12

Media hora más tarde, el dúo V&V se reunía frente al laboratorio de anatomía patológica y citología, cerca del parque Hoche. Julien Ferrigno, el anatomopatólogo designado por el procurador legal, quería verlos urgentemente. Se encontraba de pie ante las dos manos cuyas extremidades de las últimas falanges habían sido abiertas con un bisturí.

—¿Todavía no sabemos de quién son estas manos?

—No. Los resultados de los análisis de ADN no estarán listos hasta dentro de dos o tres días. El caso Chamrousse tiene al laboratorio hasta los topes de trabajo. Esto de las prioridades es una mierda, como si un doble homicidio no fuera importante… Por ahora, no tenemos suficientes criterios como para buscar en el archivo de personas desaparecidas. Además, no he encontrado ningún crimen con el que compararlo en el sistema de análisis de vínculos entre delitos violentos. Así que, teniendo en cuenta la situación en la que nos encontramos, ambas víctimas siguen siendo anónimas.

Ferrigno llevaba la camisa abotonada hasta el cuello, y el tono ceroso de los guantes de látex se le pegaba a los dedos como si fuese una segunda piel.

—Tengo que informaros de varias cosas —dijo, al tiempo que cogía una sierra para metales y la ponía entre las manos de Vic—. Para empezar, los miembros de las dos víctimas, por un lado, la propietaria de estas manos, y, por el otro, a la que le faltan las manos, fueron cortados con este modelo de sierra, de diente alterno. Se puede saber por la forma de los surcos en el hueso. También detecté unos rastros de un revestimiento azul antioxidante. Recogí algunas partículas de metal que dejó la sierra y os las haré llegar para que las analicen, si os parecen útiles.

Vic miró la sierra: una herramienta normal y corriente que se podía encontrar en cualquier tienda de bricolaje. El asesino había actuado de forma artesanal. El médico cogió la mano izquierda.

—Tengo una buena y una mala noticia. ¿Por cuál empiezo?

Vadim fue el más rápido en responder:

—Por la buena.

—Muy bien. Creo que tengo algunos elementos que os ayudarán con la investigación.

Colocó la mano bajo la lente de una lupa articulada.

—Vale, veamos. Aquí está esta gran cicatriz antiestética en el dorso de la mano. Es antigua, cirugía reconstructiva, por lo que no se puede sacar mucho de eso. Pero… —Giró la mano—. ¿Veis estos cortes en la palma? Son recientes.

—Parece que se hicieron de forma intencionada y que siguen un patrón.

Ferrigno asintió.

—Efectivamente. Y pasa lo mismo con la otra. Los patrones son idénticos. No es una casualidad: la propietaria de estas manos se infligió esas heridas, como si intentara expresar algo.

—O puede que sea cosa del asesino.

Ferrigno esbozó una sonrisa sincera.

—Sería un pésimo policía. Eso no es todo, seguidme.

Los instó a acercarse a un microscopio. Bajo sus lentes había unos trozos de piel aplastados entre unas láminas de vidrio. El especialista encendió una pantalla, que les mostró el dibujo de una huella dactilar.

—He analizado, ampliado y digitalizado los dibujos de las últimas falanges, corte por corte, como si estuviera pelando los dedos con una lija, en capas de unos pocos micrones. Aquí, por ejemplo, podemos observar unos cortes en el dermatoglifo del pulgar derecho. Las crestas dérmicas son totalmente normales, idénticas de una capa a otra.

Pulsó una tecla.

—Ahora, el índice.

Vic se estremeció. En algunos de los cortes faltaban crestas digitales, como si las hubieran borrado con una goma.

—Es prácticamente invisible a simple vista, pero las capas de células que forman la superficie de la epidermis no tienen la misma altura. He comprobado todos los dedos, y solo las últimas falanges de ambos índices presentan estas características.

—Es como si se hubiera dañado la punta de los índices de tanto frotarlos. ¿Pero frotarlos contra qué? ¿Madera? ¿Lija?

—Eso habría causado muchos más daños; la epidermis habría sido atacada más en profundidad y de forma irregular. En este caso, es sutil, muy suave. ¿Tendrá relación con un oficio en que se usen esos dos dedos en concreto? Tal vez era costurera y estaba en contacto constante con las telas o algo así. Espero que estas observaciones puedan orientaros un poco.

Vadim hizo un gesto con la mano, como diciendo: «Más o menos».

—Algo es algo, pero tampoco consideraría esto una buena noticia. Prefiero no saber cuál es la mala.

Ferrigno hizo que las puntas de los guantes chasqueasen al quitárselos.

—Ahora vamos con eso. He recibido el informe toxicológico de las dos víctimas. La que tiene el cráneo fracturado no presenta nada relevante en sangre, salvo deficiencias de hierro, sales minerales y ese tipo de cosas, compatibles con una detención prolongada. En el informe doy más detalles. Pero… la propietaria de estas manos… es un asunto completamente distinto. Los análisis revelaron altas cantidades de carvedilol en sangre.

Vic inclinó la cabeza.

—Un betabloqueador que disminuye la presión sanguínea y el ritmo cardíaco.

—Correcto. Cabe destacar que este medicamento hace que la sangre se aleje de las extremidades. Los pacientes que están bajo este tratamiento suelen tener los pies y las manos frías. Asimismo, se han hallado rastros de buflomedil, un vasodilatador también utilizado para disminuir la presión arterial.

—¿Quizá la víctima estuviera bajo tratamiento?

—No con esas dosis. Y el análisis de la queratina de las uñas no muestra ningún rastro antiguo de esos medicamentos. Pero eso no es todo: también he detectado morfina en niveles muy elevados.

Creo que no hace falta que os haga un croquis, pero es un analgésico de nivel tres que se utiliza para tratar dolores fuertes, incluso insoportables.

—Como después de una amputación…

—Exacto. Pero, si he encontrado su presencia en estas manos, eso significa que la víctima ya tenía morfina en el cuerpo antes de la amputación.

Vadim parecía tan perdido como un pulpo en un garaje.

—No nos estarás diciendo que estaba viva cuando le cortó las manos, ¿no?

—Eso mismo estoy diciendo. Me da la sensación de que el hombre que buscáis ha hecho todo por atenuar el dolor y el sangrado. Dicho de otro modo, no me sorprendería que la propietaria de estas manos siga viva ahora mismo, mientras os cuento todo esto.

Capítulo 13

Vadim se sentó en un banco del parque Hoche, al pie de una hilera de álamos de ramas alborotadas que se mecían entre los copos de nieve. Ya hacía semanas que las montañas se habían vestido de gala con su manto blanco, que no se quitarían hasta abril. Qué frioleras, estas montañas. El policía sacó un cigarrillo del paquete y lo colocó entre sus labios carnosos.

—Justo cuando decides dejar de fumar, siempre se te pone algo por delante que te hace recaer. Pensaba que este periodo de festividades sería tranquilo, propicio para los buenos propósitos. ¡Y una mierda!

Vic seguía de pie frente a él, con las manos metidas en los bolsillos. Una fina película de nieve le cubría el cabello y los hombros. El parque, normalmente lleno de vida, estaba desierto. Solo vio a un tío que paseaba a su perro a lo lejos. Vic pensó que siempre había tíos que paseaban a sus perros en los parques, a cualquier hora del día y con cualquier clima.

—Ya has oído lo que ha dicho Ferrigno, Vic. Si de verdad se controlaron las hemorragias en el momento de la amputación y recibió la medicación adecuada y cambios de vendaje regulares…, puede que siga viva. Pero, sin los cuidados apropiados, va a terminar muriendo de una infección o, en todo caso, vivirá un absoluto martirio. ¿Cuándo encontramos las manos en el maletero?

—El lunes, a las diez… y nueve minutos.

—¡Me la sudan los minutos, joder! Lo importante es que han pasado tres días por lo menos. Tres días en los que…

Le dio una calada al pitillo y prosiguió:

—¿A quién nos enfrentamos, Vic? ¿A qué clase de cabrón retorcido? Quiero decir, nuestros compañeros se enfrentaron a Andy

Jeanson hace dos años y el muy gilipollas sigue dándoles guerra incluso entre rejas. Y ahora nosotros tenemos que lidiar con el Descuartizador, un chiflado que no tiene nada que envidiarle…

Andy Jeanson… El Viajero… Vic todavía seguía el caso de cerca, y tenía una relación extraña con el asesino. Durante un viaje que hizo a Lyon para llevar a cabo una formación de cuatro días sobre temas antiterroristas, hacía aproximadamente un año y medio, sus compañeros estaban liados con el caso Jeanson. Vic había tenido la oportunidad de ver las fotos de los mechones de pelo de las distintas víctimas del Viajero. La última mañana de formación, pidió acceso a las pruebas selladas para contar el número de pelos de cada mechón. ¿Por qué? Ni él mismo lo sabía. «Tengo ganas de contar», fue lo que había respondido. Se rieron en su cara y le pidieron que se fuera a casa.

Dos días después, lo llamaron para felicitarlo: alguien había contado los pelos y había llegado a quinientos doce en cada mechón. En ese entonces, los compañeros de Lyon interrogaron a Jeanson: «¿Por qué quinientos doce?». El asesino no respondió, pero quiso conocer al policía que había sido capaz de desencriptar lo que él llamaba «una puerta de entrada a su mundo».

Gracias a eso, Vic tuvo libre acceso al expediente de Jeanson, a las distintas actas del caso, a una gran variedad de informes —autopsias, Policía científica, peritajes psiquiátricos— para impregnarse lo mejor posible de la personalidad del asesino.

Andy Jeanson, aunque inteligente, había tenido una infancia complicada: un padre violento, acoso en el colegio debido a su físico poco agraciado y unos años pasados en un internado famoso por su crudeza, donde los niños crecían en un entorno hostil y aislado, en plena montaña. Ya de adulto, nunca logró mantener un empleo estable.

El interrogatorio tuvo lugar en las instalaciones de la brigada de investigación criminal de Lyon, con la esperanza de que se abriera más con Vic y confesara la ubicación de los últimos cuerpos. No sirvió de nada; no reveló nada más de lo que los equipos ya sabían. Al final del interrogatorio, pidió una hoja de papel y un lápiz, y escribió: *Kaspárov-Topalov, 1999*. Luego el asesino fue devuelto a su

celda, habiendo soltado una única palabra antes de salir de la sala de interrogatorios: «distracción». O el arte de atraer la atención.

Al igual que sus compañeros, Vic se había quebrado la cabeza con la partida de ajedrez entre Kaspárov y Topalov, una de las más destacables, ganada en cuarenta y cuatro jugadas por el célebre campeón ruso Garry Kaspárov. También se la conocía como la Inmortal. Hasta hoy, nadie había conseguido entender el sentido de ese enigma. ¿Resolverlo ahora llevaría a Jeanson a confesar la ubicación del último cuerpo, el de Sarah Morgan, de una vez por todas?

Vic negó con la cabeza, mientras Vadim seguía hablando:

—Es mucho en muy poco tiempo. ¿Crees que es culpa del mundo en el que vivimos? ¿Una especie de aumento de la violencia?

Vic pensó en el insulto que le había dejado su mujer en el hotel, en el divorcio, en la discusión con Coralie frente al instituto; en todos los políticos, presentadores y periodistas que se cantaban las cuarenta a través de los medios de comunicación o se lanzaban mensajes hirientes en redes sociales; y también en el hecho de que pasaría la Navidad solo, a sus cuarenta y cinco años, en una habitación lamentable, probablemente con la nariz metida en expedientes criminales en vez de en un pavo.

—Es el mundo en el que vivimos, que va demasiado deprisa. La violencia no ha hecho más que adaptarse y seguir el ritmo.

—¿Por qué la mantiene con vida? ¿Y por qué le rompió la cabeza a la otra? A ella también le cortó las manos, pero al menos ya estaba muerta, según Ferrigno. No acabo de entender su lógica.

—Y eso que tiene que haber una sí o sí. El hombre que buscamos sigue un camino. En la gasolinera no mostró ninguna señal de nerviosismo, y eso que llevaba un cadáver en el coche. Solo tenemos que meternos en su cabeza.

—Meternos en su cabeza… Bien… Bueno, pues cuando lo hayas conseguido ya me pasarás su dirección.

Vic empezó a dar vueltas, mirando fijamente la palma de su propia mano. Recordaba las microlesiones en las palmas de la víctima, que parecían tener un sentido. Unas marcas voluntarias; unos patrones que no eran ni cifras ni letras. ¿Sería un código?

—Tenemos que centrarnos en lo que tenemos por ahora. Esas dos manos… ¿Qué crees que podría modificar con tanta sutileza la superficie de las huellas dactilares en la punta de los dedos índices derecho e izquierdo?

—No tengo ni idea. Quizá tecleara mucho en el ordenador, como todo el mundo hoy en día.

—¿Solo con los índices?

—O puede que señalara aviones en pantallas de radar, o que le gustara meter los dedos en plastilina. ¡Joder, qué coño vamos a saber nosotros, Vic! ¿De qué nos sirve esta mierda sin sentido? Sería mejor que ayudásemos a los demás a buscar de dónde pudo venir ese maldito Ford.

—Mimolette y Dupuis se están encargando de revisar todas las grabaciones de la estación de servicios de los dos últimos meses. Hasta ahora, el Ford nunca se había parado allí.

—¿Y? Habría que ir a llamar a las puertas de las casas de los pueblos ubicados detrás de la gasolinera, por ejemplo. Mover el culo, ¿no? En lugar de andar racaneando información de laboratorio en laboratorio.

—Eso estamos haciendo: movernos. Estamos pensando…

—Preferiría poner mis pensamientos en práctica, dándole una patada en el culo a ese hijo de puta. Yo no soy como tú, no tengo el cerebro como una esponja marina. Necesito moverme, estirar las piernas, ¿sabes?

Vic frotó los dedos índices, uno contra el otro.

—Frotaba contra algo que no se pega a la piel. Habló de tejidos. Es… la repetición del gesto lo que desgastaba la superficie de los dermatoglifos. Los dedos… Solo la punta de los dedos.

Un montón de oficios desfilaron por su mente, como las páginas de una enciclopedia que se hojea a toda velocidad. Vadim se puso de pie y aplastó el cigarrillo con el talón. Se sacudió la cazadora y se puso en marcha hacia la salida del parque.

—Ya pensaremos en eso más tarde, ¿vale?

Cuando se dio la vuelta, comprobó que Vic no se había movido del sitio. Su compañero, inmóvil, tenía la mirada clavada en el hombre que paseaba al perro y que caminaba en su dirección. Morel conocía

demasiado bien a su compañero, así que sabía que se acababan de poner en marcha unos engranajes escondidos bajo su cráneo; que era probable que la máquina de neuronas estuviera escupiendo una solución que solo ese cerebro podía descifrar. Vic era un desastre como policía —en lo que respecta a los procedimientos, el papeleo y, para más inri, disparaba con la pistola como el culo—, pero se le daba bien hablar con la gente y tenía una intuición incomprensible que, a menudo, impulsaba la investigación y le evitaba terminar relegado a un despacho, como aquella vez que tuvo la brillante idea de contar los pelos de los mechones.

Morel volvió hacia él con paso lento.

—Venga, dime. ¿Qué oficio?

Vic le hizo un gesto, pidiéndole que esperase. Después giró la pantalla del móvil hacia su compañero.

—Todos esos cortes antiguos en las manos forman patrones en braille. Pone PIEDAD.

—¿En braille? ¿Me estás vacilando?

—El braille se lee con la punta del dedo índice de cada mano. Es ese movimiento repetido sobre los relieves lo que borra poco a poco los dermatoglifos.

Los dos policías intercambiaron una mirada seria.

—Es ciega.

Capítulo 14

—Creo que la he encontrado.

Vic se abalanzó sobre el ordenador de Vadim, situado frente al suyo. Ambos hombres llevaban más de diez años trabajando en el mismo despacho del departamento de criminología de la delegación de Grenoble, que dependía de la dirección interregional de la Policial judicial de Lyon, al igual que Chambéry, Annecy, Valence y Saint-Étienne. El lugar era de todo menos glamuroso —cuatro paredes cada vez menos blancas, recubiertas de pósteres y fotografías—, y era demasiado caluroso en verano y demasiado frío en invierno, pero a fin de cuentas era su guarida y se sentían cómodos allí dentro. Morel giró la pantalla.

—Apolline Rina, dieciocho años, desaparecida hace un mes y medio. Es el único caso de desaparición misteriosa de una chica ciega en los últimos diez años. Hay muchas papeletas de que sea ella.

Morel se recostó en la silla, orgulloso de su descubrimiento. Los datos indicaban que la joven había desaparecido en el domicilio familiar en Saint-Gervais-les-Bains, un pueblito ubicado a algo más de cien kilómetros de Grenoble.

—Los compañeros de Annecy están a cargo del caso.

Vic se colocó delante de la ventana, donde se arremolinaban algunos copos de nieve. La víctima se reducía a un par de manos. No obstante, tenía un nombre, un rostro, una sonrisa. Apolline, de pelo largo y rizado, poseía un rostro que transmitía serenidad. Era una chica guapa, de rasgos delicados. El policía miró su reloj de pulsera: ya pasaban de las tres de la tarde.

—Vale, me voy cagando leches a Annecy. Mientras tanto, llámalos, explícales lo de las manos y avísales de que voy en camino. Avisa al

jefe también y que llegue a un acuerdo con ellos para que intercambiemos los informes lo antes posible. Es probable que la vida de una chica joven esté en juego.

Morel apenas asintió y su compañero ya se había metido las fotografías en el bolsillo y había desaparecido. Por lo general, a Vic le gustaban los días en los que una investigación adquiría buen ritmo, en los que las pistas empezaban a encajar y el tiempo se deslizaba como una estrella fugaz. Pero en esa ocasión era algo muy diferente. Se estaba alejando de Coralie y se acercaba a un demonio, un ser que había secuestrado, torturado y mutilado a dos chicas, como mínimo. Apolline, ciega, y el cadáver del rostro arrancado y de los ojos robados. Había una relación con el sentido de la vista. ¿Una obsesión del asesino? ¿Le asustaba ser escrutado y juzgado, hasta el nivel de privar a su víctima de los ojos y destruir su rostro?

El policía también recordó las letras en braille, inscritas en cada mano: PIEDAD. Apolline había pedido ayuda a su manera. Y nadie había acudido en su auxilio. Estaba sola, en la oscuridad de su existencia, privada de sus miembros, a la espera de que, tal vez, alguien fuera a rescatarla.

Aix-les-Bains, Annecy, a toda pastilla. Una hora y media más tarde, Vic bordeó el lago de Annecy, de aguas grises y adormecidas. Las cumbres de las montañas se ocultaban tras unas nubes bajas, hinchadas de humedad. La ciudad se encogía, como un hombre enfermo y acurrucado. En invierno, las ciudades de montaña se convertían en montañas en sí mismas.

El policía que lo recibió fue el capitán Philippe Boulgronier, el jefe de grupo del caso Rina. Lo llevó a su despacho, cubierto de fotos de la niña, de bocetos, de nombres y lugares unidos por flechas, y le sirvió un café. El despacho era oscuro y estaba abarrotado, como si fuera un trastero. Cuando Vic le mostró las imágenes del maletero del Ford y de la autopsia el capitán, se tensó, sentado en la silla con ruedas, visiblemente conmocionado.

—Cuando trabajas en este tipo de desapariciones, siempre te esperas lo peor. Pero, en este caso, esas manos sin cuerpo y ese cuerpo sin manos… Y dice que son dos víctimas… ¿Y que puede que

Apolline siga con vida, a pesar de que le hayan cortado las manos? Es… impensable.

Vadim se lo había explicado todo por teléfono. El robo del Ford, el cuerpo en el maletero, los miembros amputados, los dedos índices dañados por la lectura del braille… Por supuesto, había que esperar a los resultados de ADN, pero había muchas papeletas de que esas manos fuesen las de Apolline.

Boulgronier apoyó la mano derecha sobre un expediente grueso.

—Apolline padecía una retinosis pigmentaria, una enfermedad degenerativa que le destruyó las células de las retinas. Se quedó ciega a los doce años, y se hundió en la oscuridad más absoluta.

Vic miraba fijamente una fotografía en la que la joven vestía un vestido de flores.

—¿Cómo desapareció?

—Sucedió en casa de sus padres, la tarde del 2 de noviembre de este año. Vivían en un bonito chalé a lo alto de Saint-Gervais. El lugar está bastante aislado. Los padres se habían ausentado, dejando a Apolline sola con Valkan, su perro guía. Cuando volvieron a casa esa noche, el labrador estaba delante de la casa, llorando, y Apolline había desaparecido. Suponemos que el secuestrador se la llevó cuando salió a dar un paseo. Le gustaba caminar por los bosques de los alrededores con su perro.

—¿Tienen alguna pista?

—Es una investigación compleja. Ni un rastro, ni un testigo. Nunca había pasado algo parecido en Saint-Gervais o en sus alrededores. El perro no le habría hecho daño ni a una mosca, así que es complicado decir si el secuestrador conocía a la víctima o no.

Se acercó al mapa de la región, que ocupaba buena parte de la pared.

—El secuestro se cometió durante las vacaciones de otoño, por el día de Todos los Santos. El resto del tiempo, Apolline era interna en un instituto para jóvenes ciegos, los Senones, en Montagnole, a unos cuantos kilómetros de Chambéry. La institución acoge hasta cien jóvenes de entre catorce y veinte años.

Señaló una foto del instituto, con altos muros de piedra y arcos de granito; un edificio de otro siglo que parecía a su vez un trozo

desprendido de la montaña. Vic se imaginó un convento, con sus monjas con toca y sus cánticos resonando en pasillos austeros.

—Las personas con discapacidad visual viven allí durante todo el año, salvo durante las vacaciones escolares, y algunos de ellos están escolarizados fuera, en Chambéry, en instituciones públicas. A pesar de su discapacidad, intentan llevar una vida de joven adulto lo más normal posible.

Vic señaló la parte izquierda de la foto.

—¿Es una capilla?

—Sí. Los Senones era un antiguo colegio católico, por lo que han mantenido algunas tradiciones religiosas. Bastantes de los jóvenes ciegos rezan o se cobijan en la capilla. Hay que aferrarse a algo cuando todo es oscuridad a tu alrededor.

Por la mente de Vic cruzó la imagen de la cruz religiosa que colgaba de la cadena del retrovisor del Ford. ¿Y si el asesino tuviese algo que ver con el instituto? ¿Un empleado, tal vez?

—¿Han interrogado al personal del instituto?

—Vamos poquito a poco. Es complicado explicárselo todo en unos minutos. Ya se leerá el expediente. Los jóvenes tienen muchísimas actividades y se cruzan con mucha gente: profesores, médicos, instructores, simples empleados, padres… No se sabe si el secuestrador conocía a Apolline o si se trata de un secuestro oportunista y totalmente casual. En todo caso, no se puede descartar esa posibilidad. Evidentemente se interrogó a los amigos y amigas de Apolline en los Senones. Nada sospechoso, ningún secreto ni ningún novio, tan solo relaciones normales con el equipo que los supervisa. El secuestrador quizá solo sea alguien que pasó frente a su casa, en Saint-Gervais; un depredador que vio a una joven vulnerable caminando y la secuestró. Es fácil atacar a una ciega.

—No creo que fuera así. Ciertos elementos me llevan a pensar que el hombre que buscamos vive en los alrededores de Chambéry.

—¿Qué elementos?

—Es una especie de intuición.

—¿Una especie de intuición? ¿Eso es lo que tengo que decirles a los padres, que nos dejamos llevar por una especie de intuición?

—Siento que conoció a Apolline en el colegio o incluso en el instituto. Sabía dónde vivía. Debía de conocerla bien, o a lo mejor tenía acceso a su expediente. Puede que hubiese esperado a las vacaciones para evitar crear un vínculo demasiado evidente con Chambéry o Montagnole, para centrar su atención y la de sus investigadores en otro lugar.

—¿Está trabajando solo con una especie de intuición o tiene pruebas?

—Ya se forjará su propia opinión cuando lea nuestros informes. Creo que nuestros jefes han llegado a un acuerdo para que intercambiemos rápidamente los expedientes, ¿no?

—Teniendo en cuenta la urgencia de la situación, nos interesa trabajar juntos, efectivamente.

Vic se levantó con una idea en mente. Afuera, la noche ya se había instalado y la nieve caía en pesados copos.

—Es mejor que me ponga en marcha para no quedarme aquí bloqueado.

Boulgronier miró una última vez las fotografías de la escena del crimen y se las devolvió a Vic.

—¿Qué cree que vincula a Apolline con la otra víctima hallada en el maletero?

—Es demasiado pronto para hacer conjeturas.

Los hombres se despidieron con un apretón de manos, y, justo cuando Vic estaba a punto de salir:

—¿Teniente Altran?

Boulgronier le dio su bufanda. Vic la cogió con una sonrisa.

—Debe de ser la quinta que compro este año. Suelo perder las cosas. —Se tocó la sien—. Además de la memoria.

—A todos nos pasa. Y no va a mejor con la edad. De hecho, hay una cosa que me reconcome por dentro desde que llegó: ¿usted salió en la tele? ¿En un concurso o algo así?

—Qué va.

Un rato más tarde, Vic se incorporó a la autopista, dirección Grenoble. Sin embargo, al cabo de una media hora, se desvió por la carretera departamental D1006, con el teléfono en manos libres, hablando con Vadim.

—Entonces, ¿de verdad crees que el hombre que buscamos forma parte del personal de ese instituto? ¡Seguro que los compañeros de Annecy ya le han dado mil vueltas al asunto!

—El centro imparte enseñanza religiosa, y había una cadena colgando del retrovisor del Ford. En cualquier caso, no pierdo nada por preguntarle al director si alguna vez ha visto el Ford gris. Solo será una visita de cortesía.

—¿Una visita de cortesía? No hagas ninguna tontería, Vic, ¿me oyes? No podemos buscarnos problemas con los compañeros de Annecy, y todavía no tenemos la autorización para actuar como nos plazca.

—Ese es el problema: el papeleo. Piensa en Apolline, Vadim. Piensa en Apolline por un segundo.

Vic colgó con un gesto de rabia. Estaba hasta los cojones de los procedimientos. Un cabrón le había cortado las manos a una cría y su vida pendía de un hilo, ¿cómo iba a tomarse el lujo de esperar unos malditos papeles? La iluminación de las farolas empezó a escasear, apenas unos destellos de vida en la noche perpetua de la roca. Las carreteras comenzaron a serpentear, cada vez más estrechas, como si se hundieran en un universo de caos donde solo reinaba la oscuridad.

Enseguida divisó la señal de MONTAGNOLE, iluminada por el resplandor de los faros. Después se alzó ante él la silueta del instituto de los Senones, al pie del macizo de Chartreuse. Solo un par de buhardillas iluminadas en los dos pisos atravesaban la oscuridad de la noche. Le parecía poca iluminación, pero recordó dónde estaba a punto de llegar: a un mundo donde la luz ya no existía.

Capítulo 15

Jullian estaba leyendo cuando Léane llegó al hospital el jueves al mediodía. Mientras Colin y un equipo de la Policía científica trabajaban en el maletero del cuatro por cuatro, ella había preferido salir de casa, tras una noche de mierda, pensando en el motivo de la presencia de la SIG Sauer en el cajón de la mesilla de noche. No le había mencionado su existencia a Colin, pues esperaba a tener las ideas un poco más claras.

Arrastró una silla y se sentó cerca de la cama.

—¿Cómo te encuentras?

Jullian estaba leyendo su libro: *El manuscrito*.

—Me lo trajo el médico esta mañana, después de las pruebas. Ya casi lo he terminado. Me dijo que me traerá otros. Me resulta gracioso conocer a mi mujer por medio de una novela, sobre todo cuando el autor es un hombre. Por lo visto, no se puede decir que eres tú, ¿no?

—Algunas personas de por aquí lo saben, pero para mí es muy importante mantenerlo en secreto. Y para ti también.

—Tengo que alejarme de tu protagonista, esa tal Judith Moderoi que secuestra al escritor, si no, me va a dar la sensación de que la tengo delante de mis narices. Escribes cosas tan… complejas y… terroríficas. Por favor, dime que esa mujer no se parece a ti.

—Ni un poquito. Solo salió de mi imaginación.

Jullian dejó a un lado la novela y giró su alianza. Léane entendía lo que decía, aunque sus palabras parecían salir del buche de un pelícano.

—¿Cuánto tiempo llevamos casados? ¿Cómo es que no salí corriendo? ¡Si vivo con una maldita psicópata!

Léane esbozó una sonrisa.

—Empecé a escribir hace diez años. *El manuscrito* es mi quinto libro. Nos conocíamos desde hacía diez años cuando me convertí en escritora. Me crie en Dunkerque y daba clases en Berck, como mis padres. A mis padres no los verás muy a menudo, pues se mudaron a Tailandia en cuanto se jubilaron. Eso no significa que nos hayan abandonado, solo que… quieren vivir su propia vida, disfrutar…

Su mirada se perdió en el vacío.

—Cuando tú y yo nos conocimos, ya trabajabas en la restauración de edificios… Estuviste en una obra que se llevó a cabo en el colegio en el que daba clases, y así fue como empezó todo, como empezó nuestra historia.

Jullian se enderezó y se sentó frente a ella.

—Primero me entero de que vivo con alguien famoso. Después, de que voy a tener lectura para rato. ¿Cinco libros, dices? Tengo toda la intención de devorármelos, señora «Enaël Mirraure2». Mirraure es por *miroir*, «espejo» en francés, ¿no?

Cuando pronunció su seudónimo, Léane sintió una sensación que no pudo explicar, pero que la incomodó. ¿Sería porque lo dijo de una manera distinta, o porque la observaba como si la descubriera por primera vez, como una novela nueva cuya salida anhelaba desde hacía meses y por fin tenía entre las manos, ansioso por devorar sus páginas? Léane intentó ocultar su desconcierto.

—Se podría decir que sí.

—¿Y cómo surgió todo esto? Quiero decir… ¿Por qué adquirir el seudónimo de un hombre? ¿Y escribir cosas siniestras?

Léane nunca supo responder a esa pregunta ni entender los misterios de la creación del seudónimo. Había sido maestra, al igual que sus padres antes que ella. No se había puesto a quemarles las alas a las moscas de niña ni había sido una fanática de las películas de terror en su juventud. Había leído mucha novela negra, eso por descontado, pero no podía explicar la oscuridad de su pluma. Así pues, evadió la pregunta:

—He hablado con el médico. Hoy ha sonado más tranquilizador que ayer. El resto de tus memorias, las del aprendizaje y los gestos automáticos, están intactas. Además, no han encontrado lesiones en el cerebro… Por lo visto, ya tuviste una especie de recuerdo esta

mañana, ¿no?

—El logopeda me fue dando diferentes frutas, una por una, y entre ellas había un plátano. Duró la fracción de un segundo, pero me vi a mí mismo en medio de una platanera, vestido con unos pantalones cortos azules. Tú estabas a mi lado. ¿Es posible?

Léane rebuscó en el fondo de su memoria, pero nada le vino a la mente. De todas formas, fingió que sí se acordaba.

—Los recuerdos más antiguos son los más robustos. Sin duda, serán los que te regresen primero a la mente.

—Eso espero. Cuéntamelo todo sobre nosotros. Dónde vivimos, quién soy; sobre tu trabajo y el mío. ¿Hemos hecho más viajes juntos? ¿Tenemos hijos? Dime, ¿acaso tenemos nietos? Supongo que la foto que me enseñaste ayer es de nuestra hija, ¿no? ¿Dónde está?

Léane sintió la necesidad de acurrucarse junto a él, de hundir el rostro en el hueco de su hombro. Estaba llorando cuando Jullian se apartó. Recogió una lágrima con los dedos y le acarició la mejilla, unos gestos tiernos que no había tenido con ella desde hacía una eternidad.

—¿Qué pasa?

—Perdón, es que se me hace raro que… En fin, tu amnesia y esta impresión de que… de que no sabes nada sobre nosotros. Tus pequeños gestos, tus miradas. Es como si todo se hubiera parado, como si volviéramos atrás en el tiempo y empezáramos nuestra historia desde el principio.

Jullian alzó la novela.

—Como tu libro, *El manuscrito*. Historias que comienzan y nunca terminan —dijo, sonriendo—. El doctor dice que la mayoría de los pacientes amnésicos tienen miedo. Yo no. Porque tú estás a mi lado.

—Por cierto, volviendo a tu pregunta… Sí, tenemos una hija. Ella…

El médico le había recomendado no forzar a Jullian en el plano psicológico. La estructura dentro de su cabeza estaba frágil, ya fuera su memoria o su estado mental. Había que avanzar con delicadeza. Sacó la foto de su cartera y se la enseñó.

—Esta es Sarah. Estudia en Saint-Luc, en Bélgica. Le encanta la fotografía, se pasa todo el tiempo sacando fotos, ¡ya lo verás! No…

No le he contado lo de tu agresión. Todavía no. Tiene… Tiene simulacro de exámenes durante varios días y… no quería que se preocupara.

Jullian acarició el papel satinado con los dedos. Léane se sentía atormentada por sus mentiras. Estaba a punto de quebrarse y de soltarle toda la verdad de golpe. ¿Qué podía haber peor que mentir sobre la muerte de su hija? Su marido la miró fijamente.

—Se parece mucho a ti.

—Se parece a los dos.

—¿Me la puedo quedar? Quizá me ayude a acordarme de ella.

—Te daré otra. Esta en concreto siempre la llevo conmigo.

Jullian asintió y le devolvió la fotografía. En esa ocasión, la miró con seriedad.

—Lo que me ha pasado… Esta agresión… ¿Había algún motivo detrás? ¿Pasa algo raro en torno a nuestra familia? Está ese poli que vino a última hora de la mañana, ese tal…

—… Colin Bercheron.

—Sí, Colin Bercheron. Me dijo que no me habían robado nada y que sucedió durante una caminata. Pero… no sé, cualquiera diría que parecía desconfiado, que… me reprochaba algo. No parece que le agrade demasiado. Ah, pero me tutea, eso sí.

—Vivimos en un pueblo pequeño… Colin es un policía concienzudo. Solo hace su trabajo. Por ahora, nadie sabe lo que te ha pasado.

Jullian miró por encima del hombro de Léane. Un hombre estaba ahí plantado. Jacques Morgan, con su metro noventa de altura, se acercó y abrazó a su hijo.

—Pero qué te han hecho esos sinvergüenzas…

Enseguida se dio cuenta del desastroso estado en el que se encontraba la memoria de Jullian y salió al pasillo para hablar con Léane. Su cráneo calvo, salpicado de manchas marrones, brillaba bajo los neones. La edad le había encogido los huesos, pero, a sus sesenta y dos años, Jacques Morgan aún irradiaba fortaleza. Jullian había heredado sus grandes ojos color avellana y el labio inferior en forma de corazón: los mismos genes, el mismo defecto de fábrica. Léane le explicó la situación, le informó acerca de lo que le habían

dicho los médicos y lo que ella le había contado sobre Sarah. Jacques no se anduvo con rodeos. Con la cabeza gacha, como un carnero embistiendo, dijo con total sinceridad:

—Mentir de esa forma es aberrante…

—Es mejor empezar así. Es por su bien. Usted y yo tenemos que estar en sintonía. Evite hablarle de Sarah y de nuestra separación. Para él, vivimos todos juntos en la villa y Sarah estudia en Saint-Luc, ¿vale? Debemos ir progresivamente. Respecto a lo demás… no veo motivos para mentir.

—¿Y su madre y su suicidio?

—No sé, quizá sea mejor contárselo. Coménteselo a los médicos.

—Vale.

—Lamento no haber estado muy pendiente últimamente. ¿Cómo está, Jacques?

—Voy tirando. La muerte de Jeanne me dejó un vacío, eso está claro. Pero prefiero ese vacío a lo que se había convertido.

Agachó ligeramente la cabeza y se metió las manos en los bolsillos de su abrigo. Léane no insistió. La historia de Jeanne Morgan y el cemento que, a pesar de todo, había mantenido unido a ese matrimonio durante más de cuarenta años seguiría siendo un completo misterio. Reemprendieron el camino hacia la habitación.

—Si quiere puede quedarse a dormir en casa.

—No hace falta, no quiero ser una molestia. Iré alternando entre el hospital y la casa de pescador, al otro extremo del espigón. Me he traído trabajo, tengo que cerrar todos los balances de fin de año de mis clientes. ¿Quizá ya le hayan dado el alta a Jullian para Nochebuena? En ese caso, podríamos, no sé, hacer algo juntos en la villa, antes de que vuelva a casa.

Léane asintió. Solo quedaban cuatro días para Navidad. Jacques entró en la habitación mientras ella respondía a una llamada telefónica.

—¿Colin? ¿Puedes llamarme más tarde? Estoy en el hospital y…

—El equipo y yo estamos revisando el cuatro por cuatro al dedillo. Tienes que venir. He descubierto algo más.

—¿El qué?

—Prefiero que lo veas con tus propios ojos. Te espero en el sótano

de la villa. Date prisa.

Y colgó sin añadir nada más.

Léane sintió un nudo en el estómago al abrazar a su marido, paralizada por el miedo a lo que podría revelar ese maldito análisis de sangre encontrado en el maletero. Pensó en el arma con una bala menos. ¿Y si Jullian había cruzado la línea? ¿Y si había cometido un acto impulsado por la venganza, la rabia y el odio, algo que ella aún no lograba entender?

Se despidió de su suegro y salió a la carretera; la ansiedad carcomiéndola por dentro. Cogió la llamada de su agente de prensa, quien le preguntó dónde narices se había metido. Léane le explicó que le habían dado una paliza a su marido, que había perdido la memoria y que debía quedarse a su lado por un tiempo indefinido. Aquella novela que había tardado más de cuatro años en escribir, que había arrancado de sus entrañas y de la oscuridad más profunda de su ser, se había convertido ahora en lo que menos le importaba en el mundo.

—Lo entiendo, Léane. Tómate todo el tiempo que necesites. El libro sigue su curso, y las ventas se han disparado con la llegada de la Navidad. Pero te llamo porque, precisamente, tenemos un problema muy gordo con la novela. François tiene que ponerse en contacto contigo de inmediato. Hay algo que… Mierda, esto es un puto caos.

---

2 Con dos «r», al igual que en el texto original. Una nota al margen en el manuscrito de Caleb Traskman indica que se hizo adrede.

Capítulo 16

—Explícate.

—Un tipo se ha sacado de la manga una denuncia por plagio —replicó Pam.

Léane se detuvo y estacionó al borde de la carretera.

—¿Por plagio? ¿Es una broma?

—¿Te suena Michel Eastwood? ¿*La rueda de sangre*?

—Nunca he escuchado hablar de él.

Un silencio largo, que no auguraba precisamente nada bueno, siguió a esa frase.

—El tipo es un perfecto desconocido, pero escribió dos novelas negras bajo un seudónimo hace más de veinte años, entre las cuales se encuentra el famoso libro *La rueda de sangre*, publicado en 1991…; un libro delgadito, de unas doscientas cincuenta páginas.

1991. Su adolescencia. Léane ya leía mucha novela negra por aquel entonces, y poseía una memoria de elefante en lo que concernía a sus lecturas. Aun así, ni el título ni el nombre del autor le decían nada.

—He comprobado las cifras. No tuvo muchas cifras de ventas…, pero poco importa el número de ejemplares vendidos. Acabo de leerme el libro y he encontrado similitudes bastante preocupantes con *El manuscrito*.

Léane, presa de un imperioso deseo de colgar, tenía otros asuntos más importantes que atender que ocuparse de todos los que querían sacar provecho a su costa.

—¿Como cuáles?

—El protagonista de su novela también es un escritor viejo, reportado como desaparecido tras una salida a altamar. Pero en realidad está retenido en la casa de una loca que lo obliga a escribir

por ella. Llega hasta el final de la historia, ella lo mata y publica el libro a su nombre, con el título *El final de la historia*.

—¿Y qué pasa? ¿Acaso él no se inspiró en *Misery*, de Stephen King? Y, ya que estamos, ¿también vamos a atacar a todos los escritores que escriben una historia de amor imposible acusándolos de plagiar *Romeo y Julieta*? Si te soy sincera, no veo cuál es el problema. Además, *El final de la historia* y *El manuscrito* son títulos que no tienen nada que ver entre sí.

—Bueno, a ver, si pegas el final de una historia a una novela inconclusa, consigues el libro completo.

—Ja, ja…

—No estoy de guasa. Quiero decir, se puede encontrar un vínculo. Pero además hay otros detalles que Michel Eastwood y su editor nos han echado en cara. No es gran cosa, pero… su escritor protagonista se llama Orpojon, y no vive en Bréhat sino en Île-Grande, una isla bretona. Tu Arpageon tiene un pasado de asesino en serie; el de ellos, de pedófilo. Lo sé, no es lo mismo, pero…

—¡Querrás decir que no tiene nada que ver!

—Ya me has entendido. El caso es que esos dos liantes están revisando los dos textos con lupa. Encontrarán puntos en común donde quieran encontrarlos, incluso en cosas que son muy distintas.

—Arpageon, Orpojon, la Bretaña francesa… Son coincidencias, nada más. Eso no me convierte en culpable. Jamás le he robado ideas a nadie.

—Por supuesto que no, Léane. Lo sé. Pero con la muerte de tu hija estabas en un periodo difícil, no conseguías escribir nada y…

—¿Y no crees que habría sido más astuta si hubiese querido robarle las ideas? Piensa un poco… A mi escritor lo habría llamado Martin o Boulanger y lo habría instalado en el sur en vez de en Bretaña.

—Pues habrá que explicarles todo eso. Los tenemos encima. Es complicado demostrar un plagio, así que es probable que no lo consigan, pero corremos el riesgo de arrastrar este tema durante meses. Te he enviado su libro por correo porque ya no se encuentra en librerías. Léelo. En dos horas te lo acabas.

Colgó el teléfono. Léane no se lo podía creer. Esa historia la había

arrancado de sus entrañas, tras noches en vela y meses de escritura, sola en su apartamento. El nombre de Arpageon le había venido a la cabeza así sin más, sin saber siquiera si existía realmente. Lo había anotado en una hoja, sin pensarlo demasiado.

Eran meras coincidencias, nada más.

Volvió a ponerse en marcha, aunque sentía unas fuertes ganas de regresar a París, tomarse un ansiolítico y dormir, y dormir… para despertar después con la esperanza de que todo iría mejor… Media hora más tarde, se reunió con Colin, que la esperaba frente al sótano con el rostro serio; Colin, cuyo único problema era cuidar de su gato. En ese momento, envidió la vida sencilla de policía que llevaba.

El equipo de la Policía científica ya había guardado los halógenos y el material y se había ido.

—Has tardado.

—Tenía un problema que solucionar con… la editorial.

El policía la guio hacia el garaje y cerró la puerta tras ellos.

—Esto se va a complicar.

Léane lo miró sin abrir la boca, con ganas de gritar: «¿Lo dices en serio?». Colin abrió el maletero. El trozo de alfombrilla que servía para ocultar el compartimento de la rueda de repuesto estaba doblado por la mitad. El policía sacó una bolsa precintada del bolsillo de su cazadora.

—Lo he encontrado debajo de la alfombrilla, bien escondido. ¿No te parece que es el que llevaba Sarah la noche de su desaparición?

A Léane se le cortó la respiración. Cogió el plástico con las manos temblorosas. En su interior, un gorro azul y verde de lana con un pompón: el de Sarah.

Capítulo 17

La noche se iba abriendo paso, mientras el viento arreciaba en el exterior y lanzaba ráfagas de arena contra los ventanales. Las grandes mareas, con coeficientes históricos, habían comenzado la víspera.

En esos momentos, el clima empezaba a cambiar: se volvía más duro, con vientos violentos, un velo negro cubriendo el mundo. Toda la Costa de Ópalo —los diques y los senderos junto al mar— quedaban sumergidos por olas de varios metros. La bahía de Authie, en el punto álgido de la pleamar, podía desaparecer del paisaje. Las aguas llegaban a lamer la base de las dunas, a apenas diez metros de La Inspiradora.

Sentada en el sofá, Léane hojeaba los álbumes de fotos de las vacaciones, buscando el recuerdo de los plataneros que Jullian había mencionado. Si un simple plátano había podido evocar aquella escena del pasado, tal vez la vista y el tacto del gorro bicolor reavivaran los recuerdos ligados a Sarah. Quizá su marido podría explicar qué hacía con una prenda que su hija llevaba puesta cuando fue secuestrada.

Según Colin, no era más que un gorro bicolor con un pompón, como los que se podían encontrar en muchas tiendas, pero Léane no recordaba haber visto nunca uno igual: aquel gorro era único, porque lo había tejido la abuela de Sarah. Huelga decir que el policía se lo había llevado para analizar. Esperaba encontrar restos de ADN provenientes del sudor, de células muertas de la piel e incluso pelos.

Léane pasaba las páginas, en busca de sus propios recuerdos enterrados, incapaz de aceptar la idea de que el hombre al que conocía desde hacía veinte años pudiera haberle hecho daño a alguien, haber encerrado a una mujer en el maletero, fuera quien

fuera. Y, además, la presencia de aquel gorro no tenía ningún sentido. Si realmente pertenecía a Sarah, ¿qué hacía allí, en ese maletero, cuatro años después?

VIVA. Léane no quería enfrentarse a esa posibilidad. Su hija no podía estar viva. Jeanson la había secuestrado, asesinado, enterrado en la naturaleza y, tarde o temprano, acabaría por confesar dónde estaba el cuerpo. Su marido no podía estar implicado.

Colin le había prometido que tendría los resultados de los análisis al día siguiente y que, si lo imposible ocurría, es decir, si ese gorro pertenecía realmente a su hija, el policía emitiría una orden de registro de la casa, en busca de cualquier indicio, ya que aún no podían interrogar a Jullian.

Le tocaba pasar otra noche sumida en la más atroz de las incertidumbres.

Y entonces, por fin, encontró una fotografía que lo confirmaba todo: Jullian no se había equivocado. Efectivamente vestía un pantalón corto azul, de pie en medio de los plataneros, y ella posaba a su lado. Guapo y bronceado, sonreía a la cámara. Los recuerdos se abrieron paso por un pequeño tragaluz en su mente: las islas Canarias, su primer viaje, el amor, los proyectos juntos.

Si ya no recordaba aquel episodio de las vacaciones, ¿podría ser posible haber olvidado un libro entero? ¿Había oído hablar alguna vez de ese tal Michel Eastwood? ¿Cómo podía haber olvidado una novela por completo? Léane estaba convencida: *El manuscrito* lo había imaginado por completo, construido y moldeado. Recordaba los momentos de inspiración repentina, las ideas que se habían iluminado en su mente tras sus reflexiones. Esa novela era fruto de su trabajo, no le cabía la menor duda.

Sin embargo, hizo una búsqueda en internet con términos como: «plagio», «robo de ideas», «olvido». Tras media hora de investigación infructuosa, estaba a punto de rendirse cuando se topó con un artículo que explicaba algo de lo que nunca había oído hablar: la criptomnesia, un fenómeno psicológico por el cual una persona puede adoptar, sin saberlo, las ideas de otros, convencida de que son propias.

Léane no podía creer lo que veían sus ojos. En los ámbitos del

arte, el cine o la literatura, se podía asociar ese fenómeno a una especie de plagio inconsciente: recuerdos perdidos que resurgían en la conciencia, emergiendo con una fuerza creativa. Entonces uno estaba convencido de que la idea que había leído, visto o encontrado un día en su vida emanaba de sí mismo.

Recuerdos perdidos. ¿Podía ella haberse enfrentado a ese fenómeno, esa especie de vampirismo mental del trabajo de otro? ¿Había podido realmente olvidar esa novela y, peor aún, robar fragmentos de ella para crear su propia historia? ¿Había perdido también un pedazo de su memoria, como Jullian?

No podía ser…

Se obligó a volver a concentrarse en el álbum, así que empezó a pasar las páginas de nuevo. Las fotografías eran como fragmentos de memoria; podían bastar para reconstruir una vida en pareja, con sus altibajos, sus momentos de alegría y sus penas. Había sido feliz con Jullian, lo había amado; él siempre había estado ahí, a pesar de los periodos difíciles. El tiempo había desgastado la pasión, pero había dado paso a otros sentimientos igual de fuertes: la confianza, la ternura, la simple alegría de estar juntos y no pensar en nada. Esa colección de instantáneas podía dar fe de ello.

Y todavía lo amaba, a pesar de las grietas de desdicha que los habían separado.

Se preguntó cómo transcurrirían los próximos días, cuando su marido regresara a casa. ¿Podría reconstruir con él un presente sin Sarah? ¿Empezar una nueva existencia a su lado? ¿Convertir esa vida en un manuscrito y empezar otro desde cero?

Cogió los álbumes de fotos más recientes, en los que aparecía su hija, y se secó las lágrimas de la comisura de los ojos. Cuánto la echaba de menos… ¿Cómo podía seguir adelante? ¿Cómo se podía volver a florecer después de la pérdida de un hijo? ¿Se podía combatir esa ausencia? En el mejor de los casos, uno se conformaba con sobrevivir, como ella. En el peor, se hundía, como Jullian.

Frunció el ceño al ver la cantidad de huecos que había en los álbumes que sostenía. Las fotos de ella y de Jullian seguían ahí, pero todas las fotos de Sarah habían desaparecido. Revolvió por todos los cajones, pero no las encontró. Pensó en aquel extraño robo que,

según Jullian, había tenido lugar dos meses atrás. ¿Las habrían robado junto con los libros y los objetos del cuarto de baño?

Se dirigió al despacho de su marido, decidida a arrojar algo de claridad a todo aquel asunto. ¿Qué estaba ocultando? ¿Qué había hecho, solo en aquella casa, durante las últimas semanas? ¿Se habría dejado arrastrar por arrebatos de locura y de paranoia, sospechando de todo el mundo? Levantó la pantalla del ordenador portátil para echar un vistazo al historial de sus correos y páginas web. Pero ya no tenía acceso a nada, pues se habían borrado todos los datos.

Léane no pensaba rendirse todavía. Se llevó el portátil al centro, a casa de Maxime Père, un antiguo compañero y amigo de confianza, además de un auténtico *crack* en informática. Tomaron algo rápido; Maxime se alegró de verla. Léane le explicó lo de la agresión a Jullian y le preguntó si podía analizar el ordenador. Él le prometió ponerse manos a la obra en cuanto se marchara.

Regresó a casa y continuó con el registro, en particular en un armario del despacho. Jullian anotaba todas sus investigaciones y pistas, y acumulaba la documentación de su investigación personal en unos archivadores grandes. Pero el armario estaba vacío. ¿Dónde estaban los documentos? ¿Qué había hecho con ellos? Recordó el montón de cenizas en la chimenea, esa que nunca usaban. ¿Había quemado su trabajo? ¿Por qué esa terrible necesidad de borrarlo todo? Se puso de puntillas, pasó la mano por encima del mueble y dio con un paquete de hojas olvidado.

Se trataba de unas páginas fotocopiadas de una novela que reconoció al instante: *El manuscrito*. Había enviado una copia a su marido un mes antes de su publicación, para que le diera su opinión, como siempre hacía. Él no le había devuelto la llamada, pero la había leído, eso estaba claro: había subrayado los párrafos en los que describía las peores torturas y la manera de confeccionar instrumentos de madera o metal capaces de triturar los huesos de los pies.

Sintió ganas de volver al hospital y pegarle hasta que hablara. Sus propios pensamientos la asustaron.

Debía descifrar los misterios que aquella casa había ocultado en su

ausencia. Se puso el abrigo, salió con una linterna y se precipitó hacia el cobertizo de los carros a vela, una cabaña de madera situada a unos diez metros de la casa. Jullian guardaba allí sus herramientas y de vez en cuando hacía bricolaje. Si hubiera tenido que fabricar algún objeto a partir de sus escritos, lo habría hecho en ese lugar.

La acumulación de arena en la pared oeste daba la impresión de que el cobertizo estaba inclinado. La puerta estaba cerrada con un gran candado que le pareció que era nuevo. Dudó un momento, respiró hondo y rompió el único cristal que había con el mango de la linterna. Después de apartar los cristales rotos, se deslizó por la abertura.

Los vehículos descansaban en un rincón, con la vela enrollada y protegida por una funda. Unas cometas colgaban del techo, girando levemente, y proyectaban siluetas lúgubres sobre las paredes, donde se entrelazaban unas cañas de pescar. Una nube de serrín revoloteó y la hizo estornudar. Provenía del banco de trabajo, sobre el que reposaban la sierra circular, clavos y tornillos. Léane se inclinó. Bajo un martillo se encontraba el plano dibujado del instrumento para triturar los pies. No había ni rastro del objeto en sí. Solo quedaban restos de madera y virutas.

Así que lo había hecho. Había construido el instrumento de tortura descrito en su libro y se lo había llevado a algún sitio.

VIVA.

Léane luchó contra las ganas de huir. Con la respiración agitada, enfocó la linterna hacia un poncho amarillo con capucha, así como al pantalón impermeable de pescador, con tirantes, colgado a la izquierda del banco de trabajo. En el suelo, unas botas de goma embarradas, atrapadas en un charco de agua helada. Jullian había usado ese equipo hacía poco, no cabía duda. Y no para ir a recoger mejillones. Volvió a iluminar el poncho, pasó la linterna por cada centímetro cuadrado e inspeccionó los bolsillos del pantalón. Sintió un apretón en el pecho cuando sus dedos rozaron una llave antigua.

La observó atentamente bajo la luz. Ya había visto ese tipo de llave cuando la Policía interrogó a Jullian, cuatro años antes. Estaba casi segura de que se trataba de una de las llaves del fuerte de

Ambleteuse, ubicado a sesenta kilómetros de allí.

¿Qué hacía con eso? Natacha Dambrine, su jefa por aquel entonces, se había ido de la zona hacía años, y las últimas noticias que tenía es que se había prohibido el acceso al fuerte porque consideraron que estaba demasiado deteriorado y era peligroso. Sabía que Jullian había conseguido un proyecto de estudio sobre la impermeabilización y el refuerzo de los muros, pero los trabajos no empezarían hasta la primavera. Entonces, ¿por qué guardaba esa llave en el bolsillo de su impermeable mojado? ¿Por qué había ido hasta allí antes de que lo agredieran?

Diez minutos más tarde, Léane se encontraba de camino a Ambleteuse. Pensó en los restos de serrín, en los clavos, en la pistola, en la sangre, en el gorro hallado en el maletero del cuatro por cuatro. Esa llave abriría mucho más que la puerta de un fuerte abandonado; abriría las puertas del infierno.

Capítulo 18

El director del instituto los Senones estaba a punto de marcharse cuando Vic llegó a su despacho, acompañado por un profesor. Florent Leviel no tenía aspecto de viejo ermitaño que habita en lo más profundo de las montañas, como uno se podría llegar a imaginar.

Debía de rondar los treinta, llevaba el pelo negro engominado hacía atrás y poseía un estilo desenfadado, con la camisa arremangada hasta los codos, por debajo de un chaleco de punto con cuello en V. Acabó de descolgar el abrigo del perchero y se quedó con él en las manos.

—¿Es de la brigada de investigación criminal? ¿Cómo es posible que no lo haya visto hasta ahora?

Vic le enseñó su identificación policial.

—Vengo de Grenoble. No puedo darle todos los detalles, pero estamos trabajando en un caso que posee varias similitudes que nos lleva a relacionarlo con la desaparición de Apolline.

El policía sacó las fotografías del bolsillo y se las entregó al director.

—Esta es la famosa conexión: el coche del que creemos que es el secuestrador de una de sus internas en este instituto. Es un Ford Mondeo gris que llevaba una matrícula falsa en ese momento. Lo tenemos bajo custodia, guardado en un depósito de pruebas.

Leviel examinó las fotografías con atención.

—También disponemos de imágenes del individuo en concreto, captadas por una cámara de videovigilancia de una gasolinera ubicada a la altura de la salida de Touvet, entre Grenoble y Chambéry. No se le distingue demasiado bien, pero puede que le suene de algo. La fisionomía general, la gorra…

El director negó con la cabeza.

—Puede llegar a haber cerca de una treintena de vehículos aquí aparcados durante el día, pero… creo que, si hubiese estado este coche, me habría fijado en él. Y la verdad es que no me dice nada. En cuanto a esta silueta… es demasiado difusa. Y, que yo sepa, nadie suele llevar gorra por aquí. Al menos, no en el trabajo.

Le devolvió las fotografías a Vic.

—Sus compañeros de Annecy ya han investigado. No hay una sola semana en la que no veamos a uno de ellos venir a hacer preguntas. Que sepa que mi personal ha sido interrogado a conciencia, y que se compone de personas íntegras, apasionadas y cualificadas que aman su trabajo y a los jóvenes internos. La presencia policial constante y el hecho de que nos estén recordando cada dos por tres la desaparición estresa a nuestros internos ciegos y podría romper la confianza que les tienen a sus docentes. El tema de la desaparición es horrible. Apolline es una joven muy querida por todos y espero de corazón que puedan encontrarla, pero mi centro no tiene culpa ninguna.

Vic se guardó las imágenes en el bolsillo, decepcionado de que su intuición no se hubiera materializado.

—¿No recuerda nada destacable entre sus empleados desde el lunes pasado? ¿Alguno que no haya venido a trabajar por la razón que sea?

—No, ninguna ausencia. Para su información, mañana por la tarde empezamos las vacaciones: los chicos vuelven a casa para pasar las vacaciones de Navidad y el centro estará cerrado. Así que es una tontería que se pasen por aquí durante los próximos días, pero puede llamarme cuando quiera. Estaré localizable.

Le tendió una tarjeta de visita.

—Si puedo ayudar de alguna forma para encontrar a Apolline…

Se puso el abrigo.

—Lo siento, pero me tengo que ir. Me esperan en una reunión en Chambéry, y teniendo en cuenta la nevada que está cayendo…

—Me gustaría echarle un vistazo a la habitación de Apolline.

El director invitó a Vic a salir del despacho y lo cerró con llave.

—Ya lo han hecho sus compañeros. ¿Qué espera encontrar en su

cuarto? Ya lo han revisado de arriba abajo.

—No me llevará mucho tiempo. Solo necesito ver dónde pasaba gran parte de su tiempo.

—De acuerdo, pero que sean dos minutos.

Se adentraron en los pasillos del instituto. Vic esperaba toparse con paredes frías, habitaciones sin alma, cruces religiosas por doquier, pero las aulas eran coloridas y la decoración le pareció moderna y luminosa.

Unos enormes árboles de Navidad ocupaban el aula de transcripción en braille y varios talleres. Más adelante, se escuchaban sonidos de percusión. Un grupo de chavales, colocados en círculo, aporreaban unos yembés. En el centro, unas chicas bailaban bajo la atenta mirada de los docentes, que marcaban el ritmo con palmadas. Aunque envuelto en su manto de nieve y aislado del mundo, el instituto rebosaba de vida.

La habitación de Apolline era igual que el resto: acogedora, cálida, el espacio íntimo de cualquier jovencita de dieciocho años. Un iPod, unos auriculares, una colección de frascos de perfume… El director se quedó en el umbral de la puerta.

—Solo si se fija en lo detalles detectará la deficiencia visual.

Entonces, Vic se dio cuenta de la ausencia de fotos o de pósteres en las paredes y se fijó en las esquinas redondeadas de los muebles, las bandas podotáctiles en la entrada de la habitación y al pie de la cama, las cómodas con tiradores de diferentes formas… Todos esos detalles estaban ahí, pero no los había notado nada más entrar.

—No hemos tocado nada; esperamos que algún día regrese.

Vic cogió el perro de peluche rosa colocado en medio de la cama y lo giró sobre sí mismo. Se fijó en la cruz religiosa colocada encima de la ventana que daba hacia la capilla.

—Apolline es creyente.

—Sí. Pasaba mucho tiempo en la biblioteca, pues tenemos una biblia en braille que ocupa una estantería entera. También solía ir a rezar a la capilla una o dos veces por semana. Sus compañeros ya nos han preguntado todo eso… Incluso interrogaron a Bertrand, nuestro guardia, que vive aquí durante el año. Él es el que se encarga de vigilar las instalaciones. Evidentemente, no sacaron nada

de ahí. Y, por si se lo está preguntando, Bertrand tiene un viejo Citroën que puede encontrar aparcado justo al lado de la capilla.

—Color gris topo, matrícula 2022 TA 69… Faro izquierdo trasero roto… —Vic se pasó la mano por la sien—. Esta es… mi memoria.

—Ah… Impresionante.

—Sí, impresionante. Pero en el noventa y cinco por ciento de los casos no sirve de nada, solo para llenar aún más mi pequeño desván interior. Lo memorizo todo, pero, al cabo de los años, ya no recuerdo a qué corresponden todos esos números y nombres. Dicho de otra forma, mi memoria es como un cubo de basura.

El policía se dirigió hacia un armario cerrado a cal y canto, sobre el que se encontraba un teclado en braille. El director se acercó y pulsó las teclas.

—El código es 2962. En un mundo en el que todo es oscuridad, nuestros internos necesitan saber que sus pertenencias íntimas están algo protegidas.

Vic abrió las puertas: cajones de diferentes formas para cada tipo de prenda, una caja de los secretos que abrió, y bisutería…, entre la que se encontraba un medallón de la Virgen sin cadena.

—¿Sabe dónde está la cadena?

—Apolline nos dijo que la había perdido, pero nunca llegamos a encontrarla.

Vic sacó el móvil, buscó la fotografía de la cadena que colgaba del retrovisor del Ford y se la enseñó al director.

—¿Es esta?

Leviel observó la imagen, serio.

—Es una cadena fina de oro… No sabría decirle. Pero, si fuera esa, ¿qué hacía ahí, colgando de ese retrovisor?

—¿Cuándo la perdió?

—Creo que se remonta a… a junio, si no me equivoco. Justo antes de las vacaciones de verano.

Vic cogió una pila de audiolibros —Julio Verne, Alexandre Dumas, Caleb Traskman—, observó los CD colocados en la estantería de encima y cogió la primera caja. Se giró hacia Leviel.

—¿Le gustaba la música clásica?

—Sí, le encantaba. Solo escuchaba eso y, además, tocaba el

piano. Mozart era su compositor favorito. Era… Es una chica brillante. Qué horror, uno nunca sabe si hablar en presente o en pasado de las personas que desaparecen.

—Utilice el presente, es lo correcto.

Vic echó un vistazo rápidamente a las demás cajas. Entonces, llegó a la de *Conciertos para piano n.º 21 y 22*, de Mozart, y la abrió.

Vacía.

Volvió a dirigirse hacia Leviel.

—Estuvo aquí, en esta habitación. Tuvo acceso a ese armario. Además, robó este disco y volvió a dejar la caja en su sitio, junto a las demás.

El director del centro se pasó una mano por el rostro con nerviosismo.

—No… Se equivoca.

—Encontramos el disco en el reproductor de su coche, el famoso Ford.

Leviel parecía conmocionado, así que Vic le concedió unos segundos antes de continuar:

—Apolline es una chica guapa, inteligente y culta. Él se encuentra aquí, en su centro, y entra en su habitación. Debe de conocerlo para dejar que se acerque a ella, o puede que se colara aquí en su ausencia. Imagino que debe de ser bastante sencillo. Fantasea con ella, sabe que es vulnerable. Memoriza su código secreto. ¿Quizá la haya visto marcarlo en el teclado? Al principio, le roba objetos que le pertenecen, cosas que le gustan. Escucha lo mismo que ella cada día, al volante de su coche. Es probable que se masturbe pensando en ella, pues hemos encontrado varios restos de esperma en su vehículo.

—Todo eso es… espantoso.

—Las semanas pasan. Llega el momento en que el impulso es demasiado fuerte, el momento en que ni los pensamientos ni los objetos le satisfacen. Debe poseer a Apolline. Así que decide pasar al ataque. Pero tampoco se precipita; observa, piensa. No actúa aquí, en el centro, porque sería demasiado arriesgado y la lista de sospechosos, demasiado reducida. No, espera a que vuelva a casa

de sus padres, en Saint-Gervais, para pasar las vacaciones de otoño. Es paciente, prudente. Al atacar allí, meses después de su intrusión, está desviando la atención.

Vic le puso la caja del CD entre las manos.

—El hombre que busco estuvo en esta habitación en varias ocasiones. Ha mencionado que perdió la cadena de oro el pasado mes de junio. Si no se fijó en un Ford Mondeo gris, ¿quizá sea porque utilizaba un coche de empresa por ese entonces? ¿O que solo venía ocasionalmente? ¿Un terapeuta? ¿Un médico especialista? ¿Un profesor de piano? Piense, señor Leviel, y dígame quién es.

—No se me ocurre, yo…

Se calló, pensativo, tapándose la boca con el puño.

—Bueno, está esa pequeña empresa de reformas y limpieza, que estuvo por aquí durante aproximadamente un mes, de mediados de mayo a mediados de junio.

—Explíquese.

—El invierno pasado detectamos filtraciones y tuvimos que cambiar una parte del tejado. Quedaba por rehacer el revestimiento y volver a pintar algunas habitaciones. La de Apolline era una de ellas. Yo... ni siquiera pensé en mencionárselo a los policías de Annecy; fue antes de las vacaciones de verano y...

—El nombre de la empresa.

Leviel le hizo un gesto para que lo siguiera. Caminaban a todo correr por los pasillos.

—Delambre Déco. Eran dos tipos: uno delgaducho y uno mucho más fornido, de unos cuarenta años, que creo que podría encajar con el hombre de la foto. Y además…

—¿Y además…?

—Si no me equivoco, solía llevar gorra. Fue él quien se encargó de la habitación de Apolline. Recuerdo que no era un tío muy hablador, era bastante reservado. Pero trabajaba rápido y bien. Le llegué a decir que me interesaría que me hiciese algún trabajillo en casa…, así que me dejó su información personal.

En cuanto llegaron a su despacho, el responsable del centro rebuscó en el cajón y sacó un papel que le tendió a Vic. En él, un nombre y un número de teléfono móvil. Su desmembrador tenía una

identidad: Félix Delpierre.

El policía le dio las gracias al director y salió del centro a toda prisa. Se refugió en el interior de su coche y, tras haber puesto en marcha los limpiaparabrisas para deshacerse del manto de nieve, llamó a Vadim.

—Soy yo. Creo que lo tenemos.

Capítulo 19

Félix Delpierre, cuarenta y dos años, vivía en las alturas de Aillon-le-Vieux, un pueblucho ubicado en las montañas de Bauges, a unos quince kilómetros de Chambéry.

Vic llevaba cuatro interminables horas esperando a los equipos en su coche, estacionado en un aparcamiento perpendicular a la carretera D206. No paraba de apagar y encender el motor para entrar el calor y derretir la nieve del parabrisas. Se sentía solo como un menhir, allí aparcado al borde de una carretera perdida en la montaña, a tres días de Nochebuena. Pensó en su mujer, que a pesar de todo también sufría, y en Coralie, que iba a cargar con el peso de la separación sobre sus frágiles hombros.

Solo esperaba una cosa: que no tocara fondo en la escuela y que no tomara un mal camino en ese inmenso espacio de libertad que era el instituto. Todo le parecía tan complicado… En la capa de vaho de la ventanilla, escribió la palabra «Miserable». Vic, el miserable… ¿Había sido una mirada de compasión la que le había lanzado su hija frente al instituto? ¿Era eso lo que pensaba de él, que era un miserable? Sopló con amargura sobre el cristal y las letras se desvanecieron.

A través del retrovisor, vio cómo cuatro pares de faros desgarraban la noche de forma intermitente, curva tras curva. Los vehículos armados con los neumáticos de invierno, entre ellos una ambulancia, se acercaban a paso lento. Morel salió de uno de ellos de un salto y se instaló en el asiento del copiloto del coche de Vic, preparado para el frío: gorro negro, abrigo con la cremallera subida hasta el mentón y guantes forrados. Reanudaron la marcha por aquella carretera que parecía una pista de patinaje, cerrando el cortejo.

—¡Os lo habéis tomado con calma!

Morel se deshizo de los guantes con los dientes y estampó una fotografía contra el volante.

—He aquí nuestro destrozarrostros. Como puedes ver, nos enfrentamos a una buena pieza…

Félix Delpierre tenía la frente alta y unos mechones de pelo negro que crecían en la parte superior de la cabeza, como las hojas de una palmera. Sus ojos, separados por un fino puente nasal, formaban dos círculos perfectos, protegidos por unas cejas gruesas. Ahora Vic entendía mejor a lo que se refería el director cuando dijo que parecía «reservado». Delpierre tenía el careto del típico tío que a nadie le gustaría encontrarse solo en mitad de la noche.

—Justo nos acaba de llegar información del despacho. Félix Delpierre ya tiene un expediente judicial, ha tenido problemas con la justicia anteriormente: un caso que data de hace siete años, pero no fue nuestra unidad la que se encargó del asunto.

—¿Quién lo gestionó?

—El equipo Krawick. Bueno, te lo resumo. Delpierre se crio en una granja familiar aislada, en un lugar alejado de todo. Estuvo trabajando en morgues desde los dieciocho años, en diferentes funerarias de Grenoble y Chambéry. No hablaba con nadie y era frío como el hielo. Era bueno en su trabajo y lo realizaba con rigurosidad y pasión; nunca había tenido ningún problema ni ningún retraso. Terminó en el laboratorio de anatomía de la escuela de medicina de Grenoble, donde consiguió un muy buen puesto: trabajaba como auxiliar. En resumen, se encargaba de cortar cadáveres para que los estudiantes pudieran hacer las prácticas de cirugía. No sé si sabes cómo va eso.

—Pues como en la charcutería: se hace con un hacha o con una sierra.

—Sí, bueno, algo así. Una noche, pillaron a Delpierre metiendo un cadáver en el maletero de su coche para… su uso personal.

—¿Su uso personal?

—Necrofilia, fetichismo…, el *pack* completo. El tipo está como una regadera. Robó miembros, troncos e incluso una cabeza, y lo hizo durante meses sin que nadie se diera cuenta. Por lo visto, esas cosas

no están demasiado vigiladas. Los chicos de Krawick creyeron haber ido a parar a la casa del tío de *La masacre de Texas*. En pleno verano, encontraron los restos putrefactos en unas bolsas de basura al fondo de un cobertizo, donde había tantas moscas que no se podía abrir la boca sin tragarte una. Lo encerraron en Bonneville durante un año, salió, continuó con su vida y se formó en albañilería. Lleva tres años trabajando para Delambre Déco, escondido en las montañas, fuera del radar de la Policía. Lo hemos mirado con precisión en Google Earth. Sigue viviendo en la granja, a dos kilómetros de Aillon-le-Vieux.

Morel sacó la SIG Sauer del bolsillo y comprobó el cargador.

—Desde que hallamos su coche, Delpierre sabe que está entre la espada y la pared, y que nuestra llegada es cuestión de tiempo. Debe de esperarse nuestra visita.

Vic no respondió. Con la nariz pegada al parabrisas, siguió con la mirada las luces traseras de los vehículos de la brigada de intervención y los limpiaparabrisas, que trabajaban a todo gas, absorto en sus reflexiones sobre lo extraño de la naturaleza humana, sobre el misterio de la genética. Mientras él tenía que lidiar con esa anomalía de la memoria, otros tenían que hacerles frente a unos rincones mucho más oscuros del espíritu. Para los tipos como Delpierre o Jeanson, a los que les faltaba un tornillo, secuestrar a una pobre chica o violar a un muerto era algo tan natural como jugar una partida de *backgammon*.

Las casas de los alrededores se volvían cada vez más extrañas, las montañas se alzaban como si de colmillos se trataran y, al cabo de tres kilómetros, ya no quedaba ni rastro de un alma viva. Vic contemplaba cómo los copos de nieve zigzagueaban en los faros y venían a sofocar la vegetación. ¿Quién podría llegar a escuchar a las víctimas gritar en aquel desierto de rocas? Sin el robo del Ford, ¿durante cuánto tiempo Delpierre habría seguido actuando con total impunidad?

Los coches tomaron una carretera en pendiente, encajada entre los pinos blanquecinos, y se detuvieron en el arcén, donde ya empezaban a formarse unos montones de nieve. Alain Manzato, su comandante, golpeó la ventanilla con el mango de una linterna.

—Apagad las luces. Continuamos a pie. La chabola está a trecientos metros. El grupo de operaciones especiales, delante; nosotros detrás. Vamos a por él, V&V, ¿entendido? Y tú quédate atrás, Altran. Lo que nos faltaba es que te pegues un tiro en el pie.

Así era Manzato, todo sutileza. Pero Vic ya estaba acostumbrado. Jocelyn Mangematin y Ethan Dupuis, sus otros dos compañeros de equipo, los acompañaban. Una hilera de siluetas negras y armadas se desplazaba como el ala de un cuervo. Vic iba precedido por un tío que llevaba una cazadora con la inscripción NEGOCIADOR. El silencio los envolvía, únicamente perturbado por el crujido de la nieve bajo las gruesas suelas de las botas de servicio, y por el jadeo de los hombres, tensos, con los pulmones congelados.

La misión era peligrosa: neutralizar a Delpierre y salvar a los posibles supervivientes, si es que aún quedaba alguien con vida.

Capítulo 20

Los hombres continuaron el camino. Al cabo de dos minutos, un cuadrado de luz se dibujó a lo lejos, a la altura de un caserío de piedra. Un alicate bastó para romper la cadena del portón. En el patio interior se encontraba un vehículo de trabajo, con el nombre Delambre Déco, junto a otros edificios macizos. Aunque el Ford ya no estaba en su posesión, Delpierre había seguido desplazándose y, al parecer, no había intentado huir ni esconderse.

Vic tenía un mal presentimiento: todo le parecía demasiado sencillo. Le daba la sensación de que el hombre que buscaban les estaba poniendo una alfombra roja y pidiéndoles que se sacudieran los zapatos antes de entrar en su casa.

Se acercaron y se quedaron paralizados cuando uno de ellos iluminó las puertas de un granero, situado en el lado izquierdo. Una fila de fusiles de asalto apuntó a la silueta crucificada directamente sobre la madera. A Vic le llevó unos segundos entender lo que veían sus ojos: era un animal. Le pareció que era un cerdito ataviado con un vestido largo y vaporoso de flores. También había un espantapájaros de carne clavado, mutilado y espolvoreado con una fina capa de nieve. Vic entrecerró los ojos; ya había visto ese vestido en una foto, en la oficina de Annecy. Se dirigió a Vadim.

—Ese vestido es de Apolline…

Disgustado, Morel terminó por girar la cabeza.

—Es su forma de darnos la bienvenida.

Los policías registraron las salidas de toda la granja tan rápido como pudieron, y el jefe dio inicio al asalto con unos movimientos de brazos codificados. La puerta principal cedió después de tres golpes de ariete.

En ese preciso momento, dos destellos iluminaron la ventana del

primer piso. Se oyeron unos disparos. La fila de hombres se abalanzó escaleras arriba, protegida tras un escudo balístico. De todas las puertas cerradas del pasillo, solo una dejaba escapar un rayo de luz por la rendija del suelo.

El Despedazador estaba recluido en el interior de una habitación. Vic se quedó en las escaleras, pegado a la espalda de un gigante, sintiendo la ansiedad que le producía lo que estaba a punto de ocurrir, ese momento en que todo podía dar un vuelco. Había bustos de animales disecados por todas partes, en la escalera, en las paredes: ciervos, jabalíes e incluso lobos, con las órbitas vacías y cubiertos de polvo. Los animales no tenían una expresión tranquila o neutral, sino que tenían la boca torcida, con la dentadura rota. Delpierre era un cazador, un asesino, un ojeador. Vic se lo imaginó detrás de la puerta, armado con una escopeta. Esos dos disparos justo en el momento en que entraron… ¿Habría matado a Apolline antes de dispararse a sí mismo?

De repente, una bala arrancó un trozo de la puerta y se incrustó en la pared opuesta.

—¡Idos a tomar por culo, cabrones!

Al negociador ni siquiera le dio tiempo a abrir la boca para intentar razonar con el enajenado. Otro disparo, seguido del ruido sordo de algo pesado cayendo al suelo. Después, silencio… Apenas respiraban. Los hombres esperaron unos veinte segundos más antes de decidirse a entrar.

Una imagen desagradable. Una escopeta tirada en el suelo. Sangre y trozos de cerebro que llegaban hasta el techo. En una cama de hospital, yacía un cuerpo, pero no era el de Apolline, sino el de una anciana con el rostro marcado por la muerte, con el pelo blanco y desgreñado y la piel arrugada, de un blanco perlado que se tornaba ligeramente azulado. Dos manchas rojas se abrían paso sobre las sábanas, a la altura del corazón.

Durante el siguiente minuto, el grupo de operaciones especiales liberó el espacio y se fue a inspeccionar las demás habitaciones. Vic y Vadim se colocaron cada uno a un lado del cuarto. Apestaba a orina y sangre. Parecía que Delpierre había matado a su madre enferma antes de suicidarse. Sobre una mesilla de noche había una

Virgen María, una biblia y decenas de botes de medicamentos, entre ellos había dosis de morfina.

Vic salió de la habitación con paso firme. El monstruo vivía en esa madriguera lúgubre con su madre enferma, y había limpiado antes de suicidarse.

¿Dónde estaba Apolline?

Capítulo 21

En cuanto dejó Boulogne-sur-Mer atrás, Léane tuvo la sensación de conducir hacia una meseta situada en el fin del mundo. El fino asfalto, apenas iluminado por los faros del coche, se internaba en el parque natural regional de los cabos, entre campo y acantilados. Era un universo de tierra húmeda y oscura, de roca caliza, de guijarros redondos sacudidos por las olas, de complejos turísticos desiertos y de faros ubicados en la costa despedazada, peligrosa e inmutable.

Si Ambleteuse brillaba en verano, el pueblo yacía en invierno, azotado por las fuertes mareas, atacado por la bruma marina y el salitre. Las casas del paseo marítimo, vacías en su mayoría, se apretujaban las unas contra las otras, como si quisieran entrar en calor y confrontar un frente común contra los elementos: vientos violentos, lluvias torrenciales, llovizna constante. Los barcos de colores, que normalmente le daban vida a la costa, acumulaban polvo escondidos en sus garajes, cerrados a cal y canto. Todo se veía lívido, inmóvil, excepto por el ir y venir perpetuo del mar, junto a las melodías hipnóticas de las piedras que rodaban, de la arena que crujía y esos gritos lúgubres de las gaviotas siempre presentes, que venían de no se sabía muy bien dónde.

Léane aparcó en la calle más al norte del pueblo, a lo largo de Slack, una minúscula corriente de agua que moría en la bahía y luchaba por llegar hasta el mar de marea baja. Ese rincón de naturaleza estaba aislado, sumido en la oscuridad y protegido por un ligero relieve que lo ocultaba de la vista de posibles curiosos.

Continuó su camino a pie, linterna apagada en mano, pasó por delante de un estacionamiento de embarcaciones donde yacían remolques, y enseguida divisó el fuerte a lo lejos, con sus murallas en forma de herradura abierta hacia el mar, de arquitectura

puramente militar, diseñado hacía más de trescientos años por Vauban. Se accedía a él por una franja de rocas cubiertas de conchas de moluscos, que desaparecían bajo las aguas cuando la marea subía y aislaba la construcción. Varios carteles prohibían el acceso a personas no autorizadas y anunciaban unas obras de restauración. Probablemente se tratase del proyecto de Jullian.

Léane ignoró los carteles, saltó una cadena suspendida entre dos barreras y avanzó con cautela en dirección al fuerte. Le llegaba un olor a lodo, algas y salitre desde más allá de las rocas. No se sabía los horarios de las mareas, pero se fijó en el mar, que brillaba a lo lejos en el horizonte: eso le daba tiempo. Se negaba a quedarse atrapada en el edificio durante las seis horas en que las aguas lo rodeaban con sus poderosas corrientes.

Subió un tramo de escaleras e introdujo la llave en la cerradura de una puerta de madera maciza. Un chasquido… y la ansiedad aumentó. Todavía se imaginaba el impermeable amarillo con capucha, las botas llenas de barro, los párrafos subrayados en su último libro, los rastros de la fabricación de aquel instrumento de tortura…

Una vez dentro, encendió la linterna y echó un vistazo en todas las estancias. Cruzó el patio interior y se acercó a explorar la torre, empezando por arriba. Jullian y Dambrine se habían encontrado en el segundo piso en varias ocasiones, en la casamata, y habían mantenido relaciones allí, mientras se suponía que su jefa debería haberse encargado de los análisis en el fuerte.

La sala estaba vacía, excepto por un cañón oxidado olvidado en una esquina y unos cubos abandonados en el suelo, llenos hasta tres cuartas partes, que servían para recoger el agua de las goteras. Helada de frío, Léane volvió a bajar y exploró el edificio, de vez en cuando obligada a agachar la cabeza por las bóvedas. La humedad devoraba la cal, rezumaba de las piedras y hacía que los escalones resbalaran.

Un ruido repentino la dejó petrificada cuando llegó a la mitad de la escalera. Colocó la linterna justo delante de ella, conteniendo la respiración. ¿Se lo había imaginado? Pero volvió a sonar un ruido, esa vez más nítido. Una especie de roce de acero contra la piedra,

que procedía de abajo.

No estaba sola.

—¿Hay alguien ahí?

Ni un sonido más. ¿Había sido el viento? Imposible. Hizo muestra de valentía y se sumergió en las profundidades del fuerte. Creía recordar que, al final de la escalera, había una estancia de piedra sin ventanas, que antaño se utilizaba para almacenar la comida de los militares. Frenó en seco delante de una fotografía sujeta por un clavo en la pared derecha: una instantánea de una Sarah de apenas trece años. Después otra, un poco más abajo…, y una más. Sarah por todas partes. Todas las fotos que echó en falta en los álbumes se encontraban allí, colgadas en la piedra por decenas.

La guarida de la locura.

Siguió avanzando y se adentró aún más, con el miedo calado hasta los huesos. La linterna abría camino entre la oscuridad del almacén. Movió el haz de luz hacia la pared opuesta y casi le dio un infarto cuando el círculo luminoso se detuvo sobre unas muñecas esposadas, y luego sobre un rostro tan hinchado y amoratado que ya no parecía humano.

Capítulo 22

Cada vez que un criminal se suicidaba sin pagar por los delitos que había cometido, Vic sentía unas ganas furiosas de dimitir y mandarlo todo a la mierda. Los fracasos de ese calibre —aquel lo era, y no uno de los pequeños— le dolían como si le clavaran un cuchillo en el pecho.

Registró el cobertizo, movió fardos de paja e iluminó rincones oscuros completamente exhausto, sin fuerzas. ¿Existía siquiera una ínfima posibilidad de que Apolline siguiera con vida, encerrada en algún sitio? Tres hombres se encargaban de descolgar al cerdo que pendía de una puerta de madera: el muy animal había utilizado una clavadora neumática, encontrada a los pies de la criatura ataviada con el vestido de Apolline. En la academia de Policía no enseñaban a enfrentarse a ese tipo de cosas.

Los equipos de la Policía científica acababan de llegar: se habían desplegado por toda la casa de campo y recogían casquillos y el arma de fuego, tomaban muestras de sangre y fotografiaban la posición de los cuerpos y de los objetos. Los *flashes* crepitaban bajo la mano negra de las montañas, que había apretado con fuerza aquella granja del horror. Vic observó cómo los agentes le quitaban el vestido al animal con una delicadeza sorprendente; había algo ridículo y a la vez espantoso en aquella escena. Luego volvió al interior de la casa, con paso pesado, lento, sin mediar ni sola una palabra. Su mujer siempre le había echado en cara sus silencios y su falta de conversación, pero ¿qué responder a preguntas como «¿Qué tal el día?» cuando le tocaba vivir un momento como aquel?

El pleitista del equipo —Jocelyn Mangematin, un tío tan pelirrojo como un queso Mimolette, de ahí su apodo— guardaba todas las pruebas en unas bolsas selladas, mientras que su comandante se

encargaba de las llamabas telefónicas. Morel y Dupuis seguían inspeccionando la zona. La casa estaba tan en calma que Vic se sobresaltó cuando un teléfono, colocado en el centro de la mesa del salón, emitió el croar de una rana. En la pantalla apareció un SMS de Pascal Delambre:

> La obra en casa de la señora Fourneuil empieza a las 8:30 h.
> Buenas noches y hasta mañana.

La normalidad, pensó Vic. Un tipo como otro cualquiera que, cada día, entraba en las casas de la gente, les sonreía, decoraba su hogar y repintaba sus habitaciones, mientras tenía las manos manchadas de sangre. ¿Cuántos asesinos estaban ocultos como él, detrás de una máscara? Morel leyó el mensaje, soltó una risa nerviosa y su rostro se deformó en una extraña mueca.

—Mañana tu puto empleado no se presentará en el trabajo, tío. Este maldito violador de muertos tiene billete en primera clase para el infierno. ¡Y yo que me alegro!

Dicho eso, volvió al pasillo, ignorando el aluvión de miradas que de repente se posaron sobre él. Vadim a veces perdía los nervios, al más puro estilo Gilles de la Tourette. A pesar de su rostro, que parecía hecho de plastilina, y su apariencia de marioneta, era un hombre con un temperamento fuerte.

Vic se puso los guantes y le echó un vistazo rápido al móvil de Delpierre, antes de que el pleitista lo sellara. Contenía algunos contactos, guardados como «clientes» o «compañeros», y mensajes que parecían puramente profesionales. Nada llamativo o extraño, excepto por el último, enviado por el propio Delpierre a unas horas bastante intempestivas la noche anterior, a un número 06 que no tenía agendado: «A ti, que pronto entrarás en mi casa sin permiso: cuando hayas descendido lo suficiente, gira la rueda de la felicidad. Y… ¡sorpresa!».

Vic no entendió el sentido, pero le daba la sensación de que la frase iba dirigida hacia ellos, la Policía. Le dio el teléfono a Mimolette, que lo guardó *ipso facto*. El aparato iba a ser minuciosamente analizado por los especialistas de la Policía

científica.

Se reunió con Vadim en el primer piso, cerca de la habitación que estaba siendo peritada. Ya se habían levantado los cadáveres, pero todavía quedaban restos de la violencia de los actos en forma de manchas y gotas de sangre en las sábanas y paredes. Algunas incluso habían desafiado la gravedad al proyectarse hacia arriba. Vic miró la bandeja colocada sobre la mesa cerca de la cama —sobre ella, un cuenco de sopa y un poco de pan—. Después, los botes de medicamentos. En cuanto leyó los nombres de las moléculas y el material médico, el policía lo tuvo claro.

—Tenía cáncer, en fase terminal…

Morel hizo chirriar los dientes antes de decir:

—Delpierre cuidaba de ella. Le hacía comiditas, la ayudaba con su higiene y, probablemente, recibía al médico o al enfermero varias veces por semana, siempre educado y servicial, mientras que…

Una vez en el pasillo, se alejó para acercarse a una ventana que daba a la noche estrellada. Desde ahí se podían distinguir las montañas, con sus crestas envueltas en una suave luz ambarina.

—El muy cabrón quería a su madre. Le disparó al corazón, no a la cabeza. Al corazón, Vic. No fue un crío maltratado o martirizado, todavía cuidaba de su madre enferma. Simplemente era así… Era una bestia… Lo peor es que jamás tendremos explicaciones. ¿Qué les diremos a los padres de Apolline? ¿Que no la hemos encontrado?

Vic lo sabía: Vadim odiaba su trabajo en momentos como aquel.

—Quizá… Delpierre solo estuviera de paso por la Tierra para hacer lo que tenía hacer y luego desaparecer. Como una escoria, un objeto mal fabricado que se camufla entre los demás antes de que lo tiren a la basura. Y hay muchos otros tipos como él por ahí, hay que ser conscientes de ello. Cuando conseguimos atraparlos, genial. Pero si no…

Vic se acercó a él con las manos metidas en los bolsillos.

—¿Te das cuenta de que quedan tres días para Navidad y todavía no le he comprado nada a Coralie?

—Joder, Vic. Te estoy hablando de… de cosas serias y tú vas y me dices que no tienes un regalo para tu hija. ¿A qué viene eso ahora?

—Porque lo acabo de pensar. Porque mi puta memoria me reparte

las cartas cuando quiere. No existen las reglas para ella. Cada día me digo que tengo que parar en una tienda, no importa cuál, y comprarle algo, pero ni siquiera sé el qué. Y cada día lo olvido. Excepto ahora mismo, casi a medianoche, en medio de tripas y sangre.

La sombra del arrepentimiento pasó como un velo delante de sus grandes iris oscuros.

—¿Qué clase de padre soy, olvidándome de eso? Es mi hija.

—Haz como Martine y yo: dale dinero. No se lo tomará mal, al contrario. A esas edades les viene bien la pasta. De hecho, cuando son más mayores también. Bueno…, volvamos a Delpierre. Hemos revisado la casa de arriba abajo. He visto que hay un sótano. Los chicos del grupo de operaciones especiales ya han echado un vistazo, pero demasiado rápido. ¿Bajamos a ver qué se cuece?

—No queda otra…

Volvieron a la planta baja en silencio. Unos hombres subían y bajaban, cargados con material o muestras. Incluso había un coche de *Le Dauphiné Libéré* aparcado afuera, con el periodista esperando en el frío. Probablemente, la casa de Delpierre nunca había estado tan animada.

Los dos policías descendieron los escalones del sótano. Una bóveda los obligó a inclinarse. Después de pasar por un túnel corto, llegaron a una amplia estancia cuadrada, únicamente iluminada por dos bombillas, impregnada de olores a carne ahumada y sal. Del techo colgaban decenas de astas de ciervo, atadas entre sí con una cuerda, así como jamones envueltos en grandes paños blancos cuyas puntas casi rozaban el suelo. Vic contuvo la respiración al levantar uno de ellos, y se tranquilizó al comprobar que de verdad solo eran trozos de cerdos. Morel dejó escapar una risa nerviosa, que salió desde lo más profundo de su ser.

Atravesaron el bosque de fantasmas, que se movían con suavidad, como si fueran sacos de boxeo. Más adelante, descubrieron comida enlatada, sillas apiladas, un montón de bustos y cabezas de animales disecados, al lado de ojos de vidrio, pinceles y fardos de paja. También había algo de material de ferretería y una matrícula, seguramente la original del Ford. Un antiguo mueble de cocina se

encontraba contra la pared del fondo, sobre el que colgaban un taladro eléctrico y una bicicleta infantil oxidada, muy antigua, con unas cuerdas en los manillares. En la parte trasera del sillín estaba inscrito FÉLIX DELPIERRE. Vic hizo girar la rueda y la miró fijamente durante varios segundos, desconcertado. La voz de Morel resonaba a lo lejos, como surgida de ultratumba.

—¿… haces? Volvamos arriba.

Vic estudió la bicicleta con detenimiento, con una mano en la barbilla.

—Había un SMS en el móvil de Delpierre. Lo envió ayer por la noche a un número desconocido. Ponía:

> A ti, que pronto entrarás en mi casa sin permiso: cuando hayas descendido lo suficiente, gira la rueda de la felicidad. Y… ¡sorpresa!

Ese móvil, que se ha guardado como prueba, estaba en medio de la mesa del salón, sin contraseña, como si lo hubiera dejado ahí para que nos fijáramos en él.

Vadim regresó al lado de su compañero. Observó la bicicleta desde todos sus ángulos, incluso la descolgó de la pared. Vic daba vueltas, teléfono en mano.

—El sótano, la bicicleta, la rueda… Parece que coincide, pero no sé en qué. ¿Cuál es la sorpresa?

—Te mueres de ganas de llamar al número a quien Delpierre envió el mensaje, ¿eh?

—Quizá sea lo que hay que hacer para entenderlo.

—Sí, puede ser, pero también puede que sea una trampa. No podemos arriesgarnos, es mejor que esperemos el análisis del móvil, así sabremos qué se esconde detrás de ese número 06.

Se quedaron ahí plantados, reflexionando. ¿Por qué un SMS? ¿Por qué Delpierre no se había enviado a sí mismo el mensaje si lo que quería era dirigirse directamente a ellos? ¿O por qué no había cogido un bolígrafo y papel, sin más? ¿Quién se encontraba al otro lado de la línea telefónica?

Vic se quedó petrificado de repente frente al viejo mueble; luego se agachó. Las patas tenían unas ruedas incrustadas, casi invisibles.

Se apartó un poco hacia un lado y empujó el aparador. Al desplazarlo, dejó a la vista un tablero de contrachapado de un metro de ancho por un metro de largo, atornillado a la pared. Sin decir ni una palabra, Vadim cogió el taladro eléctrico y se arrodilló. Un ruido estridente resonó por todo el sótano.

V&V sintieron cómo la corriente de aire les acariciaba el rostro.

Delante de ellos, de unas dimensiones un poco más pequeñas que las del tablero, apareció una abertura.

Capítulo 23

Todo aquello no podía ser real.

Léane solo estaba teniendo una pesadilla. Pronto se despertaría en su acogedor apartamento en París. Con una bufanda colgando del cuello, iría a tomar un café al bulevar de Iéna, leería el periódico y observaría a la gente, intentando crear su próxima historia; un nuevo *thriller* que dejaría a sus lectores sin aliento.

Pero no le hacía falta imaginarse una nueva historia, pues ya la estaba viviendo en ese mismo momento. La llave del fuerte que había encontrado en el bolsillo del pantalón de Jullian la había traído hasta un tío encadenado con el rostro ensangrentado, que estaba tirado en el suelo frente a ella, inmóvil, con la barbilla apoyada en el pecho. Al igual que Arpageon en su libro, tenía los brazos suspendidos por encima de la cabeza, sujetos por unas esposas y unas cadenas. A su izquierda, ahora iluminados por el halo de la linterna, divisó una bolsa de basura, unas tijeras, botellas de agua y latas de conservas, al igual que en *El manuscrito*, un libro que Jullian había leído, y en el que «alguien» había subrayado los párrafos relacionados con lo que estaba ocurriendo allí.

Léane sintió náuseas y tuvo que hacerle frente a lo evidente: todo indicaba que ese «alguien» era Jullian. Y, sin embargo, algo dentro de ella se negaba a creerlo. El ser que se imaginaba capaz de hacer algo así no encajaba en absoluto con el hombre que era su marido. Ni siquiera hundido, desesperado, enfermo… Jullian no podía ser culpable de aquello.

No tenía sentido quedarse ahí plantada sin hacer nada, así que se abalanzó hacia el pobre hombre, pero la agredió el olor a orina. Estaba descalzo. El pie izquierdo se veía el doble de grande que el derecho, completamente amoratado, con las uñas negras y los

dedos hinchados como globos. No había lugar a dudas: estaban rotos.

Le acercó dos dedos temblorosos al cuello cuando, de pronto, una burbuja de saliva estalló entre sus labios inmóviles.

Estaba vivo.

Léane dio un paso atrás. Los labios del desconocido empezaron a moverse y un murmullo incomprensible brotó de su garganta, una señal que se repitió varias veces, hasta convertirse en una palabra que el hombre repitió en bucle:

—Agua.

Léane dejó la linterna en el suelo y se apresuró a coger una botella de agua nueva. Encendió una lámpara portátil que pendía del techo por medio de un cable y se acuclilló delante de aquel hombre. Con delicadeza, colocó el morro de la botella en el borde de sus labios agrietados. Un hematoma azulado le impedía abrir el ojo derecho. Tenía un mechón de cabello negro pegado a la frente, unos pómulos afilados y muñecas de leñador. Robusto, de hombros anchos, entre cuarenta y cuarenta y cinco años. A Léane le daban ganas de vomitar por el olor. Por más que rebuscó en su mente, llegó a la conclusión de que no conocía a aquel hombre.

—Despacio… Eso es.

Se bebió un tercio de la botella de golpe. De repente, le entró un ataque de tos. Luego se le desplomó la cabeza de golpe contra el pecho. Léane sabía que, con los brazos en esa posición, los músculos del cuello debían de estar haciéndole sufrir un verdadero calvario. Su Arpageon imaginario había estado atado de esa misma forma.

Sacó del bolsillo un paquete de pañuelos de papel, mojó algunos y le refrescó con cuidado las mejillas, el arco de las cejas y la nariz. Una herida en la frente ensuciaba aquel rostro. La limpió lo mejor que pudo y, entonces, se fijó en el impacto de una bala en la pared. Debieron de abrir fuego de cerca, seguramente con el arma que había encontrado en el cajón de la mesilla de noche. La sangre caía del interior de la oreja derecha del hombre.

Después de cubrirlo con su abrigo para darle un poco de calor, se enderezó y se llevó las manos a la cabeza. Localizó el instrumento

de tortura en un rincón: el yugo con tornillos, como en su novela, que reducía su tamaño cada vez que se apretaba. Apenas podía imaginar el infierno que había vivido ese hombre. Herir a alguien en la pierna equivalía a impedir que escapara. Era la mejor manera de someterlo.

Sacó el móvil con intención de llamar a Colin. Sin embargo, dudó a la hora de pulsar su número. Avisar a la Policía era señalar a Jullian con el dedo. Estaba amnésico, por lo que no podía defenderse. Pagaría caro. El padre de Sarah, su marido, encarcelado… No sobreviviría.

Pero tampoco podía dejar morir a ese hombre.

Sin señal. Estaba a punto de volver a subir cuando el hombre le suplicó:

—Ayuda.

Léane regresó junto al prisionero. Había alzado la barbilla y abierto el ojo izquierdo.

—No me abandones.

—Ahora vuelvo, solo tengo que buscar un sitio donde haya cobertura para llamar a una ambulancia.

El hombre agitó las cadenas sin fuerza.

—La llave de las esposas… Debajo de la piedra, en esa esquina.

Las esposas se mantenían sujetas a la pared por las cadenas y un candado.

—Vale, vale.

Se precipitó hacia un rincón de la estancia, levantó el adoquín situado detrás de los *packs* de agua y las conservas, y efectivamente encontró una llave. Descansaba sobre una foto de Sarah, donde la joven posaba con su padre en la bahía de Authie, con las focas de fondo. Jullian siempre llevaba esa foto en su cartera. Ambos irradiaban felicidad. Léane la cogió y leyó la nota en la parte inferior, escrita con tinta azul: «Diga lo que diga, miente». Y justo debajo: «Dame la fuerza para no olvidar jamás lo que hizo». Era la letra de su marido.

Léane sintió que le fallaban las piernas y tuvo que acuclillarse de nuevo. Era como si una corriente subterránea la hubiera engullido y la tuviera dando vueltas en todas direcciones, impidiéndole salir a la

superficie.

Dirigió la mirada hacia el desconocido, que también la observaba a ella, medio oculto tras las reservas de comida. Los pensamientos que le arrollaron la mente, todos a la vez, confusos y terribles, le helaron la sangre.

¿Y si ese tío tenía algo que ver con la desaparición de Sarah? ¿Y si su marido había descubierto un detalle primordial que lo había llevado a secuéstralo y torturarlo? ¿Era por esto por lo que le había dejado un mensaje en el buzón de voz, dos días antes de su agresión?

> Tengo que contarte algo sobre Sarah. He descubierto algo muy importante.

Se enderezó, todavía conmocionada, con la llave apretada en el puño; ese trozo de metal tenía el poder de liberar a un hombre y hacer prisionero a otro. El desconocido no apartaba la vista de ella. A pesar de su rostro blanco, azulado, gris, herido, marcado… Léane podía ver claramente cómo la esperanza renacía en el brillo de sus ojos.

—Gracias… Gracias…

Léane se puso a su altura.

—¿Por qué estás aquí?

El desconocido se desplomó, pillado por sorpresa por la repentina pregunta, expresada con calma, y por el hecho de que Léane dejó caer la llave al suelo, cerca de ambos; una llave que no podía dejar de mirar. Se pasó la lengua por los labios para humedecérselos e hizo una mueca cuando intentó mover la pierna.

—Así que estás con él… Estás con ese enfermo… Claro que sí…

—Solo dime por qué estás aquí.

El hombre se sumió en un silencio prolongado. Las paredes del fuerte eran tan espesas que, desde allí, no se escuchaba ni el mar ni el viento. Una tumba de verdad. El desconocido reunió fuerzas, agitó las muñecas atrapadas en los brazaletes de acero y gritó.

—No… ¡No lo sé! ¡Te juro que no sé nada! Se me echó encima y me desperté en… ¡en este trullo!

—Si te secuestró y torturó, es porque tenía un motivo claro para hacerlo.

—Está como una cabra, ese es el motivo. Cree que… que tengo algo que ver con la desaparición de su hija. Pero si ni siquiera sé quién es. Escucha, no entiendo nada de nada. No puedo más. ¿Sabes cuánto tiempo me ha tenido aquí encerrado? ¿Cuántos días y noches? Él… no regresaba. He creído que… No sé… Yo… te lo suplico, abre el candado…

Se echó a llorar. A Léane se le encogió el corazón al ver al hombre roto, destruido hasta ese punto. Quería liberar sus cadenas. Pero ¿y si Jullian tenían razón? ¿Y si aquel hombre pudiera decirle dónde estaba Sarah? ¿O su cadáver? ¿Lo que le habían hecho?

Léane cogió el móvil, buscó el selfi de su hija de la noche de su desaparición y le enseñó la pantalla al desconocido.

—Mira esta foto con atención. ¿La conoces?

Abrió el ojo izquierdo de par en par y el párpado derecho se alzó un poco, lo que dejó a la vista una parte de su iris negro. Enseguida hizo una mueca.

—Mierda, es tu hija… Y tú eres… Tú eres su mujer, ¿no? La novelista… Me ha hablado de ti… Miraure… Entonces, tú… ¿No sabías que yo estaba aquí? ¿No sabías que… que tu marido había secuestrado a un inocente?

Léane no se dejó perturbar. Mantuvo la pantalla frente a su rostro hinchado.

—Eres tú quien estuvo encerrado en el maletero del cuatro por cuatro. Tú eres la persona a la que secuestró. Tú eres el que lo arañó y escribió VIVA en el metal. ¿Por qué?

—Tú… estás tan loca como él.

—Y además… Tú tenías el gorro de mi hija, no Jullian. Por eso te secuestró, ¿no? ¿Qué hacías con ese gorro? ¿Dónde está? ¿Dónde está Sarah?

El desconocido agitó las manos por encima de él.

—No sé qué ocurrió realmente con tu marido… No sé… por qué estás aquí por él, pero salta a la vista que no sabías todo esto… Así que vas…

Hacía una mueca con cada palabra que pronunciaba.

—Vas a llamar de inmediato a la Policía y… y vas a explicarles que… Les contaré todo, todo lo que ha pasado, sin ocultar nada… Diré la verdad. Que es la primera vez que te veo… Que no sabías nada. Y que…

Léane ya no lo escuchaba. Las piezas de dominó empezaban a caer, una a una.

—También explica el motivo de su agresión la otra noche. Quizá sea cosa de alguien que sabía que mi marido te tenía secuestrado y que te estaba buscando. ¿Quién fue? ¿Un puto cómplice? Mi marido se negó a desembuchar, así que le pegaron una paliza y lo dejaron tirado en la playa, dándolo por muerto.

El hombre se sorbió la nariz y se la frotó contra el hombro.

—No entiendo nada… de lo que dices… La llave. Abre, ahora…

Léane metió la mano en el bolsillo del pantalón del tipo, y en su camisa abierta y manchada de sangre. Se enderezó y se fue a rebuscar entre el almacenamiento de comida. Nada, ni un papel. Luego regresó hacia él con paso decidido.

—Dime quién eres.

—No puedes hacer esto… Tú… vas a acabar convirtiéndote en su cómplice. Llama a la Policía o… libérame, pero… pero no me dejes aquí.

—¿Por qué te niegas a decirme tu nombre? ¿Por qué no me cuentas qué hacías con el gorro de mi hija?

Léane había gritado esas preguntas. El hombre agachó la cabeza; el ceño fruncido.

—Me llamo Grégory Giordano. Y soy policía.

Capítulo 24

Léane encajó el golpe. Intentó mantenerse de pie, pero su cuerpo amenazaba con derrumbarse.

—Policía…

—Sí, policía. Así que vas a llamar a emergencias ahora, y todo acabará de una vez por todas… Tanto para ti como… como para mí. Si persistes, te convertirías en su cómplice y yo, yo… yo moriría aquí, sin que cambiase nada para… para vuestra hija.

Al hombre le chasqueaban los dientes, temblaba de frío y hablaba de forma intermitente.

—¿Por qué estás aquí? ¿Dónde trabajas? ¿Cómo te encontró mi marido?

Grégory apretó los dientes y no pronunció ni una palabra más, pero no apartó la mirada en ningún momento. Por más que Léane le hiciera preguntas, ya no respondía, medio inconsciente. Volvió hacia el adoquín y cogió la fotografía. «Diga lo que diga, miente». Estaba enfadada con Jullian, pero también consigo misma por no haberlo llamado a tiempo. Era incapaz de tomar una decisión: cada opción le parecía peor que la que estaba a punto de escoger.

Enviar a su marido a la cárcel.

Secuestrar a un inocente.

Liberar a un culpable.

Volverse cómplice de rapto, tortura y secuestro.

Inspiró hondo y se dio la vuelta hacia el hombre.

—Tengo que comprobar que no mientes. Antes de actuar, debo asegurarme de tu identidad, ¿vale?

Le apuntó con el móvil y le sacó una fotografía. Cegado por el *flash*, Grégory giró la cabeza, haciendo una mueca.

—Necesito pensar. Volveré. Si dices la verdad, llamaré a la Policía.

Te lo prometo.

Le colocó su abrigo sobre los hombros y el torso, se quitó el jersey y le envolvió los pies magullados en un gesto delicado. Después, le acercó dos botellas de agua y unas latas de conserva, y le liberó una sola mano. La parte izquierda del cuerpo del hombre se desplomó. Léane abrió las latas y las colocó cerca de él.

—Mientras esperas a que vuelva, puedes comer y beber. Yo…

Se fue a buscar un cubo de metal.

—Para que hagas tus necesidades. Te las apañarás con una mano libre. Yo… volveré lo antes posible.

—¡No me dejes aquí! ¡Tengo dinero, si es lo que quieres!

Tapándose los oídos, subió por el pasillo cubierto de fotos de su hija, al borde de las náuseas. Corrió sin aliento por el patio del fuerte y, apoyada en las murallas, lanzó un largo grito hacia el mar abierto. El mar rugía, avanzando hacia el fuerte, ligeramente dorado por la tímida luz de la luna. La calma del exterior contrastaba con el infierno que ella estaba viviendo.

Helada de frío, salió del fuerte con paso ligero, sin olvidar cerrar con llave la pesada puerta.

Su marido ya no tenía memoria y le dejaba como legado la más atroz de las novelas inconclusas.

Ahora le tocaba a ella escribir la continuación.

Capítulo 25

Al examinar las juntas de los ladrillos, que parecían bastante recientes, saltaba a la vista que Félix Delpierre había dividido él mismo la bodega en dos partes: por un lado, una con los jamones y el material, y, por el otro, un escondite secreto. Mediante aquel SMS, los invitaba a descubrir la sorpresa. Ambos hombres se temían lo peor. Vic extendió el brazo.

—Te cedo los honores.

Vadim no se lo agradeció. Arma en mano, se agachó a la altura del agujero y cruzó al otro lado. Sus dedos acariciaron una gran alfombra roja y espesa. Una luz de Wood negra se encendió con un chisporroteo y casi se le salió el corazón por la boca. Al incorporarse, tuvo que luchar con el impulso de salir corriendo.

—¡Me cago en todos mis putísimos muertos!

Bajo la iluminación, un cuerpo parcheado, lleno de cicatrices y costuras, se alzó ante ellos en posición del *Hombre de Vitruvio*, con los brazos y las piernas separadas. Estaba en suspensión, a unos diez centímetros del suelo, como si formara parte de un espectáculo de levitación. El efecto producido por la luz no los dejaba ver con claridad, pero estaba sostenido dentro de un gran marco de madera, por cientos de hilos de pesca muy finos que parecían encerrarlo en una telaraña gigante. Unos ganchos apenas visibles, espaciados de forma regular, perforaban la carne para sujetarlo al marco.

No era ni hombre ni mujer. Vic observó el rostro, que parecía flotar, los hermosos cabellos rubios que lo encuadraban, los ojos que ocupaban las cavidades oculares, sobre los que los párpados caían a media altura.

El torso no pertenecía a la misma persona. Ni las manos. Tampoco el pie izquierdo, la pierna derecha, o cualquier otra parte de la

«cosa» que los policías tenían ante ellos. Porque esa «cosa» lo era todo y no era nada. Era tanto una deconstrucción como un conjunto de carne, de piezas añadidas y unidas las unas a las otras por las suturas de hilo transparente, grapas y tornillos. A pesar de la rudeza de la obra inconclusa, Félix Delpierre había intentado embellecer el conjunto con capas de maquillaje en la piel, pintauñas rojo en las uñas y joyas en los dedos y el cuello. La cabeza estaba bien peinada y había puesto una pinza roja a cada lado de la raya del pelo, hecha a la perfección. En las piernas llevaba unas medias, colocadas a la misma altura con una precisión sorprendente.

Vadim dio un paso hacia adelante, titubeante, mientras Vic se acercó a una mesa metálica parecida a una mesa de autopsias y miró con detenimiento los diferentes instrumentos que había encima —desde un bisturí hasta una cuchilla, pasando por la cinta métrica de costurera—, los catéteres, las agujas, los medicamentos… En el suelo, varios bidones de lejía, unas palanganas apiladas, unos rollos de bolsas de basura, cuerdas, lonas, paquetes de sal y hasta cortezas de árbol. Volvió hacia la «cosa» y la palpó con desagrado.

—Mira: el rostro, las manos y los ojos son de verdad, pero el resto…

Rascó un poco a la altura de las suturas y dejó a la vista una materia brillante.

—El resto es… despellejamiento. Son trozos de piel curtida, imputrescibles, cosidos los unos a los otros sobre… No sé qué coño es esto. Una estructura metálica o algo por el estilo. Creo que hemos encontrado el rostro y los ojos de la chica del maletero, Vadim.

Olía a tanino y corteza de árbol. Vadim seguía acuclillado sobre la alfombra, con la linterna enfocada hacia adelante y la boca torcida en una mueca de disgusto.

—Creo que… que Delpierre violaba esta… esta máquina. La luz negra hace que se vean unas manchitas blancas. Son restos de semen. Por todas partes. Ahí, en la entrepierna y en la alfombra.

Vic se puso a su lado. Se le hacía un mundo imaginarse la escena. La parte inferior del marco de madera descansaba sobre unas ruedas, lo que permitía a Delpierre mover su obra a su antojo. Alrededor, las paredes estaban cubiertas por unas cortinas rojas, que

colgaban como si fueran unos vestidos vaporosos. Incluso había unas botellas de alcohol en una estantería, una cadena de música, una pantalla y una cámara situada sobre un trípode, en una esquina. Vic se fijó en una cadena corta atornillada en la pared, que terminaba en un grillete de acero. Había marcas de uñas y un poco de sangre por todas partes en el ladrillo cerca del poste. Unos restos discretos de comida en el suelo. Un orinal vacío.

—Las mantenía retenidas aquí, mientras estaban vivas… Debía de ponerles ese grillete de acero alrededor del tobillo.

Se giró hacia la «cosa» y se inclinó sobre el pecho, dos bolas enormes de silicona tapizadas con piel. Apenas se apreciaban las manchas azules, negras y marrones, debido a que la base de maquillaje tapaba el conjunto. Vic olfateó.

—La chica huele bien. A perfume… Y el pelo le huele a champú.

—¿«La chica»?

Vadim se incorporó, febril y enfadado, los labios curvados hacia atrás, dejando a la vista los colmillos, que brillaban bajo la luz ultravioleta.

—¿De quién coño hablas? ¿De la propietaria del rostro? ¿O de estos cachos de piel cosidos los unos a los otros sobre esta porquería de maniquí del infierno? ¿Cómo puedes decir «la chica»?

—Habrá que llamarla de alguna forma. La piel del rostro y las manos siguen estando frescas. El resto parece mucho más antiguo.

—Nunca había visto algo así. Y eso que he visto cosas sórdidas a lo largo de mi vida. Pero esto es el *summum* de lo indecente.

Morel empezó a dar vueltas alrededor del marco mientras observaba con atención hasta la última sutura.

—¿Cuántos humanos habrá despellejado para… fabricar esto?

Un policía desesperado es lo peor a lo que uno puede enfrentarse: un perro abatido con pistola que te lanza una última mirada.

—Buscábamos a Apolline… y creo que la hemos encontrado… Quizá sea ese pie, o ese brazo… Un trozo de espalda…

Vic se encaminó hacia el mueble, sobre el que descansaba la cadena de música y la pantalla. Un poco apartada, pero visible, había una pila de cajas de DVD anónimos. Había un sobre colocado sobre la última caja. Le dio la vuelta: estaba entreabierto. Llamó a

Vadim.

—¿Crees que es para nosotros? ¿Un mensaje de despedida?

—El muy cabrón sigue jugando hasta muerto. Lo abro…

Con la garganta cerrada, se reajustó los guantes y apartó con cuidado la solapa del sobre, con miedo a que saliese una serpiente. Ya se esperaba cualquier cosa. Sin embargo, en el interior solo había un trozo de papel arrancado, en el que ponía:

> ¿Os ha gustado la sorpresa? Y, ahora, aquí os dejo mi legado, pitufos de mierda. Que disfrutéis de la peli.

Capítulo 26

A diferencia de lo que decía la frase en la foto de Sarah, el prisionero del fuerte no había mentido.

En el portátil de Léane se encontraba una imagen de él en primer plano. Se daba un aire a Al Pacino; la misma expresión sombría, el rostro anguloso. Según los datos que la novelista había podido encontrar en internet, se llamaba Grégory Giordano, tenía cuarenta y seis años, y era teniente de policía en la brigada de represión del proxenetismo en Lyon. Su nombre aparecía en varios sitios, pero sobre todo en antiguos artículos de prensa relacionados con la persecución de diferentes redes de trata de personas. Había trabajado en redes de prostitución de los países del Este y en casos de esclavitud moderna. Su caso más reciente con repercusión mediática se remontaba a siete años atrás, y estaba relacionado con el desmantelamiento de una red de Rumanía. Desde entonces, nada más.

Le empezó a sonar el móvil. Colin… No era el momento oportuno, así que no respondió.

Por más que indagó en diferentes buscadores, no encontró nada más de información desde 2010, y nada sobre la vida privada de Giordano. ¿Dónde vivía? ¿Estaba casado? ¿Tenía hijos? Se le ocurrió conectarse a Facebook para ver si tenía una cuenta, pero cambió de opinión: quizá se había denunciado su desaparición y estuviesen vigilando las conexiones a su perfil en ese mismo momento. Léane había aprendido esos truquillos gracias a las investigaciones para sus *thrillers* y de tanto rodearse de la policía. Debía seguir siendo prudente y conformarse con esos datos escasos.

Simples migajas.

Se quitó las gafas y se hundió en la silla. Inspirado por lo que ella

había escrito, su marido había secuestrado, alimentado con conservas, golpeado y dejado a su suerte a un agente de la Policía judicial. A pesar de la neblina tras sus párpados, intentó reflexionar. Giordano trabajaba en las instalaciones de la Policía judicial de Lyon, donde la brigada de investigación criminal se encargaba del caso Jeanson. Pero la brigada de represión del proxenetismo y la criminal eran dos servicios distintos, y el edificio de la comisaría tenía el tamaño de un gran inmueble. Jullian había ido allí varias veces para intentar obtener noticias sobre el caso. ¿Se habría cruzado con Giordano en algún momento? ¿Habría oído algún comentario al pasar por un pasillo que llamara su atención? Parecía improbable. Pero ¿cómo narices se le había pasado por la cabeza secuestrar a ese policía al que la prensa elogiaba por su trabajo?

«Diga lo que diga, miente». Pero no, no había mentido. En eso, Jullian se había equivocado. Léane se levantó y se quedó mirando el ventanal, con la sensación de que tenía la espada de Damocles clavada en la cabeza. Obviamente, también le daba vueltas a la teoría de Colin y a su convicción de que Jeanson, el asesino en serie, quizá no tenía nada que ver con la desaparición de Sarah.

«Cualquiera que conozca la historia de los cabellos y la desaparición podría haber enviado el sobre», había dicho Colin.

Aunque Grégory Giordano trabajara en otro departamento, tenía que estar al tanto de los detalles sensibles del caso Jeanson. La policía hablaba constantemente de sus respectivos casos. ¿Y qué? ¿Eso lo convertía en el culpable?

Entre las dunas, la masa negra de agua se acercaba a la costa, como una mancha de petróleo. De aquí a dos horas, el fuerte sería inaccesible, las olas de las mareas altas devorarían el dique y Giordano pasaría una noche más esposado en aquel sótano, a la espera de que alguien fuera a liberarlo. ¿Qué debía hacer? Léane no soportaba más la impotencia y el poder que tenía. Poseía el destino de tres vidas entre sus manos: el suyo, el de Jullian y el de Giordano; tres destinos ahora entrelazados como un ovillo de lana imposible de desenredar.

Le daba tiempo a hacer una última cosa antes de tomar una decisión. Imprimió una foto de Giordano sacada de internet, cogió

una vieja cazadora doblada en un cajón del vestidor y puso rumbo al hospital.

Eran casi las 22:30 h, por lo que los pasillos estaban prácticamente desiertos. Solamente se oían los pitidos de los aparatos, el deslizamiento de las suelas blandas de las enfermeras sobre el linóleo y el batir de las puertas de los compartimentos.

Justo antes de entrar en la habitación de Jullian, recibió un SMS de Colin.

> Pasé por tu casa a primera hora de la tarde y no estabas. Intenté llamarte y no me cogiste el teléfono. Primer hallazgo del laboratorio: han localizado un pelo dentro del gorro. Es rubio natural, pero teñido de negro. Mañana sabremos más, en cuanto analicen la sangre encontrada en el maletero. Espero que estés bien. Llámame para que me quede tranquilo.

Un nuevo golpe que dejó a Léane conmocionada y que multiplicaba sus dudas. Sarah llevaba el pelo rubio en el momento de su secuestro, pero ¿y si se lo hubieran teñido de negro? ¿Y si ese pelo le pertenecía de verdad?

Se planteó dar media vuelta y llamar a Colin de inmediato, soltarlo todo. Sin embargo, finalmente terminó entrando en la habitación. Jullian estaba durmiendo. Se acercó en silencio y se sentó en una silla, justo enfrente de él. La calma la tranquilizó un poco. Hacía años que no lo miraba dormir.

Echó un vistazo a las novelas apiladas en la mesilla de noche: eran las historias de Léane. Por la posición del marcapáginas, su marido había estado leyendo *El hombre del cementerio*, el segundo *thriller* que había escrito, cuya protagonista padecía amnesia. Jullian podría llegar a sentirse identificado con ella, pues él también había sido agredido y había perdido la memoria. Léane no podía dejar de pensar que su mundo imaginario se estaba entremezclando demasiado con la realidad.

Observó a su marido, sereno, y se le erizó la piel solo de imaginar la manera en que había secuestrado y torturado a Giordano. Él, Jullian, el pacifista que construía sus propias cometas, que recorría

la bahía en carro a vela; el amante de la naturaleza y ferviente defensor de la colonia de focas de la costa, incapaz de hacerle daño a una mosca… ¿Cómo había podido difundir tanto odio? Por otro lado, ¿cómo había podido ella dudar de su inocencia y de su compromiso para encontrar a su hija? Jullian estaba dispuesto a todo, y seguramente tuvo una muy buena razón para atacar al policía. Quizá incluso creyó tener la prueba de su culpabilidad entre manos: el gorro.

Pero los hechos estaban claros: Jullian se equivocó y Léane también. Ese gorro podía pertenecer a una completa desconocida. La historia podía acabar muy mal. Poner a Giordano en libertad supondría ponerle punto final al futuro del hombre que siempre había amado. ¿Dejar al policía encerrado? Sería inútil, pues algún día tendrían que soltarlo.

«Hay otra solución: no hacer nada, dejar que muera en ese sitio… Deshacerse del cuerpo… Jullian y tú libres para siempre… Empezar una nueva vida los dos juntos…».

Se deshizo de esos pensamientos retorcidos, esos susurros pronunciados por una vocecita desconocida. Mataba en sus libros, sí, sus personajes se deshacían de cuerpos, pero ella no era ninguna asesina.

Tosió, y Jullian abrió los ojos en un sobresalto. Enseguida se incorporó.

—He tenido una pesadilla, y tú estabas en ella. Nadabas con tortugas y te agarrabas al lomo de una de ellas, que empezó a sumergirse hacia el fondo. Ya no eras capaz de subir a la superficie; tenías las manos pegadas a su caparazón y desapareciste en la oscuridad, suplicándome que te ayudara. Y yo… yo no podía hacer nada, porque no tenía suficiente aire para bajar. Yo… yo me quedé mirando cómo morías.

Se acurrucó contra ella. Léane notó que se le tensaba el cuerpo. Sintió una especie de repulsión que se esforzó por contener. En el fondo, le guardaba rencor por haberla puesto en aquella situación, por haber utilizado sus historias —de algún modo, la había tomado a ella como rehén— para hacerle daño a un hombre.

Jullian siguió hablando:

—Fue horrible. Tuve tanto miedo por ti. Y eso que todavía no te reconozco del todo. Pero sé que… que algo, en lo más profundo de mí, siempre te he conocido.

Léane acabó por entregarse a los brazos del hombre.

—Hace mucho tiempo, nadamos con tortugas de verdad. Fue… lejos, de vacaciones. Querías llevarme al sol, a la luz, porque… porque era una época en la que tenía pesadillas, en la que… mi cabeza no estaba del todo bien.

—¿Por qué? ¿Había pasado algo?

Léane se encogió de hombros.

—Nada en especial. Solo tenía ansiedad.

—Volví a manipular objetos durante mi sesión con el logopeda; hacen que mis recuerdos vayan regresando. Al tocar un coche en miniatura, recordé un coche gris, un Renault 4. Lo mismo me pasó con unos peluches: por mi mente cruzó la imagen de un perro marrón de pelo corto que corría por todas partes.

—Ranzor, nuestra primera mascota.

Jullian le regaló una sonrisa de verdad, como no le había visto en mucho tiempo. Y eso le dolió aún más.

—Los recuerdos me llegan de forma desordenada, pero al menos vuelven gracias a esos objetos. El logopeda está bastante satisfecho. Por cierto, ¿mañana podrías traerme fotos de nosotros? Los médicos creen que me vendrían bien para las sesiones.

Ella asintió. Él le acarició el rostro y cerró los ojos.

—Tengo tantas ganas de estar cerca de ti, en nuestro hogar. De redescubrirte… Es terrorífico no tener recuerdos, pero al mismo tiempo es tan peculiar…, es como un renacimiento: descubrir lugares, rostros, olores y sabores por primera vez. Eres tan guapa. ¿Y Sarah? ¿Pasará las Navidades con nosotros?

Léane hizo un esfuerzo por sonreírle y asentir. Jullian frunció el ceño.

—¿Qué pasa? Te noto tensa. ¿Hay algo relacionado con nuestra hija que debería saber?

La novelista sacó del bolsillo el papel doblado con la fotografía de Giordano.

—¿Reconoces este rostro?

Jullian cogió la foto, la escrutó y se la devolvió, impasible.

—No me dice nada.

—¿Estás seguro? Tienes que decirme la verdad.

—Sí, estoy seguro. No me suena. ¿Quién es?

Léane dudó si ir más lejos, si mostrarle la imagen de Giordano destrozado, la que hizo con su móvil, si enfrentarse a él por lo que hizo. Pero seguramente sería inútil. Se volvió a guardar el papel en el bolsillo.

—Olvídalo. Olvida mi visita.

—¿Olvidar? ¿No crees que ya he olvidado bastante? ¿Qué pasa, Léane? Mi padre también se comporta raro en cuanto saco el tema de Sarah. ¿Qué le ha pasado a nuestra hija?

—¡Está muerta!

Las palabras salieron de forma descontrolada. Léane temblaba por todas las emociones contenidas, tenía los nervios a flor de piel. Quiso levantarse, pero le pesaban las piernas. El *electroshock* era ahora o nunca. Jullian se quedó petrificado, atónito.

—¿Muerta? Pero me dijiste que…

—La secuestraron hace cuatro años. Había salido a correr. Tú estabas… en el trabajo y yo dando un paseo por la playa… Sucedió cuando regresó a nuestra villa. Detuvieron a un asesino en serie llamado Andy Jeanson hace casi dos años. A día de hoy se encuentra en prisión a la espera del juicio.

Jullian parecía querer decir algo, pero las palabras no llegaban. Léane se imaginó la tormenta dentro de su cabeza.

—Fue él quien destruyó nuestra vida. Admite haber secuestrado y asesinado a Sarah, pero se niega a decir dónde la enterró. Desde la cárcel, fue revelando la ubicación de los cadáveres a cuentagotas, ocho en total…, salvo el de nuestra hija. Llevamos meses esperando a que se decida a hablar.

Apretó ambas manos con todas sus fuerzas.

—Llevas todos estos años buscándola, Jullian, volviéndote loco. No puedes haberlo olvidado. Dime que se te viene algo a la cabeza. Dime que no solo tienes recuerdos de plátanos y tortugas.

Jullian frunció los labios e inclinó la cabeza hacia adelante. Posó sus manos sobre las de Léane.

—Lo siento…

Se levantó y la acogió entre sus brazos. Léane estaba a punto de romperse. Lo besó en la boca durante largo rato, con ardor y amor. Luego se deshizo de su abrazo. Él la miró con expresión aturdida, dos dedos sobre los labios, como si quisiera atrapar ese beso y no soltarlo jamás.

—Parece un beso de despedida.

—Espero que me entiendas…

Salió de la habitación y lo escuchó gritar su nombre. Lo dejó atrás con todas sus preguntas.

¿Qué había hecho?

Se encerró en el coche. Ya no podía más, y se negaba a esperar días o semanas a que la memoria de su marido regresara mientras un hombre se moría encerrado en un sótano. Ni siquiera la revelación del secuestro de Sarah había provocado nada. Con una inspiración dolorosa, sacó el teléfono y buscó el número de Colin; la peor decisión de su vida. Quizá el policía de Berck encontraría una solución que limitara los daños. Quizá podía ayudarla a salir de ese lío.

En cuanto estaba a punto de lanzarse, le llegó una llamada. Era Maxime Père, el *crack* de la informática. El ordenador de Jullian… Lo había olvidado. Descolgó de inmediato.

—¿Lo has conseguido?

—Sí, he podido recuperar algunos datos. No puedo explicártelo por teléfono. Tienes que venir y verlo con tus propios ojos. Tiene que ver con el gorro de tu hija. Sé quién lo tenía.

Capítulo 27

Maxime Père vivía cerca del hospital marítimo de Berck —lugar donde se filmó la película *La escafandra y la mariposa*—, en una casa azul y blanca acondicionada con un estilo pescador, al fondo de un callejón sin salida por donde nunca penetraba la luz. Seguía dando clases en uno de los colegios de educación primaria de la ciudad, donde ella también había trabajado hacía más de diez años. La invitó a entrar, cerró la puerta con llave y la guio hacia un despacho donde costaba desplazarse, pues había libros, material informático y DVD por todas partes.

—¿Te apetece un café? ¿Una bebida energética? No tienes buena cara.

—Estoy bien. Es tarde y estoy cansada. No he dormido mucho estos últimos días.

Maxime colocó una silla delante del ordenador de Jullian para que Léane pudiera sentarse, y se instaló a su lado, llevándose una jarra de cerveza a los labios.

—Bueno… Todo había sido eliminado con esmero: las *cookies*, el historial de navegación, los correos electrónicos, los archivos de audio y las fotografías. Parecía que estuviera delante de un ordenador prácticamente nuevo.

—Sí, un ordenador amnésico, como Jullian. Todos los datos de sus investigaciones desaparecieron de casa, como si él o el asaltante quisieran hacer borrón y cuenta nueva.

—Exacto. Pero, al igual que con la memoria, nunca se llega a borrar del todo un disco duro mientras no se formatee; la mayoría de los datos siguen por ahí, en alguna parte del sistema. Y, mientras no se instalen aplicaciones nuevas o no se sature el disco duro con gigas y más gigas de películas, se puede llegar a recuperar buena

parte de ellos.

—Me mencionaste el gorro. ¿Qué has encontrado?

—Antes de ponernos con el tema del gorro, tengo que enseñarte otras cosas —dijo, mientras tecleaba en el teclado—. Primero, las redes sociales. ¿Sabías que Jullian había creado más grupos de apoyo, en los que publicaba fotos de Sarah de forma regular?

—Sí, sí. Yo siempre he estado en contra. Les pedía a los internautas que transmitiesen la información, que hablasen por todas partes del tema, que imprimiesen folletos y que le contactasen por mensaje privado si consideraban que podían ayudarlo. Instagram, Twitter, Facebook… Jullian estaba por todas partes y había conseguido miles de seguidores. Yo también formaba parte de todo eso para… vigilar un poco lo que tramaba. La gente seguía sus investigaciones, sus reconcomios, a pesar de que no hacía demasiadas publicaciones por aquel entonces… Lo que no le entraba en la cabeza a Jullian es que los internautas estaban interesados en él por puro morbo. Simplemente se entretenían con el culebrón de un padre de familia a la deriva; un espectáculo lamentable.

—Yo también pensaba eso. Pero… parece que tu marido tenía razón en querer perseverar y creer en la ayuda de la gente.

Clicó varias veces, hasta que apareció en pantalla un repertorio de nombres interminable e ilegible.

—Mi herramienta de recuperación de datos ha creado este repertorio. Es un poco técnico, así que te ahorro las explicaciones. Bueno, he echado un vistazo rápido a los últimos correos eliminados. Nada llamativo. Aparentemente, Jullian no hacía demasiada cosa en su ordenador ni le escribían muchas personas: solamente recibía publicidad o correo basura. Después, al intentar conectarme a sus grupos de apoyo, me di cuenta de que eran inaccesibles. Tu marido lo cerró todo, hace dos días como mucho.

Léane se quitó las gafas.

—¿Cuándo exactamente?

—El martes, alrededor de las doce del mediodía. Todos los datos del ordenador fueron eliminados de golpe.

Léane intentó ordenar cronológicamente todos los sucesos.

—Durante la noche del lunes al martes, a la una de la madrugada,

la agencia de vigilancia llama a Jullian porque se activó la alarma de casa. No recuerda los códigos y está aparentemente borracho. Tú me dices que el mediodía de ese mismo martes cierra las cuentas en todas las redes sociales y limpia el ordenador. Después, a las seis de la tarde, según una aplicación de salud instalada en su móvil, se pone en marcha hacia el dique, para hacer una caminata de cinco kilómetros. Una hora más tarde, lo encuentran inconsciente y golpeado, no muy lejos del faro…

Trató de deshacerse de la imagen insoportable del rostro ensangrentado de Grégory Giordano y se puso a pensar en voz alta, con la barbilla apoyada en el puño.

—¿Cierra las cuentas, elimina los datos del ordenador, olvida las contraseñas y las reemplaza por otras, como si tuviese prisa, y, después de todo eso, se va tan pancho a dar una vuelta?

—¿Quizá le tenía miedo a alguien?

—¡Pues, si tenía miedo, más motivos para no salir a pasear en medio de la oscuridad con una puta aplicación que cuenta los pasos! Debería haberse encerrado, huir en coche, ¡yo qué sé! ¿Pero irse a andar? No entiendo nada. Hay algo ilógico en su comportamiento.

Léane pensó en Giordano. ¿Quizá Jullian quiso salir a tomar el aire para pensar qué hacer con el policía que tenía cautivo en el fuerte? Pero ¿a qué venía la aplicación de salud? Decidió volver al motivo de su presencia en casa de su antiguo compañero.

—Me hablaste del gorro de Sarah.

Él asintió con solemnidad.

—Sí. Pero todavía tengo que contarte otra cosa antes. Lo encontré en el historial de navegación de internet. Me incomoda un poco hablarte de eso, pero…

—Venga.

—Tu marido entró en una página web un tanto particular… La del Torreón Negro. Es un club privado, bastante selecto, situado en el distrito 3 de Lyon.

Entró en la página web.

—Al principio no me decía nada, pero he investigado y se trata de un club de prácticas bastante extremas, como el sadomasoquismo y noches especiales. Según algunos resultados, puede llegar muy

lejos: suspensión con garfios, y ese tipo de cosas…

Léane frunció la nariz. Lyon… Justo donde trabajaba Giordano. ¿Por qué Jullian había buscado esa página web? ¿Se lo habría dicho el policía secuestrado?

—¿Sabes algo más al respecto? ¿Algún nombre o contacto que me pudiera ayudar a saber qué buscaba?

—No, nada. Lo siento.

Se calló, cerró la ventana y añadió:

—No sé si esta información te sirve de algo, pero bueno, he preferido mencionártelo.

—Te lo agradezco, has hecho lo correcto.

—Ahora hablemos del gorro. He restaurado una foto eliminada que tal vez sea el origen de todo lo sucedido. Prepárate, porque es inquietante.

Clicó en un archivo, cuyo contenido se desplegó en la pantalla. Apareció un artículo de un periódico o una revista escaneada. En mitad de la página se veía la fotografía a color de un grupo de jóvenes en la veintena, de pie en medio de una pista de atletismo de cuatrocientos metros. Tenían los brazos levantados hacia el cielo. Entre ellos, el rostro de una joven estaba rodeado en rojo. Su cabello negro sobresalía de un gorro azul y verde con un pompón.

Maxime hizo *zoom* sobre el rostro y miró a Léane, visiblemente preocupado.

—Parece el gorro de Sarah, ¿no?

Léane se inclinó sobre la pantalla, escrutando el rostro con la esperanza de que… Pero, por supuesto, aquella chica no era Sarah, a pesar de que se parecieran un poco. La muchacha era mucho más pequeña. El artículo hablaba sobre el Téléthon y los jóvenes atletas de Mâcon, que habían corrido durante veinticuatro horas para donar el dinero recaudado a la asociación Pistas de la Esperanza. Se reclinó en la silla.

—El pompón, los colores… El gorro de Sarah está hecho a mano, es único. Tiene que ser el suyo.

—En ese caso, ¿qué hace en la cabeza de esa chavala, cuatro años después?

Maxime imprimió la fotografía a color y se la entregó a Léane.

—El artículo es de la revista de la ciudad de Mâcon, con fecha de hace quince días. Quizá alguno de los internautas que siguen a tu marido en redes sociales leyó la revista de casualidad, reconoció el gorro que llevaba Sarah la noche de su desaparición y le envió la página escaneada por mensaje privado.

Léane miraba fijamente el rostro sonriente sobre el papel. ¿Quién era aquella chica? Ahora entendía el origen del pelo teñido de negro que Colin había encontrado en el gorro. Esa fotografía era el detonante de todo lo sucedido: el secuestro de Giordano, la agresión de Jullian…

Cada vez se sentía peor, atormentada por la duda, zarandeada como una botella en medio del mar.

—¿No tienes nada más?

—Ya es bastante, ¿no te parece?

Léane dobló la hoja y se la metió en el bolsillo. Maxime desenchufó el cable conectado al ordenador y miró a Léane a los ojos.

—Puede que ese gorro no sea nada. Todos sabemos que Andy Jeanson es el culpable. Acabará diciendo dónde enterró a Sarah. Debes prepararte para eso, y no crearte falsas esperanzas. Ya han pasado cuatro años…

Léane se levantó de sopetón.

—¿Qué harías tú si estuvieras en mi lugar?

—Uf, yo… No sé. Mira, lo que está claro es que, conociendo a Jullian, seguramente fue a ver a esta chica. Tenía a su disposición la ciudad, el nombre de la asociación y la fecha del artículo; no debió de ser difícil dar con ella. Pobrecita…

Maxime le tendió un papel, en el que se leía: «Roxanne Braquet, diecisiete años. Calle Pillet, n.º 8, Mâcon». Léane abrió los ojos de par en par.

—No ha sido complicado. El número de teléfono de la asociación está por internet. Solo tuve que hacer una llamadita y listo. El responsable no recordaba haber recibido ninguna otra llamada preguntando por Roxanne, pero puede que Jullian se acercara al ayuntamiento o consiguiese la información de la chica de otra forma. Pero estoy convencido de que se acercó a verla. ¿Qué pasó

después? Eso ya, ni idea… Respecto al dichoso club, el Torreón Negro, no he podido sacar gran cosa por ahora, teniendo en cuenta que no sé qué buscar… Le han dado una paliza a tu marido, Léane. Puede que se haya metido en un buen lío por culpa de esta foto o de sus búsquedas… Si yo estuviera en tu lugar, iría a la Policía a primera hora de la mañana. Ellos se encargarán de interrogar a la chica. Seguro que hay una buena explicación detrás de todo esto y te darás cuenta de que no tiene nada que ver con la desaparición de Sarah.

Le colocó el ordenador entre los brazos y esbozó una sonrisita.

—Me alegra que estés de vuelta, aunque no sea en las mejores circunstancias. ¿Sabes qué? Me he leído tu último libro. Es duro, pero magnífico. No dejo de hablar de él en el cole.

—Gracias, Maxime. Por todo. Solo quiero pedirte una última cosa…

—Dime.

Le cogió el papel de las manos.

—No le hables a nadie de todo esto. Ni de mi visita ni de tus hallazgos. Nunca has visto el ordenador de Jullian ni oído hablar de Roxanne Braquet. Por favor, es muy importante.

Maxime entrecerró los ojos y no dijo nada durante unos segundos.

—No vas a ir a la Policía, ¿no?

—¿Puedo confiar en ti?

—Estoy más que dispuesto a ayudarte. No dudes en llamarme si me necesitas. Pero ten mucho cuidado, ¿vale?

Léane le volvió a dar las gracias y se dirigió al coche. El tiempo había pasado y la medianoche acechaba. La marea estaba subiendo; una gran mandíbula negra que lo devoraba todo a su paso. En ese momento, la parte baja de las murallas del fuerte debía de empezar a quedar sumergida. Las rocas entre la orilla y la puerta de entrada estarían bajo el agua para cuando ella llegara. Ya era demasiado tarde por hoy.

Miró el papel con la identidad y la dirección. Se aferró a la esperanza de conseguir una respuesta a sus preguntas al día siguiente, para soportar el hecho de que, culpable o inocente, Giordano iba a pasar una noche más en el mismísimo infierno.

Capítulo 28

Habían visto el primer DVD en grupo a las cuatro de la mañana, en una sala de reuniones de la brigada. Cinco hombres reunidos alrededor de una mesa, con el rostro demacrado, habían enfrentado noventa minutos de pura demencia. Con la ayuda de una cámara colocada sobre un trípode, Félix Delpierre había grabado sus actos en el fondo del sótano. Borbotones de horror, un desbordamiento de los instintos más primarios y bestiales del ser humano, inmortalizados para la eternidad en un disco de policarbonato, transformados en un código binario de ceros y unos.

Al principio, a Vic le habían asignado la misión de pasarse el día viendo las otras ocho películas y de seleccionar todos los elementos importantes que pudieran añadirse al expediente. ¿El motivo? Porque consideraban que no había nadie más observador que él… y porque era como una videograbadora andante.

«Joder, gracias por el regalo».

Aunque el autor de los crímenes estuviera muerto, todavía tenían que reconstruir su siniestra odisea, identificar a todas sus víctimas y encontrar los cuerpos, el de Apolline incluido. Las excavadoras y los hombres equipados con detectores llegaban por las mañanas para registrar los alrededores de la granja, mientras la forense se hacía cargo de la «cosa». Huelga decir que habían necesitado una hora y dos hombres para quitarle todos los hilos y los anzuelos y descolgarla de su marco.

Le habían deseado buena suerte a Vic antes de que regresara a casa, tras más de veinte horas sin parar, con las copias de las películas y un reproductor bajo el brazo. Volvió a su habitación de hotel, donde ya no quedaba mucho espacio para moverse por culpa de sus cosas, de las cajas que no había querido dejar en un trastero.

Nueve metros cuadrados para vivir, de los cuales cinco estaban ocupados por viejos recuerdos, la mayoría inútiles, pero a Vic no le gustaba tirar nada. También había un tablero de ajedrez sobre la mesa, con la Inmortal de Kaspárov a medio jugar, que Vic se empeñaba en reproducir una y otra vez, jugada por jugada, en busca de los secretos de Jeanson. La señora de la limpieza ya estaba avisada, y el gerente toleraba aquella situación tan atípica, pues Vic era un cliente discreto y generoso con las propinas. Además, gracias a lo que pagaba por la pensión de MammaM, sus fines de mes debían de salirle redondos.

Al amanecer, Vic ventiló la habitación y se dejó caer sobre la cama elevada, que casi rozaba el techo. Después de colocarse unos tapones para los oídos, se durmió de inmediato. Despertó cuatro horas más tarde, tiritando de frío: había olvidado cerrar la ventana. Puso la calefacción eléctrica al máximo, se bebió dos cafés seguidos, engulló una rebanada de pan con mermelada que había cogido del bufé del desayuno y se sentó frente al televisor, tras haber conectado el reproductor de DVD. Las nueve de la mañana era la hora ideal para mirar a Félix Delpierre a los ojos, para acariciar las tinieblas.

Como las paredes eran de papel, podía escuchar a una pareja echando un polvo tres habitaciones más allá, así que optó por ponerse los auriculares. Había un total de nueve películas. Vic empezó por el vídeo que venía después del que habían visto todos juntos en la brigada. Su contenido era del mismo calibre.

En la primera secuencia, Félix Delpierre apareció con el cadáver de una chica echado al hombro, que colocó sobre la mesa metálica, como si no fuese más que un trozo de carne. Tenía la cabeza metida en una bolsa de plástico, sujeta con cinta adhesiva alrededor del cuello. Luego se acercó a la cámara y comprobó que estaba enfocando la escena.

Vic miró el cuerpo desnudo con atención. Teniendo en cuenta la facilidad con la que lo manipulaba el asesino, todavía estaba flexible, lo que significa que había sido asesinada unas seis horas antes. La chica parecía morena —unos cuantos cabellos asomaban por debajo del plástico, pero poco más—. Había sido cruelmente agredida: tenía

hematomas y escaras en piernas y brazos. Su secuestro no debía de haberse cometido el día anterior. ¿Por qué Delpierre no había grabado la detención, las torturas y el asesinato? ¿Las personas vivas le interesaban menos que los cadáveres?

Vic hizo un esfuerzo titánico para no saltarse la parte del vídeo en que Delpierre violaba al cadáver, que seguía llevando la bolsa de plástico en la cabeza. Cada vez que podía, el despedazador miraba a cámara, con la mandíbula apretada y la frente sudada. Cada detalle, cada palabra que pronunciara para sí mismo o para la cámara, podía ser importante. El policía apretó los puños con fuerza y los clavó en los cojines, luchando por no rendirse. Tampoco se saltó la secuencia en la que el asesino despellejaba los brazos y la espalda, sucios, con una especie de cuchilla giratoria —como la que se utiliza para cortar los kebabs—, ni cuando colgó los jirones frescos para que drenaran.

El asesino se dirigió hacia el maniquí: una especie de esqueleto de metal, sin cabeza ni manos, en el cual una parte del torso ya había sido cubierta por lo que a Vic le parecía la piel de la víctima del primer DVD. Con pinceles, trapos y maquillaje, hacía que la piel curtida adquiriera un tono más rosado y que las suturas fueran más discretas. Quería vestir la muerte con los colores de la vida.

Después, cortó la grabación.

Una hora y media de pura abyección. El trabajo de curtido debía de haberle llevado días, por lo que Delpierre había hecho un montaje digno de un profesional, con cortes, planos secuencia y efectos para reducir la duración de reproducción. ¿Cuándo se había realizado? No había ninguna indicación temporal. Podían ser semanas, meses o años atrás. En todo caso, se encontraba en los inicios de fabricación de la «cosa».

Vic salió a tomar el aire, en camisa a pesar de que estaban a dos grados bajo cero. Las imágenes, dignas de una película de terror, le bastaban para que le ardiese el cuerpo. Le jodía no haber visto el rostro de las víctimas por culpa de la bolsa. Le habría gustado no olvidarlas. ¿Quiénes eran? ¿Cuándo habían sido secuestradas? No tenía ninguna pista para buscar en los informes de desaparición. Solo en Francia, cada año desaparecían decenas de miles de personas de forma inquietante. ¿Por dónde empezar a buscar?

Caminó junto a una fila de coches estacionados frente al hotel. Pertenecían a muchos jóvenes que venían a hacer el amor, o a parejas adúlteras que no podían permitirse habitaciones de lujo. Luego se dirigió a la panadería de la galería comercial ubicada a doscientos metros. Así vestido, los transeúntes lo miraban de reojo, como si acabara de escapar de un hospital psiquiátrico o de llegar de quién sabe qué país. Una vez allí, se compró un sándwich y una bolsa de patatas para el almuerzo. Luego se quedó mirando a unos niños jugar en la nieve entre el hotel y la tienda. Se lanzaban bolas, se perseguían, reían cuando el proyectil daba en el blanco. Los instintos ya se manifestaban desde tan jóvenes: correr, huir, sobrevivir.

Volvió a su habitación de hotel, congelado, y se puso manos a la obra con el trabajo. En esa ocasión, aceleró el visionado de los siguientes discos. Delpierre llevaba los cadáveres con la cabeza tapada, tomaba medidas, trazaba líneas en la espalda y el pecho. Los cuerpos permanecían prácticamente intactos: no los masacraba, solo cortaba unos jirones de carne por aquí y por allá, y luego los enrollaba con una lona. Su obra iba adquiriendo amplitud, poco a poco el metal del esqueleto desaparecía bajo los jirones de piel. Al policía le recordó a un artesano de alta costura.

A la una de la tarde, se comió el sándwich y las patatas de forma automática, sin apetito, porque tenía que seguir viviendo.

En la mitad de una de las grabaciones, tuvo una revelación ante un cuerpo que podía haber sido el de su hija. No desaprovechó el momento de lucidez, teniendo en cuenta que, un cuarto de hora más tarde, vagaba por la sección de Navidad del centro comercial, en busca de un regalo para Coralie. ¿Qué le podía comprar? ¿Qué podría interesarle a una adolescente de dieciséis años? Optó por una caja de bombones y una tarjeta regalo para gastar en cualquier sección de la tienda. Sin duda, era mejor idea que el dinero que sugería Vadim. O, peor, no tenía ni idea.

Antes de volver al hotel, recibió una llamada del técnico a cargo de analizar el móvil de Delpierre, hallado sobre la mesa de su salón.

—El extraño SMS con todo el rollo de «la rueda de la felicidad» se lo envió Delpierre a un tío de nombre Doctor Watson, con domicilio

en Hyères. Y no lo digo de coña.

—Una identidad falsa…

—Suele pasar. El número de teléfono de ese tal Doctor Watson está vinculado a un proveedor que se llama LionMobile, y que solo existe en internet. Ese tipo de proveedores se propagan como la peste.

Vic sabía que se podía obtener sin problema una tarjeta SIM y un número de teléfono; bastaba con rellenar unos formularios en línea y dar cualquier tipo de información. Los camellos, los transportistas de droga que operaban mediante el sistema *go fast*, los traficantes de armas e incluso los terroristas llevaban siempre encima dos o tres móviles registrados con identidades falsas, lo que los hacía difíciles de identificar.

—Con un poco de suerte, conseguiremos rastrear el móvil del tal Doctor Watson, si es que aún sigue operativo. Pero eso aún nos llevará más tiempo. Por ahora, sigue siendo totalmente anónimo.

Vic le dio las gracias y colgó, confundido. ¿Qué se escondía detrás de la identidad de uno de los personajes de Conan Doyle? ¿Y por qué Delpierre le había enviado ese único SMS sobre la bicicleta del sótano? Un mensaje que, sin embargo, iba dirigido a ellos, a la Policía.

El enigma perfecto para Sherlock Holmes.

Con esas dudas rondándole la mente, regresó al infierno, confinado en su habitación. Siguió encadenando imágenes insoportables. Algunos cuerpos estaban llenos de hematomas, de quemaduras de cigarrillo, y el policía incluso discernió mordeduras. Delpierre hacía prueba de una frialdad, de una crudeza y de una constancia terroríficas. «Un cazador», pensó Vic. Estaba acostumbrado a cazar, despellejar y disecar pieles de animales. Y hacía lo mismo con los seres humanos.

Apolline apareció en el noveno y último DVD. Estaba viva.

Vic se levantó de la silla y la acercó a la pantalla; las manos sobre las rodillas. La joven ciega estaba atada con la cadena que se encontraba al fondo de la estancia, sentada sobre unos cojines, entre las cortinas rojas. Todavía no había sido mutilada. Lloraba y suplicaba como podía por culpa de la mordaza. Estaba medio

desnuda. Era algo insoportable de mirar, y Vic se vio obligado a luchar por sobrevivir. La película tenía que haber sido grabada después de noviembre, fecha del secuestro. Delpierre se acercó a Apolline, la acarició, le peinó el pelo, le susurraba cosas inaudibles, incluso con el sonido a tope. «Su muñeca», se imaginó Vic. «Era su muñequita».

La grabación enseñó la «obra» casi terminada, cubierta de piel. Todavía le faltaba el rostro sobre la cabeza de poliestireno y las dos manos.

En el plano siguiente, el tiempo había pasado. Apolline tenía el pelo un poco más largo, y estaba tumbada sobre la mesa metálica donde Delpierre despellejaba a sus víctimas. Inmóvil, con las pupilas dilatadas a pesar de la luz, pero viva, a diferencia de las demás, y sin moratones ni equimosis. Delpierre terminaba de inyectarle un líquido, seguramente morfina. El policía tuvo que quitar el sonido y apartar la mirada cuando el verdugo empezó a trabajar con la sierra. Luego cauterizó el antebrazo. Cuando volvió a mirar a la pantalla, Apolline ya no se movía, inconsciente.

Delpierre se puso hecho un basilisco cuando descubrió, en el momento de colocar la mano derecha frente al muñón derecho de su «obra», las heridas en braille que Apolline se había infligido en la palma de la mano. Lo mismo sucedió cuando miró la izquierda. Parecía desconcertado, se puso a dar vueltas, con el puño apretado bajo la barbilla. Vic entendió que le molestaban las heridas recientes, que jamás se curarían; que, a pesar de la monstruosidad de su construcción, buscaba la perfección en los elementos que juntaba: ni quemaduras, ni cortes, ni hematomas. Un punto en común que Vic descubrió en ese momento: Delpierre solo utilizaba los jirones de piel que habían quedado intactos tras cometer sus atrocidades. Por eso le hacían falta tantos cuerpos.

No le dio tiempo a sacar conclusiones de su reflexión. De repente, Delpierre se abalanzó sobre Apolline con violencia, como si quisiera rematarla. Apenas se movía, pero seguía viva. No obstante, el hombre se quedó estático cuando empezó a sonar una breve melodía que Vic reconoció, pues era la que sonaba en la mayoría de los móviles cuando recibían un SMS. Entonces el verdugo salió del

plano y el vídeo se cortó.

Fin de la película. Fin de la serie.

El policía se cubrió el rostro con ambas manos en un largo suspiro, con la sensación de tener una olla en ebullición en el cráneo en lugar del cerebro. Bebió agua directamente de una botella y se quedó allí, inmóvil, con la mirada clavada en la ventana de su habitación. Afuera, los niños habían desaparecido hacía rato, dejando atrás un solitario muñeco de nieve. Habían reunido y compactado la materia, colocado la zanahoria, los botones y el sombrero. Ellos también habían creado su cosa. Así era el ser humano: necesitaba existir a través de sus creaciones.

Vic cerró los ojos. Se imaginó a sí mismo frente al maletero abierto el lunes anterior, en mitad de la noche. Las manos que hallaron en el interior eran las de Apolline, todavía no putrefactas y hasta arriba de morfina. Así que había pasado poco tiempo entre el momento en que Delpierre grabó las mutilaciones de Apolline en su sótano y el robo de su Ford. Puede que incluso solo pasaran unas horas. En ese intervalo, el criminal había cortado las dos manos y robado los dos ojos azules, así como el rostro de una nueva víctima, que después metió en el maletero, al lado de las manos de Apolline.

Vic no entendía nada: ¿dónde había encerrado a la víctima del maletero? No se la veía en ningún momento en los DVD. ¿La habría mantenido cautiva en algún lugar de la granja de Delpierre que se les había escapado? ¿O a kilómetros de allí?

El teniente seguía con los ojos cerrados y los tapones en los oídos Aislado del mundo, pensó en Apolline y en la «cosa». Según lo que había visto en la escena del crimen y en los DVD, la joven ciega no formaba parte del horrible conjunto de pieles. ¿Delpierre la había matado, o escondido en algún lugar seguro? ¿Cabía la posibilidad de que siguiese viva?

Vic intentó ordenar cronológicamente los movimientos de Delpierre la noche del robo de su coche. Está en su casa, en el sótano, robando los ojos, el rostro y las manos de una nueva víctima, antes de empaquetarla y meterla en el maletero. Luego se pone en marcha, coge la autopista en dirección a Grenoble con la intención de deshacerse del cuerpo y las manos, pero para en la

gasolinera para llenar el depósito.

Vic se enderezó de repente y la parte alta de su cabeza chocó con la barra de la cama. Dobló el cuerpo en dos, con la mandíbula apretada, pero la conclusión a la que había llegado era más fuerte que el dolor. Delpierre cambiaba la matrícula del coche en cada desplazamiento, no se saltaba el límite de velocidad y embalaba los cuerpos para no dejar ni un rastro… Si era tan organizado, ¿cómo pudo arriesgarse a parar para echar gasolina con lo que llevaba en el maletero? ¿Por qué no haberlo hecho antes? Vic se acordaba del número de litros que indicaba la pantalla de la gasolinera: cincuenta y siete. Una búsqueda rápida en internet le reveló que ese tipo de modelo de coche, un Ford Mondeo, tenía una reserva de sesenta litros. Delpierre podía haberse quedado tirado en medio de la carretera si no paraba a repostar.

—¡Porque no lo sabía! ¡Ese trayecto no estaba previsto!

Vic chasqueaba los dedos sin parar y daba vueltas entre las cajas de cartón. Lo que Morel había interpretado con ser excesivamente cuidadoso o incluso con ser un provocador, al final se trataba de una cosa completamente distinta: Delpierre se había precipitado, había actuado con urgencia aquella noche.

El policía volvió a poner el último DVD, en la escena final: el asesino, furioso porque se acaba de dar cuenta de las heridas en las manos de Apolline. Se abalanza sobre ella para rematarla, pero empieza a sonar la famosa melodía. Después, nada más.

El policía prácticamente escuchaba el traqueteo de los engranajes poniéndose en marcha en su cabeza. De repente vio todo más claro.

Delpierre no actuaba solo.

Capítulo 29

Léane llevaba desde las seis de la mañana aparcada frente a la calle Pillet, n.º 8, en Mâcon. Tres horas de carretera, una noche sin dormir, dolores en la nuca y las articulaciones. Estaba adormilada, y cada vez que cerraba los ojos veía una especie de *flashes*: Grégory Giordano gritando, suplicando, con el ojo morado y la frente ensangrentada; su mano escribiendo VIVA y arañando el maletero del coche; el rostro destrozado de Jullian; Jullian, el hombre al que le gustaban las cometas; Jullian, el romántico que le había regalado un ramo de cien rosas blancas, un día cualquiera; el mismo Jullian que solía reprocharle la violencia y la oscuridad de sus novelas… y el que le había dado una paliza a su prisionero, que le había molido el pie con unos crujidos de huesos nauseabundos y unos movimientos lentos de la manivela porque, con ese tipo de mecanismo, no se podía ir rápido.

Unos pasos resonaron sobre la acera, a su lado, y la sacaron de su letargo. Lo último que debía hacer era caer en las garras de la sirena del sueño. Volvió a clavar los ojos en la salida del edificio y se mantuvo atenta a la posible aparición de algún residente. Era viernes 22 de diciembre, el último día antes de las vacaciones escolares. Roxanne Braquet tenía diecisiete años, por lo que debía de ir al instituto. Tarde o temprano acabaría por aparecer.

Léane volvió a pensar en su marido, en las revelaciones que le había hecho sobre Sarah, en la forma en que lo había abandonado con todas sus dudas. Tal vez pronto regresaría a la villa, lo que sería un verdadero desastre dada la situación. Le pediría explicaciones: sobre la desaparición de su hija, sobre Jeanson, sobre lo que había pasado durante aquellos últimos cuatro años. Vería sus maletas en la habitación y entendería que ya no vivían juntos. ¿Qué podría decirle?

Cada cosa a su debido tiempo. Prefirió no seguir pensando en eso y concentrarse en el edificio. Diferentes figuras enfundadas en ropa de invierno salían del edificio: gorros, bufandas cubriéndoles la nariz, guantes… Léane intentó concentrarse en esos fragmentos de rostro, en la forma de andar. No tenía mucha información sobre Roxanne, solo un artículo de revista escaneado.

En un primer momento, creyó reconocerla. Saltó del coche y agarró del brazo a un joven de pelo largo, que seguramente la tomó por una loca. Volvió a encerrarse en el coche, al borde de los nervios: tenía que calmarse y, sobre todo, actuar con más delicadeza si no quería asustar a la chica.

A las 7:22 h, una silueta frágil se deslizó por la acera con paso apresurado; un bolso cruzado al hombro. Una cascada de cabello negro escapaba de un gorro azul y le caía por la nuca y el cuello del abrigo tres cuartos. No se le veía bien la cara, pero Léane no podía dejarla escapar. Esa vez cruzó la calle con mucha más discreción, avanzó más rápido que su objetivo y, cuando estuvo cerca, entonces preguntó:

—¿Roxanne Braquet?

La joven giró la cabeza sin dejar de andar. Léane se sintió desconcertada: Roxanne era hermosa, con unos ojos de un azul poco común, como los de su hija, muy profundos y de forma almendrada. Se la imaginó sin el tinte, rubia, y durante una fracción de segundo se preguntó qué podía llevar a una chica tan joven a teñirse el pelo de negro.

—¿Sí?

La novelista se acercó. Vestía ropa neutra, un gorro negro, bajo el cual desaparecía toda su cabellera, y una bufanda. Tenía que pasar lo más desapercibida posible y medir cada una de sus palabras.

—Llevo varios días trabajando para la asociación Pistas de la Esperanza. Creo que la conoces, ¿verdad?

Roxanne aminoró el paso.

—Sí. ¿Qué pasa? ¿Ha habido algún problema?

La joven desconfió de Léane desde el primer momento, un comportamiento normal teniendo en cuenta la hora y el lugar.

—No, no, ningún problema. Sé que es temprano y que he salido

así de la nada, pero… tengo que hacerte una pregunta. No te robaré mucho tiempo. En la revista de la ciudad salió un artículo a principios de mes. —Léane sacó el papel impreso del bolsillo y se lo tendió—. Tú apareces en él, y yo…

—Pero ¿de qué narices va todo esto? Déjame en paz con el tema, ¿vale?

Ella aceleró el paso y Léane la agarró.

—Alguien ya te ha enseñado esto, ¿verdad? ¿Un hombre de pelo negro, de unos cuarenta años, alrededor de un metro ochenta y bastante corpulento?

—Sí, menudo zumbado el tío. Estuvo a punto de llegar a las manos con mi padre.

Así que Jullian sí había ido hasta allí. Léane sentía que las respuestas podían brotar de los labios de la joven, ahí mismo, en ese instante. Sin pensarlo, sacó un billete de cincuenta euros de su cartera y se lo puso en la mano a Roxanne. No era una actitud muy elegante, pero sí eficaz.

—¿Me puedes contar lo que pasó?

La adolescente dudó, pero enseguida se guardó el billete en el bolsillo del abrigo.

—No fue el finde pasado, sino el anterior. Me tocaba pasarlo en casa de mi padre. Volvíamos de la compra el sábado por la mañana. Y ahí estaba el tipo de pelo negro que has dicho, esperando delante de casa. Un tío nervioso. En cuanto vio que nos acercábamos, intentó hablar conmigo. Mi padre le preguntó que qué quería. En ese momento sacó el artículo, como tú, y me preguntó de dónde había sacado el gorro…, este gorro.

Apoyó el dedo sobre el papel. Luego cruzó la calle. Léane la siguió.

—¿Qué le dijiste?

—Nada. Mi padre se interpuso entre los dos y me pidió que entrara en casa. Eso hice. Pero, como te he dicho, se calentaron los humos y casi llegan a las manos. Tras un intercambio de palabras que duró uno o dos minutos, el tipo por fin se largó.

—¿Y no lo has vuelto a ver nunca más?

—No. No tenemos ni idea de quién era; mi padre me dijo que solo

era un chalado. No hemos vuelto a hablar del tema.

Léane se puso a pensar, pues le costaba imaginar a Jullian dándole la espalda a una pista. Jamás lo haría. Tuvo que volver a la casa en algún momento.

—Dices que ese finde lo pasaste en casa de tu padre. ¿Tus padres ya no están juntos?

—Hace tiempo que se divorciaron. Mi padre se quedó en Ecully, a las afueras de Lyon, y mi madre se mudó aquí, a Mâcon. Ella tiene la custodia. A mi padre no lo veo muy a menudo, debido a…

—¿A…?

Roxanne cerró la boca y enseguida cambió de tema:

—Quizá pase Año Nuevo en su casa. Pero últimamente no se interesa mucho por mi vida. Ni una llamada, ni un mensaje. Nada. Supongo que cree que me basta con los cheques.

Hundió la nariz en la bufanda. Unas señales rojas parpadeaban en la mente de Léane.

—A las afueras de Lyon, dices… ¿Braquet es el apellido de tu padre?

Roxanne pareció desconfiar. Resopló.

—No, es el apellido de mi madre, el que uso siempre. Pero mi apellido oficial es Giordano.

Capítulo 30

Léane no se podía creer lo que acababa de escuchar. Se metió las manos en los bolsillos para evitar los temblores. Se imaginó a Jullian volviendo a la carga, no contra Roxanne, sino contra Grégory Giordano. Acabó secuestrándolo, sin duda después de que la joven regresara a Mâcon. Roxanne no volvió a tener noticias de él, no estaba al tanto de la desaparición de su padre.

A Léane no le costó imaginarse la continuación de los acontecimientos: Jullian encerró a Giordano en el maletero con el gorro, y luego lo encadenó en el fuerte. Giordano podía llevar diez días pudriéndose en esa estancia glacial, torturado, golpeado… ¡y ella ahí, hablando con su hija!

—¿De dónde sacaste ese gorro?

—Ah, tú también… ¿Qué coño pasa con ese gorro? Me queda claro que no formas parte de la asociación. ¿Quién eres?

Léane volvió a echar mano de su cartera, la mejor de las respuestas.

—Por favor, Roxanne. Es muy importante.

—Pero ¿qué te crees, que estamos en una peli? Tú me das dinero y yo hablo, ¿es eso?

—Algo así.

—Siento decepcionarte, pero no tengo nada que decir sobre ese gorro. Lo encontró mi padre, eso es todo. Me lo puso en la cabeza, así, de repente, encima del gorro que ya llevaba puesto. Parecía una imbécil, y nos echamos unas risas… El gorro me pareció bonito, así que me lo quedé. A mi padre le gusta cuando me lo pongo. Eso me recuerda que… que me lo olvidé en su casa la última vez.

Varias preguntas taladraron la cabeza de Léane, pero decidió ir a lo esencial. Sabía que el tiempo apremiaba, pues bastaba con que

Roxanne se cerrara en banda y todo habría terminado.

—¿Cuándo lo encontrasteis? ¿Y dónde?

—El invierno pasado, en febrero, durante las vacaciones. Mi padre me llevó a hacer senderismo en el macizo de Vercors. Le chifla la naturaleza.

—El… El gorro… ¿Podía ser que lo encontrarais después… después de mucho tiempo? ¿Después de varios años? ¿Estaba sucio? ¿Enterrado bajo las hojas?

—Ah, no. El gorro solo estaba un poco cubierto de nieve. No sé, debían de haber pasado dos o tres días máximo desde que el propietario lo perdió; si no, habría desaparecido por completo bajo la nieve. Allí, el invierno es frío y duro. Nieva a menudo.

Jeanson había sido arrestado en enero de 2016. Si de verdad fue él quien mató a Sarah, ¿cómo Roxanne pudo encontrar el gorro de su hija casi un año más tarde en las montañas? Y, si el gorro hubiera estado expuesto al aire libre durante meses, habría sufrido daños y estaría medio destruido por los elementos.

Llegaron a una parada de autobús. Roxanne miró a Léane por el rabillo del ojo.

—Ese gorro le pertenece a alguien que conoces, ¿es eso?

—¿Te… te acuerdas del lugar exacto en que lo encontrasteis?

—¿Cómo quieres que me acuerde? Mi padre suele alquilar un piso en un edificio residencial en Saint-Agnan-en-Vercors, en la Drôme, cerca de las pistas de esquí. Lo encontramos durante una caminata en medio de la nada. Fue, no sé, por los alrededores de La Chapelle-en-Vercors, o uno de esos pueblos pequeños. Lo siento, no puedo ser más precisa.

Llegó el autobús escolar y abrió sus puertas.

—Tengo que irme.

—Me gustaría ponerme en contacto contigo para hablar más largo y tendido. ¿Me darías tú número?

—Lo siento. Ya sabes, no hay que fiarse de los desconocidos, y blablablá. No debería haber hablado contigo.

—Una última pregunta. Tu pelo negro… ¿Por qué te lo teñiste?

Roxanne la miró fijamente y entrecerró los ojos; un velo oscuro ensombreció su rostro. La joven se dio la vuelta rápidamente. Justo

antes de que se metiera en el autobús, Léane la llamó una última vez y le sacó una foto con el móvil.

—¡Eh! ¡No me saques fotos!

Roxanne la taladró con la mirada, a punto de volver a bajar, pero, como el conductor tenía poca paciencia, terminó por desaparecer en el autobús. La novelista dejó que el vehículo se alejase con amargura. Le habría gustado conseguir más respuestas. La pista no podía terminar ahí. Quizá Sarah fue llevada a las montañas cuando Jeanson ya estaba en prisión. Tal vez el asesino en serie no tuviera nada que ver con su desaparición, y Colin estuviera en lo cierto desde el principio.

¿Y si Sarah siguiera con vida? ¿Quizá Jullian tenía razón al continuar con su lucha durante todos esos años?

Léane miró la foto que acaba de sacar. Si Roxanne decía la verdad, Grégory Giordano había encontrado el gorro por pura casualidad, durante una caminata en el macizo de Vercors. Quizá lo había confesado bajo tortura y Jullian nunca quiso aceptarlo. El hecho de que fuera policía en Lyon y que trabajara en la comisaría donde gestionaban el caso Jeanson probablemente reforzó la convicción de Jullian.

Y, sin embargo… Léane aún guardaba una duda oculta que le impedía creer en la inocencia de Giordano. Esa historia de la custodia, el divorcio, los silencios de Roxanne cada vez que sacaba el tema… En parte le parecía normal, teniendo en cuenta que Léane era una completa desconocida, pero aun así...

Miró la hora y tecleó en el móvil. Le llevó menos de cinco minutos encontrar la dirección del policía: vivía a aproximadamente a una hora de allí. Arrancó y se dirigió hacia el sur. Debía estar convencida del todo de que tenían a un inocente secuestrado.

Pero, en el fondo de su ser, sabía que ese viaje no era más que una huida para no volver a Berck y enfrentarse a lo que la esperaba allí.

Capítulo 31

La casa de Grégory Giordano era un espléndido chalé individual, con un techo de paja en forma de seta y grandes ventanales circulares, plantado en medio de un amplio jardín. Léane aparcó un poco más adelante y se acercó a pie, con la cabeza gacha. Parecía una sombra furtiva a lo largo de la acera. Lyon y sus afueras estaban hasta arriba de nieve. En la calle se escuchaba el molesto pitido de un camión que esparcía sal gruesa. El lugar era tranquilo, poco concurrido. Aún estaba oscuro, y Léane sabía que el sol no los honraría con su presencia en todo el día.

Giró la esquina con un movimiento rápido y entró en el camino que daba a la casa. Las únicas huellas que había en la nieve eran las de un gato madrugador. Subió cuatro escalones y se plantó frente a la puerta de entrada. Llamó a la puerta, por pura formalidad, y echó un vistazo a su alrededor, no fuera a ser que Giordano tuviera pareja…

Pero nadie respondió. Probó a abrirla: cerrada con llave. Bajó de nuevo los escalones y rodeó la casa. La nieve crujía bajo la suela de sus botas, y Léane tuvo la sensación de que iba a alertar a todo el vecindario. Ninguna ventana rota, la veranda trasera cerrada con llave y en perfecto estado. ¿Y si Jullian hubiera secuestrado a Giordano en otro lugar? Obtuvo su ansiada respuesta al llegar a la puerta del garaje: el pomo giraba en el vacío, como si alguien lo hubiera forzado.

Entró, cerró la puerta tras de sí y golpeó los zapatos contra el suelo de cemento para sacudirse la nieve. Había un coche en el garaje. Léane inspeccionó el maletero, por si acaso. Nada. Encontró una primera puerta que daba al jardín trasero, y una segunda que conducía al recibidor de la casa. ¿Cuántas veces había descrito ese

tipo de escena en sus libros? La protagonista al margen de la ley, avanzando en la oscuridad de una casa desconocida… Un escalofrío le recorrió la espalda solo de pensarlo. Se paró un segundo a reflexionar: ¿qué estaba buscando en realidad? ¿Rastros de Sarah? ¿Pruebas de la culpabilidad de Giordano? ¿Un cartel que dijera: «Es él» / «No es él»?

Una vez en el salón, se fijó en varios álbumes de fotos colocados al azar sobre un mueble, en unos papeles tirados y en las puertas abiertas de diferentes armarios. Le quedaba claro que Jullian había pasado por allí y lo había registrado todo.

Como las persianas estaban bajadas, encendió un halógeno y bajó la intensidad al mínimo. Los álbumes seguían abiertos en fotos de la familia reunida. Grégory Giordano, junto a su esposa —una mujer rubia y delgada— y su hija en el medio, tan rubia como el trigo. Léane se quedó impactada por la dureza de la imagen: ninguno sonreía. Sus rostros se veían serios, casi agresivos, y las miradas esquivas. Siguió pasando las páginas, retrocedió en el tiempo y dejó que las imágenes desfilaran. Entendió, por las expresiones en las fotos familiares —cada vez más escasas—, que aquella supuesta familia feliz estaba a punto de romperse. Roxanne había mencionado un divorcio.

Continuó registrando el salón y encontró unas tarjetas de visita tiradas en el suelo, junto a una cajetilla de cigarrillos y un mechero Zippo plateado. Otra sorpresa, y de las buenas: Grégory Giordano ya no trabajaba en la Policía, sino en un concesionario en Lyon. ¿Por qué había dejado su puesto de trabajo? ¿Y cuándo? Según los artículos que Léane encontró en internet, habría sido después de 2010.

¿Y si todo estuviera relacionado? El divorcio, el cambio de trabajo, Sarah… ¿Y si, por el contrario, no tuviera nada que ver? Léane sabía que, si uno se empeñaba en buscar conexiones, siempre terminaba encontrándolas, incluso las más absurdas. ¿Acaso no era eso lo que le había demostrado aquella historia de plagio que le había contado Pam?

Dio una vuelta por la cocina y luego subió a la primera planta. La habitación de Giordano… Cama deshecha, sábanas revueltas. Se

acercó y vio una salpicadura de sangre en la funda de la almohada. Se imaginó a Jullian irrumpiendo allí mientras el hombre dormía, y golpeándolo en la cabeza. En el cuarto, los armarios también estaban abiertos y todo revuelto sin el menor cuidado. Revisó entre la ropa, pero no encontró nada extraño.

Salió de la habitación y fue hacia el despacho. Parecía que una tormenta había pasado por ahí. Los libros de la estantería estaban en el suelo y había hojas esparcidas por todo el parqué. Léane se apoyó contra la pared, con una mano en la frente. Empezaba a ser consciente de que con cada minuto que pasaba, con cada nuevo movimiento, se convertía un poco más en la cómplice de su marido. Ella también estaba cometiendo una infracción al irrumpir en la casa de un expolicía y hurgar entre sus pertenencias. Al fin y al cabo, ella también lo estaba reteniendo como prisionero.

Sus ojos se posaron sobre un libro en particular. Esa portada… Se agachó. Efectivamente, era *El hombre del cementerio*, una de sus obras. Se puso de rodillas y empezó a rebuscar entre los demás libros. Estaba rodeada de novelas policíacas y, entre ellas, varias escritas por la propia Léane. Sabía que no se trataba de los ejemplares robados en su casa porque, a diferencia de esos, llevaban un sello de GABINETE DE PRENSA en la primera página.

Se incorporó y se apoyó en el escritorio. Esos libros no significaban nada: Grégory Giordano podía ser simplemente un aficionado a la novela negra, uno de tantos lectores de Enaël Miraure, como cientos de miles de personas más.

Inspiró hondo, intentó concentrarse y observó los papeles desparramados por el suelo: facturas, fotocopias, borradores… Se fijó también en la presencia de cables, pero ningún ordenador. ¿Se lo habría llevado Jullian para revisarlo en casa? Era posible, y tal vez incluso ya se había deshecho de él.

Casi se le sale el corazón por la boca cuando empezó a sonar su teléfono. Era Colin. No cogió la llamada, pero escuchó el mensaje que le dejó en el buzón de voz:

> ¡¿Léane?! Responde, por favor. Es sobre la sangre hallada en el maletero. Espero tu llamada.

Léane se acercó a la ventana y echó un vistazo discreto hacia la calle, todavía desierta. Le devolvió la llamada a Colin de inmediato.

—He oído tu mensaje…

—¿Dónde estás? No son ni las diez de la mañana, acabo de pasar por tu casa y he visto que no estabas. Lo mismo con el hospital: nadie. Llevas dos días desaparecida y ni siquiera me llamas para saber cómo va la investigación. ¿Ya no te interesa? ¿O qué pasa?

—He… he tenido un problemilla en París y he tenido que volver urgentemente. No me dio tiempo a avisar a nadie, lo siento. Me… me han acusado de plagio por mi último libro.

Quizá Léane se hubiese ido de la lengua, pero debía sonar creíble.

—¿Plagio? ¿Quién te acusa?

—Un autor desconocido que solo quiere ganar dinero a mi costa. A veces pasa. Volveré a lo largo del día. —Se tocó la frente—. Claro que me interesa la investigación, pienso todo el rato en eso. Mencionaste la sangre del maletero. Es… ¿Es de Sarah?

—No. El grupo sanguíneo es idéntico, pero los perfiles de ADN no coinciden.

Se hizo el silencio. Léane ya lo sabía, pero contestó:

—No sé si debo sentirme aliviada o no… ¿Y tenemos la posibilidad de saber a quién pertenece esa sangre?

—No es que tengamos la posibilidad, Léane, es que ya sabemos a quién le pertenece. Conocemos al propietario. ¿Estás preparada? Dime que al menos no estás al volante.

Léane se quedó de piedra. Claro… Grégory Giordano había formado parte del cuerpo de Policía, su perfil de ADN debía de estar en algún expediente. Al igual que los criminales, los policías a veces dejaban su ADN en las escenas del crimen y los técnicos lo podían llegar a recoger por error. Tenerlos ya fichados evitaba pistas falsas y búsquedas inútiles.

Jullian y ella estaban jodidos. Colin se desplazaría hasta allí, confirmaría la desaparición y las búsquedas en la casa, y ya no quedaría ninguna duda de su culpabilidad. Tuvo que inspirar con fuerza para que no le temblara la voz, antes de añadir:

—¿De quién es?

—De tu marido. De Jullian.

Capítulo 32

Léane recibió el golpe, plantada en medio de la estancia.

—¿De Jullian? Eso… Eso es imposible.

—Es su sangre y su ADN, Léane. Estamos cien por cien seguros. Lo comparamos con el ADN de la sangre que le extrajeron en el hospital y es idéntico. Por muy incomprensible que parezca, fue Jullian quien estuvo encerrado en el maletero de su propio vehículo. Fue él quien escribió con la sangre VIVA, y seguramente también fue él quien escondió el gorro bajo la alfombrilla, a la altura de la rueda de repuesto, creyendo que era el de vuestra hija.

Léane se sentó en el suelo y acercó las piernas a su torso.

—¿Léane? ¿Sigues ahí?

—Sí, sí… Solo… Solo intento entender. Él… Jullian estuvo encerrado en el maletero de su propio cuatro por cuatro… Y lo encontraron herido después de sufrir una agresión en… en el dique.

—Precisamente, puede ser que no le agredieran en el dique. Tengo una hipótesis para todo esto. Un poco descabellada, eso sí, pero podría encajar, aunque no lo explique todo. ¿Recuerdas que el otro día me dijiste que Jullian odiaba las aplicaciones de salud y que nunca las utilizaba?

Léane se limitó a emitir un sonido a modo de respuesta.

—Imagina que alguien lo encerró en el maletero. Jullian tiene el gorro que cree que es de su hija, que no sabemos cómo consiguió, y está convencido de que vuestra hija está viva. Lo esconde en el compartimento de la rueda de repuesto para que alguien lo encuentre más adelante y escribe como puede la palabra VIVA, para dejarnos un mensaje. Quizá creyó que iba a morir, que lo iban a asesinar. Quizá el coche estuviera en marcha, que viniese de otra ciudad. ¿Del lugar donde encontró el gorro, tal vez? En fin, el coche

se detiene al borde del dique, en un lugar oculto de las miradas curiosas. Cerca del faro es el lugar perfecto. Después, el agresor abre el maletero, deja inconsciente a tu marido, coge su móvil y se va a caminar a lo largo del dique…

—… para hacer como que Jullian fue el que hizo el recorrido.

—Exacto. Luego vuelve al maletero, lleva a Jullian hasta el lugar donde lo encontraron y deja el coche delante de la villa, y no en el garaje, como hace Jullian de manera sistemática. Después desaparece en la naturaleza.

Léane empezó a ver unas mariposas negras y a sentirse febril, como si le hubiesen vaciado toda la sangre del cuerpo.

—¿Por qué el agresor habría hecho algo así?

—Para que no entendamos nada. Para liarnos y darnos pistas falsas. Me da la impresión de que es un puto manipulador. Probablemente sea alguien más cercano de lo que pensamos, alguien que gravita a vuestro alrededor…

—Pero ¿quién, maldita sea?

—Lo descubriré. Tengo que contarte otra cosa increíble, escúchame con atención. Me acerqué a la agencia de seguridad para hablar con el tío que vino a apagar la alarma la noche que volviste a la villa. ¿Te acuerdas? Jullian había llamado a la agencia de vigilancia la noche anterior, sobre la una de la madrugada, y había dicho que no recordaba los códigos por culpa del alcohol.

—Sí.

—Vale, pues le he enseñado una foto de Jullian al técnico. Por desgracia, era incapaz de asegurarme que fue a tu marido a quien vio aquella noche. De hecho, no se acuerda.

—Crees… ¿Crees que le abrió la puerta al agresor? Eso explicaría que no supiese los códigos.

—No estoy seguro. El técnico me dijo que el hombre tenía la llave de la puerta principal y que estaba achispado. No habían forzado las cerraduras, así que el técnico naturalmente pensó que era el propietario. Apagó la alarma y luego le pidió que firmara un documento de intervención, que he podido ver con mis propios ojos. No es la firma de Jullian. El hombre que hizo saltar la alarma era un impostor.

Léane ya no entendía nada. ¿Quién era aquel desconocido que se había colado en su casa y agredido a su marido? ¿Era el mismo que ya había allanado La Inspiradora dos meses antes y robado sus libros? ¿Era él quien hizo desaparecer todos los documentos y expedientes sobre Sarah? Volvió a pensar también en el ordenador de Jullian, vaciado de su contenido. Alguien tenía interés en borrar sus descubrimientos. Y no podía ser Grégory Giordano, que, según la lógica, había sido encerrado en el fuerte antes de la agresión de Jullian.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Pedir un análisis completo y más minucioso del habitáculo del coche, así como un análisis de tu casa. Si estuvo sentado al volante, si condujo, si se desplazó hasta tu casa… el agresor pudo haber dejado huellas en los muebles, en el coche… En fin, hasta el más mínimo detalle podría ayudarnos a identificarlo. Cuento con acercarme por la tarde con un equipo de la científica. ¿Te parece bien a las cuatro?

Léane le echó un vistazo al reloj de pulsera.

—Mejor sobre las seis, si te viene bien, para que me dé tiempo a terminar lo que tengo que hacer en París.

—Vale. Pero si llegas antes evita dejar tus huellas por todas partes, sobre todo en los pomos de las puertas. Soy consciente de que habrás dejado bastantes desde que regresaste, y quiero tener la oportunidad de encontrar rastros ajenos.

De repente, Léane escuchó el golpe de una puerta cerrándose en la calle. Se abalanzó hacia la ventana. Un hombre y una mujer salían de un coche blanco serigrafiado con los colores de la nación. Él se reajustaba la chaqueta gris; ella se abotonaba la cazadora. Léane discernió el resplandor de una pistola.

La Policía.

Capítulo 33

—¿Un limpiador de cadáveres?

Esa noche de viernes, tras la insistencia de Vic, los dos compañeros regresaron a la habitación escondida en el sótano de Félix Delpierre. V&V habían vuelto a enfrentarse a la carretera, al frío, a las curvas, y, aunque la mayoría de los caminos habían sido despejados de nieve, conducir seguía siendo peligroso y agotador, sobre todo en la montaña. Moral, ocupado con las autopsias, no había asistido al informe que Vic le había hecho al equipo tras la visualización de los DVD.

En ese momento, se trincaba su segundo sándwich de atún con mayonesa del día y se quitaba las migas del cuello de la chaqueta con el dorso de la mano. Vic echó un vistazo bajo las cortinas rojas.

—Sí, un limpiador. Eso es lo que pienso. Félix Delpierre solo se deshacía de los cuerpos, no los torturaba. Algunas de las víctimas presentan varias quemaduras de cigarrillo, sobre todo en las partes genitales y los senos. ¿No dijiste que Ehre te mencionó que Delpierre no era fumador?

—Sí. Pulmones y dientes limpios. Ni rastro de nicotina en las puntas de los dedos. Por supuesto, falta que lo confirme el informe toxicológico. Pero ¿y si fumaba de forma ocasional? ¿O si compraba los cigarros única y exclusivamente para sus torturas?

Morel lanzó una mirada al bies, con los ojos apagados, hacia el lugar donde, el día anterior, habían encontrado el marco con el cuerpo en posición del *Hombre de Vitruvio*. Las autopsias, en especial la de la «cosa», si es que a eso se le podía llamar una autopsia, habían sido un completo calvario. Ehre y dos asistentes se encargaron de deshacer lo que Delpierre había creado, y de separar cada trozo de piel colocado en el esqueleto metálico. Luego enviaron

las muestras a los servicios de toxicología y de biología. Un puzle macabro.

El policía se espabiló y le dio un buen bocado al sándwich. Como siempre, Vic no le había explicado a su compañero el motivo de su regreso a la granja y había mantenido el misterio.

—Por favor, dime que no hemos vuelto a esta ratonera pasadas las ocho de la tarde para buscar cigarrillos. Ya se ha peinado toda la zona, así que no encontraremos ninguno. Ni rastro de ningún cenicero.

—No es eso. Ya te lo he dicho: no fue Delpierre quien quemó a las chicas. Un móvil… Eso es lo que tenemos que buscar.

Vadim giró todo el cuerpo hacia él.

—¿Un móvil? Pero si ya lo tenemos: el que estaba en medio de la mesa cuando vinimos la primera vez.

—Tenemos que buscar un segundo móvil no registrado, un teléfono que debía de utilizar para otra cosa. La prueba se encuentra en el último DVD. Justo cuando se preparaba para matar a Apolline, se escuchó el sonido de que había recibido un mensaje, y no fue el «canto de la rana» del móvil de la mesa del salón. Esa noche, un mensaje fue el detonante de todo. Tenemos que descubrir de qué se trataba.

—Delpierre nos esperaba. Sabía que íbamos a venir, así que se hizo cargo de la limpieza. En caso de que existiera un segundo móvil escondido, se habría deshecho de él. De lo contrario, lo habría dejado en la mesa del salón con el otro, acompañado de una notita en nuestro honor, como hizo con los DVD. Algo así como: «Pasadlo bien, coleguis».

Vic buscó durante unos diez minutos. Luego frotó una mano contra la otra.

—Vamos a mirar en la basura.

—Qué romántico. Una hora de coche para hurgar entre la mierda.

Subieron hacia la cocina.

—Entonces, según tu teoría, ¿son dos?

—Sí. Delpierre no fue quien mutiló a las víctimas. Primero, escogía las partes de los cuerpos exentas de cualquier herida o quemadura para despellejarlas y construir su «cosa». En algunas de las pelis se

puede observar cómo le molestaban esas mutilaciones. Segundo, su comportamiento con Apolline me llevó a pensar que hay un segundo implicado: se podría decir que la trataba con cierto cuidado, quería dañarla lo menos posible. Está claro que era un objeto sexual para él, un sujeto de excitación, pero no buscaba su placer en la tortura. Esa no era su movida.

—¿Su movida solo era violar cadáveres y pelarlos? Ah, bueno, entonces ni tan mal.

Morel se pasó las manos por el rostro con un suspiro.

—Perdón. Ayer mi mujer me preguntó en qué caso andaba metido. Llego a casa tarde, estoy molido, olvido la Navidad… He tenido que mentir otra vez, porque lo que estamos viviendo no es algo que se pueda contar a la ligera. Mi hija tiene la edad de todas esas víctimas, joder. Y, mientras estaba en la autopsia, no fui capaz de pasar ni un puto segundo sin imaginarme a Hélène ocupando el lugar de alguna de ellas.

Metió los restos del sándwich en el envoltorio en un gesto mecánico y lo dejó sobre la mesa. Luego salió al patio con una bolsa de basura y vació todo el contenido. Mientras tanto, Vic se encargó del gran cubo de plástico. Ya había encendido la luz del porche.

—Suelo olvidarme de que ya casi es Navidad. Lo siento.

—No pasa nada. Volvamos al tema que nos atañe.

—Vale. El lunes pasado, Delpierre recibe un mensaje justo cuando termina de cortarle las manos a Apolline para finalizar su obra. Se trata de un mensaje urgente, imprevisto. Lo sabemos porque Delpierre, quien normalmente es tan organizado, se olvida de llenar el depósito de gasolina. Alguien le pide que vaya a un sitio, creo que para recoger un cadáver y limpiar una escena del crimen: la de la chica del rostro despellejado. ¿Te acuerdas de que en el cofre hallamos unas fregonas húmedas y ensangrentadas, bidones de lejía, cubos e incluso cal viva?

Morel asintió con las manos metidas en la basura.

—Cambia la matrícula, mete el cuerpo en el coche, limpia la zona, pero, en vez de deshacerse del cadáver directamente, se desvía hacia su casa para quitarle los ojos, el rostro y las manos. Los ojos de Apolline no le acaban de convencer, seguramente porque su

estrabismo le molesta. Además, necesita encontrar otras manos, pues las de ella están dañadas por las incisiones en braille. No le da tiempo a grabar, como tiene por costumbre. En esta ocasión, actúa de forma precipitada. Corta las manos, despelleja el rostro y arranca los ojos de la nueva víctima. Una vez hecho, vuelve a meter el cuerpo mutilado en el maletero, junto a las manos inutilizables de Apolline, y regresa a la autopista para ir a enterrarlo todo. Ya sabemos lo que ocurrió en la gasolinera.

Morel se enderezó:

—No he encontrado nada.

—¿Qué hizo con Apolline? Esa sigue siendo la incógnita.

—Está muerta, Vic. Que le cortó las dos manos, me cago en la leche. ¿Qué te crees, que sigue con vida?

—Si la hubiera matado, ¿por qué no estaba en el maletero la otra noche? ¿Por qué no hemos encontrado su cuerpo en la granja?

—Porque la mataría más tarde y la enterraría lejos de aquí.

—¿Por qué habría hecho eso si sabía que lo teníamos en el punto de mira? ¿Por qué vistió a un cerdo con el vestido de Apolline en vez de a la propia Apolline? Está en algún sitio, viva. Estoy convencido.

Vic tampoco encontró nada en la bolsa de basura, salvo un paquete de sobres, un bloc de papel de cartas de alta calidad y un frasco de perfume. Se alejó un poco y roció el perfume: una fragancia femenina, unas notas amaderadas. Inspeccionó el papel de cartas para comprobar que no hubiera nada escrito. Se habían arrancado varias hojas. En la portada del cuaderno, en una esquina, estaba anotado «27654» con bolígrafo azul. Vic frunció el ceño: ya había visto ese número antes.

Vadim suspiró.

—Hay una cosa que no entiendo. ¿Por qué molestarse en deshacerse de los cuerpos por ahí, lo que implica transporte y demás, cuando cometía semejantes atrocidades en su sótano? ¿Por qué no limitarse a enterrarlos en su jardín?

Vic indagó en los compartimentos de su memoria. ¿Dónde se había cruzado con ese maldito número? ¿Cuándo? Le preguntó a Vadim, pero no le decía nada. Arrancó el trozo de papel y cerró la bolsa de basura, confundido e incapaz de recordarlo. Terminó

volviendo a su conversación:

—Los cadáveres son el punto débil de todos los criminales. Ya sabes que los jardines es lo primero que registramos. Además, pueden atraer a animales salvajes, sobre todo por esta zona. Por no hablar de toda la gente que se debía de acercar a esta casa por su madre: médicos, enfermeros… Delpierre sabía de sobra cómo funciona el proceso de la muerte, por lo que se deshacía de los cuerpos sin dejar huellas. Es su papel en esta historia, su competencia, por llamarlo de alguna manera. Sin cuerpo, no hay crimen.

—Sí, pero te olvidas de la «cosa»…

—No la olvido. Delpierre debería haberse deshecho de los cuerpos enteros, pero sus pulsiones fueron demasiado fuertes. Es un necrófilo, Vadim, un enfermo. ¿Crees que la prisión puede ponerles fin a unas pulsiones semejantes? Antes de hacerlos desaparecer Dios sabe dónde, les da su merecido y les quita un poco de piel a cada uno. Evidentemente, es su mundo interior, su falla. Su cómplice, quizá el que se hace llamar Doctor Watson, no está al tanto de todo eso.

Morel se mantuvo un rato en silencio, luego asintió.

—Sí, tiene sentido. Pero ¿qué pinta la joven ciega en todo esto?

Vic se encogió de hombros y se enderezó.

—No lo sé. Quizá el haberla visto cada día durante la obra en el instituto de los Senones le excitó más que sus cadáveres y sus DVD. Una ciega, vulnerable, frágil… Un objeto vivo… Penetra poco a poco en su vida, le roba objetos, fantasea con ella. En un momento dado, da un paso más allá y la secuestra en Saint-Gervais. Quiere tenerla para él solo. Se niega a ser un simple limpiador, un tipo que se encarga de la mierda de los demás. Él también anhela el poder. Quiere demostrar de lo que es capaz.

Una vez cerró el saco de basura, Vic lo apoyó contra la pared y volvió a entrar en la casa. Morel lo siguió.

—Entonces, son dos…, Delpierre y… ese tal Doctor Watson, un desgraciado que tortura a las chicas.

Vic ya no lo escuchaba, plantado en medio del salón, la mirada clavada en las pistolas de colección que colgaban de la pared. Morel

podía seguir haciendo todas las preguntas que quisiera, pues no obtendría respuesta alguna: su compañero de equipo ya no estaba con él. Vadim lo imitó, intentando entender qué veía en aquellas armas, qué le evocaban. ¿La locura de Delpierre? ¿Su obsesión? ¿Su afición a la sangre? ¿O acaso Vic leía allí una partitura que solo su extraño cerebro podía descifrar? Cuando salió disparado hacia el coche como un perro chiflado, Morel se limitó a seguirlo.

Sin duda, estaban en camino hacia una nueva revelación, cuyo secreto solo conocía su compañero hipermnésico.

Capítulo 34

Vic condujo hasta comisaría sin abrir la boca, con *Las cuatro estaciones*, de Vivaldi, sonando en bucle y de fondo por los altavoces. Estacionó de cualquier manera en el aparcamiento, dejó la puerta abierta, le pidió a su compañero que lo esperara ahí y volvió a salir del edificio cinco minutos más tarde, con algo bajo la chaqueta que Morel no conseguía distinguir.

—¿Puedes parar con tus dichosas adivinanzas y explicarme qué cojones haces?

—Un poco de paciencia. Nos vamos cagando leches al Instituto de Medicina Legal, Ehre nos espera allí. Está terminando un informe.

—No sabes lo coñazo que es trabajar contigo.

—Gracias.

—Dame una pista al menos…

—Las pistolas de colección en casa de Delpierre… me llevaron a pensar en el arma que encontramos en el asiento del copiloto, cuando pasó todo lo de Quentin Rose, y, por asociación de ideas, en el móvil que encontramos al mismo tiempo.

—Muy bien. ¿Y?

—¿Qué? ¿No lo entiendes? ¡Delpierre nos envió el SMS a nosotros!

—Creía que fue al Doctor Watson.

—Delpierre es el Doctor Watson.

—Y yo el papa. Me cago en la puta, Vic. No entiendo nada.

—Ya lo entenderás.

Morel cerró la boca. Prefirió clavar la mirada en las farolas que pasaban, en las reverberaciones anaranjadas sobre la nieve acumulada en las aceras, en las decoraciones suspendidas en el aire: estrellas amarillas y abetos parpadeantes que le recordaban que se avecinaban las fiestas más asquerosas de toda su vida. Reflexionó

sobre las recientes conclusiones a las que llegaron en la granja: Félix Delpierre quizá no era más que un secuaz cuyo papel se limitaba deshacerse de los cadáveres. Sus fantasmas lo habían alcanzado y empujado a cometer esos actos horribles con los muertos, y a secuestrar a Apolline.

Pero, si él limpiaba, ¿quién mataba? ¿Quién mutilaba y remataba a esas pobres chicas antes de entregárselas? ¿Qué acontecimiento había desencadenado esa especie de pánico la noche en que Delpierre cometió una imprudencia y le robaron el coche?

Llegaron al aparcamiento casi desierto del Instituto de Medicina Legal. Un viento polar los recibió al salir del coche. Ehre fue a recibirlos en la recepción.

—Últimamente os tengo muy vistos. Ya era hora. Si hubierais llegado cinco minutos más tarde ya no me pillabais. Me pienso tirar bajo una palmera hasta el año que viene. Vacaciones.

—Yo estoy oficialmente de vacaciones esta noche. Y Vadim también.

Vadim se encogió de hombros.

—Sí, estamos todos de vacaciones. Pero nosotros mañana no estaremos tumbados bajo una palmera, precisamente. En todo caso, una palmera es lo que nos van a meter bien profundo, ya sabes dónde.

La forense se echó a reír y, por petición de Vic, bajaron hacia la morgue. Un neón crepitó en el silencio; una luz de un blanco lechoso les agredió las retinas e hizo relucir el acero de los cajones alineados en varias hileras.

—Tengo que ver a Delpierre.

La forense asintió y se dirigió hacia uno de los cajones. Tiró con un golpe seco y el carrito surgió de las tinieblas como una lengua diabólica. Apareció una bolsa negra. Vadim se rascó la cabeza mientras intentaba resolver el enigma. Vic abrió la cremallera y reveló el rostro medio desfigurado del verdugo.

—Hola, Doctor Watson.

Vic se sacó del bolsillo la bolsa de pruebas que contenía el móvil con la pantalla rota. La batería y la tarjeta SIM habían sido retiradas, por razones de procedimiento. Morel frunció el ceño.

—¿Qué haces con el móvil de Rose? Mierda, Vic, es una puta prueba. No tienes derecho a…

—Lo encontramos en el asiento del pasajero del Ford, junto al dinero y la Beretta. Pero ¿quién dice que era el suyo?

Los ojos de Morel empezaron a brillar.

—¡Hostia! Es el de…

—Nos equivocamos por completo. Félix Delpierre conducía con urgencia esa noche. Quizá estaba recibiendo y enviando mensajes al mismo tiempo, ya que tenía ese segundo teléfono al alcance de la mano. Cuando salió a echar gasolina, lo dejó sobre el asiento a su lado.

—Y nosotros, después del accidente, lo guardamos junto al dinero y la Beretta, creyendo que pertenecía a Rose. Por eso dejamos de prestarle atención…

—Delpierre envió el misterioso SMS con su móvil oficial porque sabía que, si teníamos su coche, también teníamos su teléfono fantasma. Nos mandó ese mensaje directamente porque estaba seguro de que acabaríamos encontrándolo.

Vic rompió la bolsa por la parte inferior, bajo la atenta mirada de un Morel contrariado.

—Tenemos bolsas de pruebas de sobra. Y no te preocupes, no voy a tocar la SIM.

Para respetar el procedimiento, había que evitar las reubicaciones y la destrucción de datos, de ahí la prohibición de reactivar la tarjeta SIM fuera de un laboratorio de la Policía científica. Vic se limitó a colocar la batería en su compartimento y a encender el teléfono, que estaba bloqueado.

—Es un móvil de última generación. Identificación por huella dactilar…

Sujetó la mano del cadáver, forzó un poco para despegarla del cuerpo, agarró el pulgar y lo apoyó sobre la pantalla.

El teléfono se desbloqueó y mostró varios datos ilegibles debido a la pantalla destrozada. Vic le lanzó una mirada satisfecha a su compañero.

—El Doctor Watson nos acaba de abrir las puertas de su casa. Aquí se encuentra el mensaje que recibió justo cuando se disponía a

matar a Apolline y que lo desencadenó todo. Solo nos queda leerlo.

Capítulo 35

Si no salía de casa de Giordano a toda leche, estaría jodida.

Los policías avanzaban por el sendero que daba a la entrada. Iban a ver las huellas, dar la vuelta a la propiedad y entrar del mismo modo que ella.

Léane dejó de pensar: bajó corriendo las escaleras y se abalanzó hacia el vestíbulo; luego al garaje. Abrió la puerta trasera sin hacer ruido y corrió hasta el fondo del jardín sin mirar atrás. Con las suelas pesadas por la nieve, se deslizó entre dos cipreses, trepó la verja y acabó en otra propiedad. Sin aliento y tras un recorrido de obstáculos, saltando vallas, cortavientos y cercas, llegó a un camino que empezó a subir a trote ligero.

Por fin alcanzó el asfalto mojado. Una calle, coches. Léane sentía que echaba humo como una caldera. Se abrió el abrigo para recuperar el aliento y dejó escapar una nube de vaho. Tras cinco minutos intentando orientarse, reconoció el lugar y regresó al coche.

Los policías seguían allí cuando pasó frente a la casa de Giordano. La mujer hablaba por teléfono; su compañero se adentraba en el garaje. Si hasta ese momento no sabían que Giordano había desaparecido, en cinco minutos lo descubrirían. Iban a registrar la casa, hallar la sangre y abrir una investigación por desaparición.

Rezaba para que Jullian no hubiera dejado ningún rastro, ninguna huella. Si ese era el caso, nada los vinculaba con Giordano, salvo el gorro. Los policías probablemente interrogarían a Roxanne, que les contaría cómo se conocieron…, pero, con suerte, no entenderían nada y no serían capaces de atar cabos.

Se dio cuenta de que aún le temblaban las manos sobre el volante cuando por fin llegó a la autopista tras unos atascos infernales, causados por el mal tiempo. Las tenía completamente blancas.

Léane había huido, sin pensar, sin plantearse en ningún momento entregarse o explicar la situación en la que se había metido. En ese instante, le quedó claro como el agua: había cruzado la línea. Estaba protegiendo a su pareja.

Los paisajes cubiertos de nieve fueron desvaneciéndose poco a poco, dando paso a extensiones infinitas de tierras negras y gélidas. El padre de Jullian la llamó alrededor del mediodía: ¿dónde estaba? ¿Cómo podía no estar al lado de su marido? Jullian no paraba de preguntar por ella y por Sarah. Jacques gritaba al otro lado del teléfono. Léane colgó, con el oído ardiendo.

A las dos de la tarde se detuvo en un área de servicio, echó gasolina, comió algo rápido y reanudó la marcha. Cuando se incorporó a la A1 ya empezaba a anochecer. Pisó el acelerador para llegar a La Inspiradora a las 16:45 h. Le zumbaban los oídos por el largo trayecto. Además, sentía los músculos duros y entumecidos por tantas horas sentada. Se deshizo de las fotocopias de su libro y escondió la pistola en una bolsa, que guardó a lo alto, en el fondo del vestidor. Apenas había terminado cuando Colin llegó antes de lo previsto, acompañado por tres expertos de la Policía científica. Léane se atusó el pelo de forma automática y fue a abrir. Él la saludó con un gesto de la barbilla casi imperceptible.

—¿Has arreglado las cosas con tu editor?

—No es algo que se vaya a solucionar de un día para otro. Consiste en una batalla de abogados.

Colin la observaba con una mirada inquisitoria. Léane sabía que no estaba actuando como siempre, pues desprendía estrés y miedo por todos los poros de su cuerpo. Había mantenido un tono de voz neutro y deseaba con todas las fuerzas una cosa: que Colin se largara de una vez y pudiera ir a interrogar a Giordano.

—Puedes sentarte en el sofá, pero no toques nada más mientras tomamos muestras de todo. Uno de los técnicos te tomará las huellas.

—¿A mí?

—¿Te asusta que te fichemos?

—No, pero…

Colin esbozó una sonrisa.

—No te preocupes. Es solo para compararlas con las que vamos a extraer de los elementos de contacto, como las manijas, el volante y las puertas del cuatro por cuatro. Eso nos permitirá proceder por eliminación. Haremos lo mismo con las de Jullian, pero no vamos a ir a molestarlo al hospital, ya que cogimos sus huellas después del allanamiento.

—¿Cuánto tiempo vais a tardar?

—Unas dos horas. ¿Vale?

Colin se quitó el abrigo y la bufanda, dejó la cartera en una esquina del mueble y les indicó a los técnicos en qué zonas trabajar. Léane los observó mientras aplicaban unos productos y polvos por todas partes, incluso en los interruptores del dormitorio. Colin los ayudó para que avanzaran más rápido.

A petición de uno de los técnicos, Léane hundió los dedos en tinta y él mismo se encargó de presionar sus falanges sobre un papel. Con discreción, consultó la tabla de mareas en su *smartphone* e hizo un cálculo rápido. Una vez en Ambleteuse, alrededor de las nueve de la noche, dispondría de dos horas para interrogar a Giordano antes de un nuevo ciclo. No podía permitirse perder tiempo.

Colin no dejaba de lanzarle miraditas, pero mantenía las distancias. Se tomaba muy en serio la recogida de huellas: daba órdenes, participaba, iba de una habitación a otra… Terminaron poco antes de las ocho. El policía se puso el abrigo y dejó salir a los técnicos de la Policía científica. Él se quedó en el umbral de la puerta.

—Tenemos todo lo que necesitamos. Perdón por los rastros de polvo que hemos dejado por todas partes. Por desgracia, no nos encargamos de la limpieza tras nuestro paso. Ya le enviarás la factura al Ministerio del Interior.

Léane no tenía la menor idea de si estaba de broma o no.

—No pasa nada, ya me encargo yo.

—Te mantengo informada si conseguimos algo sobre el intruso gracias a las huellas. ¿Estás segura de que va todo bien? Te noto rara.

—Es… complicado. Por un lado, está todo el asunto con mi editor. Y, por el otro, pienso que… que alguien pudo estar aquí, en mi casa.

Imagino que entenderás que, con todo lo que ha pasado, no es algo fácil de digerir.

—Yo… ¿Quieres que te haga un poco de compañía? Tengo una botella de vino blanco bastante buena en casa y… —miró su reloj de pulsera— tengo que recoger dos docenas de ostras en la pescadería. La tienda está cerrada, pero conozco al dueño y me va a abrir. Es lo bueno de tener contactos.

Léane empezó a cerrar la puerta.

—Muy amable por tu parte, Colin, pero mejor lo dejamos para otra ocasión. Estoy agotada. Voy a picar algo rápido y acostarme temprano.

Él asintió, pero para Léane no pasó desapercibida la tristeza que cruzó su rostro.

—Otra vez será. No olvides activar la alarma.

Se despidió con la mano, pero se quedó petrificado en el umbral. Entonces se dirigió hacia el cobertizo de los carros a vela. Léane palideció: había olvidado la ventana rota. Si entraba allí, descubriría los planos del instrumento de tortura y las botas embarradas junto al charco gélido. Léane se apresuró a seguirlo.

—¡No te preocupes, fui yo quien hizo eso! No sabía dónde había puesto Jullian la llave del candado.

—¿Te entraron ganas de conducir un carro a vela?

—De ir a ver las focas, más bien. Ayer. Para aclararme un poco las ideas. Guardamos los prismáticos en el cobertizo.

Colin echó un vistazo por la ventana, pero no se veía nada.

—Vale… Pero es un sitio demasiado húmedo para guardar los prismáticos…

Le hizo un gesto con la mano y siguió con su camino. Cuando se dio cuenta de que se había olvidado la cartera, dio media vuelta. Un cuarto de hora después de salir de La Inspiradora, volvió a llamar a la puerta, pero no obtuvo ninguna respuesta. Las luces estaban apagadas, y el coche de Léane, antes aparcado frente al garaje, había desaparecido.

Capítulo 36

Diez minutos después de que se fuera Colin, Léane salió con una mochila de deporte en la mano. Estaba tan tensa que casi se quedó atascada en la arena cuando dio marcha atrás. Luego le llevó más de una hora y cuarto llegar a Ambleteuse. El viaje se había alargado debido a la niebla espesa que borró el paisaje justo después de Le Touquet.

Calculó que el mar empezaría a rodear el fuerte sobre las 22:45 h, lo que le dejaba un margen de una hora con Giordano. Muy poco tiempo. En cuanto hubo estacionado en el aparcamiento para los barcos, se sumergió en la niebla. Sentía las piernas pesadas, pues una parte de ella no quería entrar ahí y enfrentarse a su mirada, pero otra estaba sedienta de respuestas.

La imponente silueta del fuerte no apareció hasta el último momento, como una orca surgiendo de las tinieblas. Léane reunió fuerzas, se metió en la boca del lobo y descendió hacia el almacén. Las fotos de Sarah, con las que se volvió a cruzar mientras avanzaba, le daban la fuerza necesaria para continuar.

Inspiró y entró en la estancia.

Bajo la iluminación lúgubre de la bombilla se encontraba Grégory Giordano, con los ojos cerrados y la cabeza gacha, apoyada sobre el pecho. Parecía un títere desarticulado, y a Léane le dio la impresión de que se le había dislocado el hombro izquierdo. Tenía la muñeca de un tono azulado y la mano liberada llena de sangre: había rascado la piedra alrededor de la estaca que sujetaba la cadena, cincuenta centímetros por encima de su cabeza. Las latas de conserva estaban vacías, volcadas. Solo le quedaba un culo de agua en una botella.

Después de avanzar unos pasos, Léane ocultó la nariz en la

bufanda y, sin hacer ruido, le volvió a colocar la mano liberada en una de las esposas y la cerró rápidamente. El prisionero se despertó, gruñó y forcejeó como un animal enjaulado.

—¿Qué haces?

Sin responder a su pregunta, cogió el cubo de metal y salió a vaciarlo al exterior. Volvió con un recipiente lleno de agua de lluvia, adquirida de las goteras de la casamata. Luego sacó una manopla de baño de la mochila de deporte, la empapó de agua helada y la acercó al rostro de Giordano.

—Deja que te asee. Deja que lo vea todo un poco más claro.

—¡Libérame! ¡Deberías haber vuelto! ¿Cuánto tiempo más… pretendes dejar que me pudra aquí?

Se negó a que lo tocara. Su tos había empeorado y le desgarraba el pecho. Terminó cediendo. Con delicadeza, Léane le limpió la sangre seca. Después cogió de la mochila un paño y un antiséptico y le curó las heridas de la frente, del ojo y a la altura de la oreja.

—Todavía tienes el ojo hinchado. No parece que tengas fiebre, pero te voy a dar algo por si acaso de todas formas. Te he traído ropa interior y ropa calentita. Son de mi marido, así que deberían servirte. Podrás asearte y cambiarte enseguida.

Giordano enderezó la espalda e hizo una mueca cuando movió la nuca. Léane le dio dos cucharas de jarabe para la tos, espray para la garganta y un paracetamol con agua, que se tragó sin rechistar. Le miró el pie herido: estaba casi violeta, dos veces más gordo que el otro y agrietado por el frío. Léane no tenía ninguna solución, por lo que prefería no pensar en ello: volvió a rebuscar en la mochila y sacó un paquete de Marlboro y un mechero Zippo de plata.

—¿Lo reconoces?

Él asintió. Léane le colocó un cigarrillo entre los labios y lo encendió. El hombre absorbió antes de toser hasta desgarrarse los pulmones.

—¿Qué día… es hoy?

—Es viernes… 22. Pronto serán… las diez de la noche.

—Viernes… ¿Dónde estamos? Dime dónde estamos.

Léane se sentó sobre la mochila, enfrentándolo cara a cara. Jullian ni siquiera le había dicho dónde lo tenía encerrado. Lo había privado

de toda dignidad, no le había dejado ni una pizca de esperanza, con el objetivo de evitar que se creasen vínculos entre ellos. Había estudiado ese tipo de relación entre el verdugo y su víctima. De hecho, la había descrito claramente en *El manuscrito*. Giró el mechero entre los dedos y mantuvo un tono de voz neutro cuando dijo:

—He hablado con tu hija, Roxanne.

Giordano movió las manos suspendidas, hizo fuerza con las cadenas que lo sujetaban; un esfuerzo en vano.

—¡Como te atrevas a tocarle un pelo, te vas a enterar!

Léane no se movió ni un milímetro y esperó a que se calmara. Continuó cuando estuvo segura de que la escucha atentamente:

—Me dijo que habías encontrado el gorro en medio de un sendero, cuando estabais de excursión cerca de La Chapelle-en-Vercors, el pasado febrero. ¿Dónde exactamente?

Giordano escupió el cigarro al suelo.

—¿De verdad crees que el tarado de tu marido no me lo ha preguntado ya? Primero dime dónde estamos.

—No.

Un nuevo ataque de tos. Su mirada volvió a posarse en Léane; brillaba con una especie de resignación.

—¿Qué quieres que te diga? Allí, todos los senderos se parecen… Fue hace casi un año. Había bosques, árboles por todas partes… —dijo, antes de tomar una bocanada de aire—. Escucha, estoy al tanto de todo lo que le sucedió a tu hija. Desde que estoy aquí encerrado, tu marido me ha hablado de la historia largo y tendido.

—Me dijiste que no la conocías cuando te enseñé su foto.

—¡Porque quería salir de aquí! Creo que lo puedes entender, ¿no?

Señaló el mechero haciendo un gesto con la barbilla.

—Me has enseñado el mechero para… para demostrarme que has estado en mi casa…, que has rebuscado en mi casa, al igual que tu marido… Ya estás al tanto de todo lo que pueda contarte, ¿eh? Simplemente me estáis poniendo a prueba…

Cada gesto iba acompañado por una mueca de dolor. Léane permaneció impasible. Debía ser más fuerte que la piedad, aunque una vocecita en su interior le dijera que aquel hombre era inocente.

Fue a buscar la foto de Sarah que estaba bajo el adoquín, en la esquina, y se la enseñó.

—Vas a un pueblo perdido en medio de la nada y dices que te encuentras el gorro de mi hija. Este gorro. Trabajabas en el mismo edificio que el servicio que lleva la investigación sobre la desaparición de Sarah. Son unas coincidencias un tanto extrañas que me llevan a pensar que mi marido tiene buenos motivos para mantenerte aquí encerrado.

Léane ignoraba si el ojo derecho de Giordano lagrimeaba por culpa del frío o si se trataba de una lágrima de emoción genuina. Mantuvo silencio y cerró el pesado párpado tumescente.

—Tú lo has dicho, ¡son coincidencias! Las coincidencias no… hacen que una persona sea culpable. Escribes novelas policíacas, deberías saberlo…

—¿Cómo lo sabes?

—Los libros, en mi casa… Tu marido estaba convencido de que… los había robado de vuestra casa, de vuestra librería… Pero es mentira. Es completamente falso, esos libros me pertenecen. No tiene ni pies ni cabeza… He pasado veinte años de mi vida metiendo a deshechos sociales en la cárcel, a cabronazos que trataban a las mujeres y a los niños como… si fueran objetos, que te harían vomitar solo con contarte las cosas que hicieron. ¿Y es a mí a quien se juzga?

La voz de Giordano sonaba áspera. Léane sintió que el frío del sótano la envolvía. Ella también era prisionera de la memoria de su marido, de su ignorancia. Giordano parecía abrumado cuando dijo:

—Estás aquí, pero… no sabes nada. Tu marido no te ha contado nada de nuestras conversaciones. ¿Por qué? ¿Qué le ha pasado?

—Le dieron una paliza y ha perdido la memoria. Y algo me dice que no estás aquí sin motivo.

Durante la fracción de un segundo, a Léane le dio la impresión de ver un movimiento en la comisura derecha de su boca, como si fuera a esbozar una sonrisa. Sin embargo, no se había movido; sus labios seguían igual de inmóviles. ¿Se estaba volviendo loca? ¿Tenía visiones por culpa de la falta de sueño? Giordano señaló las cadenas con la barbilla.

—¿También me vas a acusar de la agresión a tu marido, cuando fue él quien me encerró aquí?

—Quizá haya sido un cómplice. Alguien que te esté buscando…

—Estás delirando…

—Quiero saber exactamente qué fue lo que pasó el día de tu secuestro.

—No gano nada dándote lo que quieres.

—Te divorciaste en 2010. ¿Por qué? ¿Y por qué cambiaste de trabajo? ¿Quién transformó tu vida?

—Claro que sí… Me divorcio, al igual que una persona de cada tres, dejo mi trabajo porque ya no tengo fuerzas para seguir trabajando en el peor departamento de la Policía, y por eso soy culpable de lo que le pasó a tu hija… ¿Qué? ¿No tengo derecho a cambiar de trabajo? Diga lo que diga, siempre verás algo que me inculpe. Vas a seguir el camino del chalado de tu marido. Mátame a golpes. Venga.

Hizo repiquetear las cadenas.

—¡Hazlo!

Léane no se sentía capaz. Se enderezó y caminó para desentumecerse las piernas. No podía cederle terreno, tenía que recuperar el control de la situación.

—Lo descubriré todo por mí misma. Y, durante todo el tiempo que me lleve hacerlo, permanecerás en esta ratonera. Además, mi marido pronto recuperará la memoria. Y no me gustaría estar en tu pellejo cuando llegue ese día.

—Ah, porque sí que te gustaría estarlo hoy, ¿no?

—¿Sigues sin querer contarme nada?

No respondió. Léane se dirigió al fondo de la estancia. Luego le lanzó comida y una botella de agua. Dejó los medicamentos pegados a la pared, justo a su lado, y le liberó una mano.

—Traje de todo para que te aseases un poco, pero el tiempo apremia. Te dejo los medicamentos aquí. Volveré mañana. O pasado mañana. O puede que nunca.

—¡No, no! ¡Por favor!

Léane se alejó, pero una voz se alzó a su espalda:

—Era policía operativo, realizaba las tareas directas sobre el

terreno… Trabajaba todos los días con proxenetas y prostitutas…

Léane se quedó quieta.

—También trataba con el mundo del espectáculo y con los peces gordos, porque todo eso está relacionado. Droga, dinero, sexo… Creo que no hace falta que te haga un croquis.

Léane se giró y se volvió a acercar a él. Giordano la miró con desprecio, pero siguió hablando:

—¿Qué quieres que te cuente? Dormía en hoteles cutres donde, en las habitaciones contiguas, unas prostitutas recibían reprimendas, o en palacios con una… una tribu de abogados o jefes que solicitaban chicas a tres mil euros la noche… Porque en eso consistía mi trabajo: observar, infiltrarme, para pillarlos con las manos en la masa. Solo volvía a casa una vez cada dos días, con restos de cocaína en la nariz. A eso se debe el divorcio. ¿Contenta?

—Sigue. ¿Por qué dejaste la Policía?

—Fue a mediados de 2010. Llevábamos meses vigilando una red de proxenetismo gestionada por dos hermanos en Rumanía, que… reinvertían el dinero en el sector inmobiliario… Doce mujeres se prostituían entre Grenoble y Chambéry. Los hermanos amenazaban a las familias en su país si ellas no obedecían. Dos madamas las vigilaban, las aterrorizaban y las agredían… Esas chicas se alojaban… en un campamento de romaníes a las afueras de Grenoble. Creyeron que llegarían a Francia para trabajar como camareras o limpiadoras, pero acabaron convirtiéndose… en esclavas sexuales… Así funcionan las cosas en ese tipo de redes.

Su mirada se perdió en el vacío. Estaba allí, con ellas. Léane permaneció inmóvil, muy recta.

—Una noche, intervenimos… Mi mujer me acababa de decir que me dejaba, así que huelga decir que… no estaba bien. Cuando… tuve a una de las madamas delante de mí… yo… Se me fue la cabeza. Yo…

Hasta sus ojos parecían pesados cuando los alzó hacia Léane.

—Lo que tu marido me ha hecho… no es nada si lo comparo con lo que le hice a ella. Si uno de mis compañeros no hubiera intervenido… la habría matado. Busca en internet «caso de los hermanos Petrescu», y verás que es cierto. Fue hace siete años. Mis

jefes encubrieron mi error, sobre todo para salvar el culo, pero… tuve que dejar la Policía y encontrar un trabajo nuevo. Así que, como puedes comprobar, ni siquiera estaba en la Policía local cuando empezó el caso Jeanson. No tengo nada que ver con él.

Sin ser consciente, Léane tocaba la foto de Sarah con la punta del pulgar, y la frase escrita por su marido con tinta negra.

—Podrías estar mintiendo.

Una tos larga atacó a Giordano, antes de que pudiera responder:

—No miento. Llama a la Policía y verás.

—¿Para que vengan a por mí? Buen intento. ¿Qué es el Torreón Negro?

—No tengo ni idea.

Había contestado de inmediato.

—¿Trabajas en ese mundillo y no lo conoces?

—Trabajaba en ese mundillo, en pasado. Joder, ¿esas coincidencias merecen tanto la pena como para que tenga que vivir esta pesadilla? Solo fue un gorro que me encontré en medio de la nada, hostia. Un simple gorro.

Léane ya no podía más.

—Lo… lo siento.

Salió corriendo hacia las escaleras, a pesar de los gritos y las suplicas, y cruzó el patio con las lágrimas derramándose por sus mejillas. ¿Qué había hecho?

¿Qué habían hecho?

En cuanto empujó la pesada puerta de madera, un vendaval de bruma marina le azotó la cara. Los últimos escalones habían desaparecido bajo el agua, mientras unas corrientes poderosas danzaban al pie de los muros, emergiendo de una espesa niebla. Más allá, en ese gris suspendido en gotitas heladas, las rocas a ambos lados del camino aún asomaban, asediadas por unas blancas cortinas de espuma a ambos lados.

El fuerte se había convertido en isla.

Capítulo 37

A Vic le había caído la bronca de su jefe por lo del móvil sacado del armario de pruebas y por la bolsa rota. Le llovieron las amenazas —amonestación, suspensión, cambio de servicio—, pero sabía que Alain Manzato lo necesitaba demasiado, sobre todo para ese caso, como para ejecutar todas sus amenazas. Vic estaba más que acostumbrado: ya llegaría el momento de ajustar cuentas.

Así pues, tras algunos chanchullos administrativos, el móvil fantasma hallado en el vehículo de Delpierre —el mismo que habían confundido con el de Rose— recibió un nuevo número de precinto, sin que nadie se diera cuenta. Luego, gracias a una solicitud del fiscal y una orden de peritaje, el dispositivo terminó con una petición de análisis prioritario en manos de un perito del departamento de tecnología digital, en el laboratorio de la Policía científica de Écully, cerca de Lyon.

En aquella víspera de Nochebuena, Vic y Vadim estaban junto a Marin Tremblay, el especialista en tecnología digital en cuestión. Tras haber creado una tarjeta SIM de prueba, idéntica a la original, el experto la insertó en el dispositivo y lo encendió.

—El teléfono se va a reiniciar en el mismo estado en el que estaba tras su última utilización. Como tenía identificación por huella dactilar, al propietario no le pareció necesario establecer un código PIN, así que un obstáculo menos.

Como no se veía nada con la pantalla rota, Tremblay conectó el teléfono a su ordenador. Con ayuda de un programa informático, podía controlar el móvil desde el teclado y el ratón. Una aplicación de mensajes SMS apareció en pantalla. Vadim se concentró en el monitor.

—Tenías razón. Lo último que hizo Delpierre antes de que le mangaran el Ford fue contactar con alguien por mensajería…

El experto fue ascendiendo en el hilo de la conversación entre Delpierre, alias Doctor Watson, y su contacto, del que solo aparecían las iniciales: PM.

—Ya tenemos un Doctor Watson, yo apuesto por Profesor Moriarty —soltó Vic—. El malo de las novelas de Conan Doyle.

—Menudos graciosillos…

En la pantalla se encontraba el primer mensaje de la conversación, que remontaba al día del robo en la gasolinera, el 18 de diciembre de 2017.

16:02:23 PM: urgente. Conéctate
16:03:12 DW: ¿problemas?
16:03:52 PM: Limpieza. No hagas preguntas.
Envía confirmación cuando esté todo OK
16:04:18 DW: Hecho
[…]
19:28:12 DW: paquete recogido
19:31:23 PM: OK, confirma cuando termines
[…]
22:31:02 PM: ¿Y bien? ¿Las fotos?
22:47:22 PM: ¿ha ido todo bien?
23:54:30 PM: ¿por qué no respondes? ¿Qué cojones haces?

Marin Tremblay movió la ventana a un lado.

—Nada más.

Navegó por la aplicación y después por la lista de contactos. Decepción absoluta: «Moriarty», escrito con todas las letras, era su único contacto, y ese trozo de conversación que acababan de leer los policías eran los únicos SMS que quedaban en el móvil de Delpierre. Vadim toqueteaba un paquete de tabaco.

—Delpierre se molestaba en borrar todos los mensajes. Pero estos los dejó, como si no los hubiera podido eliminar porque le robaron el móvil al mismo tiempo que el coche.

—Parece que solo utilizaba este teléfono para ponerse en contacto con el Profesor Moriarty. ¿Vamos a poder recuperar los SMS?

—Habrá que ver. En teoría, el chip de memoria del móvil nunca pierde los mensajes, ni siquiera los que se han borrado. Pero, para simplificar, los datos que logremos recuperar estarán desordenados. Habrá que mapear la estructura del chip, identificar el código y reorganizarlo todo. En fin, dado el modelo del teléfono y el empeño de los fabricantes en reforzar cada vez más la seguridad de sus dispositivos, esto va a llevar tiempo, al menos una semana, y sin garantía de resultados. También vamos a solicitar el historial de llamadas de ese tal Moriarty. Por desgracia, eso es todo lo que podemos hacer sin tener el móvil en nuestro poder. Todos los datos importantes están almacenados en la tarjeta SIM…

Vic señaló el primer mensaje de la conversación.

—Moriarty le ordenó a Delpierre que se conectara. ¿Quizá a una página web?

—Vamos a comprobarlo.

El técnico hizo doble clic en un botón del teléfono y mostró todas las aplicaciones que estaban en funcionamiento. La de los SMS, un navegador de internet abierto en una página de compra de material de moldeado y una aplicación cuyo logo era una cebolla.

El técnico pasó a esta última.

—Vuestro Delpierre había abierto un navegador TOR: la puerta de entrada a la *darknet*.

Vic y Vadim sabían lo que significaba. La *darknet*, el internet profundo…, un espacio escondido y desconocido para el común de los mortales, un mundo electrónico donde poder navegar de forma anónima y acceder a las desviaciones más oscuras, un lugar donde comprar y vender droga o armas, organizar asesinatos, almacenar y visualizar imágenes pedófilas con total impunidad. Los terroristas lo utilizaban para comunicarse, fabricar bombas y recibir instrucciones. Para acceder, era necesario instalar TOR y, sobre todo, conocer las direcciones de acceso: una secuencia aleatoria de números y letras que solo se obtenía a través de personas informadas, redes oscuras… Fue una suerte para Vic y Vadim que Delpierre no hubiera tenido la oportunidad de cerrar su navegador, ya que el sistema no dejaba rastros en el historial ni puntos de entrada. Al abrirlo, solo aparecía una pantalla en blanco que solicitaba una dirección.

TOR estaba ubicado en una página negra con una dirección incomprensible, con dos animaciones colocadas justo en el centro. A la izquierda, la de un hacha de cuya hoja caía sangre, y, a la derecha, la de un ojo cuya pupila se dilataba y se contraía; un verdadero amateurismo en lo que ha creación de páginas web se refiere, pero a quienes fabricaban estos accesos no les importaba la estética.

El experto cogió un pósit y un bolígrafo.

—Os anoto la dirección antes de clicar.

—No hace falta.

—¿Estás… seguro?

Vadim giró la mano a la altura de la sien.

—La ha recordado y la recordará hasta el fin de sus días. No intentes entenderlo, él es así.

Tremblay miró fijamente a Vic, sorprendido. Luego clicó en el ojo animado. Se abrió una página de identificación, en la que se solicitaba una contraseña. Tecleó cualquier cosa y clicó en «Confirmar», sin éxito.

—Inaccesible.

—¿Podrías encontrar la forma de penetrar en el sistema?

—Sin la contraseña, puede llevarme semanas en función de la complejidad. Tenemos robots que pueden probar diferentes contraseñas, pero deben enviar solicitudes y esperar la respuesta antes de pasar a la siguiente.

Volvió a la página de inicio y seleccionó el hacha en esa ocasión. Apareció un mensaje por un breve instante —«Identificación exitosa»— y el sistema lo dirigió a una nueva página, que ofrecía dos enlaces: «Moriarty» y «Doctor Watson».

—Estamos de suerte: la sesión de Delpierre estaba abierta. ¿En cuál entramos primero?

—En Doctor Watson.

Obedeció. Apareció una galería de fotos. El técnico se echó hacia atrás en la silla, conmocionado por lo que acababan de descubrir. Delpierre había publicado fotografías de los cadáveres colocados sobre las lonas, todavía con la cabeza cubierta por bolsas de plástico. Cada fotografía había sido sacada junto a un agujero

cavado en la tierra, con *flash* y probablemente de noche, en plena naturaleza. Había colocado los cadáveres de distintas formas: a veces de frente, a veces de espaldas o de perfil, de manera que nunca se viesen las partes despellejadas. Quedaba claro que Delpierre no quería que Moriarty descubriera lo que les hacía antes de llevarlos allí. Vic suspiró.

—Ya sabemos cómo nuestro «limpiador» le enviaba al Profesor Moriarty las pruebas del trabajo realizado. Publicaba las fotografías de los cadáveres al lado de los agujeros donde los acababa enterrando. Móviles desechables, la *darknet*, intercambios minimalistas… Son invisibles y están muy bien organizados. No son principiantes.

—Ocho cadáveres enterrados. El noveno estaba en el maletero: había ido a recogerlo a algún sitio y se preparaba para deshacerse de él. Eso es lo que esperaba Moriarty aquella noche, que Delpierre publicara las fotos de los cuerpos al lado de su tumba.

Se instaló un silencio largo. No tenían nada más allá de esas imágenes. Ni fechas ni identidades. Tremblay volvió a coger el ratón.

—Meteré estas fotografías en mi disco duro y os las haré llegar a lo largo del día.

Mostró la pantalla anterior y, tras lanzarles una mirada a ambos policías, clicó en el enlace «Moriarty». La página era negra, con solo un mensaje escrito en blanco en el centro:

> «La limpieza se llevará a cabo en el chalé Edelweiss, aislado a la derecha, al final del sendero de la colina Serre Beau, La Chapelle-en-Vercors».

Capítulo 38

—Un fuerte rodeado de agua por la marea alta, cerca de Boulogne-sur-Mer… Así que ese era el secreto… ¿Sabes qué es lo más irónico de todo esto? Que empecé mi carrera en Boulogne, hace más de veinte años. Conocía este fuerte, pero nunca lo había visitado. Un regreso a las raíces, por así decirlo, pero no en las mejores condiciones, por desgracia…

Grégory Giordano se aclaró la garganta y escupió hacia un lado, lo más lejos posible.

—Tu marido también se quedó atrapado por culpa del mar varias veces. Estaba tan obcecado dándome palizas que las mareas lo pillaban siempre por sorpresa… Nunca llegué a entender por qué desaparecía y volvía unos minutos después, todavía más enfadado que nunca…

Se miró el pie hinchado con una mueca. Léane, muerta de frío, estaba sentada frente a él, con la espalda apoyada en la pared y los brazos rodeándole las piernas. Lo observaba sin decir nada, intentando penetrar en sus secretos.

—Cómo disfrutaba esos momentos.

Hizo un gesto con la cabeza hacia el mecanismo de tortura.

—Imagino que sabes lo que le hizo a mi pie. Al igual que lo describiste de una manera brillante en tu libro, tu marido lo metió en esa puta máquina y giró, poco a poco. Esos crujidos… Era imposible ignorarlos, porque resonaban dentro de mí, como si la mente los amplificara. Aún los escucho, los recordaré toda mi vida. Ni siquiera sé si algún día volveré a caminar bien. Tu marido se volvió loco, sonaba como un verdadero paranoico. Ya no era él mismo cuando me golpeaba. Pero tú… Tú no eres como él.

Léane intentaba convencerse de la culpabilidad de Giordano, de su

implicación, de una forma u otra, en la desaparición de Sarah. Pero, cuanto más lo pensaba, más se daba cuenta de que su detención se basaba únicamente en elementos de los que no conseguiría pruebas.

En el patio, acababa de hacer una búsqueda rápida en su móvil: la historia del desmantelamiento de la red de prostitución por parte de la Policía de Lyon era cierta, aunque, como había dicho Giordano, no se mencionaba la paliza a la madama. Evidentemente, le hizo preguntas al respecto.

—¿Qué te creías? ¿Que iban a ir pregonando la historia de un poli que le da una paliza a una madama? No, lo hicieron pasar por un arreglo de cuentas entre proxenetas y barrieron el caso bajo la alfombra, como te dije.

El expolicía miró el paquete de tabaco colocado al lado de sus piernas.

—¿Me darías otro?

Léane jugueteaba con la llave de las esposas, pero no hizo amago de moverse. Giordano sonrió e hizo un gesto con la mano libre.

—Bah, no pasa nada.

—El gorro… Lo encontraste tirado en el suelo, sin saber de dónde salía ni si estaba sucio, y se lo pusiste a tu hija… ¿No te parece raro?

—Por Dios, no. Ya basta con el maldito gorro.

—Roxanne me dijo que se lo pusiste en la cabeza ese día.

—¿Y? ¿Qué pasa?

Léane cerró la boca. Parecía una araña recluida en su guarida, apenas iluminada por la bombilla del techo. Giordano intentó acercarse el paquete de cigarrillos con el pie sano; un gesto muy sencillo, pero, para él, todo un suplicio.

—Vas a encontrar un pretexto para acusarme en todo lo que diga… Porque, a pesar de lo que parezca, tú eres la víctima… Es a ti a la que están torturando, ¿eh?

Léane no respondió, así que aprovechó para continuar:

—No puedo ponerme en tu lugar, pero soy capaz de imaginarme lo terrible que tiene que ser perder a un hijo. No sabes la de veces que he tenido que enfrentarme a eso en mi trabajo; todos esos padres a los que tuve que contarles que a sus hijos les pasó algo horrible. Creo que eso era lo más difícil: las miradas vacías de los

padres de las víctimas. En el momento de la noticia, la luz en sus ojos se apagaba. Y uno sabe que no volverá a encenderse.

Había conseguido hacerse con el paquete con la mano libre. Se las apañó para sacar un cigarrillo y colocárselo entre los labios. Pero el mechero estaba fuera de su alcance, posado a dos metros de distancia. Se rio a carcajadas y volvió a atragantarse.

—Aunque no me lo pueda fumar, tan solo tenerlo entre los labios me sienta de maravilla. Te doy las gracias solo por eso.

—No me las des.

—Sí, lo digo en serio. Crees que me conoces, y me condenas sin juicio, solo por unas ideas preconcebidas. Pero yo también podría juzgarte a ti. Tal vez no debería decírtelo, pero te conozco mejor que tú a mí… Y, créeme, no tiene nada que ver con la desaparición de tu hija. Viene de mucho antes.

—Me muero de ganas de saberlo.

—Primero, dame el mechero…, por favor. Te lo explicaré todo.

Léane dudó, pero terminó acercándose a encenderle el cigarro. Él dio una larga calada, exhaló por la nariz y soltó un gruñido de satisfacción.

—Qué bien sienta…

—Soy toda oídos.

No reaccionó de inmediato, pues se limitó a deleitarse con el sabor del tabaco. Al cabo de dos minutos, por fin empezó a hablar:

—Tienes un secreto…, un terrible secreto que le ocultas hasta a tu marido, porque… él me habló de ti, pero sin sacar el tema. Y, teniendo en cuenta de qué me acusaba, estoy convencido de que, si supiera tu secreto, lo habría mencionado. Digamos que tocamos… ese tema.

Léane sintió como un pinchazo: una alerta que venía de su inconsciente.

—No tengo ningún secreto.

—Por supuesto que sí, todos tenemos alguno… Has sufrido mucho. Y no solo por… la desaparición de tu hija. Basta con leer tus libros para darse cuenta de que no tuviste una adolescencia normal y corriente.

—Estás muy equivocado. Si alguien tuvo una adolescencia normal,

fui yo.

—¿De verdad? Nadie lo diría, por los temas que abordas, la oscuridad y la precisión de las descripciones sórdidas. En… Ay, ya no recuerdo en cuál. En uno de tus libros describes una escena de violación, y yo, que trabajo en eso desde hace tantos años, considero que hay que estar realmente bien informado, casi haberlo vivido, para hablar de esa manera…

Léane permaneció en silencio, sin saber adónde quería llegar.

—Te escondes detrás de tu seudónimo, detrás de tus historias. La primera vez que descubrí uno de tus libros fue hace siete u ocho años, y pensé: «Este tío ha tenido que pasarlas canutas para escribir algo así». Este tío…, Enaël Miraure. Miraure… no es un apellido muy común, ¿no? ¿Cómo se te ocurrió?

Léane se tensó; de nuevo esa mano que subía desde el fondo de la garganta, los cinco dedos que se aferraban a su lengua, que le abrían la mandíbula cada vez que llegaba la inspiración, cada vez que Enaël venía a habitarla. Intentó mantener la calma.

—No es complicado. Miraure viene de *miroir*, «espejo» en francés. Y Léane/Enaël. Se me ocurrió así, sin más.

—Así, sin más… ¿Es la frasecilla preparada que le sueltas a todos los periodistas? Pues que sepas que a mí me decía algo ese apellido, un viejo recuerdo atrapado en lo más profundo de mi memoria.

Léane no entendía nada. A pesar de la densa bruma, podía ver el ojo negro de Giordano brillar, como un inmenso diamante en el fondo de una mina. Se mantuvo alerta; sentía que se estaba adentrando en su juego y empezaba a volverse peligroso.

—Un día, en Lyon, con uno de tus libros en el despacho y el ordenador conectado a los expedientes de la Policía, se me ocurrió buscar… Y lo encontré. Se llamaba Nathan Miraure. ¿Me equivoco?

—¿De quién coño hablas?

—Debías de ser muy jovencita. ¿Cuántos años tendrías? ¿Quince? ¿Dieciséis? ¿Y no te acuerdas de aquello?

Quince, dieciséis años… Entonces, tuvo un recuerdo súbito: 1991, esa era la fecha de publicación de la novela de Michel Eastwood, *La rueda de sangre*, un libro que, evidentemente, había leído y olvidado, por un fenómeno de criptomnesia. ¿Otra coincidencia?

Léane ya estaba harta. Se dirigió hacia el bolso, sacó la pistola, quitó el seguro con un movimiento del pulgar y apuntó a Giordano. Los temblores la obligaron a sujetar el arma como si fuera un hacha.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué pasó en 1991?

Giordano alzó su mano liberada sin mediar ni una palabra.

—¿Ese seudónimo es una especie de penitencia, una forma de no olvidar jamás?

Léane respiraba de forma pesada; un ácido que irradiaba de su vientre le quemaba la garganta. Se percató de que tenía el dedo índice apretando el gatillo. ¿Qué demonios le ocurría?

—¿De olvidar el qué, joder?

Selló los labios y no volvió a hablar, pues sabía de sobra que no lo mataría. ¿Había detectado claramente la debilidad que desprendía su mirada? Léane volvió a su sitio y dejó el arma a su lado. No le quitaba el ojo de encima, como un adversario en una partida de ajedrez. ¿A qué juego estaba jugando? ¿Trataba de desestabilizarla? Si era así, lo había conseguido.

Pensó en sus revelaciones. ¿Quién era ese tal Nathan Miraure? Léane recordaba su primera novela… En el momento de elegir un seudónimo, Miraure se le vino a la mente de forma natural, como un reflejo de su nombre. Pero ¿por qué ese en concreto? Nunca se lo había preguntado.

El tiempo pasaba y empezaba a hacer mella en sus hombros y riñones. ¿Cuánto tiempo hacía que no dormía? Por más que intentó resistirse, sus ojos se cerraron y, cuando los volvió a abrir, estaba tumbada en el suelo, acurrucada sobre sí misma como un gato. Le echó un vistazo a su reloj: las tres de la madrugada.

Se incorporó con torpeza, febril, con los músculos doloridos y la impresión de ser prisionera del fuerte ella también. Del lugar emanaba una especie de opresión. Faltaba el aire. Esa vez, era Giordano quien la observaba fijamente, sin moverse, en silencio, con una expresión extraña. Léane no era capaz de discernir en su mirada si era la presa o el cazador.

Subió y fue a orinar en medio de la noche helada. La niebla la aislaba de sí misma, tan densa y gris que Léane tuvo la sensación de que sus miembros ya no le pertenecían. Ascendió hasta la cima de la

torre. No podía ver ni a un metro de distancia, pero el rugido de las olas le pareció lejano. El mar se había retirado y había liberado al fuerte de su dominio. Tomó una bocanada de aire fresco y bajó al sótano.

Recogió la pistola del suelo.

—Te voy a quitar las esposas para que te puedas asear y cambiar de ropa. Tienes todo lo necesario en la mochila. No hace falta que te diga que sé disparar y que lo sé todo sobre esta pistola; ventajas de escribir novela policíaca y de tener contactos en el mundillo.

Le lanzó la llave al pecho y se alejó hacia el fondo de la estancia sin bajar el arma. No le tenía miedo a nada: con el pie en ese estado, Giordano no sería capaz de abalanzarse sobre ella. Él se deshizo de las esposas y se masajeó las manos y los puños, haciendo una mueca de alivio.

—Gracias.

—Cierra la boca.

Intentó mantenerse firme, pero se le desgarró el corazón cuando Giordano quiso levantarse apoyándose en una pierna y cayó de rodillas, provocando un ruido sordo. Empezó a dar vueltas por el suelo, gritando. Una parte de ella quería ayudarlo, calmarlo, llevarlo al hospital. Ningún hombre, culpable o inocente, merecía un trato así. Se recompuso; debía mantener las distancias.

A cuatro patas como un perro, rebuscó en la mochila y sacó una toalla, jabón, una manopla de baño y la ropa vieja de Jullian.

—¿No has traído nada para que me afeite?

—Tampoco pidas tanto. Date prisa.

Giordanó esbozó una sonrisa. Tenía los dientes blancos y bien colocados. Por primera vez, Léane vio algo más que desesperanza en su rostro. De repente lo veía demasiado humano. Hizo un esfuerzo sobrehumano por permanecer impasible.

—¿Vas a mirar?

—No es la primera vez que veo un culo. Basta con que te des la vuelta.

Obedeció y se desvistió con la lentitud de un caracol. Apretó los dientes cuando la tela rozó su pie magullado y tembló cuando el agua le acarició la piel. Tenía un tatuaje en el hombro derecho: un

pez de color naranja con una larga aleta caudal. Su cuerpo estaba demacrado, pero la ropa limpia le devolvió un poco de dignidad, cosa que Léane lamentó: era aún más duro mantenerlo encerrado en ese zulo. Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

—Ahora, vuelve a ponerte las esposas. Con una muñeca será suficiente. Quiero escuchar el chasquido.

Giordano siguió sus órdenes al pie de la letra y le lanzó la llave antes de que se la pidiera. Léane le acercó comida y agua.

—La próxima vez traeré una férula para tu pie y medicamentos para aliviar el dolor de las fracturas. Debo de tener en casa. Mi marido se lesionaba de vez en cuando con el carro a vela. De todas formas, no se puede hacer mucho más para ese tipo de lesiones.

—¿Cuándo vas a volver?

Léane se sentía demasiado débil, demasiado influenciable. Tenía que irse ya. Metió la ropa sucia en la mochila a todo correr, cerró la cremallera y se dirigió hacia la salida, sin dedicarle ni una sola mirada.

—¿Léane?

Cuando oyó su nombre, sintió la debilidad de darse la vuelta.

—No olvides que yo también tengo una hija, como tú. Y que buscará a su padre.

Sentía que estallaría si se quedaba un segundo más, así que se adentró en la escalera. Esa vez, él no suplicó cuando desapareció.

Solo se hizo el silencio.

Capítulo 39

La ducha le quemaba la nuca a Léane. Las imágenes del cuerpo demacrado de Giordano desfilaban por su mente como una cabalgata. Él defendía que el gorro, el lugar donde trabajaba y todo lo demás eran meras coincidencias; un conjunto de elementos independientes que, puestos uno tras otro, podían convertirlo en sospechoso. Pero en el fondo tenía razón: ella veía lo que quería ver, porque quería que Giordano fuera culpable a toda costa, y que Sarah estuviera viva.

Varias voces luchaban dentro de ella: una gritaba alto y claro que tenía a un inocente secuestrado; la otra, que Giordano era culpable. ¿Culpable de qué, de todos modos? ¿De haber secuestrado a Sarah hacía cuatro años? ¿De haberla matado? ¿Él, un policía de alto rango de la Policía judicial?

Se puso un nuevo conjunto —vaqueros, jersey de cuello alto y botas de la marca Kickers—, se peinó y observó su rostro en el espejo. Le dio miedo su propio reflejo. La luz de la lámpara tipo *spot* acentuaba los ángulos de sus pómulos y rodeaba sus ojos claros con un halo oscuro. El clima y la falta de sueño la consumían como una hoja de papel vieja.

Antes de ponerse en marcha hacia el hospital, hizo una búsqueda en internet sobre Nathan Miraure, pero no encontró nada, ni una sola línea. ¿Quién era ese tipo, maldita sea? Giordano afirmaba que había buscado en los expedientes de la Policía. ¿Estaba Miraure fichado o el policía secuestrado se lo había inventado todo? Léane pensó en pedirle a Colin que investigara, pero se negaba a involucrarlo o a despertar una mínima sospecha.

¿Y si era una trampa de Giordano para llamar la atención? ¿Y si ese tipo la estaba manipulando, como solían hacer los policías

durante los interrogatorios? La había llamado por su nombre y había mencionado a su hija para ablandarla. Sabía cómo hacerlo.

Dudó sobre cómo actuar, pero las ganas de saber quién era ese hombre ganaron la batalla interna de Léane. Revisó su agenda de contactos y se puso en contacto con Daniel Évrard, un teniente de la Policía judicial de Lille, quien le había enseñado a disparar con pistola, y su referente para todo lo relacionado con procedimientos judiciales e investigaciones. ¿Podía darle información sobre un tal Nathan Miraure? ¿Aparecía su nombre en el expediente de infracciones? ¿Tenía antecedentes penales?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Un lector me habló de él durante una firma de libros. Hacía mucho tiempo, al menos veinte años, que había leído algo relacionado con un tal Nathan Miraure. Le sonaba que el apellido Miraure estaba vinculado a algún problema con la justicia en aquella época. Además, uso su nombre como seudónimo, así que me gustaría saber un poco más sobre él.

—De acuerdo, veré qué puedo hacer. Por cierto, ¿qué tal todo?

Charlaron un rato más, le dio las gracias y colgó soltando un suspiro: el hombre no había dejado pasar la oportunidad de invitarla a tomar algo.

Lo primero que hizo al salir de casa fue mirar el buzón, y encontró el libro que le había enviado Pam: Michel Eastwood, *La rueda de sangre*. Sostenerlo entre sus manos le produjo una sensación extraña. Leyó la contraportada y le sorprendió el resumen, que, sin duda alguna, tenía varios puntos en común con su última novela.

Lo puso en el asiento del copiloto de su coche, junto a un paquete de fotos antiguas, y se dirigió al hospital. Una vez allí, subió al primer piso. Le entregó las fotos a una enfermera, le explicó que eran para el logopeda, para que las utilizara en los ejercicios de memoria, y entró en la habitación de Jullian, que estaba desayunando. Sin darle otra opción, apartó el anaquel que sostenía la bandeja y se recostó junto a él. Lo abrazó con todas sus fuerzas.

—Te necesito…

Léane se quedó en silencio. Podría haberse quedado allí horas durmiendo junto a él. Lo besó, y en la pasión de ese beso se

dibujaba el deseo furioso de revelarle que quizá tenían a un expolicía cabrón capaz de decirles dónde estaba su hija, que quizá estaba viva. Viva, después de esos interminables años. Sin embargo, también había tantas probabilidades de que se hubieran equivocado del todo…, de que hubieran recuperado la esperanza en vano. La esperanza podía hacerte perder la razón.

Jullian no dijo nada, tan solo la atrajo hacia él y Léane sintió su erección contra el vientre. Se apartó antes de entrar en calor.

—No podemos. No ahora, no aquí.

—Me habría gustado —dijo, mientras cerraba los ojos y respiraba ostensiblemente—. Tu olor… lo reconozco.

Jullian se levantó y se acuclilló frente a ella.

—Te eché de menos ayer. No te vi en todo el día. Mi padre me contó que habías tenidos problemas con la editorial, ¿es cierto?

—Sí, pero nada grave.

Le cogió la mano.

—Dicen que puedo salir pronto de aquí, seguramente mañana. Según ellos, un entorno familiar acelerará aún más las cosas. Pero hay una condición: que vaya todos los días al servicio de rehabilitación para ver a mi logopeda y que alguien se ocupe de mí en casa, al principio. ¿Estarás aquí?

—Claro que estaré aquí. Las cosas ya no funcionaban muy bien entre nosotros dos. Ya sabes, con todo lo que pasó… Pero vamos a empezar de cero, ¿vale? Como… como si iniciásemos una nueva vida. Mañana es Nochebuena… —dijo, dándole un apretón a la mano de Jullian—. A pesar de todo lo que ha sucedido, quiero que sea una noche mágica. Siempre le hemos dado mucha importancia a la Navidad. Tu padre también estará.

—Me alegro. Ayer pasé el día con él, y… En fin, la muerte de mi madre ha sido difícil para él. Veo que tiene pensamientos oscuros, no logra superarlo, y mi amnesia no es que ayude demasiado precisamente. Tengo miedo por él.

—Por eso no podemos dejarlo solo en Nochebuena.

—¿Por qué se suicidó mi madre, Léane? Mi padre casi no me contó nada sobre ella. Se siente extraño cuando toco el tema, como si se tratara de un secreto.

—La verdad es que no llegué a conocer demasiado a tu madre. Tu padre siempre la mantuvo alejada de ti y de mí, como si… Sí, como si fuera un secreto, como dices. Había algo indefinible entre ellos, y siempre me he preguntado por qué no se llegaron a separar, porque… claramente faltaba amor por parte de tu padre. Cada vez que venía hasta aquí, venía solo. Cuando íbamos allí, tu madre se quedaba acostada, hasta las cejas de medicamentos… Es difícil explicarte todo esto aquí, en unas pocas palabras.

—Tendremos que hablar de ello detenidamente. Quiero saber más acerca de mi pasado, de nuestro pasado. Y que también hablemos de todo lo demás, ¿de acuerdo? Quiero decir… de Sarah, de estos cuatro años… No quiero esperar a que mi memoria decida devolverme mis recuerdos; tienes que contármelo.

—Lo que le hizo Jeanson es muy duro, Jullian. Es… un monstruo, y…

—Me lo imagino, pero tengo que compartir todo eso contigo, aunque sea doloroso. Tengo que saberlo todo, absolutamente todo, ¿entiendes?

Léane dudó un segundo y sacó la pesada llave de la puerta del fuerte, que puso en la mano de su marido. El metal estaba tan frío que hizo una mueca.

—Mírala, tócala. Huele a mar y a sal, y tiene un significado especial para ti. Es importante, muy importante. Intenta recordarlo.

La hizo rodar entre sus manos, la olió. Cerró los ojos. Léane observaba cada arruga que se marcaba en su rostro.

—Dime que te acuerdas. Dime que… ves cosas.

—Parece la llave de una mansión o de un castillo.

—De un fuerte… Es la llave de un fuerte.

Jullian negó con la cabeza.

—Lo siento. ¿Por qué no me lo explicas?

—No puedo. Todavía no.

Jullian miró por encima del hombro de Léane.

—Me da la sensación de que no tendremos ni un segundo tranquilo mientras esté en este hospital.

Léane se dio la vuelta y se sorprendió al descubrir a Colin en la entrada de la habitación. El policía fingió llamar a la puerta.

—¿Molesto?

Ella le quitó la llave a Jullian de inmediato, la guardó en el bolsillo y se levantó, incómoda. Colin siguió el movimiento, pero no pudo ver que era una llave.

—Qué va.

El policía le estrechó la mano a Jullian. Ambos hombres estaban de pie, cara a cara.

—¿Alguna novedad sobre mi agresión?

—Vamos poco a poco. Pero no tenemos nada concreto por ahora. —Se giró hacia Léane—. ¿Tienes un minuto?

Léane besó a su marido con cariño.

—Tengo cosas que hacer esta tarde. Ya sabes, hacer la compra y eso… Vuelvo a última hora, ¿vale?

—Vale…

Cuando se dio la vuelta, Colin ya había desaparecido por el pasillo. Lo alcanzó junto a la máquina de café. Se había servido un expreso y, por primera vez, no le ofreció nada para beber. ¿Un simple olvido o algo intencional?

—Quería hablar contigo de un par de cosas. Primero, he analizado la cuenta bancaria de tu marido. He descubierto algo curioso. En definitiva…

A Léane no le gustaba su tono de voz, pero optó por no decir nada.

—la mañana de su agresión, a las 9:02 h, alcanzó su límite permitido para las retiradas en efectivo: sacó dos mil euros en un cajero del centro. Pude ver las imágenes de la videovigilancia del banco, y no queda la menor duda de que era él…

Léane siguió sin emitir ni un sonido. Un enigma más en toda aquella historia.

—Después, sobre las huellas que recogimos ayer en tu casa… Algunas no son ni tuyas ni de Jullian. No sabemos de quién son, el tipo no está fichado, pero una cosa está clara: pertenecen al parásito que cometió el robo con allanamiento hace dos meses, las huellas dactilares son las mismas. Y, como Jullian limpió la casa porque dejamos rastros de polvo por todas partes en aquel entonces, las que se recogieron ayer son nuevas sí o sí. Por lo tanto,

están relacionadas con el famoso día de la agresión.

Léane introdujo una moneda en la máquina y se sirvió una bebida. Colin dejó pasar a un paciente en silla de ruedas.

—¿Sabes por qué le llamo parásito? Porque un parásito se aprovecha de su huésped, vive a su costa, por así decirlo. Nuestro parásito se movió por tu casa como una pulga en el lomo de un perro. Habitaciones, cocina, baño…, no se contuvo. También en el coche, en el volante, en las manijas interiores. Incluso se bebió vuestro *whisky*, comió de vuestra nevera y revisó vuestros álbumes de fotos familiares. Sus huellas estaban por todas partes.

Léane se dejó caer sobre un banco, con el vaso entre las manos. Se imaginó a ese desconocido apropiándose de su casa. ¿Se había acostado en su cama? ¿Se había enredado entre sus sábanas, había revoloteado entre sus cosas? ¿Se había sentado frente al ventanal para contemplar el mar, como le gustaba hacer a ella, con un vaso de alcohol para entrar en calor?

—Es una locura.

—Sí, es una locura. Pero esas huellas me ayudan bastante, ya que me permiten retroceder en el tiempo y entender un poco mejor todo.

Colin sacó su libreta, se lamió el dedo índice y hojeó las páginas.

—Con todos los elementos reunidos, tengo una idea bastante clara del escenario. Primero, el parásito entra en la villa hace dos meses, a finales de octubre, sin dejar ni rastro de allanamiento. O tiene la llave o la puerta está abierta, cosa que no sería descabellada del todo porque Jullian bebía mucho y no siempre debía de acordarse de cerrar con llave las puertas. Roba objetos, libros y jabones, por una razón que aún desconocemos, mientras Jullian duerme en la primera planta… Al despertarse, este último denuncia el robo, instala una alarma, cambia las cerraduras…

Léane bebió un sorbo de café que le supo asqueroso, así que lo tiró a la basura. De todos modos, mejor evitar la cafeína, pues planeaba tirarse a la cama en cuanto llegara a casa y dormir toda la noche del tirón.

—Unos dos meses después, el parásito vuelve. Secuestra a tu marido. ¿Dónde? ¿Cómo? Misterio. Pero se lo llevó fuera de casa,

eso seguro. Lo encierra en el maletero del coche de Jullian y se pone al volante. En la noche del lunes al martes, el parásito regresa a la villa, abre la puerta principal con la llave que probablemente encontró en algún bolsillo de Jullian… y en ese momento…

—Le sorprende la alarma, como a mí.

—Exacto. Porque no sospecha que haya una, como tú. El técnico de seguridad llega, el parásito lo engaña, tambaleándose, haciéndole creer que ha bebido. Me he recorrido los bares de la zona y nadie vio a Jullian esa noche. Así que fue el parásito quien le abrió, habiendo bebido bastante *whisky* antes y fingiendo estar borracho…

Léane se dio cuenta de que Colin no había perdido el tiempo. Desglosaba los hechos como un reloj encadena segundos.

—Es martes, la una de la madrugada, sin señales de allanamiento; el parásito tiene la llave de la puerta principal en la mano, finge estar borracho, el técnico de seguridad no sospecha nada y lo toma por el dueño de la casa. Se va. Y listo: el parásito acaba de tomar posesión de la casa. Cierra tras de sí con calma, lo revisa todo…; seguramente, las cosas de tu marido. Pondría la mano en el fuego a que te has dado cuenta de que todos los archivos que Jullian había reunido durante años han desaparecido… Me fijé ayer mientras recogía las huellas…

Léane asintió ligeramente con la cabeza, casi tímida. Como podía haberse esperado, Colin no solo había recogido huellas, sino que también había aprovechado para husmear un poco por todas partes.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—Lo… lo siento. No se me ocurrió, con todo lo que ha pasado.

—Pues es importante. Si no me cuentas ese tipo de detalles, ¿cómo quieres que avance en la investigación?

La miró fijamente, en silencio. Aplastó el vaso y lo tiró a la basura. Léane se sentía cada vez más incómoda.

—En fin, qué se le va a hacer. Entre la una de la madrugada y la última hora de la tarde, entre las cinco y las seis, el parásito está como Perico por su casa. No tengo ni idea de lo que ocurre durante ese lapso de tiempo, pero sí sabemos qué sucede después: deja a Jullian a su suerte en el dique y desaparece en medio de la naturaleza…

El policía cerró su cuaderno y se lo guardó en el bolsillo.

—El parásito es brillante, Léane, y nos deja un buen enigma por resolver… ¿Cuáles son sus verdaderas motivaciones? ¿Por qué toda esta puesta en escena? En fin, ese es el estado de la situación por ahora. Ah, sí, una última cosa.

Sacó dos hojas dobladas en cuatro de su cazadora y se las dio a Léane.

—Gracias a un viejo amigo, juez de instrucción en Lille, he conseguido la lista de los juicios en los que intervino John Bartholomeus…

Léane frunció el ceño.

—¿Quién?

—El psiquiatra de Reims al que llamó tu marido antes de su amnesia, ¿recuerdas?

—Ah, sí, sí, ahora me acuerdo…

—No hay absolutamente nada en esta lista que me resulte familiar o que parezca tener relación con nosotros, pero me gustaría que le echaras un vistazo. Nunca se sabe.

—Vale.

—Y, por cierto, ¿el padre de Jullian tiene una copia de la llave de vuestra casa?

Léane volvió a fruncir el ceño.

—N-No lo sé. Yo nunca le di una, pero quizá Jullian sí. ¿Por qué me lo preguntas?

—Solo contemplo todas las posibilidades. Bueno, no te molesto más, Jullian te espera.

Se alejó y, tras unos pasos, se dio la vuelta.

—Por cierto, voy a tener que ir a buscar mi cartera, la olvidé en tu casa ayer. Como dijiste que te acostarías temprano, no quise molestarte cuando me di cuenta. Me pasaré por la villa. ¿Estarás allí?

Qué pegajoso. Esbozó una falsa sonrisa.

—Sí, pero a última hora de la tarde. Primero tengo que hacer las compras para Navidad. Es probable que mañana le den el alta a Jullian.

—Lo sé, he hablado con su médico.

¿Acaso había algo que él no supiera? Esa vez se marchó de

verdad. Léane lo observó mientras se alejaba, con los labios fruncidos. ¿A qué venía aquella pregunta sobre Jacques? ¿Ahora iba a empezar a sospechar del padre de Jullian? Tensa, fue a sentarse en una silla, con la lista de los juicios en los que había intervenido el psiquiatra Bartholomeus entre las manos. En su posesión tenía al menos un centenar de fechas, lugares y nombres de casos, que abarcaban desde 1998 hasta 2017. Los recorrió rápidamente, sin mucha esperanza. Ese revoltijo indigerible no le decía nada. Pero, de pronto, sus ojos se detuvieron en la tercera línea de la segunda página:

«Juzgado de Primera Instancia de Lyon, octubre 2011, juicio Giordano».

Capítulo 40

Fuerza, ternura y asombro: así se resumía la sensación que despertaba el parque natural de Vercors en el viajero. Las colinas, suaves y ondulantes, podían quebrarse de pronto en crestas salvajes, y tras una curva cerrada estallaban paisajes majestuosos, donde la roca cedía su lugar a un mar de pinos, llanuras abiertas y horizontes sin fin.

Después de un tramo de autopista, Vadim empezó a encadenar curvas talladas en los desfiladeros ocres y marrones, con el pie ligero sobre el pedal, mientras que Vic y sus dos compañeros —Jocelyn Mangematin y Ethan Dupuis, una mole de puro músculo con el cráneo rapado—, sentados en la parte trasera del vehículo, habían bajado las ventanillas por completo, tan mareados que tenían el rostro blanco como la leche.

Los hombres del equipo de Manzato habían conseguido una orden judicial de registro a media tarde, el documento que les permitía entrar en la vivienda cuya dirección figuraba en la página de la *darknet*. El juez de instrucción suplente se había tomado en serio esa información, sin duda publicada por Moriarty y encontrada junto con las fotos de los cadáveres que Delpierre había enterrado.

Según sus investigaciones, el chalé llamado Edelweiss, ubicado en el paraje Serre Beau, en La Chapelle-en-Vercors, pertenecía a un tal Alexandre Mattioli, de 39 años, sin antecedentes penales, y estaba declarado como segunda residencia ante los servicios fiscales del departamento de Drôme. Vic había encontrado información en internet sobre el propietario: un tipo atractivo y bien afeitado que estaba registrado en un montón de páginas web aleatorias, como Copains d'avant, una red social que permite encontrar antiguos compañeros de clase. Asimismo, era comercial de material de

montaña, al que solían fotografiar en ferias o salones. En cuanto a expedientes policiales, sus infracciones se limitaban a multas por exceso de velocidad. Un equipo también se dirigía a toda velocidad hacia Gap, donde el sospechoso tenía su residencia principal.

La Chapelle-en-Vercors se situaba entre las altas mesetas nevadas. Bien podría uno creer que se hallaba en Laponia. Con el azul del cielo, el blanco centelleaba como una gruesa alfombra de diamantes.

Guiados por su GPS, los policías cruzaron el pueblo, salieron por el sur y, en el extremo del paraje conocido como Serre Beau, divisaron la colina, al pie de la cual serpenteaba una carretera a la que se incorporaron. Con los neumáticos de invierno cuyos clavos se aferraban a la nieve, continuaron hasta el final del camino, tras una última curva.

Un poco más allá se alzaba Edelweiss, sola en el mundo: una hermosa construcción de troncos claros, erigida sobre un amplio sótano. A Vic le pareció una casa de lujo. La chimenea humeaba, y un imponente cuatro por cuatro, tipo Range Rover, estaba aparcado justo delante.

Los cuatro hombres bajaron del vehículo sin decir una palabra; todos los sentidos en alerta. Vic observó a su alrededor: el lugar estaba atrapado en una belleza helada, una especie de banquisa mineral arrancada del mismísimo Ártico. Ni un solo vecino en quinientos metros a la redonda, solo ese silencio insólito en el que se podía oír murmurar a la naturaleza.

En la parte trasera del terreno, dos niños de unos diez años, que daban vueltas alrededor de un muñeco de nieve, se detuvieron al verlos acercarse. El niño corrió hacia la vivienda, llamando a su padre. Vadim intercambió una mirada con todo el equipo y deslizó la mano bajo su abrigo abierto, listo para intervenir.

Alexandre Mattioli apareció en el umbral, embutido en un grueso suéter irlandés, con vaqueros y unas chanclas en los pies. Distaba bastante de las fotos encontradas en internet: llevaba el pelo largo y la barba le cubría el rostro; tenía aspecto de leñador. Pasó la mano por el cabello de su hijo, que se aferraba a él, e hizo un gesto a su hija para que entrara, con el semblante serio. La niña se precipitó

hacia el interior del chalé. El dueño de la casa hizo amago de bajar los escalones, pero Vadim tomó la iniciativa mostrando su identificación policial.

—Brigada de investigación criminal de Grenoble. Deje las manos donde podamos verlas y todo irá bien. Además de sus hijos, ¿hay alguien más en el interior de la vivienda?

El hombre parecía estupefacto: dejó la mano derecha apoyada en la barandilla y la izquierda un poco levantada.

—Solo estamos los tres, pero… ¿La Policía? ¿Qué ha pasado?

Vandim le entregó un papel.

—Disponemos de una orden de registro del juez que nos autoriza a entrar en su chalé.

—¿A entrar en mi casa? ¿Ha…? ¿Ha pasado algo?

Mangematin y Dupuis lo rodearon y, a pesar de sus protestas, empezaron a cachearlo. Como no dejaba de revolverse, terminaron esposándolo.

—Y le aconsejo que cierre la boca ahora mismo o lo detendremos de inmediato.

Una vez dentro del chalé, Vic sonrió a los niños y les dijo que fueran a ver la televisión.

Clavó la mirada en el árbol de Navidad, bajo el que se acumulaban un montón de regalos. La decoración, el ambiente festivo, la sorpresa de Alexandre Mattioli cuando los vio... Nada encajaba con la idea de que fuese Moriarty.

Mientras Dupuis vigilaba al propietario, sus tres compañeros se recorrieron todas las habitaciones. Era un chalé de categoría, con *jacuzzi*, dos baños, tres habitaciones grandes, cocina americana y todas las comodidades correspondientes. Un amplio ventanal de cristal ahumado ofrecía una vista de ciento ochenta grados sobre las altas mesetas.

Tras la inspección, Vic se reunió con Vadim en el pasillo de la planta baja.

—¿Has encontrado algo?

—Nada de nada.

Vic divisó unas escaleras al final del pasillo. Las bajó y llegó hasta una puerta que daba al amplio sótano. Esquís, trineos, cuerdas y

piquetas se amontonaban en un compartimento bajo las escaleras de madera. Vadim se adentró en ese desorden y tiró unos esquís, lo que provocó la caída de otros objetos.

—¡Mierda!

Vic lo dejó desentramar el caos y continuó con su registro. Levantó una lona, lo que formó una nube de polvo que ocultaba una gran motonieve que no se usaba desde hacía años. Se agachó y observó el suelo de linóleo. Pasó el dedo por encima.

—Suelo limpio. Ni rastro de polvo a pesar de que hay sobre la motonieve e incluso sobre la lona que la cubría.

—¿Se ha limpiado recientemente?

—Eso me parece.

Se enderezó mientras reflexionaba. Una multitud de herramientas pendían por encima de una mesa de trabajo sobre la que había material de bricolaje acumulado. Vic cogió una goma elástica gruesa y azul, que colgaba de un clavo junto a otras docenas de ellas, y se la dio a Vandim.

—El mismo tipo de elástico que se utilizó para mantener la bolsa de plástico alrededor de la cabeza de la víctima que hallamos en el coche.

—¿Estás seguro?

—Al cien por ciento. Una goma elástica azul y muy gruesa. Aquí sucedió todo. Ve a buscar a Mattioli. Y trae el BlueStar.

Vadim se puso en marcha, mientras Vic sentía cómo le trepaba la angustia por la garganta. Sabía lo que iban a descubrir allí. Dos minutos más tarde, su compañero regresaba con Mangematin y el propietario, así como con un frasco pulverizador lleno de un producto que, en la oscuridad, permitía revelar rastros latentes de sangre, incluso aunque se hubieran borrado o limpiado.

Vic se dirigió a Mangematin.

—Voy a apagar la luz. Vigílalo.

El compañero agarró el brazo de Mattioli y Vic pulsó el interruptor. Frasco en mano, se colocó en medio de la estancia y empezó a accionar el pulverizador.

En ese entonces, el suelo se cubrió de un azul luminiscente, tan intenso que los rostros y las manos de los policías y de Mattioli se

veían blanquecinos, dando la impresión de que estuvieran flotando. Vic se desplazó unos tres metros y repitió la operación. La misma reacción en todas partes.

—Está demasiado extendido y uniforme. Creo que se ha limpiado el suelo por completo con lejía. Además, contiene sodio, que reacciona con el BlueStar e impide la detección de sangre.

—¿Qué dice? No entiendo nada de todo ese vocabulario técnico, ¡pero nunca he hecho algo así!

Al cabo de unos treinta segundos, la luminiscencia comenzó a desvanecerse. Vic fue a encender la luz y clavó la mirada en los ojos de Mattioli.

—Va a tener que explicarse.

—¿Explicar el qué? Se plantan en mi casa, me esposan, empiezan a echar productos en mi sótano… Pero ¿qué coño buscan? ¿Qué ha pasado?

Vadim lo sujetó del cuello del suéter y lo estampó contra la pared.

—Lo que pasa es que una pobre niña que hallamos el lunes por la noche en el maletero de un coche probablemente haya sido asesinada en su puto sótano. Y que, después de eso, el asesino lo limpió todo para no dejar ni un solo rastro. Va a hablar, señor Mattioli. Ahora o encerrado en una celda, usted decide.

O bien Mattioli era un actor de comedia o de verdad estaba completamente desubicado. Cuando Vadim lo soltó, se desplomó contra la pared hasta quedar sentado en el suelo, con las manos a la espalda, aturdido. Tardó más de un minuto en empezar a hablar:

—Yo… Yo he llegado esta mañana a Edelweiss, pueden… pueden preguntárselo a mis hijos. Mi mujer se unirá a nosotros mañana por la mañana para que… preparemos la cena de Nochebuena. ¡Mañana por la noche tenemos veinte invitados que vendrán a casa! Excepto por algunos periodos que… que reservo para mi familia, alquilo el chalé en plataformas en línea, como LocHolidays. El chalé estuvo alquilado durante una semana, hasta esta mañana.

Capítulo 41

Tras escuchar las palabras de Mattioli, los policías se miraron entre sí, como si fueran unos adolescentes que ven por primera vez a una mujer en pelotas. Vadim se acercó de nuevo al propietario.

—¿Quién lo alquiló?

—No me acuerdo, pero tengo toda la información en mi portátil. Si me permite…

—Vamos.

Le quitaron las esposas y volvieron a la planta baja. En tres clics, Alexandre Mattioli accedió al sitio LocHolidays e inició sesión en su cuenta. Al otro extremo de la sala, los niños veían una serie de dibujos animados tan tranquilos, mientras Dupuis fumaba afuera, con el teléfono pegado a la oreja. El propietario primero les mostró el anuncio, con una veintena de fotos del chalé, desde el sótano hasta la primera planta.

—Esto es lo que puede ver la gente. Hace seis años que alquilo el Edelweiss. Nunca he tenido ningún problema. Me cuesta creerlo.

Clicó en un enlace que le llevó a la página de las gestiones.

—Aquí está: alquilado por un tal Pierre Moulin, del sábado pasado a esta mañana.

—¿Cómo que «un tal»? Tendrá su dirección o su número de teléfono, ¿no?

—Pues no. Solo su dirección de correo electrónico.

Puso en pantalla el correo: ie.moulin22@yopmail.com. Una dirección de correo falsa, cómo no. Vic señaló la pantalla.

—¿Qué nos puede contar sobre él? ¿Cómo es físicamente?

—Nunca lo he visto.

Vadim apoyó los puños sobre el escritorio, en posición de gorila.

—Ya está bien de tanta tontería, joder. ¿Nos está diciendo que le

alquiló su chalé a un tipo que nunca ha visto?

El hombre se tomó su tiempo en responder, conmocionado, lo que irritaba aún más a Vadim, cuya paciencia pendía de un hilo.

—En eso consiste el alquiler en línea, y así suele funcionar. Pueden consultarlo en cualquier foro. Cuando llegan los inquilinos, siempre dejo la llave en un lugar que les indico. Por lo general, hago un repaso rápido del estado del lugar en su presencia la mañana de su salida, pero estos ya se habían ido cuando llegué. El chalé estaba impecable y las sábanas de una de las camas en la lavadora, limpias. La llave estaba en el mismo sitio, así que no le di más vueltas. Además, habíamos intercambiado correos muy cordiales. El hombre me dijo que venía con su mujer y su hija de seis años. Parecía serio; incluso pagó quince días por adelantado. Dado el precio del alquiler semanal, uno da por hecho que se trata de personas en las que…

—… en las que se puede confiar, ¿no? Porque, claro, los tipos con dinero no le van a robar las cucharillas para el café, ¿eh?

Vadim estaba llegando al límite. Le hizo un gesto con la barbilla a Mattioli para que clicara en el perfil de Pierre Moulin, miembro del sitio desde ese mismo año. Sin descripción ni comentarios. La foto era la de un tío demasiado perfecto: pelo rubio, sonrisa deslumbrante, cuello de la camisa visible. Evidentemente, no había alquilado ningún otro alojamiento antes de aquel.

—Lo comprobaremos, pero es muy probable que toda esta información sea falsa. Correo falso, nombre falso, perfil falso creado para la ocasión y, seguramente, foto falsa. Pierre Moulin, iniciales PM, como el Profesor Moriarty; el fantasma que siempre se esconde en las sombras, el hombre invisible cuyo aspecto físico nadie es capaz de describir.

—¿El Profesor Moriarty?

—¿Cómo pagó el alquiler?

Alexandre Mattioli puso otra página en pantalla.

—Transferencia bancaria a mi cuenta de mil doscientos euros vía Western Union.

Otra pista más imposible de seguir. Vadim hizo un gesto de rabia. Western Union era una red de sucursales a nivel mundial que permitía realizar transferencias de dinero a través de cualquier

medio, entre un remitente y un receptor. Se podía entrar en una de las sucursales con una suma en efectivo y transferirla a la cuenta bancaria de un completo desconocido, en cualquier lugar del planeta. No hacían preguntas. De este modo era, por ejemplo, como las prostitutas que llegaban del Este alimentaban las cuentas de sus proxenetas, que se habían quedado en su país de origen.

—¿Y no le pareció extraño que pagara por Western Union? ¡Nadie hace eso!

—Claro que sí. El pago está autorizado por el sitio, y no era la primera vez que me pagaban así. Nunca he tenido…

—Enséñenos las otras veces que le pagaron así.

Mattioli obedeció: fue directo al historial de sus alquileres. Luego señaló, con el cursor del ratón, tres registros de facturación.

Febrero de 2013: Paul Michalak alquiló el chalé durante cinco días. Abril de 2014: Pierrette Mavrotte, seis días. Enero de 2015: Patricia Muette, cinco días.

Tres PM.

Moriarty ya había alquilado aquel chalé tres veces.

Vic miró a su compañero, desconcertado.

—Quizá no era la primera vez que Delpierre limpiaba este sótano. Puede que sucediera muchas más veces, hace meses, o incluso años… Otras chicas de su terrorífico maniquí de piel, que ejecutó aquí por orden de Moriarty.

Capítulo 42

La Unidad de Identificación Judicial, que llegó a última hora del día tras ser convocada por Alain Manzato, decidió centrarse en el sótano. Después de ponerse los monos, cubrezapatos y gorros y delimitar el lugar con cinta policial, un equipo reducido de tres hombres examinó cada centímetro cuadrado de la estancia, que, todo indicaba, era la escena del crimen donde la chica del maletero, y quizá otras más, habían sido asesinadas.

Dos horas después de la llegada de los policías, el propietario, Alexandre Mattioli, seguía afectado. Hablaba con Mangematin en el salón, sentado al borde del sofá, con las manos entre las piernas y la mirada perdida. ¿Cómo celebrar Nochebuena con veinte invitados al día siguiente, cuando una chica había sido asesinada en su casa, o incluso puede que varias? ¿Cómo dormir en el lugar de una o varias masacres? ¿Cómo seguir viviendo allí?

Vic, Vadim y Manzato estaban en la entrada de una de las habitaciones del primer piso. Vadim sacaba fotos de los cuartos con su móvil. Otros dos compañeros, que habían llegado con el comandante, se habían ido a llamar de puerta en puerta por el pueblo a un kilómetro de distancia: ¿los habitantes habían notado, escuchado o visto algo en los últimos días? Mientras tanto, Vadim intentaba buscar explicaciones para todo aquello.

—Según Mattioli, solo se utilizó esta habitación durante la estancia de la semana pasada. Las otras estaban en un estado impecable. Al llegar esta mañana, encontró las sábanas de esta cama en la lavadora, todavía húmedas porque habían quedado en el tambor. Por lo tanto, es probable que el inquilino estuviera solo, y no acompañado por su mujer y su hija, como decía en la reserva…

Alain Manzato mascaba un chicle con la boca cerrada. Los huesos

de su mandíbula hacían que se le moviesen las sienes, y le otorgaban toda la pinta de un matón. Vic tomó el relevo:

—Mattioli nunca llegó a ver a Paul Michalak, ni a Pierrette Mavrotte, ni a Patricia Muette, lo que corresponde con el personaje de Moriarty, creado por Conan Doyle: no tenemos ni idea de cómo es físicamente, pues nadie es capaz de describirlo. En cada ocasión se creó un perfil solo para alquilar el chalé. Las fotos probablemente las sacara de internet y los pagos son anónimos. El chalé siempre se devolvió como los chorros del oro.

Manzato avanzó por el pasillo y se plantó delante del ventanal con vista de ciento ochenta grados, que se reducía a unas sombras recortadas por la claridad de la luna.

—Quizá sepamos quién fue asesinado en este sótano la semana pasada. Por fin hemos obtenido el perfil de ADN de la víctima del maletero con el rostro desgarrado. Ahora mismo lo están comparando con la base de datos del banco de ADN. La llamada llegará en cualquier momento, esperemos que con una identidad. En cuanto a los perfiles de ADN de los trozos de piel de la «cosa» hallada en el sótano de Delpierre, deberían estar listos en unos días.

Regresó hacia donde estaban sus hombres.

—Bueno, parece que todo este embrollo se empieza a esclarecer. Aunque no sepamos dónde iba a enterrar el cuerpo Delpierre, por lo menos ya sabemos de dónde lo sacó: del sótano de este chalé, el lunes pasado, es decir, dos días después del inicio del periodo de alquiler.

Vic empezó a hacer idas y venidas a lo largo del ventanal.

—Si repasamos toda la historia, ¿qué obtenemos? Delpierre, alias Doctor Watson, se dispone a acabar con la vida de Apolline, la joven ciega, alrededor de las cuatro de la tarde del lunes. Le llega un SMS de un tal Moriarty a su teléfono desechable y le pide que se conecte inmediatamente a la *darknet*. Delpierre accede a un sitio oculto donde la sesión abierta nos permite infiltrarnos en el sistema. En esa página aparece una dirección dejada por Moriarty: la de este chalé… Tiene que recoger un «paquete». Delpierre viene hasta aquí a todo correr. Desconocemos por qué era tan urgente, pero algo desencadenó la secuencia de acontecimientos que ya conocemos.

Delpierre llega con su Ford y su matrícula falsa, entra en el chalé…

El teniente cruzó el pasillo y acabó en el lado de la fachada, lugar al que habían llegado en coche.

—Es difícil precisar si alguien esperaba a Delpierre. En todo caso, Moriarty y él no se cruzaron ese día.

—¿Por qué lo dices?

—Por los SMS. A las 19:28 h, Delpierre le envía un mensaje a Moriarty para informarlo de que ha recogido el paquete… La desconocida del maletero es ese paquete, y se encontraba aquí, entre estas paredes.

Los ojos de Vic se enturbiaron. Miró fijamente la obscuridad, imaginándose a los viandantes paseando por los alrededores, echando un vistazo a la fachada de ese magnífico y silencioso chalé sin imaginar los espantosos actos que se estaban cometiendo en el interior.

—Delpierre mete a su víctima en el maletero de su coche, asesinada de un tiro en la cabeza. Se toma su tiempo en limpiarlo todo, mete las sábanas en la lavadora y limpia el sótano con lejía, el producto más eficaz para deshacerse de cualquier resto biológico. Luego se pone en camino. En teoría, debería ir a deshacerse del cadáver: enterrarlo, fotografiarlo y publicar la prueba de su trabajo en la *darknet* para que lo vea Moriarty. Pero se desvía hacia su casa para cortarle las manos, desgarrarle el rostro y arrancarle los ojos con el objetivo en mente de completar su «cosa». Vuelve a salir alrededor de las nueve de la noche. Pero sucede todo lo de la gasolinera… Y, ahora, aquí estamos…

Manzato no dijo nada; tampoco Vadim. Ambos se limitaron a escuchar.

—Moriarty alquiló este chalé en tres ocasiones, siempre bajo identidades diferentes y de tal forma que no podamos rastrearlo. No hay lugar más aislado y protegido de miradas curiosas. Nadie puede oír los gritos en un sitio como este. ¿Venía solo? ¿Acompañado de la chica del maletero en cada ocasión? ¿O de otra chica? ¿Se han cometido más asesinatos aquí? Imposible saberlo por ahora. Pero… pondría la mano en el fuego a que Moriarty reproducía este mismo patrón en otros lugares: identidad falsa, alquiler de una vivienda de

forma totalmente anónima a través de un sitio especializado…

Vadim asintió y dijo:

—De lo contrario, Moriarty no tendría que haberle transmitido la dirección a Delpierre. Solo habría dicho algo como «paquete a recoger». ¿Por eso lo dices?

—Exacto. Si especifica la dirección, es porque hay varias. Además, tenemos la piel de ocho víctimas sobre el maniquí, ocho víctimas que pasaron por el maletero de Delpierre… Hacían lo mismo en otros sitios, y podría ser en cualquier parte de la región.

Los tres hombres se sumergieron en el silencio, en plena reflexión. ¿A qué se estaban enfrentando? ¿Moriarty torturaba a chicas en viviendas de alquiler aisladas antes de deshacerse de ellas con la ayuda de Delpierre? ¿Quién las secuestraba? ¿Cuál era el *modus operandi*? El politono del teléfono de Manzato los sacó de sus pensamientos. Mientras el comandante respondía, un técnico les pidió a los dos tenientes que se unieran a ellos en el sótano, junto a Mangematin, que se encargaba de redactar con precisión el acta de la escena del crimen.

Este último señaló un martillo guardado en una bolsa de pruebas.

—Estaba colocado allí, en esa pared, pero reaccionó al BlueStar: es la única herramienta que se ha limpiado con lejía.

De repente, Vadim sintió como si cargase con el peso del universo entero sobre los hombros.

—El cabrón de Delpierre les reventaba el cráneo con un puto martillo, una ejecución de lo más fría… Y el muy hijo de puta se disparó en la cabeza sin que pudiésemos hacer nada. Estoy hasta los cojones, de verdad, hasta los cojones de todo esto…

Mangematin los invitó a seguirlo. Se dirigieron hacia el hueco bajo la escalera.

—Hemos desplazado el material de esquí y hemos encontrado esto. El propietario lo tiene claro: ni él ni su mujer hicieron ese grabado. Mucho menos los niños.

Dirigió el haz de luz de su linterna detrás del tercer peldaño, una zona invisible a menos que uno se agachara. Vic entornó los ojos. Un dibujo grabado en la madera. Se trataba de un pececito con una larga aleta caudal puntiaguda.

—Un xifóforo.

Vadim también se acuclilló.

—¿Un qué?

—Un xifóforo. Un pez cola de espada, ideal para los acuarios de agua dulce. Un clásico, como el guppy o el tetra neón. Este pez no tiene nada de especial, excepto por su forma de nadar. No es agresivo ni requiere de un cuidado complejo.

Vic pasó los dedos por la madera tallada.

—Está hecho con un cuchillo, con sumo cuidado.

Vadim sacó una foto con su móvil.

—¿Crees que podría ser una especie de firma?

—Un lugar oculto bajo una escalera… Sí, tiene toda la pinta. Quizá el cabrón de Delpierre quería dejar su huella en este sitio; una forma de marcar territorio, de apropiárselo. Creo que, si no hubiera pasado lo de la gasolinera, habrían seguido alquilando el chalé como si nada. Es elegante, está aislado, y no hay nadie cerca para ver lo que haces aquí.

Manzato acababa de finalizar la llamada y bajaba las escaleras a toda prisa. Seguía mascando el chicle, pero con una lentitud extrema, como si su organismo trabajara a cámara lenta. Infló el pecho, exhaló y se acercó a sus hombres, con los hombros caídos. Señaló con la barbilla en dirección al suelo.

—Bueno, pues el banco de ADN ha hablado: ya sabemos quién es la chica que fue asesinada en este sótano. Y tenemos un problema bien gordo.

Capítulo 43

Léane había llamado a la consulta del psiquiatra John Bartholomeus desde un teléfono público del hospital. Le había contestado la secretaria. Sí, el doctor trabajaba ese día, hasta las seis de la tarde, y no, ya no había hueco para una cita durante el día. Aun así, Léane se había puesto en camino: tenía que hablar con el médico costara lo que costara.

Llegó a Reims alrededor de las 12:45 h, con la sensación de que cada kilómetro recorrido se reflejaba en su rostro. Ya no podía más. El día y la noche, el hambre y la sed, todo había dejado de importar; estaba en modo supervivencia, con dos ojeras marcadas y oscuras bajo los ojos. Solo era una madre dispuesta a todo por encontrar a su hija, como lo había estado Jullian durante cuatro interminables años. Ahora le tocaba a ella tomar el relevo.

Aparcó en una calle adyacente a la consulta del psiquiatra, una vía sin semáforos ni señales de *stop* que permitía girar rápidamente el volante y desaparecer en la curva situada a apenas cien metros sin ser vista.

Porque lo presentía: una vez saliera del consultorio, tendría que correr, ser rápida.

Ni un solo cabello asomaba bajo el gorro; iba embutida en ropa que ocultaba hasta parte de su rostro y llevaba unos guantes de lana en las manos. Llamó a la puerta del consultorio ubicado entre dos edificios. Según la placa que colgaba del ladrillo, el edificio, con grandes ventanales opacos, estaba compartido por cuatro profesionales, desde un psicólogo hasta un psiquiatra infanto-juvenil. Sonó un pitido, entró y se dirigió a la secretaria, sentada detrás del mostrador.

—Querría hablar con el doctor Bartholomeus.

—Hoy su consulta está cerrada de forma excepcional de la una a las tres de la tarde, lo pone en la entrada. El doctor ha salido a comer. ¿Tiene cita?

Léane salió murmurando un agradecimiento apenas audible. Se colocó frente al edificio, bajo el soportal de un inmueble, y volvió a consultar la foto de Bartholomeus que había encontrado en internet. Era un hombre de unos cincuenta años, con gafas de culo de botella y rostro seco como la madera muerta; la verdadera cara del secreto profesional.

No le quedaba más remedio que matar el tiempo durante dos horas. Regresó al coche para coger el libro de Michel Eastwood y, de vuelta a su puesto de observación, apoyada en la pared, comenzó a leerlo. Le resultó atrapante desde el principio. El escritor secuestrado, la trama policial, los capítulos cortos… Cada página que descubría la desconcertaba aún más. Estaba claro que era diferente de *El manuscrito*, pero…

Léane se empezó a sentir muy incómoda y, cuanto más se sumergía en la lectura, más se daba cuenta de que Pamela había minimizado la magnitud del desastre, o simplemente no lo había percibido. Léane había escondido enigmas en su novela, sin revelárselos a nadie. En particular, había reforzado la presencia del número 2 y había resaltado los palíndromos para simbolizar el espejo, los dobles. Laval, Noyon, el grupo ABBA… Eastwood había usado el mismo recurso. O, mejor dicho, había sido ella quien había reproducido lo que Eastwood había escrito. Una palabra por aquí, una idea por allá. Ahora le saltaba a la vista. Había escrito con espontaneidad, convencida de que las ideas provenían de su propia mente, sin ninguna intención de dañar o plagiar.

Plagiar… Le entraron ganas de vomitar. ¿Qué le había pasado a su memoria? ¿Por qué había ocultado aquel libro por un fenómeno de criptomnesia? «¿Ese seudónimo es una especie de penitencia, una forma de no olvidar jamás?», le había preguntado Giordano. Pero… ¿olvidar el qué? Léane pensó en esa visión recurrente que la había acompañado durante gran parte de su vida —la mano de Enaël subiendo por su garganta—, en la oscuridad de sus escritos, en la misma razón de su necesidad de escribir. A diferencia de lo que les

contaba a los periodistas, todo aquello debía de tener un significado.

El psiquiatra apareció a las 14:50 h y la liberó un poco de sus tormentos. Iba embutido en un abrigo negro tres cuartos, con un sombrero Stetson verde botella calado hasta la frente. Léane guardó el libro en el bolsillo, corrió y se interpuso en su camino.

—¿Doctor Bartholomeus? No lo entretendré demasiado. En el marco de un trabajo que le explicaré, necesitaría cierta información sobre un juicio en el que usted intervino como experto. ¿Podríamos reunirnos rápidamente? ¿Después de sus citas, tal vez? No irá para largo.

La miró visiblemente sorprendido, la esquivó y siguió caminando con las manos en los bolsillos, cerrado a cal y canto, como la puerta de una prisión.

—Lo siento, pero no trabajo de esa manera, y tampoco divulgo información de esa índole ni de ninguna otra sin una solicitud expresamente escrita por…

Léane abrió el faldón de su abrigo.

—¿Esto le sirve como solicitud?

El hombre se detuvo en seco. Léane apretaba con fuerza la pistola con la mano derecha y apuntaba el cañón hacia él a través de la tela de su abrigo. Bajo su gorro de lana negro tenía la frente perlada de sudor. Pensó en la foto de Sarah para darse el valor que necesitaba.

—Una sola palabra, un solo gesto, y no dudaré en utilizar esta arma. Vamos a entrar con tranquilidad; usted primero. No haga ninguna tontería y todo irá bien.

Se colocó detrás de él. Bartholomeus obedeció. Le pidió a su secretaria, con una voz que no le salió tan firme como pretendía, que no los molestara bajo ninguna circunstancia, y entraron en su despacho. Léane cerró con llave, sin apartar la mirada de él. El psiquiatra se refugió detrás de su escritorio, con las manos un poco alzadas, las palmas visibles.

—Escuche, yo…

—No estoy aquí para hacerle daño. Me da la información que le pido y me voy, eso es todo. Por favor, no me hable del secreto profesional.

—Yo… ¿Puedo sentarme, al menos?

Léane asintió. Midió cada una de sus palabras, pronunciadas a través de su bufanda. Tenía que decir lo menos posible y mantener el anonimato. En el peor de los casos, que solo pareciese alguien recién escapada de un hospital psiquiátrico. Eso le venía muy bien.

—El juicio Giordano, Lyon, 2011. Participó como experto. ¿Qué me puede contar al respecto?

El profesional de la salud apretó los labios.

—Nada, yo no…

—¡Doctor!

Miró el cañón de la pistola, que temblaba.

—¿Qué quiere saber?

Léane le lanzó una memoria USB.

—Todo. Imagino que elabora un informe para cada juicio, y que lo guarda en su ordenador. Por favor, métalo en esta memoria USB. Y luego explíquemelo.

Miró fijamente el USB, lo cogió y obedeció a regañadientes. Léane lo vigilaba, manteniéndose justo detrás de él. Una vez pegó el archivo en el USB, ella lo cogió y se lo guardó en el bolsillo.

—Perfecto. Ahora le escucho. Sea preciso; eso me evitará tener que leer todo el expediente.

Como no decía nada, Léane le pegó el cañón del arma a la nuca.

—Última vez que se lo pido.

—El… el juicio del señor Giordano se llevó a cabo a puerta cerrada, a petición de una de las partes civiles, porque… porque involucraba actos de violación y barbarie. No hubo ninguna difusión mediática, y la prensa nunca llegó a enterarse. Fue un caso delicado que podría haber causado mucho daño dentro de las filas de la policía francesa.

Violación… Barbarie… Léane sentía cómo el arma temblaba bajo el agarre de sus dedos. Nerviosa, se sentó en el sillón situado a la izquierda del psiquiatra.

—¿Qué hizo Grégory Giordano?

—Primero… Primero hay que ponerse en contexto. El departamento en el que trabajaba el señor Giordano en aquella época, es decir, la unidad contra la trata de seres humanos, es sin duda el más duro de todos los servicios de la Policía. Pedofilia,

violación, esclavitud, malos tratos… ese es el pan de cada día para esos agentes. Para ellos es… convivir a diario con el mal más abyecto y la violencia en estado puro, desde que se despiertan hasta que se van a dormir, cuando consiguen conciliar el sueño, claro. Coquetean constantemente con los límites; se enfrentan a horrores tan extremos que llega un momento en que les resulta difícil saber dónde está la frontera entre el bien y el mal…

Sin hacer ningún movimiento brusco, se quitó el sombrero y lo colocó frente a él. Su cabello desgreñado le daba el aspecto de un espantapájaros aturdido.

—Me acuerdo de ese juicio, de ese… ambiente tan particular, ese encierro opresivo en la sala de audiencias… Grégory Giordano era un buen policía. Estaba muy comprometido, obtenía resultados y resolvía numerosos casos importantes. Los primeros hechos probados en su contra se remontaban a unos diez años atrás. Se demostró que Giordano se aprovechaba de su posición: felaciones, servicios sexuales gratuitos, noches de depravación, a cambio de las cuales hacía la vista gorda ante ciertas actividades ilícitas. Durante todos esos años frecuentando los bajos fondos de la sociedad, había aprovechado las investigaciones para construirse una valiosa agenda de contactos. Conocía cada red, cada esquina, cada lugar prohibido.

Se masajeó los ojos con el pulgar y el índice de la mano derecha, cuyos globos estaban enrojecidos por el cansancio.

—El juicio reveló el aumento de sus impulsos en 2008. Sus relaciones sexuales se volvieron cada vez más violentas, era como… si tuviese una bestia que habitaba en su interior y que despertaba cuando se encontraba a solas con esas prostitutas de los suburbios de Lyon. Al mismo tiempo, llevaba una vida normal con su esposa y su hija. Salían, tenían amigos. Por supuesto, la señora Giordano no sospechaba absolutamente nada de sus actividades, aunque su matrimonio ya empezaba a resquebrajarse. Llevaba una doble vida perfecta… Es difícil vivir con un policía que trabaja en esos entornos oscuros y que nunca cuenta nada…

Limpió los cristales de sus gafas con serena dedicación, y se las puso.

—La situación de Giordano se desmoronó definitivamente al año

siguiente, con la llegada de una red de chicas jóvenes del Este entre Lyon y Grenoble. Fue durante la época en que el matrimonio Giordano se separó, pues su mujer ya no soportaba sus ausencias reiteradas, ni sus silencios. Consiguió la custodia de su hija, lo que volvió loco al padre… Puso el objetivo en una joven prostituta, de apenas de dieciocho años, perdida, frágil, asustada, en la que se había fijado durante una «intervención»…

Léane escuchaba con atención; el arma sobre las rodillas.

—Giordano ejercía sobre ella actos que, en una relación consentida, se llamarían sadomasoquistas, pero que en este contexto resultaban ser actos de humillación, violación y tortura. La investigación reveló que le gustaba recibir, pero sobre todo infligir dolor. Eso duró más de un año, y todo podría haber continuado mucho tiempo más si Giordano no hubiera sido sorprendido *in fraganti* en un hotel de montaña, durante una operación sorpresa de la Policía de Chambéry, que trabajaba en el desmantelamiento de la red.

Léane estaba al borde de las náuseas. Giordano había omitido contarle esas atrocidades. Encadenado, en mal estado, había logrado engañarla.

—Y… ¿cuál fue el veredicto?

—Éramos tres psiquiatras a cargo de hacer una valoración. Nuestra misión era elaborar un informe sobre el estado psicológico del señor Giordano, quien, desde el día en que fue arrestado, hizo todo lo posible por hacer creer que padecía una gran angustia mental, que el divorcio y su trabajo lo habían destrozado, que él también era una víctima en todo aquello. Es cierto que en ese momento estaba bajo tratamiento de antidepresivos, los análisis toxicológicos lo demostraron… Sin embargo, ¿de verdad tenía depresión? Mis dos compañeros pensaban que sí; yo no. Pero la mayoría se llevó la razón, como siempre…

Aún cargaba con el peso de su fracaso, se veía en sus expresiones, en sus miradas.

—Además, a pesar de que ella había soportado todo aquello y del estado en que se encontraba su cuerpo y de las fotos como prueba, la víctima lo protegió y afirmó que los golpes, las quemaduras de

cigarrillo y los cortes se los habían infligido otros clientes. Esa chica era frágil, influenciable y estaba muy asustada. Incluso con Giordano entre rejas, tenía miedo. A excepción del flagrante delito constatado por la Policía de Chambéry, no existían testimonios; los compañeros de Giordano lo describían como un policía ejemplar. Teniendo en cuenta todos estos elementos, fue condenado a tres años de prisión preventiva, con prohibición de acercarse a su exmujer y a su hija durante un año más después de su salida, tiempo durante el cual debía demostrar buena conducta: encontrar una situación estable, no tener más problemas con la justicia…

—Usted defiende que, según su opinión, no tenía depresión. Entonces, ¿qué… qué perfil psicológico tenía?

—Está todo en el expediente.

—Quiero escucharlo de usted.

El psiquiatra permaneció inmóvil un instante, con la mirada perdida. Luego se giró hacia su interlocutora.

—Para mí, Giordano presentaba diferentes rasgos de psicopatía y perversión, en el sentido psiquiátrico del término: la voluntad de poseer, de disfrutar sin límites y de usar a terceros a su antojo. Cosificación de la víctima, ausencia de empatía, manipulación mental, violencia, deseo de infligir dolor…, todo de manera fría y bajo un perfecto control. El perfil físico de las mujeres que le interesaban siempre era rigurosamente idéntico; aquellas que salían de ese marco no le interesaban, no existían para él…

A Léane le recorrió un escalofrío la nuca solo con pensar que se había encontrado cara a cara con un depredador como él.

—Estando bajo tratamiento de antidepresivos, se encontraron rastros de cocaína en su organismo. La droga es un estimulante y no representa una interacción peligrosa con los medicamentos que tomaba. Quizá con uno intentaba anular los efectos del otro mientras mantenía, cómo decirlo, toda su vigorosidad, todo su apetito sexual. En vista de los elementos que expuse en mi informe, pienso que debería haber sido tratado en un hospital psiquiátrico. La prisión no resuelve nada en los casos con individuos como él.

—¿C-Cree que pudo haber vuelto a las andadas nada más salir de la cárcel?

Bartholomeus no respondió, pero le valía como respuesta. Léane estaba en *shock*: Giordano había mentido. Era cierto que le había dado una paliza a un proxeneta, pero no en el marco de la operación de la que había hablado. Tampoco había mencionado el juicio, la prisión, las torturas…

¿Tenía a un verdadero perverso encadenado? ¿Un desgraciado que, a pesar del estado en que se encontraba y de su situación dramática, seguía jugando, controlando y manipulando? ¿Un psicópata carente de empatía?

—Otra cosa, doctor. ¿Conoce el Torreón Negro?

Asintió con ímpetu.

—Me había olvidado de mencionarlo. Se trata de un club al que Giordano solía asistir. La investigación reveló que, mientras tenía a esa prostituta bajo su control, mantenía desde hacía meses una relación sadomasoquista con una de las empleadas del Torreón Negro: Mistik, cuyo verdadero nombre es Charlotte Henry. Ella fue artista escénica hace más de veinte años…

Su móvil empezó a sonar, pero lo puso en silencio con un gesto lento.

—Si investiga un poco sobre ella, verá en qué consistía su arte y comprenderá mejor el ambiente que se respiraba en el juicio. Fue convocada como testigo, con el objetivo de mostrar hasta dónde Giordano era capaz de llegar en sus prácticas sexuales. Pero no fue en contra de él, al contrario: estaba de su lado.

Jullian quizá no había llegado tan lejos. Probablemente encontró la pista del Torreón Negro en los informes de Giordano, pero ¿había visto en algún lugar el nombre de Mistik? Tal vez su investigación se había quedado atrapada en un callejón sin salida.

—Una… una última cosa, doctor. ¿Cuál era el perfil físico de las chicas que le interesaban?

El psiquiatra meditó. Alzó su mirada hacia el techo antes de posarla en Léane.

—Que yo recuerde…, guapas, delgadas, ojos grandes y azules, y rubias.

Aquellas palabras golpearon con tanta fuerza a Léane que fue incapaz de pensar con claridad, porque todo se mezclaba en su

cabeza, porque ya no podía más con ese camino, con esa tensión, con ese estrés, con la falta de sueño. Observó el arma, ese cañón que había apuntado al psiquiatra. Ella, Léane Morgan. Y tuvo la impresión de que ese brazo, esa mano que apretaba la empuñadura, no le pertenecían. Se enderezó, casi tambaleándose, y dio un paso atrás.

—No me… No me verá nunca más, se lo prometo… —Cerró los ojos e hizo un esfuerzo titánico por encontrar las palabras que quería transmitir—: Si me entero de que llama a la Policía, volveré. Yo… Olvídeme.

Lo siguió apuntando hasta que llegó a la puerta, guardó el arma bajo la chaqueta y salió sin mirar a la secretaria. No corrió, pero caminó a paso apresurado por la calle, giró a doscientos metros, volvió al coche y arrancó a toda velocidad. Su corazón latía tan fuerte y rápido que tenía la sensación de haber corrido hasta agotarse.

Jullian y ella tenían secuestrado a un hombre que había estado en prisión por, entre otras cosas, torturar y violar a una joven de dieciocho años, un hombre que mantenía relaciones sadomasoquistas, que fantaseaba con rubias de ojos azules, como Sarah. Entonces pensó en Roxanne y su cabello teñido de negro. El negro, el truco de una madre para desviar las pulsiones del padre, para proteger a su descendencia. Aunque había quedado en libertad y tenía permiso para ver a Roxanne, Grégory Giordano seguía siendo un depredador.

Y pensó en el gorro, el gorro de Sarah que Giordano había puesto en la cabeza de su hija. De repente, recordó las palabras de la adolescente: «A mi padre le gusta cuando me lo pongo». Y entonces vio a su propia hija, su hija mayor, su bebé, con ese mismo gorro, su larga cabellera rubia cayendo en cascada sobre sus hombros, dando vueltas por la nieve, probablemente llorando, con los brazos como escudos ante Giordano; Giordano, que la había sometido en ese rincón perdido del Vercors, con un destello gris en el fondo de sus ojos y un cigarrillo en los labios.

¿Y si Giordano, el depredador, había vuelto al lugar de sus fechorías con su propia hija, para revivir ahí sus sucios fantasmas de

perverso? ¿Y si, cuando veía a Roxanne con el gorro puesto, en realidad estaba viendo a Sarah?

Sus dedos se aferraron con fuerza al volante, hasta hundirse en el caucho. Ya no había lugar para coincidencias. Giordano tenía algo que ver con todo aquello, Léane estaba convencida. Y tenía que obligarlo a hablar.

La carretera hacia el norte parecía interminable. Se sorprendió cabeceando varias veces. Encontró un chicle en la guantera que mascó rápidamente para no quedarse dormida. El clima había cambiado, no lo suficiente como para que cayeran copos de nieve, pero la lluvia golpeaba el parabrisas. Tuvo que sujetar el volante como si fuera el timón de un barco en plena tormenta.

Finalmente, llegó a su destino alrededor de las seis y media de la tarde. Primero atravesó Berck-Ville, y luego Berck-Plage, un complejo turístico desierto y azotado por la llovizna, hasta tal punto que uno podría llegar sentirse en medio del mar. A la izquierda, el faro surcaba la noche, y en su haz amarillento se reflejaba toda la furia de la naturaleza. Era como si todo el pueblo se plegara sobre Léane, aprisionándola.

Aparcó en la parte baja de La Inspiradora para evitar acabar empapada. Quería cambiarse rápidamente y comer algo antes de salir disparada hacia Ambleteuse, en unas condiciones meteorológicas que la desanimaban de antemano. Había luz en la casa.

¿Sería posible que…?

Subió apresuradamente por las escaleras que daban al pasillo y se precipitó hacia el salón.

Jullian estaba sentado en el sofá, con un álbum de fotos en la mano.

Capítulo 44

Léane dejó caer el abrigo y se abalanzó a los brazos de su marido. Lo abrazó fuerte, con el rostro hundido en el hueco de su hombro. No quería pensar en nada más. Tan solo anhelaba quedarse así, los dos, en la despreocupación del momento presente.

Pasó las manos por su cabeza, con delicadeza alrededor de la herida, le acarició las orejas, la nuca. Luego lo besó y se apartó un poco para poder observarlo mejor. Vestía ropa vieja, una camisa que le quedaba demasiado larga. A pesar de los hematomas y su rostro todavía un poco hinchado, le pareció que estaba guapo. Siempre le había parecido atractivo, con o sin sus arruguitas, incluso recién levantado o cuando era más joven e iba siempre despeinado. Había adelgazado mucho desde la última vez que lo había visto, antes de que se publicara el libro. Sentía sus huesos.

—¿Te han dado el alta?

—Sí. Me dejaron firmar los papeles del alta a primera hora de la tarde; Bercheron estaba presente. De hecho, ese tío siempre está en todas partes. Le prometió al personal del hospital que me traería a casa, y aquí estoy. ¿Dónde estabas?

—He tenido que hacer una escapada rápida a París. Tenía unos asuntillos pendientes con la editorial. Me habría gustado estar en el hospital para…

—Ni lo pienses, todo ha salido bien. Volveré a las sesiones con el logopeda el día después de Navidad. Por cierto, el poli se había dejado la cartera en la mesa.

Jullian señaló con la barbilla los restos de polvo negro sobre los muebles, los cristales y los pomos de las puertas.

—Bercheron me lo ha explicado todo sobre el parásito. El robo con allanamiento de hace dos meses, todo lo que se sabe acerca de mi

agresión… Me enseñó el cuaderno con sus notas, las fotos con esa palabra escrita en el maletero del cuatro por cuatro… VIVA. Y también la historia del gorro. Es incomprensible, es horrible. Yo…

—No debería haberte contado nada de eso, me correspondía hacerlo a mí. Lo siento.

Léane se sentía enfadada con Colin, pues estaba convencida de que intentó forzar y agredir la memoria de Jullian. Este último se sentó y apoyó la cabeza entre las manos.

—Yo soy el que lo siente, por no acordarme de nada, por haberte dejado así, en medio de la niebla. Pero te admito que para mí también es difícil. Me encantaría entender qué ha pasado, qué ha podido pasarme, lo que…, lo que hacía en esta casa durante los momentos en los que ya no estábamos juntos. Tiene que haber una explicación para todo lo que ha sucedido.

Léane se sentó a su lado y se acercó a él, hombro contra hombro. Miró la pantalla de la televisión, pausada en la imagen de un vídeo antiguo en el que ella misma había grabado a Jullian haciendo el tonto a la orilla del mar, cerca de Wimereux, creía recordar.

—Lo acabaremos entendiendo. Descubriremos la verdad, los dos juntos. Estoy convencida.

—¿Crees que la verdad está escondida en las profundidades de mi mente?

—Eso espero, Jullian. Lo espero de todo corazón.

El viento soplaba bajo las tejas, la lluvia golpeaba los cristales. Se dirigió al mueble bar, cogió un vaso y lo agitó en el aire.

—Ni siquiera sé qué servirte. No sé qué te gusta ni qué odias. No sé nada sobre ti.

—Me gusta el *whisky*. Una escritora no podría beber otra cosa. Y odio el vodka, la cerveza y el *gin-tonic*.

Jullian también se sirvió un trago. Brindaron y, en el momento en que sus vasos chocaron, unos destellos tristes y alegres brillaron en sus ojos. Ese vacío abismal a su alrededor, la carencia, la ausencia de Sarah… Léane tenía ganas de cogerlo del brazo y llevárselo al fuerte, de hacer que se enfrentara con Giordano, de explicárselo todo, pero eso habría sido tomarlo como rehén, volverlo enemigo de sí mismo. Y, además, ¿qué decisión podría llegar a tomar ante aquel

hombre encadenado?

Jullian se levantó, bordeó la librería y luego el ventanal. Ya no se veía nada afuera, entre las gotas, los relieves de las dunas y el largo pasillo de tinieblas que se precipitaba hacia la bahía azotada por el viento.

—¡Este sitio es precioso!, tan puro y salvaje. Y esta villa… Me siento bien aquí. Es curioso porque, por un lado, siento que todo aquí me resulta familiar: la colocación de los objetos, la atmósfera… Sí, he vivido en estas estancias y he acariciado estos muebles, estoy convencido en lo más profundo de mi ser. Pero, por el otro, es como si visitara esta casa por primera vez en mi vida.

Léane apretó los labios y no dijo nada. ¿Cómo no pensar en Giordano y llegar a la conclusión de que eran dos personas con los días contados? En algún momento tendrían que liberarlo para impartir justicia, y entonces serían ellos los que acabarían encerrados; a no ser que él no fuese el culpable y que no le hubiese hecho daño a Sarah.

Su teléfono empezó a sonar y ahuyentó esos pensamientos. Daniel Évrard, su contacto en la Policía judicial de Lille, intentaba ponerse en contacto con ella. Dudó si contestar, pero era importante. Le hizo un gesto a Jullian.

—Mi editor…

Se aisló en la cocina y respondió la llamada.

—¿Sí? ¿Daniel?

—Ya sé quién es Nathan Miraure. Tengo un expediente sobre él delante de mis narices. Pero no es el tipo de cosas que se deberían contar así, por teléfono… Quizá deberíamos hablar en persona y…

Léane miró a su marido a lo lejos. Analizaba los libros de la librería y tocaba los objetos colocados sobre los muebles con la mirada perdida, dirigida hacia los ventanales, como si intentara recordar. Acto seguido, susurró:

—Explícamelo, por favor. Ahora mismo se me complica un poco acercarme hasta Lille. Es tarde, mi marido acaba de salir del hospital…

—No me gusta la idea, pero vale. El caso sucedió en 1991…

Léane arrastró una silla y se sentó; la ansiedad, poco a poco, iba

en aumento.

—Nathan Miraure tenía diecinueve años por aquel entonces. Era un joven de Calais, desempleado. Fue encarcelado por violación en febrero de 1991, y se lo encontraron colgando del techo con una sábana en su celda una semana más tarde. Se había suicidado.

—¿En… encarcelado por violación, dices?

—Sí, violó a una niña llamada Barbara Vuillard. Tenía dieciséis años en el momento de los hechos. Al igual que tú, según el expediente… Erais amigas.

Léane se sintió como si acabara de recibir un balonazo en el pecho: uno de esos que te dejan tirado en el suelo y te cortan la respiración. Barbara había sido su mejor amiga en el colegio y hasta cuarto de secundaria. Siempre estaban juntas, hasta que su amiga se mudó…, aunque Léane no era capaz de recordar adónde.

—Sucedió durante el Carnaval de Dunkerque, en febrero. Aquel día, habíais quedado un grupo de cinco chicas. Barbara conoce a Miraure en una cafetería, la noche de la procesión de carnaval en Malo-les-Bains. Fiesta, alcohol, locura… Perdéis de vista a tres de vuestras amigas, cuando habíais quedado en que no os separaríais. El grupo se divide y te encuentras sola con Barbara y Nathan Miraure, que no se despega de vosotras en toda la noche. El tipo propone acompañaros de vuelta a casa, pasando por la playa y las dunas. Espera a que estéis solas para ponerse muy insistente con tu amiga. Ella se niega, tú intentas interponerte, pero él saca un cuchillo… Te prohíbe que te muevas y que grites, luego te obliga a sentarte en la arena. Durante ese tiempo, viola a Barbara delante de ti. Tengo las fotografías del… del estado de tu amiga, pero te ahorro los detalles. La Policía arrestó a ese animal unos días más tarde.

Léane se encogió en su asiento, como un animal herido. No recordaba nada. Ni un grito, ni una imagen.

—No… no me acuerdo. Eso no… No, no es posible.

—Siento contártelo de este modo, Léane, pero tú estabas allí, tu identidad aparece por escrito en el informe. No fuiste capaz de testificar porque no recordabas nada, ni siquiera cómo habías salido del carnaval, como si hubieras estado bajos los efectos de GHB. Pero no tenías ni rastro de ningún estupefaciente en la sangre, ni siquiera

de alcohol, pues no bebías. El informe redactado por el psicólogo menciona una «amnesia traumática». Para protegerte, tu cerebro creó una especie de burbuja alrededor de aquel episodio. Por desgracia, Barbara no tuvo esa suerte. Lo que tus ojos vieron aquella noche está ahí, en lo más profundo de tu ser, pero de una forma inaccesible. No soy psicólogo, pero me atrevería a decir que la elección de tu seudónimo, años más tarde, es como si… En fin, parece una especie de fuga de tu subconsciente hacia tu consciencia.

Por más que Léane rebuscara en lo más profundo de su mente, las imágenes no regresaban, pero el sufrimiento sí estaba presente. De hecho, siempre había estado ahí de manera implícita, surgido desde la parte más oscura de su memoria. A pesar de que no recordaba la tragedia, sí recordaba los silencios de sus padres, sus ojos sombríos cuando les preguntaba por qué su mejor amiga no volvía al instituto y por qué ya no quería verla. Ahora comprendía su angustia cuando salía de fiesta o iba a lugares públicos abarrotados… Y eso entre muchas otras cosas más. La verdad estallaba en ese instante, un cuarto de siglo después, en medio de uno de los peores momentos de su vida.

Jullian entró en la cocina y le dedicó una mirada interrogadora.

—Tengo que dejarte. Gracias por todo.

Colgó sin darle tiempo a responder, a punto de estallar de dolor, pero se contuvo porque debía hacerlo, porque nada de todo aquello tenía sentido. Se abalanzó sobre el vaso, que vació de un trago antes de seguir con otro.

En 1991, la fecha de publicación del libro de Michel Eastwood. Así que lo había leído, pero había formado parte de la burbuja de amnesia, había sido borrado de su conciencia, como la violación de Barbara. Inaccesible, pero no borrado del todo, solo guardado bajo llave.

Al igual que Jullian, también tenía la memoria fracturada, pero de otra manera, y ese recuerdo infecto que su propio inconsciente le había robado sin duda había hecho de ella la escritora que era.

Del horror de una noche había nacido su éxito.

Jullian le quitó el vaso de las manos.

—¿Qué ha pasado?

Si no hacía nada, acabaría por derrumbarse. Así pues, lo besó con el deseo de amar y de dar que le atravesaba el cuerpo hasta las entrañas. Y era él, su marido, Jullian, quien iba a llevar su luz, mientras ella guardaría la oscuridad dentro de sí, como siempre había hecho, porque ese era su destino: vivir permanentemente detrás de un seudónimo, otro yo, un doble insólito, un espejo engañoso que no reflejaba la verdad.

«Barbara… Perdóname…».

Y la rueda de los sentidos comenzó a girar, transportándola. Sentía como si unos pétalos de flor estallaran tras sus párpados, como si el zumbido de unas alas hiciera estremecer sus muslos. Y el fuego del deseo ardió, un verdadero géiser que la aturdió y apartó los pensamientos oscuros para dar paso a la violencia abrupta de un segundo nacimiento: el alumbramiento de una nueva vida en pareja, a pesar de las tormentas, los fantasmas y los vendavales que los rodeaban.

Cuando Jullian la llevó hasta la cama, con el sonido del viento que gritaba entre las tejas y las gotas del mar proyectándose contra la fachada, ella no dejó de besarlo, como si quisiera recuperar el tiempo perdido, los meses de abstinencia y sufrimiento. Sentía el cuerpo arder, cada latido en sus arterias, la electricidad de los nervios bajo su piel. Y, cuando recuperó el sentido, no fue la resurgencia de su relación lo que la guiaba, sino su instinto. Todo fue muy rápido por la carencia, esa misma carencia que impide tomarse el tiempo, que acelera los segundos y comprime los minutos.

¿Quedaba la memoria del amor? Jullian había perdido su delicadeza, sus gestos atentos, sus caricias tan particulares. Léane esperaba que le mordisqueara las orejas, los pechos, pero no hubo tiempo ni recuerdos, solo ese vaivén devastador, su cuerpo delgado aplastado contra el suyo, su pecho en llamas.

Y, en medio de todos esos destellos incandescentes, en su mente vio los rostros girar ante sus ojos: Sarah, Barbara, Roxanne, Giordano. Capturó ese último rostro, esa cara hinchada, ese ojo derecho magullado, y no lo soltó. Mientras disfrutaba, lo imaginaba

en el fondo del fuerte, muriéndose. Que se muriera ese hijo de puta, de hambre, de sed, de frío, de dolor incluso, ya que a ese cerdo le gustaba eso: el dolor. Iba a sufrir, la vocecita dentro de ella se encargaría de ello. Entonces gruñó, una mezcla de ira y placer, un sonido extraño, y Jullian gruñó también, con la boca abierta contra su hombro. Temblaba como un recién nacido.

Cuando terminaron, exhaustos y aturdidos, él se dio la vuelta y se tumbó de lado; el pecho ambarino en la oscuridad del cuarto, como la cima de una duna; el rostro azorado, desbordante de inocencia e ingenuidad.

Se acurrucó junto a él, que dormía del lado opuesto al que solía pasar la noche. Más tarde, bajo el efecto combinado del alcohol, los medicamentos, el cansancio y todo lo demás, fue consciente del abismo que sentía Jullian, porque ella también padecía amnesia. «Amnesia traumática», había dicho el policía. Por más que intentaba recordar, no era capaz. Se podía vivir con ello; la amnesia no dolía, hasta que te dabas cuenta de que ciertos fragmentos de tu vida habían sido robados por tu propio cerebro y quizá nunca te los devolvería.

Por eso Giordano era importante. Él era ese fragmento de memoria perdido de Jullian.

Empezó a hundirse en el sueño con la firme convicción de que lo obligaría a hablar.

Capítulo 45

Cuando abrió los ojos, una luz intensa inundaba la habitación. Los rayos del sol hacían brillar las molduras de la puerta. La villa estaba sumida en el silencio, y se escuchaba al mar cantando en la bahía, animado por el grito de las gaviotas. Por la ventana, las cumbres de las dunas habían cambiado de forma, más suaves, más redondeadas, como si las nubes hubieran caído del cielo.

Léane giró sobre su cuerpo; la mano, abierta sobre el rostro. Las 12:10 h del 24 de diciembre de 2017. Había dormido de forma entrecortada, despertándose en sobresaltos por culpa de unas visiones terroríficas: las dunas de Dunkerque, las máscaras del carnaval, los paraguas en las calles y los golpes sordos de los tambores. Barbara…, su mejor amiga de la infancia… ¿Qué habría sido de ella después de todos esos años? ¿Cómo habría crecido después de una tragedia semejante? Léane le guardaba rencor a su propia memoria, y a sus padres aún más. Tenía derecho a saberlo.

Se levantó y aspiró los ricos aromas a especias, pollo y aceite de oliva. Era domingo, un domingo de Nochebuena, uno de esos días en los que la mayoría de la gente se despertaba alegre y ocupada con los preparativos. Léane, en cambio, ya había olvidado el sabor de una Navidad, de una tarta de cumpleaños, de una Nochevieja en familia. Todo había cambiado un día de enero de 2014, cuando su vida se detuvo. Cuatro años en modo supervivencia.

Bajó las escaleras con calma, envuelta en su camisón. El delicioso olor le recordó los instantes felices del pasado. A Jullian le encantaba cocinar. Cuando entró en la cocina, su marido vertía una cucharada de aceite sobre los trozos de carne que se doraban en la sartén.

—Arroz al curry. Creo que es una de mis especialidades. No sabía hasta qué hora dormirías, así que he aprovechado para ir a hacer la

compra para la cena de Nochebuena para nosotros y mi padre. He cogido el coche, conducido y encontrado un supermercado sin plantearme demasiadas preguntas. Está bien, ¿no? He tenido que utilizar el efectivo que llevaba en la cartera, porque he olvidado que… En fin, ¿te sabes el código de mi tarjeta?

—7-2-2-0.

Jullian se apoyó el dedo índice en la sien.

—Guardado. He comprado marisco, *foie gras* y *chardonnay*. Creo que te gusta todo, ¿no?

Léane asintió y sonrió con cierta timidez.

—También he limpiado un poco. Ya me he deshecho del polvo negro de las huellas, que estaba por todas partes… No quiero más malas vibras en esta casa.

Léane no era capaz de deshacerse de la sonrisa que se dibujaba en su rostro. Los recuerdos se agolpaban en ella. Jullian estaba allí, como si nada hubiera pasado. Se acercó para abrazarla. Luego se apartó y la miró a los ojos.

—Te prometo que llegará el momento en que entenderé lo que pasó. Te prometo que voy a luchar por recuperar la memoria y seguir haciendo lo que llevaba haciendo desde hacía cuatro años: buscar la verdad.

Le enseñó su ordenador portátil, ya encendido. Después de haber borrado su contenido cinco días atrás, lo había vuelto a coger y había empezado a reinstalar aplicaciones. En la pantalla y saliendo de la impresora, había montones de artículos sobre el caso Jeanson.

—Y, si tengo que empezar de cero, que así sea. No voy a rendirme. Tú estarás aquí, conmigo, y vamos a reconstruirlo todo juntos, ¿te parece?

Ella asintió y se sentó a la mesa. Jullian sirvió dos platos. Luego se sentó en el sitio de siempre. ¿Al azar? ¿Por reflejo? ¿O sería una mejora progresiva de su memoria? Léane comió, aunque sin apetito. El plato estaba demasiado picante, pero disimuló. Evidentemente, no dejaba de darle vueltas al tema de Barbara, a sus descubrimientos en el despacho del psiquiatra y a Giordano. Tenía que ir a verlo a toda costa, forzarlo a hablar hasta el final, hasta que escupiera la verdad, porque ya no podía más. Era inviable caminar al borde del

abismo de por vida. La pesadilla tenía que terminar de una vez por todas.

Pero ¿cómo podía hacer una ida y vuelta de Berck a Ambleteuse durante el día con la presencia de Jullian? ¿Cómo mentirle? ¿Cómo salir de la situación inextricable en la que se había metido sin que él se enterara?

Sonó el timbre de la puerta principal. Jullian se levantó antes de que a Léane le diera tiempo a reaccionar.

—Ya voy yo.

Abrió la puerta, con una mano apoyada en el marco. Al principio se quedó paralizado, y luego dio un paso atrás, boquiabierto. Léane se irguió como una cobra y, al igual que su marido, se quedó inmóvil, hipnotizada. Sintió cómo una flecha envenenada le atravesaba el corazón: la sensación de saber que había llegado el momento tan esperado y temido al mismo tiempo. El individuo tras la puerta era el mesías y la muerte encarnada.

Por fin sabrían la verdad…

Era ahora.

Era el momento.

Entonces se precipitó hacia la puerta, con la impresión de moverse a cámara lenta, como si el rostro aterrorizado de Jullian estuviera atrapado en una masa blanda. Lo primero que vio del hombre —sabía que se trataba de un hombre incluso antes de que apareciera en su campo de visión— fue el zapato izquierdo lleno de arena, seguido por un guante negro que sostenía una identificación policial: era imposible no identificar ese azul, blanco y rojo que se veía en la esquina derecha.

No era especialmente alto, pero sí delgado como un palo, con una postura algo desgarbada. Era un tipo que, en otra vida —en un mundo mejor, donde las cosas fueran más justas y donde los niños pudieran crecer felices junto a sus padres—, probablemente habría sido alguien amable, a pesar de la seriedad grabada en su rostro y de las profundas ojeras negras que demostraban que él tampoco dormía mucho. Y, si se había desplazado hasta allí en Nochebuena, no era por gusto.

Se quedó ahí plantado durante unos segundos. Luego se aclaró la

garganta, como si no lo hubiera podido hacer antes, en su coche o fuera, poco importa dónde, lo único que importaba era que hablara de una vez, que soltara lo que Léane temía desde hacía mil días, o millones de segundos, tantos como latidos del corazón y punzadas en los pulmones.

—Me llamo Vic Altran y este de aquí es mi compañero, Vadim Morel. Somos tenientes de la brigada de investigación criminal de Grenoble… Nos reunimos con el señor Bercheron en la comisaría de Berck antes de venir a verlos. Nosotros…

Léane se fijó en la presencia de Colin, que entró en la casa con ellos, en último lugar; la cabeza un poco gacha, incapaz de alzar la mirada. Léane ya no escuchó lo que siguió a aquellas palabras y se derrumbó en los brazos de Jullian.

Sarah estaba muerta.

Capítulo 46

Fue el marido quien guio a los tres policías hasta el salón y les ofreció sentarse, mientras la mujer lloraba a lágrima viva. Vic había decidido ser claro y directo desde el principio, antes de entrar en detalles: habían descubierto el cuerpo de una joven a inicios de la semana, cuyo ADN correspondía con el de Sarah. No había lugar a dudas: era ella, y estaba muerta.

La sentencia de la verdad había sido pronunciada.

Vic odiaba ese tipo de situaciones, esa parte de su trabajo en la que los familiares de las víctimas estaban vivos y muertos al mismo tiempo, aniquilados por la espera y la esperanza. Por norma general, en casos en los que la distancia era tan grande, se llamaba a la Policía de la zona, que se encargaba de informar a la familia, porque no era concebible dar ese tipo de noticia por teléfono. Esos padres habían vivido durante años entre la ignorancia, la duda y el dolor; tenían derecho a todo tipo de consideraciones y, sobre todo, a recibir unas explicaciones claras por parte de un profesional. Pero, cuando Manzato llamó a la comisaría de Berk y habló con Colin Bercheron, este último acabó revelándole los sucesos recientes y extraños de su propia investigación, por lo que el jefe decidió enviar a V&V en el primer tren dirección a Berck.

Así pues, avisado de su llegada y antes de acompañarlos a la villa, Colin les había preparado el expediente de su investigación, ya que existía un vínculo evidente entre ambos casos.

De pie en el salón, Vic observó al marido: estaba al tanto de su amnesia tras una agresión gracias a que Colin se lo había informado. Seguía de cerca el caso Jeanson, por lo que sabía que ese padre no había dejado de buscar a su hija y que había reclamado el cuerpo, dispuesto a todo; un luchador contra lo imposible, con el rostro

marcado, herido, convertido en un viajero sin equipaje. En cuanto a la mujer, Léane, sabía que era una célebre novelista que escribía bajo seudónimo, y de la que ya había tenido ocasión de leer algunos libros.

Colin mantenía las distancias, como buen profesional, pero sufría en silencio por el descubrimiento del cadáver, por no saber tanto como quisiera y por no poder consolar a Léane entre sus brazos, demostrarle su apoyo, compartir su dolor. No ahora, no delante de los demás. Entonces ella alzó la vista hacia él, hacia ellos: la misma mirada dura, como si los metiera a todos en el mismo saco… Simples policías haciendo su trabajo. Tenía los ojos rojos e hinchados. Eran los ojos de una persona al borde del abismo.

—Quiero verla. Quiero ver a mi hija.

Vic apretó los labios.

—Se encuentra en el Instituto de Medicina Legal de Grenoble. Tengo que ser sincero con usted: aunque la viera, no la reconocería. Lo… lo siento. El cuerpo está demasiado dañado, no posee ningún rasgo distintivo. No podíamos saber que el cuerpo de la víctima que hallamos en el maletero era el de Sarah, la misma de las fotos que tenían nuestros compañeros. Han pasado cuatro años, tenía un corte de pelo distinto y el rostro…

Cerró la boca. La pareja se abrazó, como si quisieran construir una muralla con sus cuerpos: una muralla de emociones a la que los dos policías debían hacerle frente. Vic había medido cada una de sus palabras, pues ese tipo de anuncios eran insostenibles, incluso para él. Mientras recordaba cada palabra de la forense acerca de la autopsia, le pareció que «el cuerpo está demasiado dañado» era la frase correcta. Los padres nunca debían ver el cadáver desnudo de su hija privado de rostro ni acceder a los detalles médico-legales. Vic se encargaría de ello, al menos hasta el juicio en el tribunal de lo penal, si es que algún día atrapaban a todos los culpables.

Léane luchaba por no derrumbarse.

—Esto es demasiado duro. Yo… H-Hace mucho tiempo que me metí en la cabeza la idea de que está muerta, pero con todos los sucesos de estos últimos días… regresó la esperanza. Se encendió como una llamita frágil, pero ahí estaba.

Los miró sin animosidad, sin ira, solo con un enorme nudo de tristeza en el vientre.

—Explíquennoslo. Cuéntennoslo todo.

—Hallamos el cuerpo sin vida de Sarah en el maletero de un coche robado en una gasolinera, en la carretera que une Grenoble y Chambéry. Creemos que la muerte se remonta a ese mismo día, es decir, a inicios de esta semana. Tienen derecho a saber que el asesinato fue brutal, pero que su hija no sufrió.

Dejó los vacíos necesarios, consciente de que cada frase era una laceración y que suavizar la verdad, como lo estaba haciendo, era una enorme mentira, pero muy necesaria. Colin no decía nada, sentado a la izquierda de los policías. Ni siquiera había sacado su libreta. Jullian Morgan apoyaba a su mujer, le acariciaba la espalda, con la mirada triste y decidida de quien ha olvidado, pero quiere entenderlo todo.

—¿Habéis detenido al monstruo que ha hecho esto?

Fue Vadim quien respondió:

—El presunto asesino de su hija se suicidó antes de que llegáramos a detenerlo.

Una nueva oleada de emociones derribó a Léane, que intentaba mantenerse firme, escuchar cada palabra y no venirse abajo. Quería volver a ver a Sarah, aunque fuera en un cajón de la morgue… Quería ver cómo había crecido, en qué tipo de joven se había convertido. Cuatro años, cuatro malditos años…

—Por ahora no podemos revelarles su identidad porque la investigación sigue en curso, pero era un tipo común y corriente, que se podrían haber cruzado en cualquier sitio sin tener ni idea de qué se escondía detrás. Vivía en la montaña y tenía serios problemas psicológicos. También les queremos informar de que su hija no es la única víctima. Nos quedan muchos cuerpos por identificar.

Léane apoyó sus manos unidas sobre la nariz.

—No puede ser…

—Somos conscientes de lo difícil que es todo esto para ustedes, pero darles más detalles no serviría. Las respuestas llegarán, solo tienen que darnos un poco más de tiempo. Y, sobre todo, dénselo a ustedes mismos.

Léane inspiró con fuerza para evitar que los sollozos la vencieran de nuevo.

—¿Por qué? ¿Por qué Sarah? ¿Por qué hizo esto?

El hombre termina por responder:

—Por ahora no tenemos todas las respuestas. Estamos aquí más que nada para informarles del hallazgo. Mi compañero y yo quisimos desplazarnos desde Grenoble lo antes posible…

Léane movió levemente la cabeza. Sin duda, era una forma de agradecerles, a pesar de todo.

—Pero tenemos motivos de peso para pensar que el hombre que hizo esto no actuaba solo. Hay otro individuo, que se hace llamar Profesor Moriarty. Por el momento, no sabemos mucho sobre él, solo que es extremadamente precavido y calculador, y que daba órdenes al asesino. En cualquier caso, el lunes pasado, un acontecimiento inesperado alteró la organización de estos cabrones. Evidentemente, llegar a esclarecer todo esto es nuestra máxima prioridad.

Un rayo de sol se deslizó por el suelo, en una diagonal que atravesaba la habitación. Léane habría preferido una tormenta, un cielo negro o nieve. ¿Cómo podía salir el sol cuando su hija estaba muerta? ¿Cómo podía la gente reír, hacerse regalos dentro de unas horas, mientras ella estaría frente al vacío, en ese agujero donde ya no brillaba nada? Aquel era el precio de la verdad. Saberlo era dejar de morir lentamente, pero te ponía frente al asqueroso espejo de tu propia existencia, como con Barbara.

Léane no conseguía entenderlo.

—Y… ¿Y Andy Jeanson qué pinta en todo esto?

Vic se adelantó:

—Tenemos relación con el equipo que se encarga de ese caso. Yo mismo estoy bien informado al respecto…

Prefirió no hablar de su relación con el asesino, ni revelar que había sido él quien había contado los cabellos, ni mencionar el enigma que Jeanson le había planteado. Excepto por un puñado de investigadores, nadie estaba al tanto de aquello.

—Sin embargo, es evidente que Jeanson mintió respecto a su hija: ella nunca formó parte de sus víctimas. Por mucho que diga que sí, jamás podrá revelar la ubicación del lugar donde la enterró, ya que

dicho lugar no existe. Debemos entender por qué mintió y se atribuyó ese asesinato. Es un dato importante que no debemos pasar por alto. En cualquier caso, aunque los dos casos parecen, y digo parecen, independientes, tenemos a una parte de nuestro equipo investigando el pasado de ambos hombres, para comprobar si existe alguna conexión entre ellos. No queremos pasar nada por alto.

Vadim tomó el testigo:

—Jeanson tiene el perfil de un narcisista que se jacta de sus hazañas desde el principio. Quizá asumir el crimen de su hija solo haya halagado su ego y, al mismo tiempo, lo haya sumergido en un nuevo problema de lógica insoluble: ¿quién tuvo la audacia de enviar el mechón de pelo haciéndose pasar por él?

—¿Quién envió el mechón?

—No lo sabemos, pero es una pista importante que seguiremos. Fue alguien que estaba al tanto del *modus operandi* de Jeanson, eso está claro. A pesar de que en su momento se filtraron algunos detalles, la historia de los quinientos doce cabellos no se había hecho pública. El remitente podría ser una persona que, en algún momento, tuvo acceso a la información y decidió hacerle daño.

Léane se aferró a la imagen de su hija, a su sonrisa, a esa última foto que Sarah había enviado antes de ser secuestrada, para no estallar, para no admitir que probablemente tenía retenido al hombre que buscaban en el fondo de una habitación lúgubre. El otro policía tomó la palabra y la sacó de ese silencio mortal:

—Por su parte, el equipo de Lyon se ha puesto manos a la obra. Esperamos poder interrogar a Jeanson en unos días.

Hubo otro largo silencio, en el que cada uno meditaba sobre la situación a su manera. Vic pensaba en el Viajero, en su mentira, en la partida de ajedrez, en la Inmortal. ¿Le permitiría aquella nueva información desentrañar el misterio y entrar en la mente de ese enfermo?

Léane mantenía la vista clavada en el suelo, dos piedrecitas húmedas e inmóviles, mientras Jullian les ofrecía, en voz baja, como si velara a un muerto, un café solo cargado, que los policías aceptaron.

Vadim volvió a hablar entre dos tragos:

—Sabemos lo enormemente difícil que es esto, pero al menos podrán, ya saben…, podrán iniciar el proceso de duelo.

Léane negó con la cabeza.

—No viviremos un duelo hasta que no se haya detenido a todos los culpables, hasta que se haya vengado a mi hija.

El teniente asintió, pues entendía lo que quería decir. Colin, por su parte, ya no estaba con ellos, demasiado sumido en sus pensamientos. De repente, sacó su libreta, recorrió las páginas y miró a los dos compañeros de Grenoble.

—Mencionaron algo de un suceso inesperado y desconocido que lo habría desencadenado todo, el lunes pasado. ¿Podrían ser más precisos?

Vic colocó la taza sobre el platillo. Le echó un vistazo a su compañero por el rabillo de ojo y consideró que podía soltar un poco el lastre.

—Cómo decirlo… El asesino recibió una orden del famoso Moriarty, una orden por teléfono que parecía urgente. Esa orden provocó la muerte de Sarah y el transporte de su cuerpo en coche. El coche del presunto asesino fue robado mientras echaba gasolina y, tras una persecución, acabó en manos de la Policía. Así fue como dio comienzo nuestra investigación.

Colin asintió con la cabeza.

—En ese caso, tenemos un punto en común. El día siguiente, martes, alguien le dio una violenta paliza a Jullian en el dique, se coló en su casa y borró toda investigación sobre la desaparición de Sarah. Puede que fuera el martes o incluso el propio lunes, pues encerraron a Jullian en el maletero de su coche, aún no sabemos dónde. Vengan a echar un vistazo…

Los guio hacia el garaje, abrió el maletero y señaló el compartimento de la rueda de repuesto, bajo la alfombrilla.

—Jullian escondió aquí un gorro que se parecía muchísimo al que llevaba su hija el día del secuestro, y aquí… —señaló la inscripción bajo la tela— escribió VIVA con su propia sangre. Y ahora estamos seguros de que Sarah estaba viva en ese momento. Cuatro años después de la desaparición, cuando todo el mundo creía que estaba

muerta… esa palabra decía la verdad.

Giró la cabeza hacia Jullian.

—Tú decías la verdad. ¿Y si fueras tú el famoso desencadenante?

Capítulo 47

La pregunta los dejó a todos mudos, a Vic el primero. ¿Sería Jullian el enlace entre ambos casos? ¿Él, un hombre sin memoria? ¿Había sido él quien desencadenó el intercambio de SMS entre Moriarty y el Doctor Watson y todo lo que sucedió a continuación?

Jullian, situado delante de él, se pasó la mano por la cabeza. Si hubiera podido arrancarse el pelo, lo habría hecho.

—Me siento impotente y prisionero de mi memoria, tengo los pies y las muñecas atadas. Quiero ayudaros, pero no puedo. Algunos recuerdos regresan, pero me temo que no son los que necesitamos. Me acuerdo de una maldita tortuga que nada, pero no sé dónde encontré el gorro ni por qué me rompí las uñas escribiendo eso. Lo siento muchísimo.

Vic empatizó con su desasosiego, sobre todo teniendo en cuenta que él era hipermnésico. Pero una cosa estaba clara: prefería tener demasiados recuerdos a no tener ninguno. Sin ellos, el pasado no existía y, sin pasado, la existencia en sí misma se reducía a un eco lejano.

Vadim se dirigió a Léane:

—¿El gorro del que hablamos se parece al de su hija o es el de su hija?

Léane respondió sin el menor rastro de duda:

—Es el suyo. Estoy convencida de que es el suyo, a pesar de que se encontró un pelo negro que no le pertenece a Sarah. Pudo habérselo puesto otra persona. El gorro lo tejió su abuela, no existe otro igual. Estoy segurísima.

Vadim asintió y se giró hacia Jullian.

—En ese caso, no sería tan descabellado pensar que vio a su hija con vida, que, después de todos estos años, ha sido usted más hábil

que nosotros y la encontró por sus propios medios, que, de una forma u otra, alguien le atrapó, lo agredió con violencia, lo encerró en el maletero de su propio coche y lo trajo hasta aquí. ¿Por qué su agresor haría algo tan complejo y arriesgado? No tengo ni la menor idea. Quiero decir, habría sido más fácil asesinarle y hacerle desaparecer de la faz de la tierra. Pero no lo hizo… No, quería que siguiera viviendo… En todo caso, la sugerencia del teniente Bercheron no es para nada absurda: es posible que haya encendido una mecha que desencadenó todo lo demás, y que hizo que hoy estemos aquí con ustedes.

Léane hundió el rostro entre las manos, silenciosa. Jullian había empezado a dar vueltas, la cabeza gacha.

—La había encontrado… Había conseguido encontrar a mi hija…

Vadim asintió.

—Por eso es tan importante pensar con claridad e intentar entender el proceso que le llevó a actuar de cierta forma. Es de vital importancia. Si no tiene ningún recuerdo de haber viajado a la montaña…, ¿quizá haya conservado algún tique de peaje o de una gasolinera de autopista, que date del fin de semana pasado? ¿O alguna prueba material de que viajó hasta Drôme, en una fecha y una hora concretas, entre el viernes y el lunes, por ejemplo?

Drôme…, el lugar donde Giordano había encontrado el gorro. Léane se sintió como si le acabaran de dar un puñetazo. Tragó saliva y, tratando de mantener la calma, preguntó:

—¿El departamento de Drôme? ¿En qué zona?

Vadim intercambió una mirada con Vic, pues no quería irse de la lengua, pero su compañero asintió: les vendría bien soltar un poco el lastre, quizá así obtuviesen información a cambio.

—En Vercors, del lado de las altas mesetas. ¿Por qué? ¿Le dice algo?

—No, no tenemos ningún vínculo especial con esa región. Y no encontramos ningún papel en el coche.

Colin aportó su granito de arena:

—Y no hay nada destacable en sus cuentas bancarias. Ya las he examinado meticulosamente. Si se desplazó hasta allí, lo tuvo que pagar todo en efectivo.

Léane no quería perder la oportunidad; tenía que saber más, presionar a los policías para que contaran más.

—Hablamos de mi marido y de mi hija. Ustedes saben cosas. Saben lo que ocurrió, saben lo que hacía Sarah allí, en Vercors. Mi marido luchó durante cuatro años contra viento y marea; recolectó un montón de pistas que nos han quitado. Alguien vino aquí y borró todos los rastros de Sarah, pero estoy convencida de que podemos ayudarles. La memoria de Jullian regresa con los objetos, las fotos… Enséñennos cosas, cuéntennos todo lo que puedan. Por favor, háganlo. Quizá así consiga recordar. No podemos ir cada uno por nuestro lado sin haber hecho todo lo que podíamos. Mi hija estuvo viva durante cuatro años mientras yo la daba por muerta. Tenemos derecho a saber más.

Ambos policías parecían incómodos, incluso avergonzados, y Vadim terminó sacando su teléfono móvil.

—Muy bien. Por desgracia, no puedo contarles más acerca de la investigación, espero que lo entiendan. Pero le puedo enseñar el entorno en el que creemos que pudo haber encontrado ese gorro y ver a su hija. No nos pregunten más, ¿vale?

Jullian se acercó a la pantalla y Léane se pegó a él. Vadim abrió las últimas fotografías, las que sacó en el exterior y el interior del chalé de Alexandre Mattioli. Las fue pasando con un movimiento del dedo. Fachada, jardín, alrededores, interior. Las habitaciones, el sótano. Jullian negó con la cabeza.

—Nada… No se me viene nada a la mente. Lo siento.

Léane apretó los labios sin añadir nada más. ¿Dónde se situaba ese chalé? ¿Giordano había encontrado el gorro de Sarah cerca de esa vivienda? ¿Realmente había un sendero que pasara por allí, o Giordano se había acercado a ese lugar a sabiendas? ¿Se había cruzado con Sarah?

Vadim seleccionó una última fotografía que a Léane le desgarró el corazón. Se trataba de un grabado de un pez con una larga aleta caudal.

Era el mismo diseño que el tatuaje que había visto en el hombro de Giordano.

Jullian parecía disgustado.

—No, no veo nada. ¿Qué se supone que es eso que hay grabado en la madera?

—No lo sabemos. Quizá sea una firma dejada por el asesino de su hija, o por Moriarty. O también puede ser que no tenga nada que ver con la investigación. No se sabe.

En esa ocasión, Léane tenía la prueba irrefutable de que Grégory Giordano estaba implicado. Tenía a ese cabrón, al igual que Jullian debió de tenerlo y logró hacer que le contara toda la verdad. Sin duda, fueron las confesiones arrancadas del policía las que orientaron a su marido hacia ese rincón perdido de Drôme.

Y, tal y como dijo Colin, todo lo demás fue resultado de aquello.

Sarah estaba muerta, pero reclamaba justicia. Léane se juró a sí misma que descubriría lo que sucedió durante cada hora de aquellos interminables cuatro años. Giordano era responsable y pagaría por ello. Aquellos policías se equivocaban al pensar que solo había dos hombres implicados. Estaban Watson, Moriarty… y Giordano, como mínimo. Pero Léane estaba amordazada.

—¿Me podría pasar esas fotos? Podría ayudarle a recordar.

Los policías aceptaron y conectaron el teléfono de Vadim con el de Léane por Bluetooth. Luego regresaron al salón y Léane ya no se sentía ella misma cuando, junto a Jullian, acompañó a los policías hasta la puerta.

Vic les entregó una tarjeta de visita a cada uno:

—Llámenme para lo que necesiten, sin importar el motivo o el momento. Un recuerdo, una imagen, un sonido…, todo puede ser útil. —Se dirigió sobre todo a Jullian—. Debemos entender cómo llegó hasta su hija…

—Cuenten conmigo. Con nosotros.

—Los mantendremos informados de los avances de la investigación, y nos mantendremos en contacto con el teniente Bercheron. Nos interesa colaborar con él. Una vez más, estén seguros de que haremos todos lo posible para castigar a los responsables de todo esto; a todos los responsables.

Su sinceridad era casi palpable. Cuando le fue a estrechar la mano a Léane, Vic la miró a los ojos con intensidad:

—Los días como este no deberían existir. Ningún padre debería

vivir sin sus hijos.

Y salieron de la casa. Cuando Vic cerró la puerta trasera del coche de Colin, se hundió en el asiento y se apoyó la palma de la mano en la frente; los ojos cerrados para no seguir viendo los horrores de este mundo.

—Siento pena por ellos.

Del otro lado de la pared, Jullian había abrazado a su mujer durante largo rato, ambos de pie en medio del salón, como dos amantes fosilizados por una violenta erupción. Léane murmuró contra su hombro:

—La habías encontrado… Ay, habías encontrado a nuestra hija, Jullian. Lo habías conseguido, tú solo. Y estaba viva…, viva…

Un largo silenció se instaló entre ellos.

—Estoy tan enfadada conmigo misma. Debería haber confiado en ti, estar de tu lado durante todos estos años. Pero no me lo creía…

Le habría gustado llorar aún más, pero sentía el peso de una piedra que se posaba sobre su corazón, esa materia fría que impedía que su dolor aflorara. Se separó de su marido para clavar la mirada en él. Eran dos, unidos por lo peor, aislados en medio de aquellas dunas, entregados a su desgracia. Eran dos hasta el final de su historia, hasta el fin del mundo.

—Esos policías están pasando por alto lo esencial, pero no podía decirles nada.

—¿A qué te refieres?

—¿Y si te dijera que tenemos a uno de los culpables y que tenemos la posibilidad de saber lo que pasó?

Jullian frunció el ceño.

—¿Qué dices?

—Ha llegado el momento de que te enseñe lo que hiciste.

Capítulo 48

Las siete de la tarde. Dos corazones latiendo dentro del habitáculo de un coche minúsculo, estacionado en un aparcamiento donde yacían unos remolques para barcos con los neumáticos deshinchados, donde el olor a óxido y abandono se mezclaba con el de la espuma del mar. A la derecha, a lo largo del lejano dique, un puñado de luces dispersas, como estrellas en la noche. Gente que había venido a celebrar la Nochebuena en la costa, intercambiando regalos y riendo. A la izquierda, nada: la oscuridad, la bahía de Slack, la arena húmeda, la vegetación desordenada. Justo en frente se hallaba el fuerte maldito, acariciado por las últimas olas y escondido en la oscuridad; ese busto siniestro de muros helados que Léane y Jullian divisaban a través del parabrisas.

Jullian le devolvió su móvil.

—Mi padre sigue sin responder. Ninguna novedad. ¿Dónde coño se ha metido?

Léane no lo escuchaba. Ella pensaba que Sarah se había ido muy lejos, en un viaje sin retorno. Quizá en ese preciso momento volaba sobre el mar, con el rostro al viento, libre, finalmente liberada de la violencia de aquellos hombres. Cuatro años de oscuridad, de lo inimaginable, en algún lugar. ¿Dónde, cuándo, cómo? El no saber era insoportable, pero saber también.

El estallido repentino de su voz cortante:

—La marea ha bajado. Vamos.

Le cogió la mano a Jullian.

—Por todo lo que va a suceder ahí dentro, te quiero conmigo. Tienes que volver a ser el que eras. No olvides que fuiste tú, Jullian. Fuiste tú quien hizo esto. Yo solo… alimenté esa cosa.

—¿Alimentaste esa cosa?

—Debes ser fuerte, firme e inflexible. Si entras en ese fuerte conmigo, ya no podrás dar marcha atrás. ¿Puedo contar contigo?

—Puedes contar conmigo, pero… me estás asustando.

Salieron del vehículo. Y, cuando se adentraron en la lengua bordeada de rocas, cruzaron el umbral de la puerta y descendieron a la garganta infestada con fotos de Sarah —y a ese frío, esa agresión constante sobre la piel, que calaba hasta los huesos—. Léane aún no le había revelado por qué estaban allí, en busca del famoso *electroshock* que le devolvería la memoria de golpe.

Grégory Giordano tenía los ojos clavados en su dirección cuando entró en primer lugar. Un poco más corroído por la humedad, mostrando ese enorme pie ahora casi negro. Léane quiso captar su mirada antes del impacto de la sorpresa, cruel y vengativa, así que se apartó y dejó que Jullian entrara en ese ruedo que él mismo había creado.

El estupor paralizó los rostros. Jullian permanecía inmóvil, como alcanzado por el rayo de su descubrimiento, mientras Giordano recogía las piernas hacia sí, el pie pesado, como un niño asustado; el párpado derecho, más hinchado que nunca, parpadeaba por reflejo. Léane cogió la foto de Sarah y se la puso en las manos a Jullian para que la apretara, la sintiera, y extrajera de ella el brillo de su pasado y la energía para recordar.

—«Dame la fuerza para no olvidar jamás lo que hizo». Mira, es tu letra. Este monstruo se llama Grégory Giordano. Tú lo encerraste aquí. Fuiste tú quien lo agredió hasta hacerlo sangrar para que hablara. Fue él quien encontró el gorro de Sarah cerca del chalé que vimos en la foto. Tú pegaste todas estas fotos de nuestra hija por la escalera para que te diera la valentía que necesitabas. Recuérdalo, Jullian. Recuérdalo, no me dejes decidir sola. Ayúdame.

Jullian tocó la fotografía y deslizó el índice por el rostro de su hija. Después desvió la mirada hacia el prisionero, hacia el montón de comida, hacia el mecanismo de madera que había confeccionado. Luego regresó hacia Giordano, bestia acosada, acorralada, que los observaba sin decir ni una palabra.

—Yo… Yo estaba… en su casa…

Léane asintió con entusiasmo.

—Sí, sí, fue allí donde lo secuestraste. Tenías tus motivos. Sabías que era culpable de algo que implicaba a Sarah. Seguía viva hace una semana, y este… cabrón lo sabía. Y ahora está muerta. Está muerta por su culpa.

Jullian aplastó las manos abiertas sobre las sienes, apretando con todas sus fuerzas.

—No… No sé nada más. No consigo acordarme. No me acuerdo de nada de esto, ni del fuerte ni de este hombre… Y si… ¿Y si no hizo nada? ¿Y si es inocente?

Léane se abalanzó hacia el prisionero y tiró de su jersey con un golpe seco, hasta revelar el tatuaje en su hombro derecho.

—¿Reconoces esto?

Jullian asintió.

—La fotografía del grabado…

—Un grabado encontrado en el lugar donde nuestra hija fue asesinada. No es inocente. Está implicado, y la Policía no tiene ni la más mínima idea de su existencia. Sarah está muerta por su culpa. La podríamos haber vuelto a ver con vida.

Giordano la empujó con violencia; el rostro, gris como la piedra. La defensa mediante el ataque, como una rata atrapada en una trampa, como un animal que siente que va a morir en su madriguera. Léane sacó el arma del bolsillo y la apuntó hacia él con una mano, mientras que con la otra le mostraba la foto del xifóforo grabado en la madera del chalé.

—Mi hija está muerta por tu culpa. Te doy diez segundos para que te expliques.

Cuando vio la foto, pareció sufrir espasmos.

—No, no, no. No he hecho nada, te juro que…

Léane le pegó el cañón de la pistola contra el cráneo. Giordano se desplomó de lado, gritando. Le sangraba la muñeca derecha por haber tirado tanto de la esposa. Jullian se precipitó hacia Léane para alejarla de él.

—¡Para! ¡Lo vas a matar!

Léane estaba rígida como un trozo de madera. Jullian la miró a los ojos.

—Tenemos que pensar, no podemos…

—¿No podemos qué? Joder, Jullian, reacciona y no me hagas arrepentirme por haberte traído aquí. ¡No fui yo quien lo dejó en este estado!

Arrancó la foto de las manos de su marido y leyó la frase en voz alta, como un mantra, tal como Jullian debió haber hecho mientras le aplastaba uno a uno los huesos del pie. Se acercó de nuevo a Giordano.

—Volveré a empezar una y otra vez hasta que hables. Y si no dices nada me encargaré de tu hija, Roxanne. ¿Te crees que no sé que has estado en la cárcel por violación y tortura a pobres niñas explotadas? ¿Te crees que no sé que eres un pervertido asqueroso y que te gusta infligir dolor?

Giordano miró a Jullian.

—No dejes que lo haga.

Léane le tapó el campo de visión al acercarse aún más a él.

—¿Pretendes hacer de tu verdugo un aliado porque está amnésico? No pierdes el tiempo…

Se acuclilló.

—Te gusta el dolor, ¿eh? ¿Es eso? Bueno, pues no te preocupes, porque dolor vas a sentir. Te juro que llegaremos hasta el final. Ya no podemos dar marcha atrás, ni tú, ni nosotros. Estamos todos en el mismo barco. Sálvate el pellejo mientras puedas y cuéntame todo lo que sabes.

Giordano se enderezó lo mejor que pudo para atenuar el dolor lacerante que se propagaba por su hombro.

—Vas a… a matarme de todas formas. Jamás me… dejarás salir de aquí…, no después de lo que me habéis hecho pasar.

Señaló a Jullian con la barbilla.

—¿Por eso ha vuelto, aunque tenga la memoria hecha papilla? Te creíste que te haría el trabajo sucio…, el que no eres capaz de hacer tú sola, ¿no? Pero no puede… Vas a tener que apañártelas.

De repente, Jullian se acercó a él y le aplastó el pie herido con todo el peso de su cuerpo, hasta que los huesos crujieron. Sus ojos se veían vacíos. Giordano estaba al borde del desvanecimiento. Léane miró a su marido, estupefacta, pero Jullian no soltó ni una palabra. Como un autómata, observó al hombre desmayarse y volver

en sí, con la cabeza pesada, los ojos rodando como canicas. El prisionero tenía espuma en los labios.

Esa vez fue Léane quien estuvo a punto de detenerlo, pero se contuvo. ¿Empezaba a recordar? ¿O era solo el instinto tomando el control de nuevo? Entonces Jullian retrocedió bruscamente, impactado por lo que acababa de hacer.

Tenían que pensar en Sarah, solo en ella. Viva. Muerta. Cuatro años de calvario. Su cadáver encerrado en un maletero, como un trozo de carne. Su hija. No, Jullian tenía razón: la piedad no existía para ese tipo. Ajustar el cañón del arma, apuntar de nuevo, sin ceder. Tan solo era un mal momento que debían pasar, tanto él como ellos. Nada más. Un trámite inevitable, como una cita en el dentista para sacarse una muela. Debían llegar hasta el final, ahí, en la locura del instante, en la fiebre de las emociones. Sarah, muerta.

Giordano debió de ver, en el destello de sus ojos o en el temblor de sus dedos, que iba a dispararle una bala, quizá en el hombro, en el brazo, en la clavícula. Le iba a explotar un hueso, después otro, seguido de otro más. Sin embargo, en vez de desmoronarse, consiguió esbozar una sonrisa. Fue un movimiento de labios que hizo que Léane se estremeciera.

—No… hablaré… jamás… Idos… a… tomar… por culo…

Disparó, pero algo en ella le ordenó desviar el brazo justo antes de apretar el gatillo. La bala se incrustó en la pared, a cincuenta centímetros de su blanco. No pudo, no se atrevió. Sus límites eran demasiado fuertes, no tenía la fuerza ni el valor de Judith Moderoi. Entonces se desplomó de rodillas frente a él, lo sujetó por el cuello del jersey, lo sacudió y le suplicó: «¡Habla, habla, cabrón!», pero era como agitar un cuerpo muerto, un molusco. Ya no se resistía, solo se dejaba hacer, dispuesto a sufrir más, seguramente porque el dolor no podía ser peor de lo que ya estaba soportando.

Sí, estaba dispuesto a partir con sus secretos. Había abandonado el combate.

Léane se enderezó, sin saber qué más hacer. Jullian se mantenía al margen, indeciso. En ese momento, comprendió que aún no recordaba nada, que había actuado por puro instinto. Imaginaba el caos en su cabeza, las preguntas entremezclándose las unas con las

otras. Tal vez no debería haberlo traído, tal vez debería haberse guardado el infierno solo para ella, pero ya era demasiado tarde. Él lo sabía, él lo sabría. De cualquier forma, ya lo había sabido.

Lo miró, disgustada, y tiró de él para que la siguiera. Huyeron mientras Giordano se desmayaba en su prisión.

Capítulo 49

Pasada la medianoche, Vic se encontraba estacionado junto a una acera, con las luces apagadas y la mirada clavada en una casa de ladrillos decorativos amarillos y grises, con un bonito arco de piedra, iluminada con buen gusto, de la que colgaba una guirnalda. Veinte años de su vida en esa casa: veinte años de hipoteca, de recuerdos, de cumpleaños, de Navidades. Para la gente del barrio, era una noche perfecta para celebrar Nochebuena, con los copos de nieve acariciando los hombros, los sombreros, las bufandas, los muñecos de nieve, y esos garajes que se abrían, en secreto, por los que se colaban los Papá Noel disfrazados —a menudo miembros de la familia— con el saco cargado de regalos a la espalda.

Inspiró hondo, salió del coche y, con un paquete entre las manos, fue a llamar al timbre, como un completo desconocido. El coche de sus suegros estaba aparcado en la entrada. Oía la música y el tintinear de los cubiertos contra los platos. Tuvo que insistir varias veces antes de que Nathalie apareciera. En un segundo, su rostro cambió de expresión: su sonrisa dio paso a una línea fina y recta. Se dio la vuelta, como para asegurarse de que sus padres no estuvieran cerca, y entreabrió la puerta.

—Joder, es casi la una de la madrugada, Vic. ¿Qué haces aquí?

—Quiero ver a Coralie.

Lo analizó de arriba abajo para ver si había bebido, si estaba bien a esas horas, y echó un vistazo por encima de su hombro, hacia la chatarra que consideraba su coche.

—Ni de coña. No pintas nada aquí. Han venido mis padres. Se va a liar si mi padre te ve.

Vic empujó la puerta.

—No lo entiendes. Necesito verla. Solo serán dos minutos. Dos

minutos aquí, en el rellano, y me marcho. Te lo prometo.

Nathalie dudó, miró el paquete y luego alzó la vista hacia sus ojos. ¿Estaba cansada o había llorado? Asintió con la cabeza de forma casi imperceptible.

—Voy a avisarla.

Cerró la puerta. Cinco minutos más tarde, Coralie apareció en el marco de la puerta. A Vic le pareció que estaba preciosa. Se veía toda una mujer con su vestido de lentejuelas, con el moño y ese largo y gracioso cuello de cisne. Tragó saliva y, sin darle más vueltas, la abrazó. Pensó en la suerte que tenían de estar vivos. No, nunca le había dicho a su hija cuánto la quería y no podía hacerlo, ni siquiera en aquel día tan especial. Le resultaba demasiado difícil, aún más que anunciar la muerte de la joven Sarah a sus padres, pues las palabras le desgarraban la garganta como un alambre de púas. Así que apretó más su abrazo, su único modo de expresarse.

—¡Papá! Me… ¡Me haces daño!

—Ay, perdón.

Se alejó, abochornado, y se secó los ojos con la manga del abrigo, ante su hija estupefacta.

—Ni siquiera sirvo para esto.

Coralie esbozó una sonrisa y le cogió el regalo de las manos, que él le tendió con timidez. Siempre había sido Nathalie quien se ocupaba de los regalos y todo lo demás.

—Gracias, papi, qué majo. Me alegro de que hayas venido.

Le dio un beso en la mejilla. Vic le devolvió la sonrisa, le acercó la mano al rostro, la desvió y la deslizó por su largo cabello.

—Feliz Navidad, mi niña.

No podía pedir más. Corrió hasta su coche sin mirar atrás. No tenía ni la fuerza ni el valor. Contuvo las lágrimas todo lo que pudo, pero, dos calles más allá, empezó a llorar como una Magdalena. Ya no sabía si debía estar triste o feliz por seguir teniendo a su hija, no como los Morgan, privados de su única hija; los Morgan, a los que había abandonado junto a su destino atroz, sus remordimientos y sus preguntas sin respuesta en aquella gran casa aislada.

Cuando se aseguró de que las lágrimas ya se habían secado, regresó al hotel con varios expedientes bajo el brazo. Saludó a

Romuald con una mano, pues la otra la tenía ocupada con una botella de ginebra que compró por diez euros y sesenta céntimos en un restaurante de mala muerte a la salida de la estación de Grenoble y embaló de cualquier forma en una bolsa de papel.

—Feliz Navidad, Romuald.

—Feliz Navidad, señor.

—¿Qué tal está MammaM?

—Bien, señor.

—Gracias, buenas noches.

—Buenas noches, señor.

Esbozó una última sonrisa y se adentró en el pasillo vacío, tan vacío como el estacionamiento o las habitaciones vecinas, pues nadie dormía en un lugar así en Navidad. Quizá esa era la única ventaja: estaría en silencio, el hotel para él solo. Cerró la puerta con llave, apartó con una mano el desorden del suelo, colocó la copia del expediente de Colin Bercheron, la del expediente de Andy Jeanson, su botella de alcohol y el juego de ajedrez, y posicionó las piezas en sus casillas respectivas, listo para jugar por milésima vez la Inmortal de Kaspárov.

Se sentía más preparado que nunca para volver a enfrentarse al Viajero, pero esa vez contaba con un elemento fundamental: el asesino había mentido sobre Sarah Morgan. Se había atribuido el crimen, había anunciado que acabaría por confesar el lugar donde enterró el cuerpo, pero eso era imposible.

¿Por qué el Viajero había fingido matar a Sarah? Si no había sido él quien la tuvo secuestrada durante cuatro años, entonces… ¿quién lo había hecho? ¿Moriarty? ¿Por qué mantenerla con vida tanto tiempo?

Vic cogió un papel y se sentó sobre esa alfombra asquerosa color ala de paloma. En la hoja anotó la palabra que Jeanson le había dicho el día de su encuentro, «distracción», así como el número que había recuperado de un cuaderno en la basura de Delpierre, esa serie de cifras atrapada en lo profundo de su memoria: 27654.

Le dio un buen trago a la botella de ginebra, abrió el expediente y avanzó el peón blanco de la casilla e2 a la e3.

La partida había comenzado.

Capítulo 50

La noche actúa como una marea que sube y baja. Hay un momento en que el dolor parece retirarse y se vuelve tan lejano que apenas se percibe en las sombras. Pero, a medida que se acerca el despertar, la marea sube de nuevo. Las olas crecen, cada vez más fuertes y violentas, hasta romper contra un rincón del alma. El dolor despierta más intenso que antes, como sal vertida sobre una herida.

En aquel día de Navidad, Léane estaba acurrucada en la cama, inmóvil, con la foto de su hija en la mano. Las mismas imágenes se repetían en bucle en su cabeza. Pensaba en Sarah muerta y en su cadáver hallado en un maletero. Por extraño que pudiera parecer, también veía un coche fúnebre detenido en medio de las dunas de Dunkerque, con la luna brillando sobre la carrocería, bajo una lluvia de confeti.

Todo se había acabado: Léane no volvería a ver a Sarah nunca más, solo sobre una mesa de acero, cuando los policías lo decidieran. Por ahora no recuperaría el cuerpo de su hija, tenía que esperar a que la investigación terminara…, si es que terminaba algún día. Acariciaba el rostro sobre el papel satinado, con tanta insistencia que gastaba la foto, y sabía que repetiría aquel gesto cada mañana de todos los días que le quedaran por vivir…

Jullian apareció por la puerta del cuarto; ya pasaba del mediodía. Vestía unos vaqueros negros y un jersey de lana gris de cuello vuelto que nunca le había gustado, y que además le quedaba demasiado largo. Avanzó hacia ella, le cogió la fotografía de las manos y la miró.

—Era preciosa…

La colocó sobre la mesilla de noche y se sentó al lado de Léane. Le acarició la mejilla con el dorso de la mano.

—Fui a la dirección que me dijiste para buscar a mi padre, pero no me abrió la puerta. No parecía que su coche estuviera aparcado en la entrada. Quizá le dio por ahí y se volvió a su casa, pero ¿por qué ya no me coge las llamadas? Estoy preocupado, voy a avisar a la Policía para ver si podemos entrar en la vivienda que alquiló. Tiene que haber alguien de guardia, aunque sea Navidad.

Léane asintió sin abrir la boca. Jullian se levantó.

—Me he pasado toda la noche pensando en Sarah, en lo que nos contó la Policía y en Giordano. Tenemos que encontrar una solución y rápido. Me niego a que ese cabrón se salga con la suya y que nosotros paguemos el pato.

Aunque los recuerdos aún no habían regresado, su comportamiento hacia Giordano había cambiado por completo. Jullian era incapaz de explicarlo, pero sabía que ese hombre le había hecho daño a su hija. ¿Instinto, reminiscencia o intuición? Léane no habría sabido decirlo. Salió de la habitación sin mirar atrás. Dos minutos más tarde, Léane oyó cómo arrancaba el cuatro por cuatro. El ruido del motor se fue alejando poco a poco, hasta volverse imperceptible. Una solución. Solo había una solución posible. Léane lo sabía… Lo sabía desde el momento en que puso un pie en aquel fuerte. Giordano no había cedido ante Jullian antes de la agresión; era duro como una piedra, capaz de aguantar. Entonces, ¿qué debían hacer con él?

Léane no lograba imaginarse lo peor, no se sentía capaz. ¿Pero Jullian? ¿Había conservado, pese a todo, el fuego de su ira en lo más profundo de sí? ¿Estaba dispuesto a matarlo? Ahora bien, ¿acabar con Giordano no significaba correr el riesgo de no saber nunca la verdad?

Léane no quería rendirse. Seguiría luchando e investigando mientras sus fuerzas se lo permitieran. Salió de la cama, fue a buscar su ordenador portátil e insertó una memoria USB: la que contenía el informe psiquiátrico sobre Giordano. Tras ponerse las gafas de lectura, lo revisó por encima. Perversión… depredación… manipulación… sometimiento… palabras que se repetían a lo largo de las páginas. El informe de Bartholomeus era realmente demoledor. Rasgos de psicopatía… Giordano disfrutaba infligiendo

dolor. Pero también recibiéndolo, lo que no hizo más que reforzar sus convicciones: ese policía no hablaría.

No descubrió nada que el psiquiatra no le hubiera contado ya. Dejó el documento a un lado y buscó en internet «Torreón Negro» y «Mistik», sin la más mínima esperanza. La persona con la que Giordano había mantenido una relación parecía seguir trabajando en el establecimiento, ya que su nombre y una fotografía aparecían en una fiesta organizada recientemente. Pequeña, cabello rubio y casi rapado, piercing en el labio inferior y en las orejas, ojos de un azul abismal, cicatrices en los pómulos…, un rostro duro, cuadrado. Léane sintió escalofríos solo con enfrentar esa mirada.

En otro apartado de la web, aparecía un foro relacionado con el sadomasoquismo y las prácticas extremas. Pero, cada vez que Léane clicaba, se le denegaba el acceso: había que ser miembro del foro para leer los mensajes, y las solicitudes de inscripción debían ser aprobadas por un administrador.

Dejó de lado esa pista y tecleó «Charlotte Henry», el nombre real de Mistik. En esa ocasión, los resultados fueron más elocuentes, y aparecieron más fotografías de la mujer. Databan de los años 90. Según una corta biografía en Wikipedia, Charlotte Henry nació en Bélgica en el año 1968. Léane había creído que era más joven, pero ya tenía cuarenta y nueve años. No encontró nada sobre su vida privada: había formado parte de la corriente artística conocida como arte corporal desde 1987 hasta 1992. Esa corriente consistía en estudiar y superar los límites del potencial físico y mental a través de actuaciones a menudo extremas, donde el cuerpo del artista se convertía en una obra de arte por completo. Rechazo de las convenciones y de las restricciones, coqueteo con lo prohibido. Henry no se andaba con medias tintas. En varias ocasiones, la joven artista se había lacerado, flagelado, casi congelado una parte del cuerpo con bloques de hielo, dormido en camas de clavos o de esquirlas de cristal… ante un público cada vez más numeroso. La mujer cuestionaba el dolor. ¿Hasta dónde podía llegar un ser humano en el sufrimiento que se infligía? ¿Cuáles eran nuestros propios límites? Luego se volvió hacia el reflejo, hacia quien observaba: ¿hasta dónde era capaz de llegar el espectador con su

mirada?

¿Y con sus actos?

Una desquiciada.

Henry cada vez implicaba más al espectador, pidiéndole que le entregara la herramienta con la que se hacía daño a sí misma, y observaba, analizaba y tomaba nota del comportamiento del observador. ¿Se sentía avergonzado cuando le permitía hacerse daño? ¿Se sentía implicado? ¿Había algún placer oculto en causar daño? Con cada actuación, su cuerpo arrastraba el peso y las huellas de la experiencia anterior. Era su ofrenda al arte.

Léane navegaba de un enlace a otro, y tuvo que indagar a fondo para descubrir lo que apareció ante sus ojos: un artículo anónimo en un blog.

Yugoslavia, 1992. Charlotte Henry realiza una performance titulada *Item 48*. Durante cuatro horas, rodeada de cuarenta y ocho accesorios (cuerdas, pinzas, guirnaldas, objetos de placer o de destrucción), se queda en manos de los visitantes, y les deja hacer lo que quieran con su cuerpo vestido. Llevaba un vestido largo y unas botas negras con cordones.

Léane clicó en un enlace que había en el artículo y que la redirigió al vídeo de la actuación, grabada de principio a fin: cuatro horas de metraje con una calidad bastante mediocre, al parecer grabado con una antigua cámara de vídeo colocada en un trípode.

Al inicio, los visitantes consideran a Henry como una curiosidad más, la observan con dudas, sin atreverse a acercarse. Después de media hora —Léane pasaba a cámara rápida o se saltaba algunas secuencias—, alguien empieza a levantarle el brazo, otro la hace girar. Henry mantiene las posiciones en las que la colocan, lo que divierte cada vez más al público, que empieza a animarse a participar. Algunos chasquean los dedos frente a sus ojos o le soplan en la cara.

Al cabo de una hora, un hombre de mediana edad desliza la mano bajo su vestido mientras ella permanece inmóvil. En otro momento, una mujer corta uno de los tirantes de su vestido con unas tijeras que había sobre una mesa, colocadas ahí para tal fin.

Cuando llegan a la segunda hora, Henry ya está completamente

desnuda; sus bragas, abandonadas en el suelo. Algunos desvían la mirada, sin duda avergonzados de haberla mirado, aunque sea por unos segundos, pero la mayoría siguen observando, por curiosidad, o por voyerismo.

Henry termina atada con una guirnalda y un cable eléctrico; su cuerpo, cubierto de espinas de rosa. Incluso un individuo le apunta con el cañón de una pistola en la sien sin apretar el gatillo. ¿Hay balas en el cargador? ¿Está Henry dispuesta a morir ese día? Nada lo indica.

A Léane se le hizo un nudo en la garganta cuando, al final del vídeo, un hombre de unos cuarenta años cogió, de entre la multitud de objetos, un puño americano en forma de pez, con una larga aleta caudal curvada, capaz de desgarrar una mejilla; un xifóforo muy particular; un arma blanca destinada a herir, mutilar, matar; el tatuaje de Giordano.

Léane vio la grabación entera, al borde del asco. El hombre, un tipo bajito de gafas, rechoncho y con sombrero, presente desde el principio y que en varias ocasiones se acerca y toca a la artista, le corta ambos senos y traza dos arcos perfectos. Henry aprieta los labios hasta que se reducen a un hilo; las lágrimas se derraman de sus ojos y, aunque tiembla, resiste.

Al finalizar la performance, malherida, con sangre en los senos y el vientre, empieza a caminar entre los curiosos. Nadie se atreve a mirarla a los ojos. El hombre de las gafas desvía la mirada cuando ella se acerca a él, y se va.

Fin del vídeo.

Léane no se lo podía creer. Nunca había oído hablar de ese tipo de actuaciones ni visto unas monstruosidades similares, ni siquiera en las investigaciones para sus novelas. La experiencia había tenido poca difusión, y demostraba hasta qué punto cualquier individuo podía llegar caer en la perversión y la violencia, llevado por el impulso del deseo y con un permiso tácito. En cuatro horas le tocaron los genitales y la hirieron hasta sangrar. ¿Qué habría pasado si hubiera habido más tiempo? ¿O menos público?

Más allá de esa performance, no encontró más información sobre Charlotte Henry, como si la artista hubiera detenido de golpe sus

actividades, o se hubiera refugiado en la oscuridad. Pero una cosa estaba clara: esa mujer tenía algo que ver con todo aquel asunto. El objeto que la había mutilado, y cuyo motivo se encontraba tatuado en el hombro de Giordano y grabado en un sótano donde Sarah había sido retenida, era la clave. Ese puto pez era el vínculo.

Henry, alias Mistik, en la actualidad adepta del sufrimiento en un «torreón» lionés, sabía cosas. ¿Que Giordano no quería hablar? Muy bien, pues Mistik lo haría por él. Léane le clavaría la pistola en la sien, si era necesario.

Escuchó que el cuatro por cuatro regresaba y cerró el navegador. Luego bajó la pantalla del ordenador. No se lo contaría a Jullian, pues era consciente de que había cometido un error al enfrentarlo a Giordano, al querer forzar su memoria. Debería haber intentado protegerlo lo mejor posible y no exponerlo a toda aquella violencia insoportable.

Bajó hacia la entrada para darle la bienvenida a su marido.

—¿Y bien?

Jullian se quitó la bufanda y el abrigo y los colgó en el perchero.

—Pues no se sabe nada de él. La propietaria abrió la casa y estaba vacía. Por lo visto, mi padre cogió el abrigo y el móvil y se fue en coche. Pero sus cosas siguen aquí. La Policía va a investigar, a ver si se ha producido algún accidente de tráfico. Si mañana no tenemos noticias, abrirán una investigación por desaparición.

—Parece que la mala suerte sigue cebándose con nosotros.

Léane lo acogió entre sus brazos.

—Todo irá bien. Estoy seguro de que lo encontraremos y de que estará sano y salvo. Quizá necesitaba alejarse un tiempo…

Léane tenía los ojos abiertos como platos, pues no pensaba lo mismo.

Capítulo 51

Las inmortales eran las partidas de ajedrez más famosas jamás jugadas, también conocidas como «partidas del siglo», unas verdaderas obras de arte de reflexión y lógica que dejaban una huella para la eternidad, que nunca morían.

Garry Kaspárov tenía su propia partida inmortal, la Inmortal de Kaspárov, jugada contra el búlgaro Topalov en 1999, y considerada por algunos como uno de los duelos más bellos de todos los tiempos. Después del asombroso sacrificio de una torre en el vigésimo cuarto movimiento, el ruso desarrolló una combinación de quince jugadas que lo condujo a la victoria.

He ahí el enigma que Andy Jeanson le había legado a Vic, un año y medio antes, en una oficina de la brigada de investigación criminal de Lyon.

¿Desde qué ángulo debía abordar el rompecabezas de Jeanson? ¿Había que centrarse en la fecha de la partida? ¿En el lugar? ¿En el contexto? ¿En el número de jugadas? Cuarenta y cuatro, dos veces veintidós. Jeanson estaba obsesionado con el número 2. El 2 y sus múltiplos cubrían las paredes de su habitación. Quinientos doce, el número de cabellos, valía 2 multiplicado por sí mismo ocho veces seguidas… ¿Había que abordar el problema desde un punto de vista matemático?

¿O quizá la respuesta se encontraba en la partida en sí misma? Pero ¿la respuesta a qué pregunta? Tal vez tenía que mirar en otro lugar, fuera del marco, fuera del tablero, como parecía indicar la pista «distracción», ese término usado en el mundo de la magia y que le había mencionado Jeanson al final del interrogatorio.

En aquel entonces, Jeanson le había propuesto una partida de ajedrez dentro de la partida de ajedrez, un acertijo que nadie había

logrado resolver.

Aquel día de Navidad, Vic se había despertado con la sensación de haber engullido yeso. Los tragos de ginebra enseguida dominaron sus pensamientos nocturnos, y se había hundido en el sueño al cabo de media hora, ebrio, agotado, casi incapaz de subir los tres escalones que llevaban a su cama de colchón barato y lleno de ácaros, para despertar pasado el mediodía. Casi diez horas de sueño, como si hubiera recuperado todas las horas en vela en una sola noche.

Después de almorzar en el restaurante chino del centro comercial —abarrotado en ese día especial, aunque poco tuviera que ver con el pavo tradicional—, volvió a su habitación y, esa vez sobrio, empezó a leer el informe de Colin Bercheron. Describía unos hechos precisos: no faltaba detalle. El policía del norte no se había tomado el asunto a la ligera. Allanamiento dos meses atrás, sin señales de que se hubieran forzado puertas o ventanas, y robo de algunos objetos, entre ellos productos de baño y libros de Léane Morgan. Un sinsentido.

Luego…, justo hacía una semana, alguien, «el parásito», probablemente el ladrón que ya había entrado antes, se coló en casa de los Morgan durante la noche, activó la alarma y se hizo pasar por el marido ante un técnico de la agencia de vigilancia. Dejó sus huellas por todas partes —en la botella de whisky, en la nevera, en los muebles—, pero no estaba fichado por la Policía. Hizo desaparecer la documentación y todo lo relacionado con las investigaciones sobre Sarah Morgan. A las siete de la tarde de ese mismo día, Jullian Morgan fue encontrado inconsciente en el dique. Al parecer, fue golpeado y estrangulado, después de haber sido encerrado en el maletero de su propio coche y trasladado hasta allí para que, probablemente, alguien lo hallara. Fue llevado al hospital, donde despertó sin memoria.

Vic movió las piezas del tablero. Defensa Pirc: las negras dejan que las blancas construyan un fuerte de peones en el centro del tablero para luego poder atacarlos a distancia. Al cabo de cinco jugadas, volvió a centrar su atención en el expediente. El caso en la costa del Norte también tenía su buena dosis de misterios, sobre

todo cuando se sumaron los hallazgos en el maletero del cuatro por cuatro: VIVA, escrito con la sangre del marido, y, sobre todo, el gorro, descubierto bajo la alfombrilla. Vic tenía una imagen de dicho gorro delante de sus narices. Sacó una fotografía del expediente de Jeanson, la de Sarah Morgan la noche de su desaparición. No había duda, se trataba del mismo gorro.

Observó aquel rostro radiante con tristeza, aquella fotografía sacada en selfi, justo antes de que Sarah saliera a correr en invierno de 2014. Irradiaba luz sobre el papel brillante; una hermosa joven a la que le esperaba todo un futuro por delante. Él la había descubierto privada de sus ojos y su rostro, con el cráneo destrozado, en el fondo del maletero de Delpierre, cuatro años mayor. Cuatro años de su vida viviendo en el mismísimo infierno, para finalmente ser masacrada a golpes con un martillo en un sótano, en lo más profundo de Vercors.

Vic salió disparado hacia la ventana y la abrió de par en par, al borde de las náuseas.

Alguien tendría que pagar por ello. Era necesario.

Esperó hasta que se encontró un poco mejor y regresó al centro de la habitación, es decir, a solo dos pasos. Si Jeanson no había secuestrado a Sarah, ¿quién lo había hecho? ¿Por qué diablos el asesino en serie se había apropiado de la víctima de Félix Delpierre? ¿Por puro narcisismo? Vic cada vez lo dudaba más, pues tenía la sensación de que había una razón más profunda, más compleja. Si no, Jeanson no le habría dejado ese enigma para resolver.

El policía hojeó su propio expediente y luego sacó la imagen de la «cosa» de Delpierre, ese maniquí de piel en el que la pobre Sarah había contribuido con su rostro, sus ojos y sus manos. Colocó la fotografía entre la Sarah con el gorro y la Sarah muerta en el fondo del maletero. ¿Quiénes eran las otras víctimas que componían la «cosa»? ¿Dónde habían sido secuestradas? ¿Y qué pintaba Apolline en todo aquello? ¿Qué había hecho Delpierre con ella?

Siguió mirando la «cosa» un rato más. Luego, un detalle llamó su atención: Delpierre había asesinado en ocho ocasiones, si omitía a Apolline. Jeanson también había actuado en ocho ocasiones. Al atribuirse el asesinato de Sarah Morgan, el Viajero había llegado a

nueve.

Un asesinato más que Delpierre.

Dama en h6, alfil en b7. Vic envió a ambos ejércitos al frente del tablero, dos adversarios librando un combate intelectual de alto nivel; un duelo a muerte, a base de neuronas y adrenalina, por un objetivo que iba más allá del simple mundo del ajedrez. Una idea surgió de pronto: ¿y si existía una conexión entre los dos asesinos? ¿Y si, de una forma u otra, cada uno de ellos estaba al tanto de las actividades del otro? ¿Y si se hubieran enfrentado en una especie de competición, jugada tras jugada, como en el tablero? ¿Quién había enviado el mechón de cabello a los Morgan? ¿Delpierre o Jeanson?

Entonces Vic pensó en Moriarty, un grano de arena en su razonamiento. ¿Cómo podía encajar ese tercer hombre en el esquema que estaba imaginando? Por una fracción de segundo, se le ocurrió que Jeanson podía ser Moriarty, pero eso era imposible: le costaba imaginarlo con un teléfono en una prisión ultravigilada, enviando mensajes de texto a Delpierre o alquilando el chalé de La Chapelle-en-Vercors diez días antes.

Había algo que no cuadraba en su planteamiento. Tenía la sensación de estar completamente perdido, pero, al mismo tiempo, cerca de la verdad. Porque esa idea de una competición entre dos asesinos le encajaba.

Se concentró en el perfil de cada hombre, pues eran tan diferentes… Excepto por Apolline, Delpierre no parecía actuar en solitario, solo se trataba de un ejecutor que trabajaba para Moriarty y se encargaba de eliminar y deshacerse de los cuerpos. Era un enfermo que fantaseaba con los muertos. En cambio, Jeanson era un lobo solitario que se encargaba de secuestrar y enterrar a sus víctimas con sus propias manos.

Uno era reservado, silencioso, sedentario y se escondía en la sombra de las montañas. El otro era inteligente, charlatán, jugador, un obsesionado de los números, y estaba en constante movimiento con su autocaravana por las carreteras de Francia.

Ambos enterraban los cadáveres. Jeanson estrangulaba a sus víctimas o las golpeaba en la cabeza. En el caso de Delpierre, no se sabía con exactitud, ya que las víctimas que aparecían en las

grabaciones tenían la cabeza cubierta por una bolsa de plástico… Es cierto que Sarah Morgan había sido golpeada con un martillo, pero nada probaba que Delpierre hubiera procedido del mismo modo con las demás.

Manipuló las piezas de ajedrez, frenético, hasta llegar al movimiento más bello de la partida. Inesperado, demoledor. Había inclinado el duelo y provocado la caída del bando negro: el sacrificio de la torre blanca de Kaspárov en d6. Inolvidable.

Se quedó inmóvil ante esa posición, por enésima vez, y observó el tablero desde todos los ángulos. ¿Le habría ofrecido Jeanson aquel enigma solo por ese movimiento magistral? ¿Podía esconderse la clave detrás de ese desplazamiento de la pieza blanca? Evidentemente, Vic ya se había hecho esa pregunta durante horas, sin sacar nada en claro.

¿Existía la posibilidad de que los caminos de aquellos dos hombres se hubieran cruzado, que hubieran colaborado, que…?

Se puso de pie bruscamente y, una vez más, se reventó la cabeza contra la barra metálica de la cama. Se dobló por la mitad con las manos en la cabeza, jurando entre dientes. Maldecía aquella habitación, su situación, su miserable vida.

Calmó el dolor con un generoso trago de ginebra —la viva imagen de curar el mal con el mal— y se vio de nuevo a sí mismo hurgando en la basura de Delpierre. El papel de cartas, los sobres y el perfume femenino tirados entre los desperdicios… Entonces recordó dónde había visto el número 27654 anotado en la portada del cuaderno.

Era el número de registro de encarcelamiento de Andy Jeanson.

Los dos asesinos se comunicaban entre ellos.

Capítulo 52

—Vamos a tener que matarlo, Léane.

Las palabras habían surgido así, en mitad de la noche. Jullian se había incorporado en la oscuridad de la habitación, con las sábanas recogidas sobre las rodillas. Léane no dormía, tenía los ojos abiertos como platos y clavados en el techo.

—He perdido la memoria, pero eso no me hace menos culpable de mis actos: lo secuestré, encadené y golpeé. Tú me conoces, Léane. Dime… Dime con total sinceridad si crees que habría reaccionado de ese modo sin saber…, sin estar completamente seguro de que él tenía algo que ver con la desaparición de nuestra hija.

Léane se giró hacia su lado para enfrentarlo.

—Antes de la desaparición eras un hombre dulce, pero tenías tus convicciones. Eras un apasionado defensor de la colonia de focas de la bahía, y sabías cómo rebelarte con los pescadores sin recurrir a la violencia. Odiabas la violencia. Pero cambiaste cuando Sarah desapareció. Ya no dudabas en… tener gestos agresivos con la gente que se ponía en tu contra. Te… te hundiste, Jullian. En la ira, en el alcohol…

—Entonces, ¿crees que me equivoqué, que quizá me cegó… la ira?

—No. Es culpable, estoy segura. Y también sé que lo sabías.

Sintió la mano cálida de su marido sobre el hombro.

—¿Habrías estado a mi lado si también lo hubieras sabido? ¿Me habrías apoyado?

—Siempre te he apoyado. Todo lo que mis fuerzas me lo permitían.

Escuchó cómo el aire escapaba del pecho de Jullian, como un alivio.

—Tenemos que pensar qué hacer ahora… No podemos dejarlo

para siempre en el fuerte. Empieza a ser demasiado arriesgado. Alguien va a terminar viéndonos, alguien más curioso de lo normal podría llegar a entrar allí y encontrarse con Giordano…

Léane lo escuchó hablar. Su marido tenía la valentía de expresar con palabras lo que llevaba días pensando.

—La Policía terminará por toparse con el nombre de Giordano. Han estado aquí, en casa, y volverán. Colin Bercheron siempre está detrás de la puerta en cuanto la abrimos… Y además… Y además está el tema de mi padre, que se encuentra en paradero desconocido…

Un silencio. Una ausencia. La mano se apartó. Jullian no se movió durante una decena de segundos, antes de continuar la conversación:

—Mañana, la Policía empezará la búsqueda. Me lo dijeron. Habrá policías por todas partes. Giordano ya nos quitó a nuestra hija, me niego a que nos quite también nuestra libertad. No es inocente, y ya no dudamos. No necesito mi memoria después de haber visto su tatuaje: tenemos la prueba de que está implicado, de que le hizo daño a nuestra hija. ¿Acaso nos hace falta algo más?

—Prefiere mantener la boca cerrada a contarnos lo que hizo… Si fuera inocente, no… no reaccionaría así.

—Exacto. Si queremos tener la oportunidad de salir de esta, no tenemos otra elección. Cuanto más tardemos, más complicado será.

En la penumbra, Léane discernió cómo se miraba las manos abiertas.

—Siento que estoy preparado para hacerlo.

Léane se llevó las rodillas al pecho. Pensó en Mistik, en la película en la que la joven permitía que la mutilaran y en el informe de Bartholomeus. Cuando escribió *El manuscrito*, se había imaginado en el lugar de su protagonista, asesinando a Arpageon. Había visualizado cada etapa en su mente, había creído llegar a sentir lo que se podía sentir en ese tipo de situación: ahogarlo con un cojín, enrollar su cuerpo en una lona de plástico y luego deshacerse de él bajo tierra, en el bosque o en el fondo del mar. Pero aquello era diferente. A Giordano lo había mirado a los ojos. A pesar de lo que había hecho, seguía siendo un ser de carne y hueso, un ser humano.

—Pre-Prefiero que esperemos un poco más. Algunos días. Quizá tu memoria regrese, o quizá él decida hablar.

—Sabes de sobra que no lo hará. Y, aunque mis recuerdos regresen, ¿qué cambiaría? Huir de la fatalidad no sirve de nada.

—Por favor, esperemos un poco. Solo un día o dos. Mañana voy a hacer una escapada. Hay una última cosa que quiero comprobar.

—¿El qué?

—Te lo contaré si llega a buen puerto. No es nada seguro, pero sigue siendo una pista que no puedo ignorar. Quiero llegar hasta el final antes de… de tomar una decisión, la que sea.

—¿Por qué no me lo quieres decir? Podría ayudarte, podría…

—Lo único que podría ayudarme son tus recuerdos.

—Como quieras.

El silencio los envolvió, un silenció que hacía daño en los tímpanos más que calmar. Léane sentía el pulso en las sienes. Seguramente Jullian tuviera razón: era inútil tratar de retrasar el momento fatídico, había que tomar una decisión rápido. Giordano no se merecía ningún juicio. Por una fracción de segundo, lo vio libre y a su marido y a ella entre rejas. Cuanto más tardaran, más plausible se volvía aquel escenario.

Esa noche de Navidad se quedó así, dos horas, tres, con los ojos cerrados, incapaz de pensar, y mucho menos de dormir. Los rostros seguían desfilando por su mente. Su cerebro se desconectó varias veces, un sueño más poderoso que todo venía a atraparla, y luego desaparecía. Diversas imágenes danzaban bajo sus párpados: unas nubes de murmullos tenebrosos, unas bocas retorcidas en la arena de las dunas, unas uñas rotas sobre la chapa del coche.

Cuando una nueva ola la envolvió en su cascarón de calor, un ruido golpeó el pabellón de su oreja, subió por el canal auditivo y, tras ser analizado por la corteza cerebral, fue considerado como anormal, incluso peligroso.

Léane abrió los ojos de golpe. El radiodespertador marcaba las 3:22 h. Contuvo la respiración, mientras Jullian respiraba tranquilamente a su lado. ¿Lo había soñado? ¿Había sido el viento? No, estaba segura de haber oído el golpe de una puerta cerrarse en el exterior. Entonces recordó que no había vuelto a activar la alarma,

y dudó si la puerta principal estaba cerrada con llave.

Hubo otro ruido, pero esa vez no provenía del exterior de la casa.

Era un leve chasquido de herramientas en la planta baja.

Alguien había entrado en casa.

Capítulo 53

Léane sacudió a Jullian con fuerza y saltó de la cama. Fue corriendo hacia el vestidor y cogió la pistola, escondida entre su ropa. Su marido se despertó.

—¿Qué pas…?

Se acercó hacia él y, en dos movimientos rápidos, se puso el picardías.

—Shh… Creo que ha entrado alguien en casa. He oído un ruido.

Jullian se enderezó en la oscuridad. Vio el arma que sostenía, pero Léane seguía con el dedo delante de la boca. Los sonidos eran ínfimos, prácticamente imperceptibles; un chirrido lejano de una puerta, que habría pasado desapercibido por culpa de las borrascas. Jullian se puso los calzoncillos, tan ágil como un felino.

—¿Dónde está tu móvil? Tenemos que llamar a la Policía.

—Abajo…

Con pasos silenciosos como los de un gato, Léane echó un vistazo por la ventana. Al final del camino, una masa negra estaba estacionada junto a las dunas. Entrecerró los ojos, con la sensación de haber percibido un movimiento en el interior, como si alguien estuviera esperando al volante. Debería haber gritado, encendido las luces, amenazado con llamar a la Policía y haberse encerrado con Jullian, pero aquella arma que sostenía entre sus manos y, sobre todo, el deseo de entender, la tenían amordazada. Quizá había regresado el parásito, el ladrón, el agresor, o los tres juntos.

Se adentró en el pasillo. Después de haber enviado a Jullian al hospital y ante la ausencia de vehículos, quizá el parásito creía estar solo en la casa. ¿Volvería a beber su *whisky* y a comer de su nevera? Descalza, se deslizó como un espectro hasta las escaleras de hormigón, con la SIG Sauer apuntando al frente, y descendió por

ellas. Jullian la seguía, un peldaño más arriba, con una estatuilla de mármol rosa en la mano.

«Tintineos metálicos… Unas llaves entrechocándose», pensó Léane. Desde donde estaba, pudo ver un fino haz de luz reflejarse en un cristal, antes de desaparecer. Un nuevo chirrido de una puerta. Pegada a la pared, Léane se giró hacia su marido.

—Ha bajado al sótano.

Léane no cedió ante el miedo, no permitió que la debilitara. En cuanto oyó cómo se abría la puerta del garaje, bajó los escalones y surgió en la estancia donde solían descansar el cuatro por cuatro y su coche. Una silueta acababa de subir la puerta seccional justo cuando la apuntó con el arma y gritó:

—¡Si te mueves, disparo! ¡Te juro que acabaré contigo!

Después, todo ocurrió muy rápido: el intenso destello de los faros desde el exterior, el rugido de un motor, el coche desconocido que arrancó y se largó sin su cómplice. Jullian se abalanzó sobre la silueta petrificada, la tumbó en el suelo y le empezó a dar puñetazos hasta que le suplicó que parara, protegiéndose el rostro con las manos.

Léane tuvo que separar a su marido de su víctima. Jullian jadeaba; los ojos inyectados en sangre.

—¡Para! ¡Lo vas a matar!

Jullian terminó alejándose con las manos alzadas. Respiraba con pesadez. El intruso rodó sobre sí mismo, gruñendo, y se enderezó. Se arrastró hasta la pared de bloques de cemento. Sin dejar de amenazarlo con la pistola, Léane encendió la luz y cerró la puerta del garaje. Volvió hacia el desconocido y lo examinó detenidamente: un rostro plano como el de un mero, una nariz respingona que sangraba…, no debía de llegar a los veinte años; una cara desagradable que nunca había visto. Jullian volvió a la carga. Lo agarró por el cuello de su chaqueta bómber y lo empujó contra la pared.

—¿Fuiste tú? ¿Fuiste tú quien me dio una paliza y me envió al hospital, cabronazo? ¿Qué es lo que buscas?

El individuo abrió los ojos de par en par. Clavó la mirada en Jullian y luego en Léane, como si ni él mismo comprendiera lo que estaba

pasando.

—Pero… ¡Pero si fuiste tú, joder! ¡Fuiste tú quien me pidió que te pegara!

Capítulo 54

Léane sintió que recibía una hostia con la mano abierta en toda la cara. ¿Había escuchado bien? Sostuvo el brazo de su marido, que estaba a punto de atacar de nuevo, y rebuscó en la chaqueta del intruso.

—Mi marido sufre amnesia. Perdió la memoria por tu culpa. Explícanoslo todo, de principio a fin. Y te aconsejo que no nos mientras. Debes saber que estamos hasta los mismísimos.

Le quitó una navaja y encontró su billetera. Según su documento de identidad, se llamaba Andy Bastien, con domicilio en Abbeville, a cincuenta kilómetros de Berck. Vivía en un barrio al este de la ciudad, uno de los más conflictivos. También encontró un papel del tribunal: Bastien parecía estar en libertad vigilada. Además, un documento de identidad: el de Jullian. Se lo tendió a su marido.

Bastien señaló a Jullian con el dedo.

—Fue él… Fue él quien apareció delante de mi edificio el martes pasado por la mañana, un poco desaliñado, como si estuviera perdido. Éramos varios rondando… Nos preguntó si había alguno que quisiera ganar dinero fácil…

Se limpió la nariz con la manga de su cazadora bómber.

—Nos enseñó los billetes, y me eligió a mí porque era el único que tenía coche. Debía encontrarme con él en el extremo sur del dique de Berck, al pie del faro, a las seis de la tarde. Parecía un vagabundo, pero aun así me dio quinientos euros como adelanto… Y me dijo que me esperaban otros mil quinientos una vez hubiera hecho el trabajo…

Léane no podía creer lo que escuchaba. Eso eran dos mil euros, exactamente la suma que Jullian había sacado del cajero ese mismo día por la mañana. El tipo no mentía.

—Me presenté a la hora, aparqué en un lugar tranquilo y fui junto al faro. Lo vi llegar por el camino que lleva a la playa, con el teléfono en una mano. —Sorbió por la nariz—. ¡Dame un pañuelo, joder! ¿No ves que estoy sangrando?

Léane le lanzó un rollo de papel de cocina que estaba sobre el taller. El tipo se secó la nariz y se metió unos trozos dentro de las fosas nasales, con la cabeza echada hacia atrás.

—Luego nos dirigimos hacia el dique, hacia las focas. Estaba oscuro, no había ni un alma, y ese ambiente de mierda me daba una mala espina que te cagas. No paraba de hablarme de su hija, que tendría mi edad o algo así. Seguro que había bebido, pero aún se mantenía bien derecho…

Léane lo escuchaba sin moverse. No había duda: Bastien era el último que había visto a su marido antes de su amnesia; un hombre hundido y en mal estado, un fantasma que buscaba desesperadamente al culpable de la desaparición de su hija. El joven clavó la mirada en los ojos de Jullian.

—Nos paramos cerca de un banco y ahí, joder, primero me pediste que... que te estrangulara, que apretara fuerte, hasta que me dijeras que parara. Casi salgo por patas, pero me mostraste el fajo de billetes en tu bolsillo. Pensé que no solo estabas borracho, sino que también estabas completamente loco…

Su mirada regresó hacia Léane:

—Sí, lo hice. Me... me puse detrás de él y apreté con todas mis fuerzas, al menos veinte segundos. Cuando lo soltaba, me decía «otra vez».

Jullian negó con la cabeza; los labios apretados. Léane leyó la desesperación en sus ojos, imaginó sus demonios internos y esas decenas de preguntas que lo perseguían, como las que la perseguían a ella, como la que más la atormentaba: ¿por qué?

—Casi se le salían los ojos de las órbitas cuando paré. Yo... yo quería el dinero, y ya me parecía suficiente. Pero no había terminado. Había escondido un bate de béisbol detrás de un banco, me lo puso entre las manos y me pidió, casi incapaz de hablar, que lo golpeara justo aquí —se señaló una zona de la cabeza—, que le diera un golpe fuerte y seco, que lo derribara, que lo dejara fuera de

combate. Me dijo que luego solo tenía que coger el dinero de su bolsillo y largarme.

Se quitó los trozos de papel de la nariz y se metió otros limpios.

—Hice lo que me pedía… Claro que lo hice. Se cayó, tieso, cogí la pasta y… y, como también tenía el documento de identidad, me lo llevé… Ahí ponía su dirección…, así que me vine con un colega entre semana a echar un vistazo a su casa desde lejos. Consideré que podía merecer la pena visitar a… un tipo que andaba por ahí con dos mil euros encima. Cuando la vimos así, en medio de las dunas, vacía, sin luz… quedamos en que volveríamos para saquearla durante la noche de Navidad… Y aquí estoy. Joder, con lo que le hice, estaba seguro de que todavía seguiría en el hospital.

Léane intentaba procesar todas las revelaciones. Jullian la miraba horrorizado, como si él mismo no se creyera lo que les contaba. Agarró al joven por la cazadora, lo empujó hacia el maletero del cuatro por cuatro y lo abrió.

—Mi marido estuvo encerrado aquí dentro… ¿Cómo explicas eso? ¿Y cómo explicas el allanamiento de hace dos meses? ¿Y tus huellas por todas partes? Ya habías entrado en nuestra casa.

El chico agitó las manos.

—No, no. Te juro que no hice nada de eso. Lo que os acabo de contar es la pura realidad: es la primera vez que vengo a vuestra casa. Eso… Eso que dices del maletero no es cosa mía. No me jodas, ya tengo un control judicial por otro robo. No quiero acabar en la cárcel.

Por muy disparatado que sonara, Léane le creía. Aquel chaval tenía problemas con la justicia, estaba fichado y sus huellas dactilares clasificadas. Colin lo habría detectado si las huellas correspondieran con las del parásito. En toda aquella historia, todavía había nudos más oscuros, más complicados de lo que ella podía imaginar. Se dirigió hacia la puerta del garaje y la abrió. Jullian se precipitó hacia ella.

—¿Qué haces? ¿No irás a…?

Léane hizo un movimiento con la cabeza para decirle a Andy Bastien que se largara.

—Tengo tu documento de identidad. Si me entero de que te vas

de la lengua, se lo cuento todo a la Policía. Olvídanos y nosotros nos olvidaremos de ti.

Una vez fuera, el tipo echó a correr en dirección a las dunas. Léane volvió a cerrar el garaje y empezó a dar vueltas; los pies descalzos contra el suelo helado. Se tiró del pelo hacia atrás, insensible al frío.

—¿Qué está pasando? ¿Qué cojones está pasando? ¿Por qué hiciste algo como eso?

Subió al calor del salón, se sirvió un vaso de alcohol y vació el contenido de un trago.

—Lo tenías todo planeado. Fuiste tú quien lo borró todo. Tus búsquedas, el disco duro de tu ordenador, e incluso tu memoria… De verdad caminaste a lo largo del dique con la dichosa aplicación de salud… Tú… Tú escribiste el mensaje en el maletero con tu sangre, y no porque estuvieras encerrado, sino porque querías hacernos creer eso… Es como si hubieras dejado pistas a propósito.

—¿Pistas?

—Y luego… el gorro escondido justo al lado de la rueda de repuesto…, las fotocopias de mi libro en el armario…, la llave en tu pantalón de pesca…

—¿Qué llave?

—Sabías que la reconocería. Seguramente… Es como si…, como si hubieras dejado todo lo necesario para… para que tomara el relevo. Pero ¿por qué? ¿Por qué hiciste todo eso? ¿Por qué me pusiste en una situación como esta?

Respondió que no lo sabía, que no sabía nada, que no se entendía ni a sí mismo. Léane no consiguió servirse otro vaso porque unas moscas negras le nublaban la vista. Por primera vez, creyó que iba a perder el conocimiento. Tenía que acostarse de nuevo, olvidarlo todo ella también, al menos por unas horas. Se arrastró hasta el baño, abrió el botiquín, se tomó un somnífero con un poco de agua y se metió bajo las mantas.

Luego todo se volvió borroso.

Capítulo 55

A primera hora de la tarde, el vehículo policial recorría la carretera en dirección al centro penitenciario de Valence. Era una bola de fuego sobre la carretera, bajo un cielo gris plomo, cargado de cristales y a punto de descargar su lluvia blanca.

Por la mañana, Vic le había explicado al grupo sus deducciones del día anterior: dos asesinos en serie habían actuado al mismo tiempo, se conocían, se comunicaban entre ellos. El Viajero estaba encerrado en una prisión de alta seguridad, no hablaba con nadie, ya no veía ni a su abogado y solo era interrogado tras complejos procedimientos administrativos. Y, aun así, Vic estaba convencido de que Delpierre había tenido contacto con él a través de cartas. ¿Qué tenía Delpierre que contar? ¿Había alguna posibilidad de descubrir la identidad de Moriarty gracias a esas cartas?

En la brigada, Mangematin había avanzado: revisó a fondo el expediente de los dos asesinos y, lo más importante, había conseguido que le enviaran el informe pericial psiquiátrico del juicio de Delpierre por el robo de los cadáveres en el instituto de medicina, en 2010. Ese tipo de informe era la mejor manera de conocerlo todo acerca de una persona: sus gustos, sus tendencias, su pasado…, desde la infancia hasta la edad adulta. ¿Había puntos en común en los recorridos de Delpierre y Jeanson? Tal vez se habían cruzado años atrás, habían trabajado juntos o incluso puede que se conocieran desde niños. Si se dejaban llevar por ese juego incomprensible, era probable que fuera porque los unía una relación fuerte, incluso íntima. Seguramente, en el pasado de esos dos hombres se escondía el rostro de Moriarty y la clave de toda aquella historia.

Vadim apretaba con fuerza el volante.

—No me lo creo, joder… Jamás había visto algo igual. ¿Dos asesinos en serie que actúan de forma organizada y conjunta, es eso? ¿Una especie de concurso para ver quién deja más cadáveres a su paso? ¿Cómo le explicas algo así a tu familia?

—No se lo explicas.

—Sí, claro, no se lo explicas y terminas divorciado. No me apetece mucho, qué quieres que te diga. ¿Sabes?, estas Navidades han sido una mierda. No fui capaz de sacarme el caso de la cabeza ni un segundo. Hasta cuando brindábamos pensaba en él. Cada vez que sonreía, me acordaba de los Morgan: el pobre hombre con amnesia y la mujer completamente destrozada… Tienen una casa espectacular, tienen dinero, ella es famosa, pero ya no volverán a ver a su hija… Y nada podrá traérsela de vuelta. ¿Existe algo peor que eso, algo peor que perder a un hijo…?; sobre todo, en una situación como esta.

La prisión central se fundía con el cielo gris, cerca de la carretera nacional 7, en medio de un desierto de vegetación muerta y hierba helada.

Vadim hizo un gesto con la cabeza para señalar el cubo de hormigón y alambre de espino, cuyas torres de vigilancia estaban apagadas y que estaba equipado con redes de seguridad antiaérea.

—Todo por culpa de ellos. Me ponen enfermo.

Vic prefirió callar, pero pensaba lo mismo. Esos individuos encerrados ahí dentro habían quitado vidas, arruinado destinos y familias, y la única solución que se encontraba era agruparlos como ganado, apartados de la sociedad, en lugares donde, a fin de cuentas, podían acabar volviéndose aún más violentos. Pero ¿acaso existía alguna otra solución? Vic no lo sabía. La política y él no se llevaban bien, así que se limitaba a intentar llenar esos lugares como se le pedía, a llevar materia prima a la boca del ogro penitenciario; un buen soldadito de la República.

Estacionaron en el aparcamiento para visitantes y se identificaron en el primer puesto de guardia: tenían una cita con Claude Nédélec, el director. Eso no les evitó pasar por todos los controles de seguridad, por lo que no llegaron a su despacho hasta media hora más tarde. Nédélec llevaba un corte de pelo militar, de un gris topo,

y unas largas patillas tupidas que le llegaban hasta las mejillas. Les estrechó la mano y les ofreció asiento. Tras unos cuantos intercambios cordiales, el director fue directo al grano:

—Tras la llamada de su comandante, interrogué a mis empleados. Sepan que, desde que está aquí encerrado, Andy Jeanson no tiene autorización para enviar ningún tipo de correspondencia, y que todas las cartas que recibe son abiertas y leídas con sumo cuidado. No se ha detectado nada extraño. Y bueno, de haberle escrito a un individuo así, ya habría hecho saltar todas las alarmas.

Se inclinó sobre el escritorio y encendió la lámpara. Ya estaba oscuro dentro de aquel despacho.

—Así que creen que otro asesino en serie le envía cartas… Le llaman el Despedazador, ¿no?

—Le enviaba cartas; ahora está muerto. Les arrancaba una parte del cuerpo a sus víctimas antes de enterrarlas. El número de víctimas es idéntico al de Jeanson; los dos hombres no se tienen nada que envidiar desde esa perspectiva.

Nédélec arrugó la nariz.

—Buscan a un hombre. No obstante, Jeanson solo tiene admiradoras, ningún contacto masculino.

—El Despedazador pudo haberse puesto en la piel de una mujer para llegar hasta Jeanson. Creemos que perfumaba sus cartas y que conocía al detenido, ya que poseía su número de registro de encarcelamiento. Quizá planearon un modo de mantenerse en contacto a través de correspondencia, en caso de que uno de los dos fuese detenido. Somos conscientes de que, con la investigación judicial en curso, es complicado hablar con Jeanson sin las autorizaciones necesarias…

—Sí, todo el papeleo llevaría dos o tres días. Lo siento mucho, lo digo de corazón.

—No podemos esperar. Necesitamos las cartas que recibió para avanzar. Le dijo a nuestro comandante que no le suponía ningún problema.

El director asintió y se levantó.

—Les voy a proporcionar una copia completa de todas sus cartas, siempre y cuando, claro está, no se haya deshecho de ellas. El paseo

de Andy Jeanson será dentro de un cuarto de hora. Mis hombres ya están informados. Síganme…

Los guio hasta una fotocopiadora, ubicada en el ala administrativa.

—Esperen aquí: los presos hablan mucho entre sí, y prefiero evitar que vean caras desconocidas. Es mejor para todos que Jeanson no se entere. Tendré que darme prisa: mis hombres y yo solo disponemos de veinte minutos, que es el tiempo que Jeanson estará fuera de su celda. El tiempo de ida y vuelta deja unos cinco minutos de margen para hacer las fotocopias que les interesa y volver a dejar todo en su sitio.

Se alejó y desapareció tras una puerta. Vadim se apoyó contra un tabique, con los brazos cruzados, y observó los distintos despachos alineados. Parecía cualquier oficina administrativa: sin rejas, gente que se movía libremente por los pasillos y tomaba café en la máquina, risas que estallaban por doquier. ¿Cómo imaginar que, justo detrás de aquellas paredes, se concentraba un foco tan intenso de violencia?

Al cabo de unos minutos, el director reapareció con la frente sudada, acompañado de un vigilante penitenciario que le sacaba una cabeza de altura. Ambos se acercaron trotando hasta ellos.

—Aquí lo tenemos. Creo que está todo. Todo estaba agrupado en un solo montón bajo su colchón. Y no olía a perfume.

—¿Quizá solo perfumaba los sobres?

—Por desgracia, no hemos encontrado ninguno. Venga, solo disponemos de unos minutos…

Colocó el montón en una bandeja, pulsó unos botones y la máquina escupió las ciento noventa y dos fotocopias en ráfaga a una velocidad récord. Nédélec recogió los originales y estrechó la mano de los dos hombres.

—Tengo que volver. Cuento con ustedes para que me mantengan al corriente. Buena suerte con esto.

Los policías le dieron las gracias, cogieron el denso sobre de fotocopias, cruzaron los controles de seguridad en sentido contrario y llegaron al vehículo. Vic era incapaz de leer en el coche, ya que se mareaba. Además, prefería esperar a estar en comisaría para ponerse manos a la obra con el contenido del sobre.

Esperaba poder penetrar en el cerebro de los dos asesinos y descubrir sus siniestros secretos.

Capítulo 56

Vadim regresó con un vaso desechable de café en cada mano. En ese periodo entre dos fiestas, las oficinas de la brigada de investigación criminal estaban casi vacías. Los casos menos urgentes se habían pausado, mientras los policías recargaban las pilas. Mangematin estaba encerrado en su despacho, con la nariz metida en el papeleo; Dupuis y Manzato habían asistido a una reunión con el juez instructor y la Policía judicial de Lyon para presentar los últimos avances de la investigación. Vic se alegraba de haberse librado de semejante marrón.

Eran casi las seis de la tarde cuando entró en el despacho. Tenía a mano la copia del mensaje que Delpierre les había dejado sobre la pila de DVD cuando descubrieron la «cosa» en el sótano de su casa: «¿Os ha gustado la sorpresa? Y, ahora, aquí os dejo mi legado, pitufos de mierda. Que disfrutéis de la peli».

—Tenemos que buscar esta letra en el montón de cartas.

Comprobó cada carta una por una, y luego se las iba entregando a su compañero para llevar a cabo una segunda verificación. Vadim no podía evitar leer algunas líneas.

—Te juro que estas tías están como cabras: «Sé lo que se dice sobre ti, y que todo es mentira. Cuando miro tus hermosas fotos, solo veo un hombre delicado, inteligente y sincero. Eres un ser humano. No es justo que te traten así, tienes derecho a una segunda oportunidad». Bla, bla, bla. ¿Cómo les puede llegar a gustar un deshecho social como él? Deberíamos enseñarles las fotos de los cadáveres; seguro que eso les quitaría tanta tontería a todas estas histéricas.

Vic se bebía el café en silencio. Las cartas desfilaban bajo sus ojos y, tras una media hora, ya estaba volviendo a empezar por la

primera.

—No es tan fácil, no he visto nada que se parezca. Debió de interpretar su papel hasta el final y modificar su letra.

—¿O quizá hemos metido la gamba por completo?

—No, no nos hemos equivocado. Tendremos que leerlas todas, las casi doscientas que tenemos. Primero las reagrupamos por remitente, luego por fechas, y procedemos por descarte. Quizá encontremos algún término raro, cosas subrayadas, en negrita o en mayúsculas. Tenemos que analizarlo todo con lupa.

Vadim no se molestó en ocultar su cansancio.

—Bueno… Cojo la mitad. Pero te aviso de que en dos horas sanseacabó. Tengo que pasar por casa de mi sobrina con Martine, para llevarle sus regalos de Navidad.

Vic empezó a leer, abatido por lo miserables e incrédulas que eran sus «fans». Conocía el fenómeno de la atracción sexual que sentían algunas mujeres por los peores criminales. Landru había recibido ochocientas propuestas de matrimonio antes de que su cabeza rodara por una bandeja.

Breivik, el noruego responsable de sesenta y nueve víctimas, en su mayoría adolescentes, tenía miles de admiradoras. ¿Cómo luchar contra algo que no se puede combatir? Vic se lo preguntaba a menudo, y cada vez le hundía más la moral.

Apenas había leído cinco cartas cuando Jocelyn Mangematin llegó al despachó con el corazón en la boca y un expediente bajo el brazo.

—¡Tengo un vínculo! ¡Tengo un putísimo vínculo entre Jeanson y Delpierre!

Vadim estiró el cuello como una suricata, y Mangematin estampó una montaña de documentos contra el escritorio de Vic.

—Estas son las copias del expediente de la evaluación psiquiátrica de Delpierre, realizada durante su juicio en 2010. Os resumo el contexto: en ese momento se le juzgaba por robar cadáveres en el laboratorio de anatomía de la facultad de medicina de Grenoble y por necrofilia. Los psicólogos nos facilitaron el trabajo, ya que su informe repasa buena parte de la infancia del tío. Hay bastante palabrería inútil, pero lo que nos interesa ocurre a finales de los años ochenta. Delpierre tenía doce años por aquel entonces. Tenía una

relación muy estrecha con su padre, mucho más que con su madre. Todo empezó a descontrolarse con el infarto del viejo, en pleno verano… Ese día, la madre se fue al mercado, así que el chico estaba solo en la granja cuando sucedió la tragedia, y se quedó junto al cadáver varias horas. Cuando la madre volvió y vio la escena, el niño estaba derrumbado, llorando, y el padre ya había comenzado a hincharse… Ya sabéis a qué me refiero…

Vic se bebió el culillo que le quedaba de café, ya frío.

—Según los psicólogos, ese episodio lo traumatizó y marcó un cambio total en su comportamiento. A partir de entonces, empezó a faltar al colegio, y nadie sabía dónde pasaba el día; dejó de ayudar en las tareas de la granja, se encerró en sí mismo y se volvió mudo.

Le lanzó a Vic una mirada interrogadora.

—Y ahora eres tú, Vic, quien me va a dar la respuesta. Adivina adónde decidió enviar la madre al chiquillo.

Vic se encogió de hombros.

—¿Te rindes? Lo envió a un internado para niños, ubicado a una hora de Chambéry, donde someten a los chavales a una disciplina firme y viven en un aislamiento estricto. El internado…

—Rocas Negras. Mierda.

Vadim alzó los brazos.

—¿Hola? ¿Alguien me lo puede explicar?

Mangematin asintió y le entregó una impresión a color. En la fotografía se observaba el colegio: un conjunto de largos bloques de piedra fría con tejado de pizarra, rodeado de pinos negros y protegido por unas vallas oscuras y altas. No resultaba muy acogedor. En ese momento, intervino Vic:

—Andy Jeanson también estuvo en ese internado, de 1986 a 1988, bajo la identidad de Andy Mortier, el apellido de su madre. Está escrito en su expediente. Tenía catorce años cuando ingresó en el establecimiento. En ese momento, su madre lo criaba sola. Su padre se había ido de casa con otra mujer cuatro años antes, sin reclamar la custodia del chico y limitándose a pagar la pensión. El joven Andy, aunque inteligente, enfrentaba ciertas dificultades en el colegio debido a su aspecto físico, ya que tenía sobrepeso, problemas de salud y la conducta de forzarse a vomitar. Su madre,

que tenía problemas con el alcohol, ya no sabía cómo manejar la situación y decidió enviarlo al internado Rocas Negras.

Mangematin asintió con convicción.

—Delpierre, por su parte, estuvo allí desde 1987 hasta finales de 1989, tres largos años, de los cuales dos coincidió con Jeanson. No se sabe qué ocurrió dentro de ese lugar, ningún informe lo menciona y, probablemente, nadie se interesó en averiguarlo. El caso es que, al salir de allí, Delpierre tenía quince años. A los dieciocho, consiguió un trabajo: empezó como aprendiz en una morgue de Grenoble… y ya conocemos el resto: su fascinación por la muerte, los empleos en mataderos, el laboratorio de la facultad de medicina, la necrofilia. En fin, el internado no hizo más que empeorar las cosas…

—Dios mío, esto cada vez se pone peor. Dos críos que salen de allí, que crecen encerrados en sus propias obsesiones y que, años más tarde, empiezan a secuestrar y asesinar a mujeres jóvenes en serie.

Vic pensó en la fotografía del internado.

—¿El internado sigue abierto?

—El internado como tal ya no existe desde hace siete años. Hoy en día, las instalaciones se utilizan para los campamentos de verano. En invierno está cerrado, pero hay un conserje que vive allí todo el año para encargarse del mantenimiento. Hablé con él por teléfono, se llama Félicien Jacob. Es un veterano, lleva allí desde los años setenta, y en su momento era el manitas de turno: se encargaba de la jardinería, la limpieza, las pequeñas reparaciones… Vamos, que es la memoria viva del lugar y podría contarnos muchas cosas.

—¿Lo has interrogado?

—Lo he intentado, pero es un tío de pocas palabras. Dice que no le gusta hablar por teléfono… Así que le he dicho que nos acercaríamos en persona para hacerle unas cuantas preguntas. Ah, y una última cosa, pero no por ello menos importante: el conserje fue agredido hace unos diez días.

Vic abrió los ojos como platos.

—¿Cómo dices?

—Lo dejaron inconsciente justo al volver de la ronda de inspección… Cuando se despertó, ya no tenía el llavero.

Aparentemente, no habían robado ni dañado nada en las instalaciones. Pero pasó algo de locos… ¿Estáis preparados?

Mangematin observó las dos miradas clavadas en él y se preparó para recibir el impacto de la bomba que estaba a punto de soltar.

—Jacob vive en una de las alas del edificio. Cuando fue a denunciar la agresión a la gendarmería local, los agentes se acercaron hasta allí. Fue entonces cuando afirmó que estaba todo en orden…, excepto por que, según él, habían añadido cuatro libros a su estantería.

Vadim frunció el ceño.

—¿Unos libros? ¿Qué coño?

—Y no libros cualesquiera… Eran cuatro ejemplares de Enaël Miraure.

Capítulo 57

El coche de Vic se sumergía poco a poco en las profundidades de los pinos centenarios, en aquella oscuridad infinita. Conducía por unas curvas cada vez más cerradas, como si llegar al antiguo internado fuera una prueba, una lucha encarnizada contra los elementos de la naturaleza. El policía había hecho el camino solo, con la radio a un volumen bajo. Vadim no quería perderse la entrega de regalos a su sobrina y Jocelyn Mangematin tenía que ir a recoger a sus padres a la estación, que llegaban desde Bretaña.

Bordeó unos lagos teñidos de blanco, rozó unos barrancos grises y no llegó hasta pasadas las diez de la noche, con cierta dificultad en los últimos kilómetros a causa de la engorrosa nieve. La verja estaba abierta, pues habían avisado a Félicien Jacob de su visita. Cuando vio los faros rasgar la oscuridad, apareció en el porche, como un ogro custodiando su guarida. Vic sintió la infame punzada del frío al asomar la nariz fuera y hundir los pies en la costra blanquecina. Fue a saludar al hombre, blandiendo su placa de policía.

—Mi compañero habló con usted por teléfono.

El conserje se apartó para dejar que el policía entrara. Tenía unas manazas enormes y una barba espesa que caía sobre un viejo suéter, y el aliento le apestaba a alcohol. Aquella debía de ser la única forma de soportar las interminables noches de invierno en la más profunda soledad, pues el pueblo más cercano estaba a veinte minutos en coche.

—Hablemos dentro.

Entraron. Los pasillos estaban helados, los techos eran demasiado altos, y sus pasos resonaban como en una catedral. Una hilera de dibujos de niños, que debían de ser del verano pasado, aún colgaba sobre una fila de percheros. Vic observó las colosales siluetas de los

abetos a través de los cristales y se imaginó las montañas justo detrás. Pensó en los niños de aquella época, educados en la austeridad, aislados de sus familias. Podía hacerse una idea de las afinidades que debieron de surgir entre ellos fuera del horario lectivo: los secretos que se confiaban, los pactos que hacían. ¿Jeanson y Delpierre se habían hecho amigos?

Los hombres llegaron a un apartamento del ala oeste, donde vivía Jacob. En el salón, las tuberías crujían, y los grandes radiadores de hierro fundido, colocados directamente sobre el suelo de baldosas, desprendían un calor abrasador. Lo primero que hizo el inquilino fue servir dos vasos de vodka y ofrecerle uno a Vic.

—Los gendarmes me tomaron por un loco cuando les hablé de los cuatro libros. Vamos, les daba igual. Tomaron mi denuncia, pero estoy seguro de que quedó olvidada en el fondo de un cajón. Para ellos, me había tomado unas copas de más, por lo que había perdido las llaves y me había caído, punto pelota. Pero me conozco mi librería de memoria. Nunca compré esos libros.

—¿Pudo ver a su agresor?

—No. Sucedió fuera y me atacaron por la espalda. El tipo debió de aparcar bastante lejos y venir hasta aquí a pie. La pequeña carretera que bordea el centro había sido despejada de nieve, pero lamentablemente no había ningún rastro de su presencia.

—¿Por qué «el tipo»? ¿No podría haber sido una mujer?

—Eh… Sí, bueno, supongo que sí. Pero imaginé que sería un hombre.

—¿Los gendarmes se llevaron los libros?

—¿Está de coña? ¡Qué va! Están ahí, al pie de la librería.

—¿Los encontró ahí?

—No, estaban en todo lo alto, justo al lado de mis libros de Sherlock Holmes.

Sherlock Holmes… Vic sintió un nudo en el estómago y tuvo una corazonada: Moriarty en persona había estado entre aquellas paredes; él había sido quien agredió al conserje. Fue a coger las novelas de Miraure y las hojeó rápidamente. En la primera página había un gran sello: GABINETE DE PRENSA... Tenía en sus manos los libros robados de la villa de la bahía de Authie.

El caso se estaba enrevesando tanto que cualquiera se volvería loco. Entonces, ¿Moriarty era el ladrón de la villa de Léane y Jullian Morgan? ¿Y había recorrido ochocientos kilómetros desde el norte para venir a dejar unas novelas aquí, semanas después? ¿Por qué? ¿Qué intentaba contarles? Otro enigma más, que ya estaba volviendo loco a Vic. Se giró hacia su interlocutor.

—¿Los ha leído? ¿Encontró algo extraño en el texto o entre sus páginas?

—Sí, me tomé la libertad de leerlos. Quería intentar entender por qué me los había dejado aquí. ¿Por qué justo esos en concreto? Es un verdadero enigma en sí mismo, digno de Conan Doyle. En cuanto a novela negra, siempre me había limitado a los viejos clásicos, pero la verdad es que Miraure no está nada mal. Y... me ha preguntado si he visto algo raro en los libros… En uno de ellos, hay un poco de sangre en una de las páginas. El propietario de esos libros debió de hacerse una herida mientras leía.

—¿En cuál? ¡Enséñemelo!

Félicien Jacob se acercó y le señaló *El hombre del cementerio*.

—En este… Más o menos a mitad del libro.

Vic lo hojeó. Se fijó en una marca roja, bastante ligera; efectivamente, en la esquina de la página 170, y todavía más difuminada en la siguiente. Quizá fuera una oportunidad inesperada. ¿O una trampa?

—Deme una bolsa.

Jacob obedeció. Vic embaló el libro con cuidado. Regresó hacia los sillones y se bebió el vodka de un trago. Le ardió la garganta.

—Creo que su agresor es el individuo que buscamos, que todo tiene relación con el pasado de este edificio.

Había captado la atención de Jacob, así que se sentó frente a él; las manos, unidas entre las rodillas.

—Usted ya trabajaba aquí en los años ochenta, y me gustaría que hiciera un esfuerzo por recordar. Los años que me interesan en concreto son de 1986 a 1988. Dos chicos estuvieron entre estas paredes. Uno de ellos se llamaba Andy Mortier, tenía catorce años y venía de Chambéry. El otro, Félix Delpierre, era tres años menor y venía de Aillon-le-Vieux. ¿Le suenan Delpierre o Mortier?

El conserje se frotó la boca. Luego colocó su pesada mano delante de él.

—¿Cómo pretende que me acuerde? Fue hace treinta años, y acogíamos a más de doscientos niños cada año. He visto desfilar a miles y miles de cabezas rubias, y usted me suelta dos nombres así, de la nada. ¿Qué es lo que quiere saber exactamente sobre ellos?

Vic se dio cuenta de que no estaba haciendo ningún esfuerzo por ayudar a aquel hombre. Le mostró una foto de Andy Mortier que estaba en su expediente. Era anterior a su ingreso en el internado. El chico miraba al objetivo con una sonrisa. Sus mejillas hinchadas estaban salpicadas de pecas, y sus cejas arqueadas le daban un aire bromista. La mirada estaba ahí, inmutable, pero, por lo demás, nada que ver con el Jeanson asesino ni con el cuerpo brusco y musculoso que tenía ahora.

—Todo. Con quiénes se relacionaban Delpierre y Mortier, su comportamiento, si sus años aquí transcurrieron con normalidad. Él es Mortier. ¿Le dice algo?

Su vieja mirada de ermitaño pareció enturbiarse, pero le devolvió la fotografía a Vic.

—No, nada…

—¿Y a Andy Jeanson lo conoce? Se ha hablado bastante de él últimamente en los medios de comunicación.

—¿Acaso ve una tele aquí?

—Andy Mortier es Andy Jeanson. Es el autor de al menos ocho asesinatos de mujeres jóvenes que se reparten a lo largo de los últimos cuatro años. Las llevaba a su autocaravana, las violaba y las enterraba. En lo que respecta a Félix Delpierre, fabricó en su sótano un maniquí de piel con sus víctimas femeninas, a las que despellejaba…

Jacob recibió el golpe de sus declaraciones.

—Entonces creo, señor Jacob, que sería mejor que recordara ese rostro, porque quizá haya un tercer hombre de la misma calaña, también salido de este establecimiento y que aún anda suelto. Fue él quien vino a agredirlo y quien dejó esos libros. No me iré de aquí sin saber por qué.

El conserje buscó en las pupilas de Vic un destello al que

aferrarse, pero no había ninguno. Observó de nuevo la fotografía, su rostro se contrajo con una mueca, y unos dientes dañados asomaron entre los pelos grises de su barba. Quiso servirse otro vaso, pero Vic le sujetó el brazo.

—Así no se va a acordar.

El hombre se deshizo de su agarre. Dudó.

—Unos asesinos… Sí, ya me acuerdo de ese chaval… Y del otro también, de Félix Delpierre. Siempre estaban juntos, eran como uña y carne. A Delpierre todo el mundo lo conocía como Corazón de Piedra. No hablaba nunca.

Se levantó.

—Sígame.

Jacob abrió unas puertas, bajó por una escalera y pulsó unos interruptores. Las luces revelaron unos pasillos interminables. Vic escuchó el rugido de una enorme caldera y percibió crujidos de madera vieja. Su anfitrión abrió una pesada puerta que dejaba al descubierto una boca oscura. Una bombilla iluminó una nueva escalera.

—Está todo aquí abajo.

Capítulo 58

Era de noche… Las farolas, con aureolas de fuego, quemaban el hielo de las aceras de Lyon. El frío cortaba, como una guillotina, congelaba los rostros y chamuscaba las cejas. Oculta en un callejón sin salida y resguardada por los coches aparcados en fila, Léane observaba la trampilla que se abría en la pesada puerta de madera, en diagonal hacia la derecha, el débil rayo de luz que escapaba de ella y las siluetas que se desvanecían tras aquella fachada discreta, adornada solo por un cartel sencillo: EL TORREÓN NEGRO.

Ocho horas antes, había salido del norte en coche, había comido algo en un área de servicio de la autopista y luego, alrededor de las 21:30 h, había aparcado junto a los muelles del río Saona y caminado hasta aquella calle discreta del distrito 9 de Lyon.

Durante el trayecto había tenido tiempo para dar vueltas a los sucesos de la noche anterior y a las confesiones del tipo con cara de mero. ¿Qué había pasado por la cabeza de Jullian para pedir que lo agredieran mientras Giordano yacía en el fuerte? Cuando, además, cabía la posibilidad de que hubiera encontrado a su hija con vida. ¿Qué lo había llevado a tales extremos, a ocultar la verdad? Léane no tenía ninguna respuesta. Era insoportable no saber y tener que esperar a que su marido recuperara la memoria.

Un hombre enfundado en un grueso abrigo intercambió unas palabras a través de la trampilla y le abrieron la puerta. Léane esperó unos minutos más y también golpeó la madera. Un rostro apareció en un cuadro de luz azulada: una verdadera cara de pitbull, calvo y cubierto de tatuajes. No dijo nada y esperó, mirándola de arriba abajo.

—¿Puedo entrar?

El tipo le cerró la trampilla en las narices con un golpe seco. Léane

volvió a llamar. Un rasguño metálico. Volvió a aparecer el mismo rostro, aún más amenazante en esa ocasión.

—Vuelve a golpear la puerta y te vas a enterar.

—¡Solo quiero entrar! Yo…

Era una pérdida de tiempo; Léane sentía que hablaba con una pared. Se negaba a rendirse. Tampoco podía entrar allí a la fuerza, pues se arriesgaba a que le partieran la boca. ¿Qué podía hacer, entonces? Pensó y se le ocurrió una solución sencilla: si no podía entrar, esperaría a que Mistik saliera. Se avecinaba una noche interminable, pero era su única oportunidad.

Fue a buscar su coche a la orilla de los muelles y encontró un sitio en la acera de enfrente, a unos diez metros del club. Apagó los faros, detuvo el motor y esperó, acurrucada en el abrigo. Su teléfono sonó a las 22:52 h. Era Jullian, que llamaba desde el fijo. Contestó, le aseguró que todo iba bien y que no sabía si su búsqueda daría resultados, pero que mantenía la esperanza. Le dijo que, mientras tanto, iba a acostarse en su apartamento.

La voz de Jullian crepitó en el auricular.

—¿Todavía no me quieres contar nada?

—Ya te lo explicaré, pero no ahora. ¿Has tenido noticias de tu padre?

—No, ninguna. Estoy preocupado de verdad, Léane. Con todo lo que está pasando, tengo miedo de que…, de que le haya pasado algo. La Policía ha puesto en marcha la búsqueda. Ni siquiera les puedo ayudar, no sé nada sobre él. No sé ni dónde vive. No me acuerdo. Por mucho que mire vídeos o álbumes de fotos, no avanzo. Todo está atascado en el fondo de mi maldita cabeza.

—Confía en la Policía, lo van a encontrar. Descansa e intenta dormir un poco. No sirve de nada forzar las cosas. Los recuerdos no vendrán así.

—No es lo mismo estar aquí sin ti, yo... me siento perdido. Dime al menos que todo va bien, que... que no me ocultas nada grave, que no vas a hacer ninguna tontería.

—No la haré.

—Vuelve pronto, ¿vale? No dejo de dar vueltas en círculos y voy a acabar por volverme loco. No paro de mirar las fotos de Sarah y,

cuanto más la veo, más pienso en Giordano. Me enferma tenerlo encerrado en el fuerte y pensar que podrían pillarnos en cualquier momento…

Léane lo escuchaba en silencio. Pensó que quizá habría sido mejor llevarse la llave del fuerte. ¿Se le ocurriría a Jullian volver allí solo?

—En cuanto vuelvas, actuaremos, ¿vale? Sé que va a ser difícil, pero ya no hay marcha atrás. No quiero perderte; perdernos…

Léane colgó como si el teléfono le quemara la oreja. Miró las dos manos abiertas frente a ella: le temblaban. Esas manos no eran capaces de matar a un hombre, Léane lo entendió cuando desvió su disparo en el último momento.

Ella no era una asesina.

Capítulo 59

Vic siguió a Jacob por un laberinto de expedientes apilados en estanterías cuyas baldas se doblaban bajo su peso. Olía a papel envejecido y tinta seca. Jacob le explicó que se encontraban en los archivos del internado.

—Aquí está toda la información de 1922 a 2010. En este sitio encontrará la historia del internado, pero también lo más importante: el expediente completo de cada niño que ha pasado por estas paredes. Orígenes, comportamiento, resultados… Me dijo los años 86-88. Eso está por aquí.

Giró y se detuvo frente a una montaña de archivadores oscuros. Delante de él se encontraban cuatro carpetas que dividían los años en cuestión. Cogió una carpeta que estaba justo al lado.

—Contienen todas las fotografías del internado tomadas en aquel entonces. Los edificios, los profesores, las fotos de clase…

Jacob se desplomó en la única silla disponible. Empezó a hurgar en el montón de imágenes y las extendió sobre la mesa. Una de ellas mostraba a todos los profesores, estoicos, con rostros serios. Puso el dedo índice sobre el más alto de ellos.

—Se llamaba Kevin Kerning y era profe de Educación Física. Los chicos le llamaban KKK, por Ku Klux Klan. Era inflexible, los hacía sufrir… Con él, los más débiles pagaban aún más caro…

Vic observó al tipo: un titán con chándal.

—Delpierre y Jeanson siempre estaban juntos, compartían habitación y… no se les daban bien los deportes. Kerning les tenía manía. Ahora que lo recuerdo, los veía a menudo dando vueltas a la pista, sin aliento, un cuarto de hora después de que todos los demás ya hubieran vuelto a los vestuarios… Eso duró meses. Los dos chicos lo pasaban muy mal, créame. Luego las aguas se fueron calmando

poco a poco con el paso de las semanas. Kerning los dejaba en paz, pero… seguía reteniéndolos después de clase, obligándolos a hacer estiramientos, ese tipo de cosas mucho más tranquilas.

No dijo nada más y Vic no quería presionarlo, así que se sentó en el borde de la mesa y ojeó las fotos: el gran patio vacío; los edificios austeros, hundidos en el corazón del valle. Echó una mirada a unas fotografías de clase y, como Jacob seguía sin hablar, decidió romper el silencio.

—¿Cree que Kerning se pasaba de la raya con ellos?

El conserje apretó la mandíbula.

—Kerning era el cuñado del director. Lo que yo pensara importaba poco, pues solo era el que se encargaba del mantenimiento. Si pude trabajar tantos años en el internado, fue porque… supe mantenerme discreto y nunca abrí la boca.

—Pero lo pensaba.

Las pupilas grises del hombre se retrajeron.

—Sí, lo pensaba. Pero, si lo que busca son pruebas, no va a encontrar ninguna. Todo eso queda muy lejos y está más que enterrado.

Observó la palma de sus dos grandes manos, como si pudiera leer el pasado en ellas.

—Lo que voy a contarle lo hago porque creo que puede ayudarle y porque… el internado ya no existe, y esas historias desaparecieron con él. Pero… si va a ver a otras personas, al director o a quien sea, usted…

—No le he visto jamás en mi vida, prometido.

Jacob aceptó con un movimiento de cabeza.

—Sucedió un día como este, en invierno de 1987, uno de los peores que hemos tenido. Las temperaturas bajaron a menos veinte e incluso menos veinticinco grados. Aquella noche, alrededor de las siete de la tarde, fui yo quien encontró a Kerning al fondo de las duchas del gimnasio. Estaba desnudo, encogido como un niño. El agua helada le corría por el cuerpo y… —arrugó la nariz— le salía sangre de sus partes genitales. Su… sexo había sido cortado a la altura de los testículos. Fui yo mismo quien lo llevó a la enfermería. La ambulancia tardó más de tres horas en llegar a causa de las

condiciones meteorológicas. Fue horrible…

Sus ojos se evadieron durante un breve instante.

—Desde ese día, nunca volvió a dar clases en el internado. No lo he vuelto a ver. Según las últimas noticias que tuve por casualidad, murió hace algunos años a causa de una enfermedad…

—¿Qué sucedió en las duchas?

—El director contó que se había hecho daño intentando depilarse con una navaja de afeitar. Tenía tal control sobre el personal que ningún profesor volvió a sacar el tema. Kerning fue reemplazado esa misma semana…

—¿Usted vio la navaja?

—No. Pero el director hizo hincapié en que había una, pero que no me fijé en ella porque entré en pánico.

—¿Kerning había sido agredido?

—Estoy convencido. Era tan evidente… Pero entonces ¿por qué no denunciaron a nadie ni iniciaron una investigación? Había que olvidar rápido esa historia, ¿entiende? Y, sobre todo, evitar que se difundieran rumores…

Vic se imaginó la escena, el ambiente entre aquellas paredes grises. Si Kerning de verdad había sido atacado con la navaja y no había denunciado a su agresor, era porque tenía cosas serias que ocultar. ¿Pedofilia? ¿Había abusado de Delpierre o de Mortier? El policía volvió a mirar la foto de los profesores. Clavó la mirada en Kerning.

—Usted sabía que no fue un accidente… ¿Quién cree que lo hizo? ¿Mortier? ¿Delpierre? ¿Otro crío?

—No lo sé. Aquí había tipos duros, pero ¿qué niño de doce o trece años podría haberle hecho algo así a su profesor? ¿Cortarle sus partes sin que nadie se diera cuenta? Claro que pensé en esos dos. Quizá actuaron juntos y le tendieron una trampa a Kerning. Delpierre era fuerte. ¿Lo habrían amenazado con contar todo si los denunciaba? Hice alguna pregunta discreta a sus compañeros de clase, a su compañero de habitación… pero no descubrí nada. Si eran culpables, escondían muy bien su juego.

Vic volvió a ojear todas las fotografías. Cogió una de ellas y se tomó su tiempo. Se la tendió a su interlocutor.

—¿Todas las habitaciones eran como esta?

Jacob asintió; las pupilas dilatadas.

—Los chavales dormían de tres en tres, sí. Bueno, había alguna que otra habitación de dos o cuatro, pero en general era así…

—¿Quién compartía habitación con Mortier y Delpierre?

Jacob miró la cama vacía, sobre la cual Vic apoyó el dedo índice.

—Ah, él… No… No me acuerdo. Luc no sé qué. —Se pasó la lengua por los labios—. Ay, no me acuerdo bien. Era un chaval muy discreto, pero bueno en los deportes y muy inteligente, que yo recuerde…

Reunió las fotos de clase, buscó entre los rostros, se levantó y se giró hacia las estanterías. Vic tenía la sensación de haber retrocedido treinta años… Le parecía escuchar las voces de los chicos y el golpe de una regla, percibir el olor a tiza.

—Bueno, como decía, siempre estaba sumergido en el ajedrez y en sus novelas policíacas. De vez en cuando, le prestaba algunos libros. Luc T... Voy a encontrarlo…

Vic estaba desesperado.

—¿Libros de Sherlock Holmes? ¿Leía las novelas de Sherlock Holmes?

Jacob se dio la vuelta hacia él.

—¿Cómo lo sabe? Usted… Mierda, ¿cree que fue él quien me agredió? ¿Después de todo este tiempo?

Vic ya no sentía el frío, pues lo invadió una oleada de calor.

Tres chicos, en la misma habitación… Dos sufrían tocamientos, quizá hasta violaciones, y guardaban silencio por miedo a las amenazas de su profesor. Pero tal vez se lo confiaban a su compañero de cuarto, o quizá él no fuera tan ingenuo y lo adivinó por sí mismo. O incluso puede que también sufriera esos tocamientos.

Vic estaba convencido: Moriarty había mutilado al profesor de Educación Física. Armado con un cúter o un cuchillo, había entrado a los vestuarios, probablemente con la participación del dúo Jeanson/Delpierre, y le había hecho una carnicería en los genitales.

Jacob regresó con una carpeta cuyo lomo decía S-Z y, antes incluso de abrirla, sus ojos se iluminaron.

—¡Thomas! Sí, Luc Thomas. Ahora lo acuerdo. No estuvo mucho tiempo aquí, la verdad. Unos meses después de la tragedia, se escapó del internado. No cualquiera se atreve a salir de aquí, pero él se largó por el bosque. Nunca más lo volvimos a ver, y creo que nunca lo encontraron.

—¿De dónde venía? ¿Quién lo había traído al internado?

—Ah, eso… Pues no lo sé, la verdad. Imagino que sus padres, ¿no? Pero ahora se lo digo, todo está aquí dentro.

Recorrió los expedientes; letra T. Solo una carpeta, LAURENT TEXIER. Frunció el ceño y se puso a rebuscar: volvió a la carpeta anterior; luego a la siguiente…

—Mierda, su expediente no está.

Se abalanzó sobre las fotografías de clase y las revisó una vez más.

—Es imposible… Están todas las fotos de clase, menos las suyas.

Vic también ojeó las fotos, sin éxito.

—¿Son las únicas fotos que hay?

Jacob asintió. Regresó a los estantes, sacó dos archivadores etiquetados como A-F y M-R, los puso sobre la mesa y abrió el primero en la sección D. Vic estaba pegado a él, hombro con hombro. No encontró el expediente de DELPIERRE. Repitió el proceso con el segundo archivador. Tampoco había ninguna carpeta gris relacionada con Andy Mortier.

Vic se encontraba ante un callejón sin salida.

—Regresó aquí treinta años después para borrar el pasado y los rostros.

Capítulo 60

Léane ya no podía más. La espera se le hacía interminable. La escarcha se adhería a las ventanillas, y a menudo salía para rasparlas y hacer circular la sangre en sus piernas. Se estaba quedando congelada.

El libro de Michel Eastwood descansaba sobre el asiento del copiloto. Léane lo había manipulado de todas las formas posibles, había repasado algunas de las páginas y buscado ese fragmento de pasado olvidado. ¿Cómo tratarían esa historia los abogados de su editorial? ¿Cómo podía demostrar que no lo había plagiado, cuando los puntos en común eran tan evidentes? Léane no quería volver a adentrarse en aquel asunto tan turbio: lo que había sucedido aquella noche en las dunas debía quedarse aparcado en el pasado. Seguro que Barbara había conseguido sobrellevarlo de alguna forma. Quizá ya lo había superado todo y ahora llevaba una vida feliz. No quería revivir su dolor, si es que había logrado aliviarlo.

A partir de las 2:45 h, unas sombras empezaron a salir poco a poco del local: unas siluetas grandes de hombres, alguna que otra pareja e incluso mujeres solas, cuyos tacones altos resonaban en la gélida oscuridad. ¿Cómo habían conseguido entrar en el Torreón? ¿Por algún conocido? ¿A través de una red? ¿Con una contraseña? ¿Quién manejaba aquel club tan exclusivo?

Alrededor de las cinco de la madrugada, Léane volvió a adentrarse en el frío de la calle y en aquel callejón sin salida. Sabía, según la página web, que el Torreón cerraba a esa hora. Miró la foto reciente de Mistik y clavó la mirada en la puerta. La pistola pesaba en el bolsillo interior de su chaqueta.

Los empleados salían uno por uno. Un cuarto de hora más tarde, se le aceleró el pulso cuando reconoció a la mujer. Era ella. Mistik le

dio dos besos a la calavera tatuada antes de echar a andar por la acera. Léane estaba a punto de seguirla a pie, pero escuchó el ruido característico de una alarma que se desactivaba y vio las luces de un coche parpadear a unos cien metros. Corrió entonces hacia su propio vehículo, siguió de cerca al sedán rojo y solo encendió las luces después del cruce. Su ansiedad aumentaba a medida que recorría las calles de la ciudad, pues creyó que se podía estar acercando el momento de la verdad.

Las carreteras resbalaban, lo que facilitaba la persecución, porque Mistik no iba rápido, y Léane podía mantenerse a distancia para que no la detectara. Mistik tomó el bulevar periférico Norte, la nacional 6, y luego se incorporó a la autopista A6 durante unos diez kilómetros. Salida Chasselay. Las farolas se apagaron, dando paso a la oscuridad del campo, antes de llegar al pequeño pueblo. La nieve sobre los tejados, las calles brillantes y vacías: todo estaba congelado, inmóvil, muerto, como si se encontraran en una bola de nieve colocada sobre un mueble. Léane no apartó la vista del sedán rojo ni un segundo. Atravesaron el pueblo y, tras unos cuantos giros más, el coche puso el intermitente frente a una verja que se abría lentamente, con una luz de emergencia naranja parpadeando encima.

En vez de parar y llamar la atención, Léane siguió su camino como si nada hubiera pasado. Por el retrovisor vio cómo el vehículo se metía en la propiedad. No dio media vuelta hasta que se alejó un poco y luego esperó un rato.

Diez minutos después, saltó un muro y se coló en el jardín. Frente a ella, bajo un cielo de luna y estrellas, se alzaba una hermosa casa de paredes de piedra y ventanas arqueadas de madera, clavadas en la fachada como si fueran unos ojos curiosos. Solo una luz se filtraba a través de un ventanuco con cristal opaco, justo a ras del suelo. ¿Qué hacía Mistik en un sótano o en una bodega a las seis de la mañana?

A Léane casi le da un ataque al corazón cuando un perro apareció por detrás de ella. Era un *fox terrier* nervioso que primero le olisqueó los zapatos y el pantalón y luego se sentó delante de la puerta. Léane sacó el arma y, sin hacer el más mínimo ruido, giró el

pomo de la puerta principal. Estaba abierta.

Capítulo 61

Léane le cortó el paso al perro para que no entrara y se adentró en la casa. Llegó a un pasillo cuyas puertas estaban todas cerradas excepto una, de donde salía un rayo de luz rojiza. Léane tenía la sensación de estar metiéndose en la boca del lobo.

Abrió un poco más la puerta, con los dientes apretados, temiendo que chirriara. Se topó con unas escaleras que giraban hacia la izquierda. Bajó y tuvo que agacharse para pasar por debajo de una bóveda de piedra. Más allá de dicha bóveda, se extendía una sala de torturas con un techo muy alto. Clavos, cuchillas, látigos y grapadoras brillaban sobre una mesa de trabajo. A la derecha, se encontraba una mesa con grilletes. Se detuvo un momento al ver, colgado junto a los látigos, fustas, mordazas y varios materiales sexuales, el xifóforo con su hoja de afeitar. Aún quedaba algo de sangre seca sobre el metal.

Mientras contenía la respiración, escuchó unos dedos tecleando en otra habitación. Empujó una cortina de correas, que tintinearon. Otra sala de tortura, otro material. Entre ellos, una jaula de pájaros gigante, una especie de sarcófago atornillado a la pared, y un recipiente cilíndrico lleno de agua, coronado por un sistema de cadenas y poleas que permitía sumergir un cuerpo suspendido.

Mistik estaba en una esquina, el cuerpo tenso, con pantalones de cuero y una camiseta sin mangas blanca, sentada frente a un portátil. Se giró bruscamente, con los ojos abiertos como platos. Léane la apuntó con la pistola.

—Mueve un dedo y disparo.

—¿Quién coño eres?

Léane descolgó un par de esposas y se las lanzó.

—Póntelas. Las manos a la espalda.

Mistik miró rápidamente la pantalla del ordenador y quiso cerrarla,

pero Léane fue más rápida y dio un fuerte golpe en el pie de la silla que hizo que Mistik cayera al suelo. Hizo que el seguro se accionara con un movimiento y ajustó su puntería.

—Te voy a matar en tu sótano sórdido. Te juro que no dudaré.

Léane estaba al límite de su paciencia. Mistik retrocedió, las manos en el suelo, y obedeció. Se levantó y cerró los círculos de acero alrededor de sus muñecas. Su cuerpo estaba lleno de cicatrices, viejas quemaduras y cráteres marrones; un verdadero campo de batalla.

Léane observó el ordenador, donde había una ventana abierta que contenía un chat: la mujer estaba conversando con alguien. Su corazón le dio un vuelco en el pecho cuando vio con quién se estaba comunicando.

Moriarty, ese enfermo que la Policía le había mencionado y que, sin duda, había mantenido a Sarah cautiva durante cuatro interminables años.

6:13:42 Moriarty: ¿Vale?

Ese mensaje apareció justo en ese momento ante sus ojos. No apartó la mirada de Mistik cuando se sentó en la silla. Reconoció, en la pantalla, las direcciones acabadas en «.onion» y el navegador TOR: la *darknet*. El *software* era TorChat. Ya había oído hablar de él por parte de los equipos de cibercriminalidad que la habían ayudado con uno de sus libros. Era el equivalente a un sistema de SMS anónimo de la *darknet*. Cada vez que se cerraba la ventana, todos los mensajes desaparecían. Ninguna pista, ninguna forma de recuperar los archivos.

Repasó rápidamente el hilo de conversación.

6:02:10 Mistik: Urgente. Responde porfa.
6:10:22 Moriarty: ¿Qué quieres? ¡Te dije que no me contactaras más! ¡Se ha acabado! Es la última vez que tú y yo hablamos. Explica.
6:10:57 Mistik: Siempre me has dicho que te informe si pasaba algo raro.

Y tengo la sensación de que me ha seguido una mujer.
6:11:25 Moriarty: ¿Dónde? ¿Cuándo?
6:11:42 Mistik: Hace un cuarto de hora. Creo que desde el Torreón. El coche pasó por delante de mi casa y continuó el camino. Matrícula acabada en 59. El norte.
6:12:32 Moriarty: Hace dos años que todo acabó. No te preocupes y deja de escribirme por todo. La Policía pronto encontrará mi cadáver. Esta es nuestra última conversación. Todo ha acabado. Ya no existe nada. ¿Vale?
6:12:58 Mistik: ¿Tu cadáver? ¿Qué ha pasado?
6:13:42 Moriarty: ¿Vale?

El cursor parpadeaba ante sus ojos, esperando una respuesta. Léane estaba en *shock*, pero no se paró a pensar. Hacía casi dos minutos que Moriarty esperaba; pronto sospecharía de algo. Se lanzó sobre el teclado.

6:15:20 Mistik: Vale.

Clicó, tragó saliva. No hubo respuesta. Entonces, con rapidez, tecleó de forma instintiva, porque tenía que ir rápido, no perder el contacto y arriesgarlo todo:

6:16:27 Mistik: Pero tenemos que vernos.

Mientras esperaba sentía la angustia en la garganta. Esperó uno, dos minutos. Moriarty ya no respondía. Tal vez había cometido un error, tal vez no debía haber escrito esa frase. Añadió:

6:17:12 Mistik: ¿Sigues ahí? Responde, por favor. Sé cosas sobre Giordano. Sobre su desaparición.

Nada. Silencio absoluto. Golpeó el escritorio con el puño.
—¡Mierda!
Se enderezó. Sus ojos ardían de puro odio cuando apuntó con la

pistola al pecho de Mistik, que seguía sentada en una esquina.

—Te doy diez segundos para que me digas quién es. Quiero que me hables de Giordano y de Moriarty. Quiero entender por qué hacéis todas estas cosas, esos cabronazos y tú.

Mistik clavó sus grandes ojos de águila en los de Léane.

—Quiero entenderlo todo ya, o te garantizo que te mato a tiros.

—No lo harás. No tienes huevos.

Léane sacó el móvil y le enseñó la foto del rostro destrozado de Giordano, esposado, con las manos por encima de su cabeza. A Mistik le impactó, pero no cedió. Mostró los dientes y escupió como una serpiente venenosa.

—¡Que te follen!

Léane ya no podía más, temblaba de la cabeza a los pies. Agarró a Mistik del pelo y la inmovilizó contra el suelo, luego la golpeó con la culata de la pistola. La mujer rodó por el suelo con un grito ronco. Se acabaron los sentimientos. Estaba acabada. Actuaba por puro instinto, por la necesidad de respuestas. Su única misión era hacer que escupiera todo lo que sabía, hasta la última palabra. Podría resistir los golpes y el dolor de una bala en la pierna, pero no la sensación de ahogamiento, el clásico de los torturadores.

Y, cuando le colocó los pies en las ataduras de metal que colgaban, entendió que Mistik no lo soportaría, por la forma en que se resistía y gritaba. Quizá le gustaba ver a sus esclavos hundirse en esa cosa, quizá le produjera un placer infinito, pero hoy le tocaba a ella pagar las consecuencias.

Léane tiró de una cadena que activó el sistema de poleas. Su prisionera fue alzada del suelo, cabeza abajo, con las manos aún esposadas detrás de la espalda. La barra a la que estaba atada giró hasta quedar sobre el cilindro de metacrilato. Mistik se desgarraba las cuerdas vocales y se retorcía, y, cuando Léane tiró de la palanca que sumergió el cuerpo, los gritos se convirtieron en burbujas mientras el rostro, agrandado por el grosor del plástico, se transformaba en una máscara espantosa.

Capítulo 62

16 de julio de 2016

Querido Andy:

Es la tercera vez que me atrevo a escribirte, espero que no pienses que estoy loca. Las palabras no salen tan fácilmente cuando se trata de plasmar en papel lo que uno siente, lo que guarda en lo más profundo del corazón, y no siempre se consigue expresar con frases lo que nos gustaría decir.

Puedo imaginarme lo mucho que estás sufriendo. He hecho algunas investigaciones sobre el universo helado en el que te han encerrado: esas celdas horribles, esos pasillos oscuros, esas reglas estrictas a las que te someten. Es inhumano. Quiero que sepas que siempre estaré ahí para apoyarte, acompañarte, y espero que estas pocas palabras de aliento te permitan evadirte un poco de tu celda, soñar y pensar en mí, ¿por qué no? Aquí te espero y te esperaré siempre.

Cada ave despega ágilmente, vuelo eterno, rozan estrellas silenciosas. En nidos tejidos entre ramas, reposan alas doradas, oscuras, suaves… Cerca, en riberas, colibríes aguardan despiertos el soplo apacible, inesperado, nacido tras barrancos escondidos, rincones negruzcos, albergues recónditos. Dime, para atrapar una libélula inquieta navegando entre pinos, ¿es riesgoso luchar obnubilado, temeroso?

Perdona, tengo la sensación de que, al igual que las aves, mi pluma se echa a volar… y por eso termino escribiendo cualquier cosa. Ya debes de haberte dado cuenta en las cartas anteriores. Es algo que me pasaba a menudo en el cole: me decían que siempre

estaba dispersa y distraída, que era una soñadora. ¿Acaso es algo malo ser una persona soñadora y tener mucha imaginación? En fin, estoy contigo, Andy. Yo misma, mi corazón y todo lo demás. Los barrotes de tu prisión no deben impedirte volar, como el pájaro, y traerte un poco de luz.

Sé que te gusta la originalidad y la sorpresa, pero también sé que lo que más te gustan son los números, o al menos eso es lo que cuenta la prensa, que tanta basura dice sobre ti. Así pues, al igual que la vez pasada y la próxima, aquí me encuentro, descrita en números. Espero no aburrirte.

El 4, como símbolo de solidez. Soy fuerte y sé afrontar pruebas, como tú. Superaré la más dura de todas: la que te mantiene lejos de mí. El 5, como los sentidos: mi favorito es el tacto. El 2, como la pareja; el 2 es la base de todo, y creo que tu número favorito. También me gusta el 0, ya lo sabes, porque es el número más perfecto, el que lo absorbe todo. El 9, múltiplo de 3, es la dimensión de las gestaciones. Que sepas que, por supuesto, vivo sola desde hace años y no tengo hijos. Y tú tampoco, ¿me equivoco?

¿Qué tal otra serie para que me conozcas un poco mejor?

El 5, una vez más, como esas cinco palabras tan importantes para mí: vida, lucha, aventura, cambio, libertad. El 3 es más selectivo que el 5 o el 9, pues limita las opciones: si tuviera que elegir, primero serías tú, luego yo y finalmente nosotros. Y, para acabar, el 4, ese cuadrado perfecto y riguroso, como tú. Me gustan las personas rigurosas, que tienen el control y no dejan nada al azar. Evidentemente, tú eres una de esas personas.

Eso es todo por esta vez. Por desgracia, no soy muy habladora, ni en voz alta ni por escrito, espero que no me lo tengas en cuenta. Qué crueldad…, ni siquiera sé si recibes mis cartas, pero yo seguiré escribiendo. ¿Acaso recibiré una respuesta algún día? ¿Por lo menos te apetecería hacerlo? Me atrevo a pensar que sí. Sé que somos muchas las que te escribimos, y que no soy más que una admiradora entre tantas otras, pero espero ganarme un lugar especial en tu corazón.

Con toda mi admiración,

Tu devota Irène A.

Vic alzó la vista de la carta cuando Vadim entró en el despacho aquel miércoles por la mañana. Había sido una noche de corta duración. Tras haber avisado a Mazato por teléfono de sus últimos descubrimientos y haber enviado mensajes a sus compañeros, se había ido a su habitación de hotel a dormir unas horas, porque había que recargar energía y esas cosas. Luego se pasó por el laboratorio de la Policía científica a primera hora de la mañana para dejar el libro que se llevó del internado: Mazato había movido los hilos para conseguir un análisis de la sangre presente en una de las páginas con prioridad absoluta. El caso Chamrousse había terminado, por lo que los técnicos de laboratorio tenían más disponibilidad para actuar rápido. También se encargarían de finalizar los análisis de los ADN de la «cosa».

Vadim se quitó el abrigo y se acercó para darle un apretón de manos a su compañero.

—Por fin sabemos quién es Moriarty…

Vic le explicó la historia al dedillo: el internado Rocas Negras, el ensañamiento del profesor de Educación Física con Delpierre y Jeanson, los presuntos actos de pedofilia, las mutilaciones en las duchas y la huida, un tiempo más tarde, de su compañero de habitación, Luc Thomas.

—¿Y por qué ese tal Luc Thomas regresaría treinta años más tarde para robar los expedientes del internado?

—Porque quizá pensó que, tarde o temprano, terminaríamos yendo a rebuscar en esos expedientes. Se está deshaciendo de pistas. ¿Tendrá miedo de que Jeanson hable? ¿O de que su rostro, que tanto trata de ocultar, nos diga algo?

—¿Y la historia en relación con los libros de Léane Morgan? ¿Por qué llevarlos hasta ahí?

—No tengo ni idea. Pero una cosa está clara: lo que está pasando en el norte, en las profundidades de la prisión de Valence y aquí, forma parte del mismo enredo. Moriarty no es anónimo del todo. Luc Thomas tiene que existir en algún sitio. Vamos a encontrarlo, ya sea gracias a la biología o las búsquedas en la Administración. Jocelyn y

Ethan ya están encargándose de eso.

Vic sacudió la mano.

—Mira, ven aquí. Acabo de encontrar algo.

Vadim se pegó a él y miró la carta que señalaba Vic. En el encabezado, una fecha y un «Querido Andy». La carta estaba firmada por «Irène A.».

—Irène A. podría ser por Irène Adler, uno de los personajes de Conan Doyle.

Vic le tendió el paquete de cartas a su compañero.

—¿Podrías buscar las demás cartas firmadas por Irène?

Vadim asintió y se sentó a su lado. Mientras tanto, Vic releyó varias veces la carta, con cuidado; el ceño fruncido. ¿Qué significaba ese pasaje casi incomprensible en medio del texto? ¿Y la historia de los números? La carta le parecía trivial y muy extraña al mismo tiempo. Se imaginó a Félix Delpierre, en su sótano, escribiendo esa carta frente a su «cosa», devanándose los sesos para ponerse en la piel de una mujer, hasta tal punto que modificó su propia letra.

—He encontrado otra. «Irène A.».

Vadim se la entregó. Vic la leyó con atención y se sorprendió porque la estructura era idéntica: dos o tres párrafos de banalidades, seguidos de un pasaje oscuro de un par de líneas, en esa ocasión hablando de árboles y del océano. Luego, hacia el final de la carta, Irène A. retomaba la historia con los números y concluía con un último párrafo cargado de sentimientos. Vic esperó a que Vadim encontrara otra carta y, efectivamente, se topó con esa misma estructura.

Puso las cartas la una al lado de la otra y se concentró en los párrafos enigmáticos. Sabía que la solución se encontraba justo ahí, delante de sus ojos. Se imaginó a Jeanson abriendo la carta perfumada y descifrando las palabras que Delpierre le había escrito, bajo la atenta mirada de los guardias. Fue capaz de adivinar su satisfacción, su poder.

«Cada ave despega ágilmente, vuelo eterno, rozan estrellas silenciosas. En nidos tejidos entre ramas, reposan alas doradas, oscuras, suaves…», leyó con toda su atención. Y otra frase, en otra carta: «Callejones arrastran delirios, árboles viejos espían ruinas en

silencio. Ecos nublados tiñen el río, recuerdos arcanos, dormidos, ocultos, sombríos». La misma oración incomprensible, el mismo número de palabras, y el mismo…

Y, en ese momento, lo vio. Las letras se iluminaron en su cabeza como las balizas en las pistas de aterrizaje de un aeropuerto.

—¡Lo tengo!

Vadim alzó la mirada hacia su compañero.

—¿Qué has encontrado?

Vic no respondió, pues ni siquiera lo había escuchado. Cogió un papel, un bolígrafo y se puso a subrayar algunas letras.

«Cada ave despega ágilmente, vuelo eterno, rozan estrellas silenciosas. En nidos tejidos entre ramas, reposan alas doradas, oscuras, suaves… Cerca, en riberas, colibríes aguardan despiertos el soplo apacible, inesperado, nacido tras barrancos escondidos, rincones negruzcos, albergues recónditos. Dime, para atrapar una libélula inquieta navegando entre pinos, ¿es riesgoso luchar obnubilado, temeroso?».

—Hay un párrafo especial en cada una de las cartas escritas por Delpierre. Justo en este bloque, el autor transmite el inicio del mensaje. Ahí se encuentra la clave de todo. Basta con pegar las primeras letras de cada palabra de esos pasajes para entenderlo.

Vadim se acercó y se inclinó sobre la carta.

—«C-a-d-á-v-e-r-e-s e-n-t-e-r-r-a-d-o-s c-e-r-c-a d-e S-a-i-n-t-B-e-r-n-a-r-d, P-a-u-l-i-n-e P-e-r-l-o-t».

Miró a Vic.

—Mierda. ¿Qué coño quiere decir eso?

Vic se tomó unos segundos antes de responder.

—La Inmortal de Kaspárov… Creo que lo he entendido.

Sin perder el ritmo, Vic anotó a toda velocidad una sucesión de cifras.

—Mira. Si juntamos todas las cifras que se mencionan en esta misma carta, obtenemos 4522093 en el primer párrafo y 553594 en el segundo. Lo que daría 45.22.09.3 y 5.53.59.4 si ponemos los puntos. Eso son las coordenadas GPS exactas de la tumba de Pauline Perlot, están escritas en el informe. Eso es exactamente lo que Delpierre le transmitió a Jeanson por medio de esta carta:

«Cadáver enterrado cerca de Saint-Bernard, Pauline Perlot. 45.22.09.3E, 5.53.59.4N». Es el lugar concreto donde nuestros compañeros desenterraron el cuerpo, Vadim.

Vadim se quedó mudo; la vista, clavada en el resto de cartas.

—Espera un momento, creo no lo pillo del todo. Me estás diciendo que… que…

—Que estoy casi seguro de que Andy Jeanson no ha hecho más que transmitirnos lo que está escrito en estas cartas, que se hizo responsable de todos los asesinatos, de los ocho.

Silencio. Vic se repeinó el pelo hacia atrás, impactado por sus descubrimientos.

—Los cuerpos que entrega a la Policía a cuentagotas desde hace dos años son los de Delpierre. Se sacrificó, Vadim, como la torre blanca en la Inmortal de Kaspárov. El Viajero, considerado uno de nuestros peores asesinos en serie, puede que no haya matado a nadie.

—¿Eso significa que Jeanson lleva casi dos años tomándoles el pelo a los investigadores? ¿Que ese cabronazo, que tiene más artículos en la prensa que una estrella de *rock*, nos ha hecho creer que cometió los asesinatos de otro? ¿Y que no nos dimos cuenta de que las supuestas víctimas de Jeanson y las de Delpierre son las mismas?

Vic asintió con la cabeza, convencido.

—La «distracción». Atrayendo la atención hacia sí mismo, el Viajero nos impidió que viésemos más allá. Ya no seguimos buscando a las víctimas, sino que esperábamos a que Jeanson nos entregara los cadáveres. Eso es precisamente lo que iba a suceder con Sarah Morgan. Delpierre iba a enterrarla, como a las demás, y sería Jeanson quien, algunas semanas más tarde, nos revelaría el lugar en el que se encontraría el cadáver, atribuyéndose el crédito del asesinato.

—Es demente.

—Esto no quiere decir que Jeanson sea inocente, ni muchísimo menos. Tenemos pruebas irrefutables de que fue él quien secuestró a todas esas chicas, pero quizá su papel en todo eso se termine ahí, al igual que el de Delpierre se limitaba a la «limpieza». La diferencia

es que uno se sitúa al inicio de la cadena y el otro al final.

—Entonces, estaríamos ante una sola y misma red organizada. Jeanson, Delpierre y, en el meollo de todo el asunto, el famoso Moriarty, alias Luc Thomas.

—Sí, eso es lo que pienso. Los tres compañeros de habitación…, unos tíos que, treinta años después, volvieron a formar su grupo para raptar, secuestrar, torturar y asesinar a unas pobres chicas, cada uno enfocado en su tarea. De todos modos, Jeanson estaba entre la espada y la pared. Como autor de una serie de secuestros, se arriesgaba a ir a prisión sí o sí, así que se hizo cargo también de los asesinatos. Es su manera de seguir jugando. Todos juegan, esos pedazos de cabrones…

Vadim se sentía incapaz de medir el impacto de aquellos descubrimientos. Un asesino en serie que en realidad no lo era... El desconcierto total de la Policía, engañada por todos lados… Jeanson y Delpierre, dos críos sin duda destruidos por las adversidades y los abusos sufridos en su infancia, que nunca lograron superarlo del todo… ¿Habían visto en Moriarty a su salvador?

—Una pregunta realmente estúpida: si el papel de Jeanson se limitaba al secuestro, ¿por qué enviaba los mechones de pelo meses más tarde?

—Por existir. Porque le daba cierta importancia, una identidad. Con esos mechones y ese *modus operandi*, se convirtió en el Viajero, perseguido por todas las fuerzas de la Policía. Hizo que naciera una leyenda, su propia leyenda. En cierto modo, actuó como Delpierre, que también quería existir por sí mismo, aunque de una manera mucho más discreta; por eso secuestró a Apolline o fabricó su «cosa». Todos tenemos esa necesidad: la de existir por nosotros mismos, y no limitarnos a ser el esbirro de otra persona…

Vic hojeó las cartas seleccionadas por su compañero.

—Solo nos queda comprobar las demás y asegurarnos de que…

Sus palabras murieron en sus labios cuando descubrió la fecha de una de las cartas. Jeanson había recibido una misiva, más larga que las demás, que databa del miércoles pasado, siete días antes, dos días después del numerito en la gasolinera.

Delpierre, que sabía que la había cagado y era consciente de que

la Policía no tardaría en enterarse, quiso enviarle un último mensaje a Jeanson. Una vez más, Vic cogió el bolígrafo y se puso a anotar con una escritura frenética la primera letra de cada palabra. El texto que apareció ante sus ojos le puso la piel de gallina.

Lo inconcebible.

Cogió la hoja, saltó de la silla y salió disparado hacia la puerta.

—¡Llama a emergencias!

Capítulo 63

—Nunca le he visto la cara. No sé quién es, te lo juro.

Unas gruesas venas surcaban la frente de Mistik, a diez centímetros de la superficie. El agua le corría por los ojos, la nuca y entre los pechos. Había creído que se iba a ahogar en varias ocasiones. Para Léane, ver un cuerpo luchando con tanta fiereza había sido insoportable. Pero la lengua de su prisionera se fue soltando poco a poco.

—La primera vez que me crucé con Moriarty se remonta a 2013. Una noche, vino a verme al Torreón para una sesión. Llevaba una de esas máscaras venecianas con un pico largo…

Tuvo un fuerte ataque de tos, escupió agua, y Léane creyó que los ojos se le iban a salir de las órbitas.

—Es bastante común que… que los hombres vengan enmascarados o maquillados, para preservar su anonimato. El Torreón es un… un club selecto, en el que uno solo puede entrar por cooptación. Es famoso porque protege con empeño la identidad de… su clientela. Nada de nombres, ni archivos, ni fotos. La gente que lo frecuenta tiene dinero y es muy discreta. Abogados, personalidades influyentes, que llevan dos vidas paralelas: una a la luz, junto a su familia y amigos, y otra en la oscuridad.

Se contrajo en una mueca para limitar el flujo de sangre hacia su cerebro. Su rostro estaba rojo como un tomate.

—Moriarty estaba al corriente de mi pasado, y sabía acerca de mi gusto por el sufrimiento. Pero no tenía interés en los asuntos carnales, solo quería mirar… Así que eso era lo que hacía: se quedaba en un rincón y observaba a los hombres en acción. Pero, al fin y al cabo, el Torreón seguía siendo un establecimiento sometido a ciertas normas. Nada de sangre, ni actos extremos, como cortes con

cuchillos, que pudieran dañar su reputación. Moriarty quería ver más. Sabía que yo ofrecía esa posibilidad… a quienes estaban dispuestos a pagar el precio. Así que sus sesiones de observación continuaron aquí, en mi mazmorra privada…

El negocio del vicio, de la tortura, de la mujer-objeto… A Léane no le costaba imaginarse las escenas de tortura, los gritos o la carne magullada. Un verdugo que oficiaba, un observador enmascarado… ¿Por qué Moriarty no tenía relaciones físicas? Léane se desenvolvía en un universo marginal, codificado, sin tabúes, un espacio desquiciado donde la gente normal era la anormalidad.

—Moriarty sabía que me traía a los hombres más extremos a estas cuatro paredes; A aquellos que podían permitírselo, claro. Tras meses de sesiones, ambos habíamos construido una relación de confianza.

Sorbió por la nariz; quizá estuviera llorando al mismo tiempo. Los grandes chorros negros de maquillaje le daban un aire de payaso triste mórbido. Señaló una zona del sótano.

—Hay unos agujeros en esa pared que dan a otra sala. Él espiaba desde ahí detrás, sin que mis clientes lo supieran… Luego, un día, me dijo que ya no vendría más, pero me propuso un trato, algo extremadamente simple y que me haría ganar mucho dinero. Me habló de la *darknet* y me instaló unas cosas sacadas de no sé dónde en mi ordenador. Nuestras conversaciones continuaron a través de TorChat… Una vez, me dio una dirección de correo electrónico que consistía en una larga secuencia de cifras y letras, y me explicó lo que esperaba de mí: que se la transmitiera a mis clientes más radicales, esos que… que me traía a este sótano, los que… no tenían ningún límite. Quería a los que tenían más pasta, pero, sobre todo, quería a los peores.

Léane la escuchaba sin moverse, apretando los puños.

—¿Sabes cómo es un hombre que ya no tiene límites, un hombre que ya no te ve como mujer, sino como el territorio para saciar sus fantasías? Una bestia, un demonio. Esa bestia era la que Moriarty esperaba. Así que lo único que tenía que hacer yo era proporcionar a esos hombres ese correo, que Moriarty cambiaba regularmente por seguridad. Tenía que decirles a esos hombres que enviar un mensaje

a esa dirección a través de la *darknet* era la promesa de una «experiencia definitiva», anónima y segura.

—¿Qué experiencia?

—No tengo ni idea.

Léane activó la palanca, y desvió la cabeza cuando los ojos en blanco de Mistik aparecieron detrás del metacrilato. Su cuerpo se arqueó como si recibiera descargas eléctricas. Al cabo de unos quince segundos interminables, la volvió a sacar.

—¡Nunca me lo ha contado, joder! Pero… yo… sospecho que… que no era algo sano, que… tenía que ver con desviaciones extremas, teniendo en cuenta todas las precauciones que Moriarty tomaba para preservar el secreto… Y tú vienes a hablarme de asesinatos… Entonces debe de ser eso… Eso debe de ser la «experiencia definitiva»…, la posibilidad de llegar todavía más lejos, el no tener límites, que podría conducir a la muerte. Esas cosas no existen solo en las pelis, existen de verdad… En lo que a mis experiencias se refiere, hace años, de no ser por la barrera social del observador, estoy segura, segurísima, de que algunos hombres habrían llegado hasta el final, que habrían terminado por violarme, torturarme o matarme. Solo era cuestión de tiempo. En esos momentos, vi a la bestia agazapada en el fondo de cada uno de ellos… Rompen las barreras y la bestia se libera. Esa era la bestia que Moriarty buscaba.

Léane sentía la mano tensa sobre la palanca. ¿Acaso Moriarty les había ofrecido la posibilidad de matar a aquellos que estaban dispuestos a pagar el precio? Sintió como si recibiera puñetazos en el pecho, unas ráfagas cada vez más violentas que le destrozaban todo por dentro.

El cuerpo de Mistik oscilaba como un péndulo.

—Yo… Yo les di ese correo electrónico a… varios hombres. De vez en cuando, encontraba un sobre con dinero en efectivo en el buzón de mi casa. Luego todo paró de golpe. Recibí el último sobre en febrero de 2016, junto a un par de frases: «Se ha acabado. No me contactes más, a no ser que sea por una urgencia».

Febrero de 2016. Andy Jeanson había sido detenido un mes antes. Léane no quería verlo como una mera coincidencia. Jeanson estaba en la cárcel… ¿Se habría roto un eslabón en la cadena?

—¿Cuántos? ¿A cuántos monstruos les transmitiste el correo?

Mistik dudó, pero, cuando vio que Léane estaba a punto de pulsar la palanca, decidió hablar:

—Veinte… Puede que más. No sé. Y tampoco sé si todos lo utilizaron…

—¿Giordano formaba parte del grupo?

Ella asintió. Léane sintió un calor abrasador en el vientre.

—Háblame de él; sobre cómo os conocisteis y sobre vuestros asuntos.

—Giordano era un poli muy conocido en el mundillo de la noche… Algunos lo respetaban, pero la mayoría lo temían. Un verdadero desquiciado… Él… solía pasarse por el Torreón, siempre muy tarde, para terminar la noche. Tenía libre acceso. Tras varios encuentros, terminamos aquí, en mi sótano. Era retorcido, pero tan retorcido… Quizá fuera el peor de todos. Hasta llegó a tatuarse en el hombro su «juguete» favorito…

—El xifóforo.

—Sí. Cada vez que tenía a Giordano delante, con ese cuchillo en la mano, volvía a ver a aquel hombrecillo con gafas, enclenque, surgido de la nada hace veinticinco años, que había cogido ese objeto y me había rajado los dos pechos. Giordano era de esa misma calaña: dulce en un momento, y un demonio inmediatamente después. Incluso antes de la cárcel, algo no debía de andar bien en su cabeza. Luego lo atraparon en un caso de trata de personas. La Policía investigó y tiró del hilo hasta llegar al Torreón. Sabían que iba allí de vez en cuando, que había participado en algunas sesiones… Me llamaron a testificar y yo minimicé los hechos. Nunca hablé de nuestra relación en este sótano.

—¿Por qué?

—Porque… Porque aquí se encuentra mi negocio de verdad. El Torreón no es más que una fachada, una forma de que piquen el anzuelo, ¿qué te crees? Giordano volvió a buscarme al salir de la cárcel. El trullo no lo había apaciguado, más bien al contrario. Estaba aún más hambriento y se había vuelto más peligroso. Me… me cogía por el cuello y apretaba, y apretaba… Me cortaba con el xifóforo y, justo después, me abrazaba y lloraba como un crío. Me parece que

perdió el tornillo que le quedaba cuando lo encerraron. Creo que habría acabado matándome si le hubiera dejado hacer lo que quisiera…

Léane se arrepentía por haber actuado como una debilucha frente a ese hijo de puta esposado en el fuerte. Se había burlado de ella a lo grande.

—Conocí a Moriarty mientras Giordano estaba en la cárcel. Así que le hablé de la *darknet* a Giordano y le di la dirección de correo. Tenía mucho dinero gracias a una herencia, encajaba perfectamente con el perfil que Moriarty buscaba. No volví a verlo después de eso. Ese correo… era como una puerta hacia otro mundo, ¿entiendes? Los que la cruzaban desaparecían de mi vida para pasar a otra dimensión. Tú acabas de decirme cuál.

Cada palabra, cada imagen, hería a Léane en lo más profundo de su ser. Tal vez Sarah, al igual que otras desafortunadas víctimas, había sido el campo de juego de esos enfermos; superficies de carne donde los límites no existían. Sintió ganas de derrumbarse, de tumbarse en un rincón y de morirse. Pero su ira la mantenía anclada a la vida.

—Esos hombres… Quiero saber quiénes son. Dame el nombre de esos cabrones.

Mistik escupió.

—¿De verdad te crees que me dejaban una tarjeta de visita? Solo eran tíos enmascarados, rostros y cuerpos, manos que me torturaban. Pagaban caro por mi silencio. ¿Es que no lo pillas? Han llegado hasta lo más profundo de mí y, sin embargo, no conozco a ninguno de ellos. Además, eso ocurrió hace tres o cuatro años, todo se perdió en la oscuridad… Y, aunque encuentres a alguno, ¿qué crees, que va a hablar después de tantos años? Nadie hablará. En este mundillo, es la ley del silencio. Trabajan en los tribunales, frecuentan los clubes exclusivos. Pueden pagarse todo, incluso nuestro dolor. Nos consumen. Tanto tú como yo no somos más que objetos…

Léane ya no podía más. Debía involucrar a la Policía para que investigaran el Torreón y localizaran a los clientes de Mistik, pero estaba atada de pies y manos. ¿Era posible que todo terminara

ahora, que se fuera sin respuestas? ¿Había llegado al límite de su investigación, de sus posibilidades y de sus fuerzas?

Apretó los dientes y reforzó el agarre alrededor del mango.

—Condujiste a todas esas chicas a una muerte segura, y tú lo sabías. Es culpa tuya si…

Se calló de sopetón, cerró los ojos. Mistik no era una víctima, sino que formaba parte de la cadena mortal. Había ocultado la verdad siendo plenamente consciente de ello y en el fondo lo sabía. Para darse un poco más de valentía, Léane pensó en Sarah, en su sonrisa, en esa última foto de su hija, tan feliz de estar viva.

Mistik no podía seguir viviendo.

Puso la otra mano sobre la palanca y llenó sus pulmones de aire mientras su prisionera gritaba. Léane giró la barra y soltó la cadena. Mistik se desplomó en el suelo, justo al lado del cilindro. Léane la arrastró hasta la jaula y la encerró allí. Luego lanzó la llave del candado al agua.

—Más te vale que no me pase nada.

Léane dio media vuelta y se quedó plantada delante del ordenador. Había aparecido una nueva línea en la pantalla:

6:31:52 Moriarty: Nos vemos pasado mañana. 22:00 h, en Étretat. La aguja hueca.

Capítulo 64

Los pinos negros se alzaban hasta el infinito, conformaban un verdadero ejército de sombras, mudo y siniestro, anclado en la nieve; esa costra gris y silenciosa que asfixiaba la vida, el movimiento, la esperanza. Ni un animal, ni una hoja que susurrara; lo único que se escuchaba en alguna ocasión era cuando se desprendían unos bloques de nieve de las ramas y las hacían crujir. Entonces, con una única y misma voz, el bosque comenzaba a gemir, como si una mano de gólem retorciera los troncos de los árboles y los torturara.

Smartphone en mano con el GPS abierto, Vic corría por aquel laberinto hasta quedarse sin aliento, con unos cristales translúcidos pegados a los pelos de su barba de tres días. La nieve lo engullía y lo hacía caer, al igual que a sus compañeros, pues ninguno llevaba raquetas de nieve. Mucho más adelante, una cortina negra y dentada se abría como una mandíbula: la cadena de Belledonne, imponente en todo su esplendor. Por detrás de él iban Vadim, Manzato, dos paramédicos y un médico de urgencias, cargando su pesado botiquín. Luchaban por seguirle el ritmo. El frío se colaba en las gargantas, helaba el oxígeno, quemaba los pulmones. En la misma dirección de sus miradas preocupadas, las linternas rasgaban la noche, revelaban agujeros traicioneros, rocas peligrosas y bancos de nieve tan duros como la madera. Hacía un frío que pelaba.

Manzato rompió el silencio.

—¿Cuánto queda?

—Todavía alrededor de… quinientos metros.

Los vehículos estaban aparcados a un kilómetro, al borde de la carretera departamental. El lugar al que se dirigían, a una hora de Grenoble, era un antiguo sendero de caminata, inaccesible en coche.

Las pendientes se inclinaban, las raíces se aferraban a la tierra helada como arañas gigantes. Vic tenía los pantalones y los zapatos empapados, los pies helados, pero se armó de coraje. Apolline era una luchadora, había logrado superar su discapacidad y prosperar a pesar de la ceguera. A pesar del ultimátum de Delpierre, aún podía estar viva. El policía rezaba para que así fuera.

A pesar del dolor en sus músculos ardientes, recordaba cada palabra que había descifrado en la última carta enviada por el Descuartizador, y que al final contenía un mensaje con un terrible presagio:

> Me van a atrapar, es cuestión de días. No saben nada. Como prometí, me llevaré nuestro secreto a la tumba. Moriarty ha desaparecido del todo, probablemente para llevar a cabo su golpe de efecto magistral, del que siempre nos habló; la más hermosa de las desapariciones, a ojos de todos. Es un mago de verdad. Aprovecha para brillar una última vez. Apolline Rina. Ciega. Mi orgullo. Encerrada en un refugio abandonado, cerca del arroyo Grande Valloire, La Ferrière. 45.17.32.7N, 6.06.50.8E. Le quedan cinco o seis días de vida. Espera una semana antes de decírselo a la Policía. Que muera justo entre sus brazos. Adiós, viejo amigo.

Cinco o seis días… Justo la víspera y la antevíspera. Vic sacó fuerzas de lo poco que le quedaba, sorteó los obstáculos y se aferró a las ramas. Tenía que salvarla, tenía que estar viva; por él, por sus compañeros, por su propia hija: ¿cómo crecer en un mundo donde hasta la más mínima luz se apagaba, incluso la de la esperanza? Si Apolline se iba, todo se sumergiría en las tinieblas, sin posibilidad de regreso. Vic no podría soportar la idea de vivir en ese mundo.

Finalmente alcanzó una superficie plana, un pequeño claro en un crisol de granito. La sensación de ahogo era inmensa, pues los flancos de las montañas se sentían muy cerca debido a la oscuridad. A lo lejos, bajo el brillo de las linternas y las estrellas, se dibujó la masa negra del refugio, una boca de piedra con un techo ligeramente inclinado que parecía sacada de otra época. Alrededor, la nieve estaba inmaculada, sin rastro de pisada alguna. Los

hombres se acercaron, sin aliento, empapados de sudor bajo los abrigos. Todas las salidas del edificio habían sido bloqueadas con unas tablas de madera clavadas. Dentro del viejo refugio debía de reinar una noche perpetua, como tras la mirada de Apolline.

Los hombres se abalanzaron sobre las tablas cruzadas en la puerta, y tres pares de brazos bastaron para arrancar los clavos. Parte del marco cedió con un crujido. Cuando hubo espacio para colarse por él, Vic se introdujo primero en el interior, con su arma y la linterna en las manos. El olor a antiséptico mezclado con sangre le llegó a la nariz. Con un gesto rápido, barrió con la mirada la habitación deteriorada. Trozos de teja, tablas y vidrios cubrían el suelo de parqué. El haz de luz se detuvo entonces sobre un colchón tirado en el suelo, ubicado en la esquina derecha de la habitación.

Le dio un vuelco al corazón cuando se fijó en el cuerpo enrollado en unas mantas gruesas. Los muñones de los brazos, apoyados sobre la lana gris, estaban envueltos en gruesos vendajes con los extremos oscuros, de ese color amarillento mezclado con rojo característico de las heridas mal curadas, purulentas. Dos bolsas translúcidas colgaban de la pared, conectadas al brazo izquierdo por un catéter. Estaban vacías.

Sin pensarlo, Vic se precipitó hacia el cuerpo inmóvil de Apolline. El rostro estaba pálido, demasiado blanco y demacrado; los labios parecían congelados, de un rosa apagado; los ojos estaban perdidos en la nada, inmóviles, cubiertos por un velo translúcido. No reaccionaba a su presencia, no se movía. Vic la sacudió con delicadeza, y la llamó por su nombre: «Apolline, Apolline». Se apartó cuando el médico ordenó que le dejara espacio. Un poco más atrás, Manzato permanecía de pie, con el pecho subiendo y bajando en una nube de vaho. Su rostro solo expresaba rabia y resignación. Delpierre había alimentado a Apolline, la había cuidado con bolsas seguramente llenas de medicamentos, envuelta en un capullo de calor, para que no muriera demasiado rápido, solo para herirlos aún más a ellos, a la policía, como si todo el mal que ya había hecho no fuera más que suficiente.

El médico se concentró en su tarea. Se quitó los guantes forrados y buscó el pulso en la carótida, sin encontrarlo. Apretó la mandíbula,

pero no se rindió: ¿y si Apolline tan solo estaba demasiado débil? La prueba de reflejo pupilar quedaba descartada. Entonces, en un gesto rápido, sacó un estetoscopio del botiquín, retiró las mantas y dejó al descubierto el pecho desnudo. Una vez se introdujo las olivas del estetoscopio en las orejas, apoyó la campana del aparato sobre el frágil torso, del lado del corazón.

Una chispa brilló en sus ojos.

—Tiene pulso.

Capítulo 65

La aguja hueca…, la novela de Maurice Leblanc… El lugar exacto en el que terminaba su propio libro, *El manuscrito*. Era precisamente en el acantilado de Étretat, frente a la aguja rocosa, donde Moriarty la citaba para pasado mañana. A Léane le parecía evidente. ¿Cómo lo sabía él?

Era uno de sus lectores, se sabía sus novelas al dedillo. Y quería que ella lo entendiera. Léane iba a enfrentarse al monstruo.

Rodeó el faro de Berck, cuyo haz de luz había empezado a barrer la costa a través de las cortinas negras de lluvia, y se internó en la carretera entre las dunas grises, golpeadas por el agua de forma constante. Y, cuanto más se acercaba a La Inspiradora, más crecía el nudo en su estómago. Pensó en Giordano, encerrado en el fuerte. Hacía tres días que no iba a verlo. Llegaba incluso a esperar que estuviera muerto.

A lo lejos, las luces de la planta baja estaban encendidas. No vio el cuatro por cuatro aparcado, pues debía de estar en el garaje. De pronto, Léane captó a una silueta saliendo del chalé con una linterna encendida en la mano. La figura vestía el horrible traje amarillo de pesca, con las grandes botas, el poncho y la capucha sobre la cabeza. Léane apagó los faros y el motor del coche.

La silueta se detuvo —a pesar del viento, había visto o escuchado algo—, y giró la cabeza en dirección a la carretera. ¿Sería Jullian? Léane no estaba del todo segura. La silueta corrió hacia el cobertizo de los carros a vela y desapareció en su interior. Léane recordó el candado cerrado, el hecho de haber tenido que romper la ventana para poder entrar. ¿Qué debía hacer? ¿Y si Jullian estaba herido? ¿Y si se trataba del parásito? Dudó, salió del coche y corrió hacia el cobertizo. El viento le azotaba el cabello. En la oscuridad, observó

por la ventana. El hombre rebuscaba entre las herramientas. Distinguió su perfil, así que abrió la puerta de golpe. Él se giró, sobresaltado.

—¿Se puede saber qué haces? —soltó Léane.

Unas gotas de agua resbalaban por las mejillas de Jullian. Se bajó la capucha. Su rostro estaba recortado por las sombras; sus pómulos, afilados como puntas de flecha. La lluvia golpeaba con fuerza las paredes y el tejado. El agua entraba por la ventana rota y salpicaba las cometas, que giraban sobre sí mismas.

Él la miró fijamente. Luego le dio la espalda y retomó su búsqueda.

—Deberías haber vuelto más tarde.

Léane lo agarró por el brazo.

—¿Por qué?

Se dio la vuelta de golpe, con el mango de una pala apretado en el puño.

—Por esto.

Con aquel traje de pescador, parecía uno de esos locos de las películas de terror, listo para cometer una masacre. Léane se apartó, conmocionada.

—No me digas que…

—Sígueme.

Se volvió a poner la capucha y salió bajo la lluvia, en dirección hacia el garaje. Echó un vistazo rápido hacia las dunas y el faro, en esa noche violenta, para asegurarse de que no llegaba ningún vehículo. Levantó la puerta del garaje y, una vez que Léane hubo entrado, la cerró tras de ellos. El cuatro por cuatro los esperaba, aún empapado. Los neumáticos estaban sumergidos en unos grandes charcos. Jullian presionó el interruptor; el neón chisporroteó. Léane tenía la sensación de despertarse de una pesadilla para caer en otra, y despertarse de nuevo, sin llegar nunca a la realidad. Cada día que pasaba era peor que el anterior.

Su marido abrió el maletero con un gesto seco.

Una bocanada de muerte en plena cara. Giordano los observaba, con la boca torcida, los ojos bien abiertos, casi saliéndose de las órbitas. Estaba envuelto en una lona, contorsionado para poder

entrar en el espacio reducido. La sangre seca le manchaba el cabello, las sienes, la frente. Léane se llevó las manos al rostro.

—¿Qué has hecho?

Jullian metió la pala en el maletero.

—No soportaba no saber. No soportaba pensar que quizá él tenía las respuestas a todas mis preguntas. Por eso decidí volver al fuerte, quería hacerle hablar, quería que me escupiese toda la verdad…

Con la punta de los dedos, giró la cabeza del cadáver y reveló la masa oscura del cabello pegado al cráneo.

—Y estaba muerto, Léane. Seguía con los brazos en alto, pero la barbilla caída sobre el torso. Creo que se golpeó la cabeza con violencia contra la pared, varias veces, hasta la muerte. Tiene toda la parte trasera destrozada…

A Léane le temblaban todos los miembros. Tuvo una visión: Jullian sujetando a Giordano por el pelo, rompiéndole el cráneo contra los ladrillos.

—Así que metí el cuerpo en el coche y lo traje hasta aquí. Necesitaba una pala. El cobertizo estaba cerrado con llave, así que rompí el candado.

Léane se quedó sin palabras. Ahí estaban ellos, en su garaje, con un cadáver en el maletero. ¿Jullian le estaría mintiendo? ¿Había matado a Giordano o simplemente había descubierto el cuerpo sin vida? En el fondo, ¿qué diferencia había? Lo habían matado entre los dos. Él se quitó el poncho, lo enrolló en una bola y lo metió en una bolsa de plástico. Hizo lo mismo con los pantalones. Luego, con las botas.

—Me leí atentamente tus novelas en el hospital. Sin rastros, proceder paso a paso, eso fue lo que escribiste. Me desharé de esta ropa y limpiaremos el maletero con lejía para eliminar los restos de sangre.

Después de volver a ponerse los zapatos, metió el paquete en el maletero. Léane se sobresaltó cuando lo cerró.

—No vamos a entrar en pánico, ¿vale? No corremos absolutamente ningún riesgo. He pensado en el bosque de Montreuil-sur-Mer y sus estanques, a una veintena de kilómetros. Hace cinco o seis grados, el suelo estará encharcado, pero no

helado; eso facilitará el trabajo. Voy a enterrar a Giordano profundamente y, si no lo consigo, lastraré el cadáver y lo tiraré al agua. Nadie lo encontrará.

Se acercó a su mujer y la sujetó por los hombros. Se discernía la locura tras el disco oscuro que formaban sus pupilas. Léane tuvo la sensación de encontrarse cara a cara con un asesino que controlaba cada una de sus emociones. ¿Cómo podía mantener el control sobre sí mismo de esa forma en una situación semejante?

—Saldremos de esta, ¿me escuchas?

Y, como Léane seguía sin reaccionar, la sacudió.

—¿Me escuchas? No dejaré que nadie se meta en…

No pudo terminar la frase. Se escuchó el ruido de un motor, cada vez más claro. El resplandor blanco de los faros se deslizó por debajo de la puerta del garaje. Léane dejó de respirar. ¿Quién venía? Se oyó el ruido de una puerta al cerrarse. Con el dedo en la boca, Jullian fue a mirar por la rendija entre la puerta del garaje y la pared.

—Mierda, es Bercheron.

Vio que Colin se detuvo frente al garaje. Si ellos habían visto la luz de los faros, él debía ver la del neón. Jullian apretó los dientes.

—Siempre en medio cuando nadie lo llama.

Lo siguió con la mirada todo lo que pudo. El hombre se dirigía hacia el cobertizo, cuya puerta golpeaba con fuerza por culpa del viento.

—La puerta…

El policía desapareció en el interior, y permaneció allí durante unos segundos. Después salió, cogió un objeto del suelo y lo observó.

—Creo que es el candado. Puto entrometido…

Colin lo colocó en su sitio para bloquear la puerta. Léane veía la gruesa vena sobresalir del cuello de Jullian, que se contorsionaba para vigilar a Colin. El policía subió los escalones del porche. El sonido del timbre le heló la sangre.

—No tenemos por qué abrirle —dijo Jullian.

Léane se empezó echar el pelo hacia atrás, nerviosa.

—Ha… ha visto la luz. Y el candado reventado. Si… si no abrimos, va a empeorar la situación. Creerá que ha pasado algo grave y

llamará a los refuerzos. Tenemos que ir a abrirle.

Jullian pensaba a toda velocidad.

—Vale. Pero hablemos lo menos posible.

Léane comprobó que su marido no tuviese sangre en la ropa y subió por las escaleras a toda prisa.

Capítulo 66

Apolline viviría.

Eso fue lo que les dijo el cirujano cuando salió del quirófano, ocho horas después de la admisión de la joven. Vic se lo agradeció con todas sus fuerzas y le pidió que los informara cuando pudiera recibir visitas.

Se encerró en el baño y se masajeó las sienes durante varios segundos. Estaba cansado; cansado de aquella carrera sinfín, de su lucha inútil durante todos esos años. Félix Delpierre no había vencido, pero había dejado a una joven destrozada que no volvería a su vida de antes.

Se echó agua fría por la cara y sumergió la mirada en el espejo. Quizá atrapasen pronto a Moriarty. ¿Y después? ¿Llegaría otro todavía peor? ¿Un asesino de niños? ¿Un tipo que se explotaría a sí mismo en medio de la muchedumbre?

«Una gota de agua en el océano», pensó. Quizá así fuera, pero, si él se rendía, ¿el mundo iría mejor? Respiró hondo y salió a reunirse con Vadim, que lo esperaba en el estacionamiento. Su compañero introdujo la llave en el contacto y arrancó el coche.

—¿Cómo ha ido?

—Saldrá de esta, si es que puede seguir adelante siendo ciega y teniendo ambas manos amputadas…

No dijo nada más. Se limitó a clavar la mirada en las cumbres blancas que aplastaban la ciudad. Esas montañas le parecían cada vez más austeras, monstruosas. ¿Cuántos enfermos como Delpierre se escondían por ahí? ¿Cuántas jóvenes como Apolline estaban retenidas allí como prisioneras? Vadim sentía que Vic estaba al borde del abismo.

—Está viva gracias a ti.

—Al final, casi habría sido mejor que hubiera perecido allí.

Se arrepintió de sus palabras en cuanto salieron de su boca. Pero ¿qué vida le esperaba a Apolline a partir de ahora?

—La imagen de ella que vi en ese zulo sumido en la oscuridad y el frío… me acompañará hasta el final de mis días, Vadim, junto con todas las demás, tan nítida como el primer día. Nunca podré borrarla de mi memoria. Y no puedes imaginar lo atroz que es.

Sí, Vadim podía llegar a imaginarse el infierno que debía de arder en lo más profundo del cráneo de su compañero, pero prefirió no decir nada. Porque él también sufría; él también estaba obligado a enfrentarse esas imágenes, aunque el tiempo terminara por hacer que se desvanecieran… No obstante, nunca las olvidaba del todo.

Puso el intermitente y se incorporó a una carretera secundaria. El vehículo pasó por delante del fuerte de Bastille, aferrado al acantilado, antes de dejarlo atrás en los retrovisores. Vadim rompió el silencio y pasó a hablar del caso que les atañía:

—Bueno, dos cosas: se han identificado los ADN hallados en la «cosa» de Delpierre, nueve perfiles diferentes que coinciden con las víctimas secuestradas por Jeanson. Eso confirma científicamente todo lo que hemos descubierto acerca de los dos hombres…

Vic mantuvo silencio. Vadim suspiró.

—Joder, no te alegres tanto… Por otro lado, hemos empezado a investigar bastantes expedientes. Luc Thomas es un nombre común, así que de momento aparecen demasiadas coincidencias y necesitamos una fecha de nacimiento precisa para acceder a ciertos datos. También he consultado el fichero de desaparecidos: nada. La desaparición de Luc Thomas se remonta a hace treinta años; el registro no existía aún, pero debe de haber un documento en papel por algún sitio. Los gendarmes son los que se están encargando de eso. Dupuis está ahora en su brigada; no debería ser demasiado complicado encontrar rastro del expediente.

—A ver si es cierto…

—Sí, a ver si es cierto. Pero, bueno, la verdadera buena noticia nos llega de parte de Mangematin. Me ha llamado desde Chambéry, acaba de tener una conversación con el antiguo director del internado Rocas Negras. El tipo tiene más de ochenta años y está

pasando el fin de su vida en una residencia de ancianos. En fin, que ya no está muy allá. Cuando le sacó el tema del profesor de Educación Física, siguió erre que erre con la historia de que se cortó con la navaja de afeitar. Según Mangematin, no va a soltar prenda. Este asunto está perdido en el pasado; su cuñado murió y a él le deben de quedar dos telediarios.

—¿Le habló de Andy Jeanson? ¿Y de las atrocidades que cometió Delpierre?

—Sí, pero no sirvió de nada. La memoria le falla, ya sabes a qué me refiero… Recordaba vagamente a Luc Thomas, por su fuga y porque nunca lo encontraron. Se acordaba de que el chico era de Voiron, así que llamé al registro civil de allí. Quizá sea lo único con lo que hemos tenido suerte en este caso, pues solo hay una familia Thomas que podría encajar y un solo contacto: Marie-Paule Thomas, su madre. Ya está al tanto de nuestra visita, aunque no sabe por qué…

—Han pasado treinta años desde que su hijo desapareció, y ahora llegamos nosotros con nuestro historial de malas noticias. Tenemos que tratarla con cuidado, ¿vale? Ya basta de destrozar vidas.

Los dos policías llegaron a Voiron media hora más tarde. Vic se ajustó el abrigo mientras llamaba a la puerta de una casita situada en medio de una residencia agradable, con vistas a las montañas. La mujer que apareció tenía unos iris enormes que le recordaron a los de un gato, de un verde intenso e incrustados en un rostro completamente arrugado. Los ojos habían mantenido su juventud, a diferencia del resto del cuerpo. El cabello gris y rizado le caía sobre los hombros con negligencia y le faltaban varios dientes. Vadim le tendió la mano, los presentó rápidamente y le anunció el motivo de su visita.

—Hemos venido para hablar de su hijo…

Una mezcla de incomprensión y estupor deformó el rostro de la mujer.

—¿De Luc?

—¿Podemos entrar?

Ella asintió. Vic inspiró cierto olor a perro viejo cuando los invitó a entrar en el interior. Había libros y periódicos desperdigados por

todas partes: amontonados en los rincones, sobre los tablones combados del suelo e incluso encima de los muebles. Los invitó a sentarse en un sofá cubierto de pelos y se quedó quieta, esperando a que tomasen la palabra.

—Buscamos a su hijo, señora Thomas. Creemos que está implicado en un caso bastante grave.

Marie-Paule Thomas se encogió, conmocionada.

—¿Luc? ¿En un caso bastante grave? ¿Qué clase de caso?

—Por desgracia, por ahora no podemos contarle mucho más. Somos conscientes de que es una noticia bastante dura, pero necesitamos su ayuda. Para empezar, necesitamos saber la fecha de nacimiento de su hijo, es para las búsquedas en los registros. También nos gustaría que nos explicara quién era, y que nos proporcionara algunas fotos de él cuando era niño. Desconocemos cómo es físicamente. La única pista que tenemos es el internado Rocas Negras. Su expediente ha desaparecido de los archivos; creemos que el propio Luc fue a buscarlo, así como todas sus fotografías, hará cosa de unos quince días, tras haber agredido al conserje…

—¡Dios mío!

Los ojos de Marie-Paule se llenaron de lágrimas, que se secó enseguida con un pañuelo.

—No… no encontrarán fotos de él aquí, ya que odiaba que se le fotografiara. Siempre agachaba la cabeza en las fotos de clase. Cada vez que veía imágenes en las que salía él, las robaba o las hacía pedazos. Y eso que era un niño bien guapo, pero…

No lo contaba todo, saltaba a la vista que se mordía la lengua. Vic y Vadim cruzaron una mirada.

—Tiene que tener fotos de él, aunque sea de cuando era muy pequeño. Los padres siempre hacemos muchas fotos durante los primeros años.

La mujer negó con la cabeza.

—Mi marido y yo nunca pudimos tener hijos. Luc no era…, no era nuestro hijo biológico. Lo adoptamos a través de la asistencia social infantil.

Entrecortaba sus frases con silencios largos. Vic y Vadim no

dijeron nada para dejarla hablar a su ritmo.

—Por aquel entonces, vivíamos en el distrito 10 de París. Tenía cinco años cuando por fin pudimos acogerlo en nuestro apartamento. Luc era un niño abandonado. Nos explicaron que los primeros días de su vida habían sido atroces. Es horrible hacerle algo así a tu propio bebé…

Se levantó y se dirigió a la cocina.

—Necesito un café. ¿Les apetece uno?

Aceptaron con gusto. Volvió con las tazas llenas, a lo que Vic le dio las gracias.

—¿Qué ocurrió durante esos primeros días?

La mujer hizo una mueca.

—A Luc lo encontraron en el fondo de un contenedor, cerca de las fábricas de Saint-Denis, no muy lejos de las vías del tren. Si quieren su fecha de nacimiento oficial, fue el 4 de mayo de 1973. Bueno, esa es la que nos dio la Administración, en todo caso. Un hombre que pasaba por allí temprano por la mañana escuchó el llanto de un recién nacido. El bebé estaba dentro de una bolsa, entre la basura, completamente azul, con el cordón umbilical todavía sujeto a su ombligo y con sangre seca por todo el cuerpecito. Los médicos consideraron un milagro que se hubiera salvado. Aquel bebé podría haber muerto de mil maneras distintas, pero ahí estaba, vivito y coleando. Jamás se supo quién lo había tirado allí dentro.

Vic dio un sorbo al café. Rechazado desde su nacimiento, sin raíces, adopción tardía: Moriarty no había iniciado su camino en la vida con las mejores oportunidades.

—¿Luc estaba al tanto de las circunstancias de su nacimiento?

Ella bajó la mirada.

—Tenía siete años cuando nos mudamos aquí. Mi marido trabajaba en el tratamiento del agua. Luc sabía que había sido adoptado, pero… desconocía las circunstancias de su abandono. Una noche, ya muy tarde, estaba viendo con mi marido un reportaje sobre el embarazo negado: mujeres que, por increíble que parezca, no aumentan de peso, pasan desapercibidas por completo, incluso ante los ojos de su propia pareja. Mi marido y yo estábamos convencidos de que Luc era fruto de un embarazo negado. Había nacido muy

pequeñito, tenía el cordón umbilical mal cortado, además de la sangre sin limpiar… Y, luego, el hecho de haber sido encontrado en la basura… Algunas de las madres con embarazo negado consideran al ser que han dado a luz como un desecho, más que como un ser humano.

Acarició la taza con el dorso de la mano, como si se tratara de la mejilla de un niño.

—El embarazo negado es algo terrible, ¿lo sabían? En algunos casos, el útero de la madre no se desarrolla hacia adelante, como en un embarazo normal, sino que se estira hacia arriba. El bebé crece a lo largo de la columna vertebral y se desarrolla de pie, como para pasar desapercibido, para esconderse de una madre que no lo quiere. ¿Te imaginas el trauma del niño, cuando ni siquiera ha nacido? Los médicos dicen que no conservamos recuerdos de nuestros primeros años, pero un niño nacido de un embarazo negado… estoy convencida de que lleva ese rechazo en lo más profundo de sí mismo, un rechazo que lo carcome, y lo carcome…

Alzó sus ojos claros hacia los agentes.

—Estábamos hablando del tema entre nosotros, pero, por desgracia, Luc había bajado sin hacer ruido y lo había escuchado todo. Él… tenía doce años. Me odiaré toda mi vida por ello… Luc ya era reservado y solitario, pero era un niño extremadamente inteligente y talentoso. Le encantaba leer, especialmente las novelas policíacas; devoraba más de una por semana, encerrado en su habitación, a los doce años. ¿Se imaginan? Esas historias sobre crímenes le fascinaban. Y era buen estudiante, pero… antisocial y aislado; siempre se sentaba al fondo de la clase. Le perturbaba no saber de dónde venía, quiénes eran sus padres, por qué lo abandonaron. En esa etapa de preadolescencia se volvió difícil tratar con él. Estaba más irritable, siempre a la defensiva. Cuando escuchó nuestra conversación, todo eso empeoró. Sus notas comenzaron a bajar, se encerró aún más y empezó a hacer cosas raras.

—¿De qué tipo?

—Empezó a hacerse daño, a darse puñetazos y a ser incapaz de mirarse al espejo. De un día para otro, dejó de mirarme igual, como si le diera asco. Fue entonces cuando destruyó todas las fotos en las

que aparecía. Todas, sin excepción. Se pintaba la cara, se maquillaba, usaba máscaras aterradoras. Era como si algo oscuro se hubiera apoderado de él. Ya no teníamos autoridad. Una vez desapareció durante tres días. Fue la gendarmería quien lo trajo de vuelta: se había escondido en el bosque. Ya no quería seguir viviendo con nosotros. La situación se volvió insoportable. Yo… quería que lo lleváramos a un psicólogo, pero mi marido no quería ni oír hablar del tema. Nos recomendaron el internado Rocas Negras, un centro con muy buena reputación que podía corregir casos difíciles. Lo enviamos allí cuando tenía catorce años. Sorprendentemente, parecía funcionar: no llamaba la atención y seguía las clases. Pero, unos meses después, se fugó. Los gendarmes lo buscaron durante mucho tiempo y esa vez ya no lo encontraron. La situación se complicaba aún más porque no tenían su foto.

Vic frunció el ceño.

—¿Ni siquiera las de su expediente del internado? Allí tuvieron que fotografiarlo en algún momento, ¿no?

—Luc se lo había llevado todo, incluso su expediente. Al parecer, había conseguido entrar en la oficina de administración. Lo había planeado todo, no dejó ni un cabo suelto. Incluso se había llevado una bolsa con ropa, ya que faltaban prendas en su armario. Quería desaparecer de verdad.

Vic y Vadim pensaron en la agresión al conserje. Treinta años después, Thomas había vuelto para borrar de una vez por todas cualquier elemento que pudiera vincularlo a él; sin expedientes, sin la presencia de Jeanson o Delpierre, sin conexiones… salvo en las memorias. Allanamiento en la casa de los Morgan, datos borrados… Moriarty había hecho una limpieza a fondo. Sin embargo, Vic no entendía por qué había llevado los libros de Miraure con una mancha de sangre dentro. En el fondo, ¿quería que lo encontraran? ¿Quería que lo atraparan?

—Su huida destruyó nuestro matrimonio. Nos divorciamos dos años después.

—¿Nunca envió una carta o dio alguna señal de vida?

—Nunca.

Vadim se levantó y se alejó para atender una llamada. Marie-Paule Thomas dejó la taza con la mano temblorosa y miró a Vic.

—¿En qué se ha convertido? ¿Qué ha hecho? Cuéntemelo, es mi hijo. Se lo ruego.

—No puedo contarle nada, lo siento en el alma. Pero que sepa que el hombre en el que se ha convertido ya no tiene nada que ver con el niño que usted crio. Y que usted no tiene la culpa de nada. Han pasado treinta años.

Ella apretó los labios. Entonces fue Vic el que se levantó y le entregó una tarjeta de visita.

—No dude en llamarme; siempre que quiera. Y, si encontramos a su hijo…, la avisaremos, por supuesto.

Cuando salieron de la casa, Vic pensó que, si detenían a Moriarty, quizá era mejor que ella no lo supiera jamás. Pero seguía siendo su hijo, así que tenía derecho a saberlo,

aunque estuvieran hablando del peor de los monstruos…

Capítulo 67

Léane lanzó una última mirada hacia Jullian, quien asintió para indicar que todo estaba bien. Se ajustó la ropa, se pasó una mano por el pelo y luego abrió la puerta principal. Colin estaba empapado, de pie frente a ella, con el rostro serio. Léane dudó durante una fracción de segundo, pero al final se apartó.

—No te quedes ahí fuera, bajo la lluvia.

Colin dio un paso adelante y sacudió los pies en el felpudo. Jullian se acercó a saludar. Como llevaba el cabello corto, no se notaba que había estado bajo la lluvia, pero las mangas de su jersey aún estaban empapadas. El policía los observó a ambos, con el rostro impasible. Léane ya había visto esa mirada antes.

—No me digas que le ha pasado algo a Jacques.

Colin apretó los labios. Léane se llevó las dos manos a la cara. Luego se aferró a Jullian. Su marido la abrazó, y ella sintió su cálido aliento contra el cuello.

—Lo siento mucho. Unos pescadores han encontrado su cuerpo en la bahía de Authie, del lado de Groffliers, a primera hora de la tarde. Se había quedado encallado entre los barcos, cuando bajó la marea.

Léane se tambaleó. Jullian la guio hasta el sofá y la mantuvo cerca de él.

—Es terrible… Terrible.

Jullian le acariciaba la espalda, como si fuera ella la que acababa de perder a su padre. Colin se acercó y se sentó delante de ellos. Su chaqueta estaba empapada. Los observó en silencio.

—Sé que llego en el peor momento, lo lamento.

Todo se entremezclaba en la cabeza de Léane: unas imágenes sórdidas y unos ruidos atroces. Unas veces, veía el cadáver blanco rodar entre las olas; luego, ser arrastrado hacia la arena por la

corriente; otras, a Giordano y su mirada de pez muerto en el fondo del maletero; Colin estaba sentado justo encima de un cadáver.

—Se ha abierto un proceso judicial de inmediato…

—¿Un proceso judicial? No creeréis que… que ha sido asesinado, ¿no?

—Es un procedimiento perfectamente normal en este tipo de situaciones. No olvidemos que fuiste agredido y que se cometió un robo, por no hablar de la presencia del parásito en vuestra casa. Tenemos que analizarlo todo con mucho detalle.

—¿Qué ha pasado?

—El vehículo de tu padre estaba estacionado cerca del canal de Authie. Desde allí, pudo haberse ido a dar un paseo cuando la marea estaba baja. Encontramos una botella de vodka casi vacía en el asiento del copiloto. El forense hizo las primeras constataciones en el lugar. La autopsia debería confirmarlo, pero sospecha que falleció por ahogamiento, ya que hay algunos signos característicos, especialmente las petequias en los ojos. En cuanto a la fecha de la muerte, parece que fue hace varios días…

Les dio tiempo para asimilar la noticia. Léane alzó la mirada hacia el rostro de su marido. Estaba tranquilo. No había ni rastro de lágrimas, solo una tristeza propia de la situación.

Colin se aclaró la garganta y clavó la mirada en Léane.

—¿El canal de Authie era una zona que Jacques Morgan conocía?

Se tomó su tiempo en responder.

—Sí, cuando volvía a la región, le gustaba acercarse hasta allí. Descendía hacia la bahía y se pasaba horas observando a las aves migratorias.

Léane giró la cabeza hacia Jullian.

—Tu padre siempre ha sido una persona solitaria.

Jullian le apretó la mano, mientras Colin continuaba:

—Es uno de los lugares más peligrosos de la costa, ya que la marea sube a una velocidad vertiginosa y rodea a los caminantes imprudentes, sobre todo ahora, con los grandes coeficientes de marea… ¿Sabes si estaba al tanto?

Léane asintió; una mano sobre la cabeza. Era peor que una pesadilla, pero, al menos, esa horrible noticia podía ocultar el estado

de pánico en el que se encontraba hacía apenas unos minutos.

—Sí, sí, claro. Se lo recordábamos cada dos por tres.

Se calló, incapaz de encontrar las palabras adecuadas. Colin tomaba notas, cómo no.

—Las llaves del coche seguían puestas en el contacto y las puertas no estaban bloqueadas. Tal vez había bebido demasiado y se olvidó de cerrar con llave. Entró en la bahía, inconsciente del peligro, y se dejó sorprender por el agua. Incluso los buenos nadadores podrían morir en una situación semejante; las corrientes son muy poderosas…

Pasó la lengua por los labios, antes de continuar:

—O tal vez exista otra explicación.

—Sabía que no regresaría…

Colin asintió y miró a Jullian.

—Pasaste mucho tiempo con él en el hospital… Me dijiste que tu padre no estaba bien, que seguía pensando en el suicidio de su mujer. ¿Quizá la agresión y la amnesia empeoraron la situación? ¿Quizá tuvo la sensación de que se quedaba solo de forma definitiva?

—No… no sé qué decirte.

—¿Has notado alguna mejoría en tu memoria? ¿Hay algo que me puedas contar para ayudarme? ¿Un recuerdo, algún detalle relacionado con tu agresión? ¿O con los días precedentes? Todo es importante.

Jullian negó con la cabeza.

—Lo siento.

Colin pasó las páginas del cuaderno y releyó lo que había escrito.

—Todavía tengo algunas preguntillas que hacerte. Sé que es difícil, pero… prefiero hacerlo ahora.

—Sí, claro. Adelante.

—Le dijiste a mis compañeros que no tuviste más noticias de él desde el día en que te traje a casa, cuando saliste del hospital, el sábado 23. ¿Es correcto?

—Sí. Ese día había ido a verme por la mañana, antes de que me dieran el alta.

—¿Cómo estaba?

Jullian se encogió de hombros.

—No… no lo sé. ¿Normal? No noté nada que pudiera presagiar un acto así.

—¿Fue la última vez que lo viste?

—Sí. Al volver a casa, le di un toque desde el teléfono fijo para decirle que ya me habían dado el alta. Me saltó el contestador, así que le dejé un mensaje.

—¿Recuerdas la hora exacta?

—Ni idea… ¿Puede que fueran sobre las cuatro de la tarde? Pero ¿por qué eso sería relevante?

Colin anotó algo.

—Eso podría ayudarnos a determinar el día y la hora de su muerte con más precisión. Tenía el teléfono móvil en el bolsillo. El dispositivo quedó inutilizable por culpa del agua, evidentemente, pero nuestros expertos pueden obrar milagros. Es posible que consigan acceder al registro de llamadas. Si tu llamada no aparece en el historial, significaría que el teléfono ya estaba sumergido. De todas formas, lo confirmaremos con su operadora.

Colin cerró el cuaderno con un golpe seco y se levantó. Extendió la mano hacia Jullian, hizo un gesto hacia Léane y se alejó, dirigiéndose hacia la puerta principal.

—Las malas noticias no dejan de encadenarse desde hace algunos días. Lo siento muchísimo.

—¿Cuándo podré ver a mi padre?

—Estimo que dentro de un par de días, el tiempo que nos lleve realizarle todas las pruebas. Por supuesto, os mantendremos informados de todos los trámites.

Lo acompañaron hasta la puerta. Una vez en el umbral, Colin frenó y se giró hacia Léane.

—¿Hay algún problema con el cobertizo? He visto el candado destrozado en el suelo.

—Nada grave. Jullian debió de guardar la llave en algún lugar, pero… no nos quedó más remedio que forzarlo.

Les dedicó una mirada llena de compasión y salió de la casa. Cuando arrancó el coche, Jullian soltó un largo suspiro, con las manos presionadas sobre la frente.

—Esto es una locura…, una puta locura…

Regresó hacia Léane y la abrazó con fuerza.

—Es mi padre el que ha muerto y eres tú quien tiene lágrimas en los ojos. Si supieras lo mucho que me odio. Cuando el policía nos dio la noticia de su fallecimiento, me sentí triste, claro, porque es horrible perder a un padre. Pero ese padre… era como un desconocido para mí. Y me repugna sentirme así.

Léane estaba en *shock*, incapaz de hablar. Jullian apretó aún más su abrazo.

—Todos los que me rodean mueren. Mi madre, mi padre, mi hija… El pasado no es más que dolor. La verdad es que creo que no quiero recordar. ¿Para qué? ¿Por qué empeñarme en querer que regresen los recuerdos que solo me harán más infeliz todavía? ¿Por qué debería rememorar lo que viví con Sarah, si está muerta y nunca volveré a verla?

Se alejó de Léane y la miró a los ojos.

—Ya no quiero recordar nada. No volveré a las sesiones en el hospital.

Léane no sabía qué pensar. Quizá Jullian tuviera razón. ¿No sería mejor que todo eso quedara encerrado para siempre? ¿Para qué sufrir una segunda vez?

Jullian le acarició el rostro con el dorso de la mano.

—Tenemos que ser fuertes, los dos. Nos deshacemos de Giordano, le organizamos un bonito entierro a mi padre y, luego, lo reconstruimos todo. Empezaremos de cero.

Capítulo 68

Desde la brigada, los cuatro hombres del equipo Manzato habían activado una búsqueda intensiva para encontrar a Luc Thomas, nacido en París el 4 de mayo de 1973, un niño hallado en el fondo de un contenedor, entre la vida y la muerte, un chaval de catorce años que, ya no cabía duda, había mutilado a su profesor de Educación Física para vengar a sus compañeros de habitación y que había desaparecido, sin volver a dar señales de vida.

La Policía disponía de un montón de ficheros gracias a los cuales, hoy en día, era casi imposible escapar a los radares. Siempre existía un documento administrativo que vinculaba a una persona con un lugar, una ciudad o un organismo; ficheros de personas buscadas, de antecedentes penales, de permisos de conducir, de tarjetas de circulación, de vuelos, de proveedores de acceso, de internet y de teléfono. ¿No tenía móvil? Seguro que tenía un coche y, por ende, un carné de conducir. ¿No? Entonces tenía una cuenta bancaria y, en ese caso, dejaba un rastro en el fichero nacional de cuentas bancarias. Y así sucesivamente.

Pero ese no era el caso de Moriarty. Ni rastro de Luc Thomas, visto por última vez en el internado Rocas Negras treinta años atrás, el 3 de junio de 1988. Ninguna dirección, ningún rastro informático, ningún rostro.

Vic llevaba varias horas sentado frente a su escritorio, con la cabeza llena de datos. Releía la última carta de Delpierre a Jeanson.

Probablemente para llevar a cabo su golpe de efecto magistral, del que siempre nos habló; la más hermosa de las desapariciones, a ojos de todos. Es un mago de verdad.

¿Qué había querido transmitir con eso?

Vadim, que no se encontraba en su mejor estado mental, seguía haciendo llamadas. Colgó el teléfono con rabia.

—¡Qué puta mierda! ¡Nada! ¡Se ha volatilizado, joder!

Ethan Dupuis llegó a toda velocidad, con varios documentos bajo el brazo.

—Hubo que rebuscar bastante para hacernos con el expediente de la desaparición de Luc Thomas, ya que la mayoría de los gendarmes que lo gestionaban se han jubilado. Pero hay un par de cosas interesantes.

Le entregó una fotocopia a Vadim. Vic se alejó de su escritorio y se puso a su lado.

—Es el retrato robot que se hizo en su momento, según la descripción de los padres. Admito que no se parece a nada, pero tampoco es que tengamos nada mejor de lo que tirar.

Vic escrutó ese rostro, resultado de una mezcla de narices, frentes y mejillas sacados de una base de datos. Los rasgos eran toscos; los ojos, demasiado separados; la boca, parecida a una almendra. Lo único que le quedaba claro es que Luc Thomas era moreno y de ojos oscuros. Al menos, en aquella época.

—El jefe del grupo, Simon Sorel, nunca llegó a aparcar la investigación del todo. Ya sabéis, el típico caso no resuelto que te persigue toda la vida. Cuando aún trabajaba, se tomaba la molestia de revisar al menos una vez al año todas las administraciones de Francia para intentar seguir el rastro del chico. Sin éxito, claro. En 2002, catorce años después de la desaparición, volvió a casa de Marie-Paule Thomas con un equipo de la Policía científica, se llevó ropa del chico y la mandó cortar en trozos en los laboratorios para buscar ADN. Costó un ojo de la cara, pero encontraron algunos rastros biológicos.

Vic dejó el retrato robot sobre la mesa.

—¿Nos estás diciendo que disponemos del perfil genético de Moriarty?

—Si, está en el banco de ADN desde hace bastante tiempo, pero no coincide con ningún perfil registrado.

Vic tuvo claras sus conclusiones: Luc Thomas, declarado

desaparecido, nunca había tenido problemas con la justicia. Desde el día de su fuga, había vivido en la clandestinidad.

—En resumen, esto es todo lo que tenemos. He hablado por teléfono con Sorel, y él llegó a la conclusión de que el chico estaba muerto. Cuando le expliqué que lo estábamos buscando, se quedó de piedra. Pobre hombre.

—Ya me imagino…

—Os dejo el expediente, que yo tengo una copia.

Se despidió y desapareció por el pasillo. Vic volvió a su puesto y empezó a pensar en voz alta.

—1988… Imagínate que te escapas de Rocas Negras con la intención de que jamás te encuentren. No has dejado ninguna foto atrás. Llevas contigo una bolsita con ropa y, seguramente, algo de comida. ¿Qué es lo primero que harías?

Vadim se levantó y se acercó a la ventana. Se apoyó en el radiador; ambas manos a la espalda.

—Si no quisiera que me encontraran, me subiría al primer bus o tren que pillara y me alejaría lo máximo posible de mi región. En el 88 no había todas las cámaras de videovigilancia que hay ahora, ni internet ni móviles. Si me fundiera entre la multitud anónima de una ciudad grande a centenares de kilómetros de allí, no habría ninguna posibilidad de que me encontraran, sobre todo sin fotos de mí.

—¿Y después? ¿Cómo sobrevivirías?

Vadim se encogió de hombros.

—No sobrevives. Un chaval de catorce o quince años, perdido por las calles de una ciudad que no es la suya, al final siempre acaba siendo detenido por la Policía, el hospital o los servicios sociales. Si hubiera dado su verdadera identidad a cualquier administración, Sorel y su equipo lo habrían localizado.

—¿Y cómo haces para no dar tu identidad?

—Yo, personalmente, fingiría ser mudo o estar traumatizado. Me haría el loco, el que no se entera de nada… Sin la existencia de unos papeles que lo demuestren, ¿cómo pueden saber quién soy de verdad si yo no lo digo?

Vic asintió con convicción.

—O si no me acuerdo… Yo fingiría estar amnésico. El chaval hace

como que no sabe dónde está o de dónde viene. Solo tendría que responder «no me acuerdo» a todas las preguntas que me hicieran…

—Como Jullian Morgan.

—Sí, algo de ese estilo. En ese caso, es muy probable que, al cabo de un tiempo, un juez de menores te proporcione una nueva identidad. Nuevos papeles, nuevo estado civil, nueva fecha de nacimiento… Te envían a una familia de acogida, donde creces como si fuera tu verdadera familia, donde te reconstruyes una identidad que acaba borrando la anterior, todavía presente en lo más profundo de tu memoria. Y así es como Luc Thomas se construye una nueva vida y desaparece por completo de todos los radares.

Vic lanzó el bolígrafo que estaba mordiendo en un gesto de rabia.

—Esta historia es una maldita locura. Es como si Moriarty estuviera al alcance de nuestra mano y, cada vez que estamos a punto de atraparlo, se nos escapa entre los dedos. Sabemos exactamente quién es, conocemos su edad, el lugar donde creció, incluso tenemos su perfil genético, pero no tiene cara ni identidad.

Miró su reloj, se puso la chaqueta y se despidió de su compañero. Vadim parecía sorprendido.

—¿Ya te vas?

—Yo también tengo una vida, aunque te cueste creerlo…

Media hora más tarde, Vic entró en la habitación de hospital de Apolline, acompañado por una enfermera que cerró la puerta con cuidado. La joven estaba dormida, conectada y perfundida por todas partes. Tenía unas tiras blancas enrolladas alrededor de los antebrazos. El padre estaba presente, sentado en una silla, encorvado. Se levantó en el más absoluto silencio. Vic le tendió la mano.

—Señor Rina… Formo parte del grupo policial que encontró a Apolline. ¿Cómo está?

El padre no le cogió la mano.

—¿Que cómo está? Dos meses… Ha estado dos meses encerrada con un enfermo que le cortó las manos, ¿y me pregunta cómo está?

Su rostro se tensó aún más.

—¿Sabe qué? Ayer llamé a sus compañeros de la comisaría de Annecy. El tipo que se ocupaba del caso estaba… estaba de

vacaciones. De vacaciones, ¿se da cuenta?

Miró la cama, inmóvil.

—Estaba secuestrada por un psicópata de la peor calaña mientras que ustedes seguían riendo, saliendo a pasear, yendo al cine… Puedo llegar a entender que todo eso no les impidiera vivir, y tampoco es que les guarde rencor por ello.

—Escuche, yo…

—Está muerta. En su cabeza, Apolline cree que está muerta. Se despierta gritando en medio de la oscuridad. No entiende por qué ya no siente las manos. No soporta que nos acerquemos a ella, que la acariciemos. Ni si quiera sabemos si puede escucharnos.

El padre tenía los nervios a flor de piel. Se enjugó una lágrima con la manga del jersey.

—Su madre lleva semanas encamada, peor que un zombi, hasta arriba de ansiolíticos. Nuestra relación no va a sobrevivir a esto. ¿Cómo va a crecer mi hija ahora? Explíqueme qué va a ser de ella.

Vic miró a Apolline. A él también le habría gustado acariciarle la frente, el pelo, pero entendía a ese padre. Lo entendía demasiado bien.

—Quiero que sepa que hemos hecho todo lo que estaba en…

—Sí, lo sé. Pero váyase ahora mismo. Y no vuelva.

Vic agachó la cabeza y dio media vuelta. Una voz se alzó a su espalda en el momento en que cruzó la puerta.

—¿Tiene una hija?

Vic se giró.

—Se llama Coralie. Tiene casi la misma edad que Apolline.

El hombre apretó la mandíbula.

—En ese caso, tendría que pasarle a usted algún día, para que entendiera mejor lo que se siente. Por mucho que esté aquí, haciendo gala de una falsa compasión, es ajeno al sufrimiento de la gente.

Vic bajó las escaleras; la mirada, perdida en el vacío. El padre de Apolline tenía razón. ¿Cómo llegar a entender lo que uno no vive en sus propias carnes? Echaba tantísimo de menos a Coralie que le dolía profundamente. Y, sin embargo, ella aún estaba viva. Entonces, ¿cómo imaginar el dolor de quienes lo han perdido todo?

No tenía ganas de volver a su habitación de hotel, a aquel lugar sucio y destartalado. Al mismo tiempo, no se veía vagando sin rumbo. ¿Volver al trabajo? Quizá fuese lo mejor, a fin de cuentas. En cuanto salió, vio el cartel de MATERNIDAD y entró sin pensarlo en el edificio. No había puesto los pies en un lugar así desde que nació Coralie. En silencio, contempló a través de un cristal a los recién nacidos en sus incubadoras, con sus manitas tan chiquitinas y rosadas. Sintió el impulso de acariciar la vida, de ver sonrisas en los rostros, de escuchar a los bebés llorar.

Vio a las parejas felices, a los padres aterrados, a las madres atentas. La unidad de maternidad de un hospital era, sin duda, uno de los lugares más hermosos de la Tierra, un viaje épico al país de la felicidad. Cerró los ojos, sentado en una silla, y recordó cada segundo del nacimiento de su hija. Él, cagado de miedo, ataviado con el mono azul; Nathalie apretándole la mano mientras lloraba; las gafas con montura de carey del obstetra, las pecas de la comadrona, las agujas del reloj, que desfilaban emitiendo un tictac que podría reproducir al detalle aún a día de hoy.

¡Dios mío, qué feliz había sido! Y la felicidad seguía ahí, atesorada en su cabeza.

Durante unos diez minutos se quedó allí sentado, en la sala de partos, con una sonrisa en los labios…, hasta que sonó su teléfono, lo arrancó del pasado y lo devolvió al mundo donde todo se había derrumbado.

Era Manzato.

—Altran, dos cosas. La primera: el ADN de la sangre hallada en la página del libro ha hablado. El rastro coincide con el perfil genético del banco de ADN, lo que confirma al cien por cien que el Luc Thomas de los años ochenta es el Moriarty que estamos buscando… ¿Qué coño es ese llanto de bebé?

Vic se desplazó hasta el pasillo.

—Ah, nada, la mujer detrás de mí en la panadería. ¿Y la segunda novedad?

—La mejor: ya podemos hablar con Jeanson, pero el interrogatorio tendrá que llevarse a cabo en la prisión central. Un traslado a las instalaciones de la Policía judicial de Lyon habría

requerido una semana de espera más, con todo el papeleo y las medidas de seguridad. Tendremos menos tiempo para el interrogatorio, pero podemos actuar de inmediato.

Vic se detuvo en lo alto de la escalera, con una mano en la barandilla.

—¿Jeason sabe el motivo del interrogatorio?

—No, pero seguramente sospeche que tenga algo que ver con Delpierre. No sabe nada de lo que hemos descubierto, ni de lo que le pasó a Delpierre, ni de lo que este podría habernos revelado. Va a ser el juego del gato y el ratón. Al principio intentaremos marearlo, dejar que se crea que lleva la ventaja, hacerle creer que tiene el control. Es posible que nos hable de Apolline y nos diga el lugar donde la tuvo retenida. Y será en ese entonces cuando le daremos la vuelta a la tortilla. Disponemos de tres horas para sacarle todo lo que sabe sobre Moriarty, ni una más.

Silencio. Vic bajó corriendo las escaleras.

—Altran.

—Dígame.

—Estamos todos de acuerdo, tanto nosotros como el equipo de Lyon: mañana, seréis Vadim y tú los que os encargaréis del interrogatorio. Te sabes todos los casos al dedillo, tienes una relación privilegiada con ese tarado, y hay que admitir que lo has hecho bastante bien hasta ahora. Si habla, será a ti a quien se lo cuente.

Vic sintió cómo un escalofrío le recorría todo el cuerpo.

—Gracias.

—Tampoco exageres. En cuanto a Vadim, sabrá echar leña al fuego en el momento oportuno y evitar que Jeanson se te suba a la espalda. Tendremos una reunión informativa a las siete de la mañana con el equipo de Lyon. A las diez estaréis cara a cara con él, con un objetivo claro en mente: desmontarlo, arrinconarlo hasta el límite para que por fin nos revele bajo qué identidad se esconde Moriarty.

Capítulo 69

El infierno. La lluvia se estrellaba contra el parabrisas en el aparcamiento de una tienda de bricolaje, a treinta y cinco kilómetros de Berck. Las luces de los letreros estallaban en unas estrellas rojas y azules. Hundida en el asiento del copiloto del cuatro por cuatro, Léane no veía más que sombras a través de los cristales, siluetas grises y difusas, como en un cuadro de Munch. Se sobresaltó cuando Jullian abrió la puerta trasera y colocó el material de jardinería comprado solo para ocultar la adquisición de los tres sacos de cal viva, todo pagado en efectivo. Luego, se deslizó dentro del vehículo, empapado, e introdujo la llave en el contacto.

No intercambiaron ni una palabra durante el trayecto. Las líneas blancas pasaban bajo el coche, alejándolos poco a poco de la civilización. La luz del GPS, los faros, las luces traseras, las curvas… El miedo a un control de tráfico, a un accidente, a cualquier contratiempo que pudiera llevarlos directamente al fondo de una celda… Muy pronto, el bosque se cerró a su alrededor.

Jullian se incorporó a un camino embarrado y recorrió dos kilómetros. El cuerpo, envuelto, se balanceaba en el maletero, golpeando las paredes del vehículo con cada sacudida. Un ruido espantoso. Léane abrió la puerta y vomitó. Jullian le puso una mano en el hombro.

—Pronto habrá terminado todo…

Buscó el lugar más espeso y de difícil acceso. Cinco minutos más tarde, detuvo el vehículo, cruzado en medio del camino, de manera que iluminaba las tinieblas, los troncos desgarrados y las ramas desnudas. A lo lejos brillaba un estanque.

—Tengo una linterna. Cuando empiece a cavar, apaga las luces. Me va a llevar un buen rato.

Salió del vehículo. Léane lo vio arrastrar la lona azul entre los árboles. Se puso a hurgar en el suelo, de rodillas, probablemente buscando el mejor lugar cerca del agua, un suelo sin demasiadas raíces ni piedras. Hacía frío, así que se puso el traje amarillo de pescador, se cubrió con la capucha, se calzó las botas, cogió la cal viva y le hizo un gesto. Léane los sumió en la más absoluta oscuridad; apenas conseguía discernir la linterna, que estaba apoyada directamente en el suelo, y la sombra frenética de su marido, que había comenzado a remover la tierra con la pala. Cerró los ojos para evadirse del espectáculo, pero bajo sus párpados solo vio cadáveres que gritaban. La imagen de Jacques Morgan, rodeado por las aguas, no la dejaba en paz. Lo veía hundirse entre las olas, con la boca abierta. ¿A qué venía un acto tan desesperado? ¿Qué le había pasado por la cabeza para que decidiera acabar con su vida?

Las once de la noche. Un calvario interminable: Jullian, cubierto de barro, el rostro contraído por el dolor, agotado, la lluvia complicándole la tarea; ella, observándolo, hundiéndose en las tinieblas al igual que él en la tierra, viviendo la pesadilla de sus propios libros, rodeada de todos esos muertos; una macabra farándula de rostros sufriendo. ¿Cómo sobrevivir a tanta oscuridad? ¿Cómo esperar salir de todo eso? Pensó en Moriarty, en aquel hombre que lo había destruido todo. Ya quedaba menos. Por fin podría descubrir aquel rostro, en Étretat, al igual que en el epílogo de su novela maldita. El desenlace no podía ser más que trágico. Para ella, para él…, el final de una historia.

Su móvil vibró en el bolsillo de su abrigo; un mensaje de texto.

> Buenas tardes, Léane. Soy el doctor Grzeskowiak, del hospital de Berck. Disculpe por enviarle un mensaje a unas horas tan intempestivas, pero hoy he estado hablando con el logopeda, que me avisó de que Jullian no había acudido a la sesión de ayer ni de hoy. Tras esa conversación, me puse a estudiar su expediente con detenimiento. Hay algo en relación con su memoria que me tiene con la mosca detrás de la oreja. Me gustaría hablar con usted en persona y no por teléfono. ¿Podría pasarse usted sola por el hospital mañana, por favor? No le diga nada a Jullian.

Léane soltó un grito cuando su marido abrió el maletero para meter la pala, los sacos vacíos y la lona. Estaba al borde de un ataque de nervios. Borró el mensaje en un gesto rápido. Jullian se quitó el traje manchado de barro, lo enrolló y lo metió en una bolsa. Se desplomó en el asiento, con las dos manos sangrando sobre la frente. Su cuerpo despedía vapor, como una caldera vieja.

—Ha sido horrible…, pero he conseguido enterrarlo profundamente.

Inspiró con fuerza y se recompuso.

—Bueno… La lluvia alisará el terreno, así en unas horas no se notará que se ha removido la tierra. Nadie vendrá nunca por aquí. Nos desharemos de la pala, la lona y los sacos en un vertedero, y luego volvemos a casa. Me encargaré de limpiar el coche de arriba abajo, y mañana, en cuanto la marea lo permita, regresaré al fuerte para limpiarlo todo bien.

Le agarró la cara. Sus dedos estaban helados, como la muerte.

—Ya está hecho. Giordano ya no existe. Ese cabrón arderá en el infierno, bajo todos estos kilos de tierra.

—Júrame que estaba muerto cuando llegaste al fuerte. Júrame que no lo mataste.

—Yo lo maté, Léane, desde el momento en que lo encerré en ese fuerte. Y lo sabes.

Jullian sentía cómo vacilaba. Sacó una fotografía del bolsillo y se la puso entre las manos. La tinta se había corrido por el rostro de Sarah, pero todavía se podía leer: «Dame la fuerza para no olvidar jamás lo que hizo».

—Puede que lo haya olvidado todo, pero he mantenido la fuerza. Todo lo que hemos hecho ha sido por nuestra hija, no lo olvides. Estamos juntos en esto, ¿vale? Hasta el final.

Ella asintió.

—Hasta el final…

Jullian se puso en marcha.

—Yo no lo maté.

Cada vez que podía, Jullian le acariciaba la cara.

¿Qué le iban a contar acerca de la memoria de su marido?

Capítulo 70

Vic inspiró con fuerza y abrió la puerta, seguido por Vadim. No se cruzaba con la mirada del Viajero desde el 19 de junio de 2016. La sala estaba equipada con varias cámaras y micrófonos visibles. Dos guardias que habían escoltado al prisionero hasta allí estaban de pie, cada uno en una esquina. Salieron de la sala.

Andy Jeanson estaba esposado con esmero; las manos por delante; una cadena sujeta al anillo de acero de la mesa. Se le veía aún más desabrido y delgado que la última vez, con los pómulos puntiagudos como el sílex y la piel pegada a los huesos y grisácea como los barrotes de su celda. Se hizo una serie de tatuajes, estrellas entrelazadas las unas con las otras alrededor de un collar de tinta, a la altura del cuello. Miró a Vic con una expresión desdeñosa.

—Menudo careto traes, madero. ¿Qué te ha pasado? ¿Algún caso que te trae de cabeza o qué? ¿En qué andas metido? A lo mejor todo eso te queda grande.

Vic se sentó en una silla enfrente de él y colocó una carpeta *beige* a su lado, que llamó la atención de Jeanson durante un par de segundos. Se concentró y habló con un tono de voz fuerte y autoritario.

—¿Está seguro de que no quiere que su abogado esté presente? Todo lo que diga podría ser utilizado en su…

—Que síííí…, que síí… ¿De qué serviría? Puedes tutearme, eh. Ya nos conocemos bastante bien.

El Viajero se reclinó en la silla, relajado, vistiendo su uniforme naranja de preso. Aunque estaba esposado, la longitud de la cadena le permitía cierta libertad de movimiento. Giró el cuello y observó a su alrededor, tomándose su tiempo. Vadim se apoyó contra una

pared, con los brazos cruzados.

—Bueno, ¿qué tal la Kaspárov-Topalov de 1999? ¿Has progresado? No me cuesta imaginarte frente al tablero de ajedrez, buscando la clave de acceso a mi cabeza. Al final, no estás a la altura. Qué lástima.

Chasqueó los dedos.

—Vosotros, los maderos, sois unos superficiales. No sois capaces de abrir los ojos ni mirar en profundidad tras la complejidad aparente de unas ecuaciones sencillas. Las respuestas están delante de vuestras narices desde el principio. Solo teníais que estirar el brazo y haceros con ellas.

—No estamos aquí para hablar de nosotros. ¿Se hace una idea de por qué le hemos sacado de su celda momentáneamente?

Los dos hombres se midieron con la mirada. Jeanson juntó las manos; los dedos pegados unos a otros.

—¿Cómo quieres que lo sepa? Estoy encerrado entre cuatro paredes y no tengo contacto con el exterior.

Echó un vistazo hacia la cámara derecha.

—¿Dónde están? ¿Detrás de las pantallas, al calorcito? ¿Nos ven y nos escuchan?

—¿Quiénes?

—Lo sabes de sobra: los padres de la pequeña Sarah Morgan. ¿Quizá creéis que ha llegado la hora de la entrega, que basta con convocarme aquí para que os indique con amabilidad el lugar donde la enterré?

—Eso esperamos, sí. Quizá eso aliviaría su conciencia.

Jeanson se pasó la lengua por los labios.

—Por desgracia, me temo que todavía tendremos que esperar un poco más. Pero puedo evitar que os desplacéis sin motivo.

Los policías lo dejaron hablar y jugar como una serpiente con su presa. Como siempre, hizo un recorrido por todos los sucesos: las torturas que había infligido, los gritos, el encarcelamiento de las víctimas en su autocaravana, la forma en que las había enterrado. A Jeanson le gustaba hablar, se sumergía en un mundo de mentiras y fantasía, y Vic se regodeaba en ello.

El impacto de las revelaciones que estaba a punto de hacer sería

aún más fuerte.

—Pero la pequeña Sarah no está en el menú del día. El menú lo escojo yo, y no vosotros. Soy yo el que decide qué decir y qué no. He decidido que el tema del día sea Apolline Rina.

Vadim también fingió haber sido pillado por sorpresa por el Viajero:

—¿De quién hablas?

—Te duele, ¿eh, Mickey? Apolline, la cieguita, esa chica que parece ser que se os escapó.

Disfrutaba viendo sus caras sorprendidas.

—Como tenemos todo el tiempo del mundo, me gustaría tomar un café.

Vadim apoyó los puños sobre la mesa.

—¡Vete a tomar por culo! No estás en un bar.

Jeanson esbozó una sonrisa carnívora.

—Se os complica el asunto cuando no envío mechones de pelo, ¿eh? De repente, ya no entendéis nada y os preguntáis qué estoy diciendo. Apolline, Apolline… Qué jovencita tan encantadora. Si vosotros supierais…

Siguió divagando, complacido, relatando recuerdos que no existían. Se cebó con los Morgan, mirando hacia las cámaras. Luego se señaló el cuello con el dedo índice.

—Nueve estrellitas: una por víctima. Vuestra hija Sarah tiene un lugar privilegiado justo aquí, bajo la nuez de Adán, ya que fue la que más me complació. Me la follé que da gusto.

Vadim hervía de ira. Intercambió una mirada cómplice con Vic: ya habían tenido suficiente de su jueguecito. Jeanson se había crecido, hinchado de ego, así que era hora de pasar a la ofensiva.

—Creo que vas a tener que quitarte las estrellas y que no va a ser fácil allá donde vas a pasar el resto de tus días. ¿Quizá con una hoja de afeitar? Seguro que encuentras a alguien que esté encantado de ayudarte. Pero ten cuidado de que no te corten la garganta en el proceso.

Vic abrió la carpeta —evidentemente, también se tomó todo el tiempo del mundo— y deslizó una fotografía hacia el Viajero. Una casa de campo. Jeanson frunció el ceño.

—¿Por qué me enseñas esto?

—¿No la reconoces? Es una casa de campo abandonada, cerca de Grande Valloire, en La Ferrière. Es donde encerraste a Apolline Rina, ¿no?

Vadim se puso a dar vueltas a su alrededor, con una lentitud exquisita, mientras Vic colocaba otra fotografía sobre la mesa. Apolline, tumbada en la cama del hospital. El policía había enfocado la parte superior del cuerpo para no mostrarle los vendajes que le cubrían los muñones.

—Allí fue donde la encontramos viva. Ahora mismo está en el hospital, pero en un tiempo recuperará su vida, al lado de sus seres queridos.

El rostro del secuestrador se transformó en una mueca. Sus dedos estrujaron las fotos y las lanzó al rostro de Vic.

—Muy bien, ¿quieres jugar a ver quién es más gilipollas? Jamás sabrás dónde está Sarah Morgan. —Miró a la cámara—. ¡Jamás sabréis lo que hice con ella! ¡Idos todos a tomar por culo!

Vic se acercó a él; el torso por encima de la mesa.

—Pero si ya lo sabemos, Jeanson. Lo sabemos todo. ¿No me propusiste el problema de la Inmortal para que lo resolviera? El sacrificio de la torre blanca en d6… La distracción… ¿Atrajiste toda la atención hacia ti y te sacrificaste para que no pilláramos a tus amiguitos? ¡Qué sentido de la amistad!

Jeanson se lo devoraba con la mirada, se le habían hinchado las venas del cuello. Había perdido, Vic podía sentirlo. El teniente señaló las cámaras.

—Ahí atrás solo hay policías. Los padres de Sarah Morgan no están aquí porque ya saben lo que le pasó a su hija, después de cuatro años interminables. Es complicado, no te lo voy a negar, pero por fin podrán hacer su duelo.

Vadim se le acercó por la izquierda.

—No mataste a ninguna de esas chicas. No eras más que el esbirro encargado de secuestrarlas. Te contentabas con decirnos el lugar donde tu colega Delpierre enterraba los cuerpos.

Vadim asintió con la cabeza en dirección a Vic, que deslizó las copias de las cartas hacia el medio de la mesa, y acercó la cara a

diez centímetros de la del prisionero.

—Y sí, efectivamente, estamos al tanto de los mensajes que Delpierre te enviaba haciéndose pasar por el correo de tus «fans»; las coordenadas GPS de los cuerpos que te conformabas con decirnos. Te has burlado de nosotros todo lo que has querido, pero ya se ha acabado.

Jeanson apretó los puños, apoyados sobre la mesa. Respiraba como un búfalo. Vadim no lo dejó tranquilo ni un segundo.

—Te tenemos a ti. A Delpierre. Solo nos falta una tercera persona: la que os da las órdenes. Moriarty. Y nos vas a decir quién es.

El asesino recibió el golpe. Vic también se levantó.

—He resuelto tu problema, he superado tu desafío. Me merezco conocer su identidad. Dímelo y terminemos con esto de una vez por todas.

El rostro del criminal no expresaba nada más que odio e ira.

—¡Seguid dando palos de ciego!

Vadim rodeó la mesa y rebuscó en el expediente. Aplastó sobre la mesa el retrato robot de Luc Thomas, en su versión infantil.

—Luc Thomas, alias tu colega Moriarty. ¿Te dice algo? Vosotros tres, en la misma habitación del internado Rocas Negras. Las clases de Educación Física un tanto especiales… Kevin Kerning, que os obligaba a Delpierre y a ti a hacerle felaciones. ¿Quién lo hacía primero? Seguro que tú, ¿me equivoco? Siempre te ha gustado ponerte en evidencia.

—¡Cierra la puta boca, joder!

—¿Quieres que le contemos eso a los medios de comunicación? ¿La verdadera historia de Andy Jeanson, el chiquillo que chupaba pollas? ¿El falso asesino en serie que jamás ha matado a nadie y que no era más que el esclavo del hombre que, cuando era pequeño, le mutiló los genitales a su profesor?

Jeanson se levantó e intentó abalanzarse sobre él, pero las cadenas lo retuvieron. Vadim no movió ni un músculo. Miró fijamente al detenido a los ojos.

—Dinos quién es, o te garantizo que se lo contamos todo a la prensa. Y nos las apañaremos para que tus compañeros de celda sepan que te gusta chupar pollas. Podemos joderte la vida hasta tal

punto que ni te lo imaginas. Dime. ¿Quién es Moriarty? ¿Cómo es físicamente? ¿Dónde vive? ¿Adónde llevabas a las chicas que secuestrabas? ¿Quién se aprovechaba de ellas y las torturaba? ¿Tú? ¿Moriarty? ¿Otra persona? Queremos que nos lo expliques todo al detalle. Un nombre. Danos un nombre. ¡Desciframos todos tus rompecabezas, joder! Nos lo debes.

Andy Jeanson se dejó caer sobre la silla; los brazos, extendidos delante de él.

—¿Que descifrasteis mis rompecabezas? No habéis descifrado nada. No habéis encontrado lo esencial. Una pena.

Jeanson había vuelto a adoptar su actitud de superioridad. Esbozó esa especie de mueca forzada que daba ganas de meterle un bofetón. Pero Vic mantuvo la compostura.

—¿Qué nos falta? Hace un momento hablaste de ecuaciones. ¿Qué querías decir con eso?

El criminal guardó silencio, ahora inmóvil. Por más que Vadim intentó interrogarlo, sacudirlo, gritarle durante más de media hora, no sirvió de nada. Entendieron que todo había terminado, que el Viajero había decidido cerrarse en banda.

Fue en el momento en que cruzó la puerta de la sala cuando la voz de Jeanson resonó a sus espaldas.

—Creéis que estáis jodiendo a Moriarty, pero es él quien os está jodiendo a vosotros.

Luego volvió a agachar la cabeza y se sumió en el silencio, esa vez de verdad.

Capítulo 71

Jullian había dicho que Giordano ya no existía, pero nunca había estado tan presente en la mente de Léane. Pensaba en los días infernales que el hombre había pasado en el fuerte; en su hija Roxanne, que nunca volvería a ver a su padre; en la parte posterior de su cráneo, bañada en sangre; y en la silueta nerviosa de su marido mientras lo cubría de tierra. La Policía lo buscaba sin descanso. Tal vez el nombre de Giordano resurgiría algún día en el caso Moriarty. Tal vez llegarían a interrogarlos a ambos, dentro de seis meses, un año o cinco. ¿Cómo seguir viviendo con una espada de Damocles sobre la cabeza?

Estacionó en el aparcamiento del hospital bajo un cielo gris ceniza que daba la impresión de vivir en una noche perpetua. ¿Cuántos días hacía que el sol no les brindaba su presencia? Echó a correr bajo el viento y llegó a la recepción. El doctor Grzeskowiak la esperaba en su despacho. Subió las escaleras con un nudo en el estómago.

El especialista le dio un apretón de manos, cerró la puerta y le pidió que se sentara. Se instaló frente a ella, al otro lado de su escritorio. La observó con atención; parecía preocupado. En el rostro, Léane cargaba con el peso de una nueva noche en vela y del calvario que atravesaba. Los ruidos de la pala seguían resonando en su interior.

—Como le dije por mensaje, me gustaría hablar de Jullian con usted. No ha estado viniendo a las sesiones. ¿Sabe por qué?

—Es… es su padre. Han hallado su cadáver cerca de Groffliers. Es probable que cometiera una imprudencia al aventurarse en la bahía mientras subía la marea.

Grzeskowiak apretó los labios.

—Lo lamento mucho. ¿Cuándo sucedió?

—No lo sabemos con exactitud. El cuerpo se encontró ayer por la mañana, pero no teníamos noticias de él desde Nochebuena.

El médico empujó el expediente de Jullian hacia un lado.

—Quizá sería mejor que dejásemos nuestra cita y la dejásemos para otro momento y…

—No, adelante.

Colocó los dedos bajo la barbilla.

—¿Cómo se ha tomado Jullian la muerte de su padre?

Ella se encogió de hombros.

—Como un amnésico.

El médico parecía perturbado. Se aclaró la garganta.

—Antes de… de esta tragedia, ¿cómo iba el regreso de su marido a casa? ¿Ha recuperado sus hábitos? ¿Hay automatismos que han regresado o situaciones que apelan a la memoria?

Léane trató de abstraerse del pantano en el que Jullian y ella estaban atrapados y se concentró en las cosas sencillas.

—Todo iba bastante bien. Estaba a gusto en casa y no le llevó mucho tiempo recordar el lugar de cada objeto. A día de hoy, las cosas más insignificantes regresan a su mente, pero otras no. Sigue durmiendo en el lado equivocado de la cama, por ejemplo, pero me prepara los platos que me gustan, o se ocupa de la casa, cosa que siempre ha hecho. Ahora ya puede conducir por Berck. Ha retomado sus costumbres, como sentarse en su sillón, con el ordenador sobre las rodillas para seguir con sus investigaciones sobre…

—¿Su hija?

Léane asintió.

—Sus obsesiones son bastante tenaces.

—¿Y los recuerdos que le conciernen a usted?

—Va bien…

Entendió que a Léane no le apetecía profundizar, así que no insistió.

—¿Y sus compañeros y su trabajo?

—Son cosas que aún no menciona. ¿Sabe? Antes de su agresión, Jullian estaba, cómo decirlo… al borde del abismo. No estoy segura de que las cosas fueran mucho mejor en el trabajo o con sus

compañeros. En su mensaje, me mencionó algo extraño. ¿De qué se trata?

Apoyó la mano sobre un expediente.

—Tal vez ya lo sepa, pero la recuperación de los recuerdos personales puede ser brutal o progresiva, en forma de recuerdos que parecen muy luminosos, muy detallados, o borrosos. Algunas escenas regresan en forma de destellos al despertar, al mirar fotos o al tocar objetos. Sepa que estos dos últimos métodos han sido particularmente efectivos con Jullian.

Abrió la carpeta y deslizó un paquete de fotografías hacia Léane.

—Son suyas, ya puede llevárselas. Gracias a estas fotos, ha podido recordar escenas específicas de su pasado. Lugares, situaciones, olores. Cada día, hacía progresos notables. ¿Puede echarles un vistazo a estas fotos?

Léane no sabía adónde quería llegar, pero obedeció. Miró las fotografías, una por una, y con todas ellas sintió un pellizco en el corazón. Retazos de vida, de felicidad; recuerdos que regresaban y la golpeaban como un bumerán. Se les veía tan jóvenes y tan felices… De repente, Léane se detuvo. Entre dos instantáneas de las vacaciones, una le llamó la atención: mostraba un viejo Alfa Romeo, estacionado en una calle con la torre de Pisa al fondo.

—¿Algún problema?

—Esta foto… no me suena de nada.

—¿Está segura?

—Sí, sí… Hemos ido a Italia, pero no a Pisa. Y jamás hemos tenido este coche. Estoy… Estoy confusa.

—Pues justo esa foto hizo reaccionar a Jullian. Tenía un recuerdo bastante preciso. Ya no recordaba la época, pero estaba seguro de haber ido allí con usted. Hablaba del calor, del ruido, e incluso contaba que subieron a lo alto de la torre.

Léane negó con la cabeza.

—No… no lo entiendo. Yo… yo no tengo ningún recuerdo.

El médico cogió el rectángulo de papel brillante.

—Es normal. Esta foto no les pertenece, forma parte de una serie de imágenes que usamos para nuestras pruebas.

Léane estaba completamente perdida.

—¿Qué quiere decir?

—La memoria es extremadamente compleja, Léane, a veces puede jugarnos malas pasadas y crear falsos recuerdos. Odia los vacíos y los llena por sí misma cuando es necesario. Colocamos esta foto entre dos de sus fotos de vacaciones que sí eran reales. Por tanto, la cuestión era saber si Jullian estaba lidiando con un «falso recuerdo» de verdad, si simplemente mentía para agradarnos y demostrar que progresaba rápido, o si estaba en algún tipo de simulación…

Léane se acomodó en la silla, pues sentía que lo peor estaba por venir.

—Llevamos casi diez días evaluando su memoria. Es un territorio frágil, cambiante, maleable… Los recuerdos solo pertenecen al paciente, por lo que la tarea de distinguir entre lo verdadero y lo falso no es sencilla, pero sí necesaria para entender la profundidad de una amnesia. Hemos realizado una serie de exámenes exhaustivos, incluyendo preguntas a las que debía responder, series de gestos que tenía que ejecutar y que ponían en juego otras memorias, con el objetivo de verificar la coherencia de sus respuestas… Cuando ponemos a prueba a los pacientes, siempre tenemos, por ejemplo, varias formas de abordar una misma pregunta. Luego se cruzan las informaciones de la misma manera que lo hace la Policía. Se hace una pregunta relacionada con los recuerdos de una manera; luego se aborda desde otro ángulo…

Cogió unas hojas del expediente.

—Jullian ha obtenido resultados fuera de lo normal en casi todas las pruebas, lo que convierte su amnesia en una amnesia demasiado perfecta, demasiado caricaturesca, si prefiere llamarlo así. Le menciono solo el ejemplo de una prueba de reconocimiento, donde debía elegir la respuesta correcta entre dos posibilidades…

Empujó los resultados hacia Léane.

—De promedio, un amnésico tiene un porcentaje de respuestas correctas del cincuenta por ciento. Jullian obtuvo menos del quince por ciento de respuestas correctas.

Léane miró los test rápidamente. En unos te pedían que memorizaras unas palabras y luego se mezclaban con otras… Otros

eran ejercicios de recordar… Los dejó de nuevo frente a ella.

—¿Y qué quiere decir eso?

—Que escogía la respuesta falsa adrede, que quizá esté forzando su amnesia.

—¿Me está queriendo decir que… que estaba fingiendo?

Grzeskowiak respondió con tranquilidad, tanteando el terreno.

—En general, estos resultados son característicos de pacientes que no padecen amnesia pero quieren hacer creer lo contrario.

Léane tuvo la sensación de recibir un puñetazo en toda la cara.

—Eso… Eso no es posible.

—Cuidado, no estoy diciendo que sea el caso, es solo una hipótesis… plausible. Aunque sus escáneres no muestran ninguna lesión, por desgracia es imposible tener certezas en esta etapa, ya que el trabajo sobre la memoria no es una ciencia exacta. A veces, algunos pacientes exageran de buena fe su amnesia para obtener un beneficio físico, legal o financiero. Me parece que Jullian no tiene ningún interés en fingir, si no me equivoco. No hay dinero ni hechos legales en juego.

—No está fingiendo. Cuando le anunciaron la muerte de su padre, él... no sintió nada, bueno, solo una leve tristeza, pero… adoraba a su padre. Sus pruebas no son fiables.

El médico no intentó llevarle la contraria.

—Es posible, pero quería que estuviera al tanto. Una vez que... que Jullian haya hecho todo lo necesario por su padre, continuaremos con las sesiones y veremos qué pasa. Usted tiene que encargarse de que venga a las citas, es importante. Y no le mencione nuestra conversación, para no alterar las próximas evaluaciones. ¿Vale?

—Lo intentaré.

El médico se levantó y la acompañó hasta la salida.

—Si existe una persona capaz de diferenciar lo que es verdad de lo que no, esa es usted, Léane. Lleva mucho tiempo viviendo con él. Intente probar su memoria y detectar las incoherencias. Solo usted es capaz de juzgar la veracidad de sus recuerdos y también de su amnesia.

Le dio un apretón de manos y Léane regresó al coche. Se quedó

allí sentada sin moverse, en plena reflexión. Es cierto que Jullian estaba a gusto en casa y que había retomado sus costumbres y algunas pequeñas rutinas, pero ¿cómo podría llegar a pensar que estaba fingiendo? ¿Fingiendo no recordarla a ella, ni la desaparición de su hija, ni a Giordano? ¿Por qué? Recordaba la primera vez que la vio al despertar tras la agresión: no la había reconocido. Recordó su reacción cuando Colin le anunció la muerte de su padre por ahogamiento. Él quería a Jacques. Si estuviera simulando su amnesia, ¿cómo habría podido parecer tan insensible? ¿Cómo habría podido evitar romper a llorar cuando la Policía les informó de la muerte de Sarah?

Introdujo la llave en el contacto, plagada de dudas. Volvió a imaginarse la forma en que Jullian había aplastado el pie de Giordano en el fuerte. ¿Por qué una reacción tan desproporcionada así de repente? ¿Había tenido reminiscencias? Sintió un impacto en el pecho cuando pensó en las revelaciones del tipo con cara de mero: Jullian había pagado para que lo golpearan con un bate de béisbol en la cabeza. Pero ¿cómo podía estar seguro de que eso le provocaría una amnesia? Era imposible de prever.

Las dudas se siguieron sembrando en su mente.

¿Y si su marido había planeado su agresión precisamente para poder simular una amnesia?

Capítulo 72

Vic y Vadim subieron en silencio al primer piso de la casa de Jeanson. La vivienda estaba congelada, la escalera crujía y el polvo se había depositado sobre las barandillas y los muebles, lo que daba una sensación de abandono. Vadim seguía enfadado, porque no entendía qué pintaba allí.

Llegaron a la habitación del Viajero, la de un completo zumbado. Había fórmulas matemáticas por todas partes en el papel pared: amontonadas, entrelazadas, deshechas como unas largas cintas de tinta incomprensibles.

Jeanson lo había tapizado todo de blanco para poder escribir, dibujar cisnes negros, piezas de ajedrez, casillas numeradas, y extender la materia indigesta de su mente obsesionada sobre cada centímetro cuadrado de la habitación, incluido el techo. Y ahí estaba, el número 2, por todas partes, declinado hasta el infinito en sumas, múltiplos, raíces cuadradas y ecuaciones retorcidas. Vadim giró sobre sí mismo, perdido.

—Bueno, ¿me lo explicas de una vez, maldita sea? No entiendo nada de estas mierdas. Hay tipos que saben mucho más que nosotros que ya han analizado todo para ver si Jeanson había escondido ahí dentro información sobre sus víctimas. No hay nada más que podamos encontrar. Entonces, ¿qué coño estamos haciendo aquí?

Vic se acercó a las espirales, a los números destacados que Jeanson había anotado, con cientos y miles de decimales: pi, la raíz cuadrada de 2, el número áureo. Se agachó y se volvió a levantar, alerta.

—Jeanson ha dicho que las respuestas estaban delante de nuestras narices desde el principio…, que no somos capaces de abrir

los ojos ni mirar en profundidad tras la complejidad aparente de unas ecuaciones sencillas. ¿Y qué hay en esta habitación?

—Ecuaciones… Pero no son sencillas, precisamente. No entiendo una puta mierda.

Vic pasó la mano por las escrituras y empezó a examinar el papel pared. Encontró el borde de una cinta y tiró de ella con un movimiento rápido. Vadim frunció el ceño.

—¿Qué haces? Joder, Vic, tampoco vamos a…

—Ayúdame.

Vadim se puso enseguida manos a la obra. Al final, encontró una especie de satisfacción rabiosa al desgarrar toda la locura de Jeanson, al arrancar las largas tiras provocando un crujido. Gruñó de satisfacción.

—Qué bien sienta… Puto loco… ¡Que te follen!

Se puso a despotricar él solo en su rincón. Por desgracia, detrás del papel pared no había nada más, solo cemento. Vic dejó de rasgar, pues era demasiado lento y tedioso, y presionó las manos contra el papel, en busca de un defecto o una protuberancia.

Y la persistencia dio sus frutos. Al cabo de media hora, encontró en la parte trasera de la cama, a un metro de altura más o menos, escrito en grande: 44, el número de jugadas que duró la Inmortal de Kaspárov. Una tira estaba un poco despegada y sonaba hueco justo detrás. Tiró de ella y descubrió un agujero de unos diez centímetros en el cemento. Vadim se acercó corriendo hacia él.

Vic metió la mano en el interior y sacó una bolsa transparente que contenía varias llaves. Las extendió por la cama ante la mirada atenta de su compañero, con el ceño fruncido. Sin números de serie, mismo color, formas diferentes. Vadim las observó con detenimiento.

—Hay nueve. ¿Serán las llaves de las casas de las víctimas?

—Es bastante probable…

—¿Cómo se hizo con ellas, joder?

Vic volvió a rebuscar en el pequeño compartimento. Palpó con los dedos una superficie lisa, plastificada: una memoria USB.

Capítulo 73

Alrededor de las cuatro de la tarde, en la brigada. Los hombres estaban tensos y los rostros serios. ¿Jeanson les había dado la pista que los había conducido hasta su escondite a propósito? ¿O su desprecio, su odio y su ego bien hinchado lo habían llevado a cometer un error?

Frente a Manzato y Vadim, Vic insertó una copia de la memoria USB en su ordenador y el contenido apareció en pantalla. Se trataba de una lista de directorios, nombrados con nombres propios. Amandine, Justine, Fabienne, Sarah… Había nueve, como las nueve llaves; nueve nombres de mujeres que aparecían en el monitor, uno tras otro.

Vic se masajeó las sienes con un suspiro.

—Los directorios llevan el nombre de cada una de las nueve desaparecidas, las nueve chicas que Jeanson raptó y que Delpierre enterró meses más tarde.

Vic clicó en la carpeta que se llamaba SARAH y reveló una serie de fotografías. Se habían sacado en el interior de una casa pequeña o un apartamento. En cada una de ellas, aparecía Sarah Morgan en diferentes habitaciones, ya fuera en primer plano o más alejada. Rubia, magnífica, ligera de ropa: con un vestido veraniego, con un bañador o incluso desnuda mientras estaba bajo la ducha. Vic calculó que no debía de tener más de diecisiete años cuando se tomó esa instantánea. Sin duda, las imágenes se habían sacado antes de su desaparición. Vadim señaló la parte de debajo de la pantalla.

—También hay vídeos.

En efecto, los iconos aparecieron bajo las fotografías. Vic clicó en uno de ellos. Un ojo palpitante apareció durante unos segundos.

—Es el ojo que aparecía en la *darknet*, el que pide una contraseña cuando se clica sobre él.

El ojo desapareció y enseguida empezó a sonar una música de ambiente. Alguien había grabado a Sarah, desnuda sobre su cama. Un cuerpo perfecto. Ella se acariciaba el sexo y los senos; una larga escena de masturbación que hizo que los hombres se sintieran incómodos. Vadim permaneció concentrado.

—Ese plano realizado en picado, lo fija que está la imagen… Parece una cámara oculta.

Vic empezó a hacer un recorrido por el resto de los vídeos. Se veía a Sarah bajo la ducha o en el salón. Nunca miraba hacia la o las cámaras, ni en los vídeos ni en las fotos. La habían grabado sin que ella lo supiera.

—Quizá lo hicieran con minicámaras incrustadas en las paredes y ocultas tras los objetos. A día de hoy, cualquiera puede comprar cámaras de alta definición capaces de grabarlo todo, no más grandes que un clavo.

Vic contempló el mobiliario y la distribución de las estancias. Sarah no se encontraba en su casa, en la villa de Berck. El lugar era agradable, bien decorado, acogedor. En ningún momento se veía el plano de una ventana ni una vista exterior que pudiera dar una idea del lugar donde se habían grabado esos videos. ¿Ciudad, campo o montaña?

—¿Os habéis fijado en cómo se han montado estos vídeos? —recalcó Vadim—. Los planos, la música seductora… El montaje se ha hecho con sumo cuidado, para que… resalte la belleza de la joven, para que todo resulte lo más excitante posible.

Vic no entendía nada. ¿Quién había creado los vídeos? ¿Moriarty? ¿Jeanson? ¿Delpierre? ¿Cuál era su objetivo? Pensó en el lujoso chalé ubicado en La Chapelle-en-Vercors, donde habían llevado a algunas de las chicas. La vista sobre las montañas, el *jacuzzi*, las copas de champán… ¿Quién sacaba provecho del alojamiento y de las víctimas? ¿Existía la posibilidad de que hubiera otras personas implicadas, que existieran otras conexiones? El policía estaba furioso, tenía la sensación de que se le estaba escapando la esencia misma del caso.

Manzato apoyó los puños sobre el escritorio.

—Abre otra carpeta.

Vic clicó en otro nombre, el de Pauline; Pauline Perlot, la quinta secuestrada. La presentación se repetía. Fotografías y vídeos íntimos de la víctima, grabados sin su consentimiento; la música excitante, igual que con Sarah.

Nuevo repertorio. Justine: radiante, con una sonrisa sincera, llena de vida. También grabada en diferentes situaciones, pero siempre en ese mismo sitio. A veces vestida, otras veces no. La única diferencia con Sarah es que ella era morena.

El equipo vio el resto de las fotografías y vídeos. Vic estampó el dedo índice contra la pantalla.

—Siempre es el mismo sitio. Unas chicas que no tienen nada que ver entre ellas, que no se conocen y a las que graban sin su consentimiento en un lugar idéntico, lleno de cámaras en miniatura. Solo puede haber una explicación…

—¿Una propiedad en alquiler?

—Sí, eso creo. Una propiedad en alquiler equipada con cámaras ocultas.

El policía descolgó el teléfono de su despacho y marcó un número. Respondieron después de que diera tres tonos.

—¿Léane Morgan?… Vic Altran, el policía de Grenoble. Espero no pillarla en mal momento…

Escuchaba el soplo del viento y los gritos de los pájaros. Puede que Léane Morgan estuviera al borde del mar.

—Necesito que haga memoria para darme una información muy concreta. ¿Su hija o usted vivieron o alquilaron un apartamento o una casita pequeña antes de su desaparición? Durante el verano, con un sofá de esquina rojo, una ducha italiana, muebles coloridos y de aspecto antiguo. Si lo desea, puedo enviarle fotos del lugar y…

—No recuerdo cómo era el mobiliario, pero sí, alquilamos un apartamento para pasar unos días en Annecy. Fueron nuestras últimas vacaciones siendo tres.

Vic había puesto el altavoz.

—Y ¿sería posible que me proporcionara la información del lugar? ¿La dirección y el nombre del propietario?

—¿Habéis encontrado algo?

—Puede ser. Pero me gustaría comprobarlo antes de contarle nada.

—Lo alquilamos a través de una reserva en línea; creo que se llamaba LocHolidays o algo así…

Los policías intercambiaron una mirada.

—Debimos de utilizar el servicio dos o tres veces en total. Tenía una cuenta; ni siquiera sé si todavía sigue activa. Tendría que conectarme, pero… Escuche, yo... no estoy en casa. Lo mejor es que le dé el nombre de usuario y la contraseña, y que mire por usted mismo. Confío en usted.

Le proporcionó la información. Vic le dio las gracias y colgó, antes de abalanzarse sobre el teclado de su ordenador. Se conectó a la página web en cuestión de segundos con los datos de Léane.

—Funciona.

Se dirigió hacia la pestaña de reservas.

—Aquí está el apartamento…

Señaló la dirección, cerca del lago de Annecy. Clicó para acceder a los detalles. El anuncio del alojamiento ya no estaba en línea, pero las fotos de la descripción seguían allí. El sofá rojo, los muebles coloridos… El apartamento había sido alquilado por los Morgan seis meses antes del secuestro.

—Queda claro: así era como Moriarty seleccionaba a sus víctimas. Posee un alojamiento que pone en alquiler. Es como una trampa. Graba a las presas que le interesan. Tiene toda la información que quiere sobre ellas: sus direcciones, sus fotos… Y puede colarse en el piso en su ausencia, hacer fotocopias de los papeles, duplicados de las llaves… Es pan comido. Luego Moriarty le pasa todo eso a Jeanson para que se encargue del secuestro meses más tarde. Deben dejar pasar tiempo, para evitar que la Policía haga la conexión.

—Enséñanos el nombre de ese cabronazo.

Vic clicó en un enlace. Había una foto, una de las que ya habían visto bajo la falsa identidad de Pierre Moulin: el tipo rubio de sonrisa deslumbrante y camisa reluciente. El encuadre era el mismo. Vadim estaba que se subía por las paredes.

—Aunque la foto sea falsa, es él. Es él.

Bajo el retrato, las coordenadas aparecían como certificadas por la página web. Como arrendador de inmuebles, era probable que Moriarty hubiera tenido que presentar papeleo y referencias bancarias reales.

Esta vez ya no era PM, ni Moriarty, ni el doctor Watson. Ya no había posibilidad de esconderse tras un seudónimo.

El hombre invisible al que perseguían, el cerebro y el eslabón central de la cadena de muertes, el Luc Thomas del pasado, hoy se llamaba David Jorlain.

Capítulo 74

Léane estaba de pie frente al mar, en esa bahía que tanto había amado. Solitaria y abrigada con su cazadora, miraba el horizonte. En la orilla, allá a lo lejos, unas gaviotas de pico amarillo recorrían la espuma, pescando pequeñas gambas grises o pececillos diminutos atrapados en los charcos. Iban y venían, clavando el pico ante el más mínimo movimiento. Luego, una vez terminado su espléndido *ballet*, se irían a descansar y se esconderían para huir de sus depredadores. Y volverían a hacer lo mismo una y otra vez. La eterna lucha por la supervivencia.

Su mirada se perdió hacia la izquierda, en dirección al sur. A doscientos kilómetros de allí, Étretat y sus gigantescas acantilados la esperaban la noche siguiente. A la derecha, hacia el norte, a una hora en coche, el fuerte de Ambleteuse. Jullian probablemente acababa de llegar allí. Iba a limpiar y vaciar el lugar donde Giordano se había desangrado y exhalado su último aliento, como si tres gotas de lejía bastaran para borrar la crueldad de sus actos.

Léane no lograba olvidar las palabras del médico con un nudo en la garganta. Y, sin embargo, como su mujer que era, seguía convencida de que su marido no estaba fingiendo. Lo había comprobado a primera hora de la tarde. Jullian no soportaba que dejara la tapa del cubo de la basura abierta, siempre volvía atrás para colocarla en su sitio. Sin embargo, esa vez no reaccionó. Desde su regreso, dormía del lado incorrecto de la cama. No se dejó atrapar por los nombres, los lugares que ella había mencionado de manera inocente. Sus ojos permanecieron apagados cuando le mostró fotos de su madre o de su padre junto a él, de niño, sentado en sus rodillas.

Pero siempre, siempre, volvía a esa agresión que casi acaba con

él, toda esa preparación que él mismo había orquestado, esas falsas pistas… La duda la corroía, pero Léane ya no tenía la mente lo suficientemente clara como para ser capaz de discernir las cosas.

Su teléfono empezó a sonar. Era el policía de Grenoble. Respondió a sus preguntas, le dio sus códigos de acceso a su cuenta de LocHolidays y colgó. La brigada criminal parecía avanzar. Tal vez esos policías finalmente descubrirían la verdad.

Con el rostro helado, se dio la vuelta hacia La Inspiradora. Por las luces, su forma y los grandes ventanales, parecía un transatlántico navegando sobre una ola de arena; el escenario del peor de los *thrillers*. Cualquiera que contara lo que Léane había vivido en las últimas semanas tendría la mejor historia del año.

Pero aún hacía falta un final para esa historia, un desenlace. Y Léane no podía saber cómo terminaría todo en los acantilados de Étretat. En *El manuscrito*, a su protagonista, Judith Moderoi, la empujaban al vacío.

Una silueta apareció en la oscuridad, que, con su extrema lentitud, se apoderaba de la bahía. Se dirigía hacia ella, en ese espacio infinito de naturaleza salvaje. La postura, la caminata, el mechón rojizo que sobresalía del gorro y ese inmenso abrigo que lo hacía parecer un muñeco Michelin… Colin. Léane se deshizo de sus gélidas lágrimas con un gesto discreto y fue a su encuentro. El policía mantuvo las manos dentro de los bolsillos.

—He llamado al timbre. Luego te he visto aquí sola…

Léane se fijó en que llevaba la funda del ordenador, que le colgaba del hombro.

—Jullian necesitaba estar solo. Se ha ido a dar una vuelta en coche a lo largo de la costa. Se siente perdido e incapaz de completar todo el papeleo necesario tras la muerte de su padre. Es tan difícil por todo lo que está pasando en este momento… Tenemos que ponernos en su lugar.

—Lo entiendo, por supuesto… Todo esto debe de ser extremadamente complicado de manejar, incluso para ti. ¿Sabes a qué hora va a volver?

—No. Y está totalmente incomunicado, ya que todavía no le has devuelto el móvil. ¿Quieres verlo?

—Si, me habría gustado. Tengo novedades respecto a la muerte de Jacques…

Se pusieron en marcha de regreso a la villa. Léane se cruzó de brazos, pues tuvo un mal presentimiento. Colin parecía muy perturbado.

—El forense ha confirmado el ahogamiento. Los análisis toxicológicos revelaron un alto grado de intoxicación, al menos tres gramos por litro de sangre. Es evidente que, con tal nivel, difícilmente podría mantenerse de pie y, sobre todo, ya no era consciente del peligro en la bahía.

—Qué horror…

Caminaron en silencio unos cuantos metros.

—No debería estar aquí, Léane. No debería contarte todo esto porque hay una investigación en marcha. Pero…

Le dedicó una mirada cargada de tristeza y resignación.

—Nos conocemos, y confío en ti. Si hubiera algo que debería saber, ¿me lo contarías?

—Claro. Pero… ¿qué pasa?

Colin no respondió de inmediato. ¿Qué había descubierto? Léane tenía la sensación de que tenía una cuerda atada al cuello.

—Tengo que hablarte de un tipo que se plantó en comisaría esta mañana. Es un ornitólogo de Fort-Mahon, se llama Bérenger Argoud y trabaja en el parque de Marquenterre. ¿Te suena el nombre?

—Vagamente, pero sí.

—Me contó que Jullian y él se conocían bastante bien, sobre todo por el tema de las focas: Argoud se encarga de censarlas y estudiar su desplazamiento por la bahía de Authie desde hace un montón de años. Hace un tiempo, los dos hombres defendieron la colonia y se enfrentaron a los pescadores.

—Sí, me acuerdo de eso.

—Argoud estaba especialmente interesado en las grandes mareas, quería entender hasta qué punto afectan los comportamientos de la colonia. Suele situarse en el extremo del canal de Groffliers, ya que considera que es uno de los mejores puntos de observación de la colonia cuando no se encuentra en la punta de Berck. Durante el día, la observa con binoculares y saca fotos, pero, en cuanto

empieza a oscurecer, es decir, alrededor de las cinco de la tarde a estas alturas del año, coloca una cámara infrarroja gran angular, bien oculta de los posibles transeúntes. La posiciona en lo alto de uno de los árboles del pinar que bordea el norte de la bahía. ¿Sabes dónde?

Léane asintió. Colin cada vez le recordaba más a una araña tejiendo su tela. Estaban llegando al pie de la duna.

—Argoud no miró hasta ayer, bien entrada la noche, las grabaciones de la noche del sábado 23 de diciembre. Me las ha enseñado, Léane… Me ha enseñado lo que grabó su cámara.

—No me digas que… que se ve cómo se ahogó Jacques.

Colin hizo un gesto con la cabeza hacia La Inspiradora.

—Y otra cosa muy perturbadora. Entremos, que hace frío.

Capítulo 75

Según una búsqueda en el archivo de permisos de conducción, David Jorlain vivía a las afueras de Vienne, a unos cien kilómetros de Grenoble. El registro indicaba que había nacido el 12 de junio de 1973, en Pantin, es decir, aproximadamente un mes después de la fecha oficial de nacimiento de Luc Thomas. Una solicitud a los servicios fiscales de Isère confirmó que había pagado los impuestos del año 2016 de una propiedad ubicada en la dirección de su carné de conducir; por lo tanto, seguía viviendo allí.

Alrededor de las diez de la noche, cuatro vehículos policiales iban a toda velocidad por la carretera departamental 37. Vadim iba al volante de uno de ellos, mientras Vic miraba la carretera, sumido en sus pensamientos…

Antes de partir, había querido ponerle cara a David Jorlain, como si hubiera perseguido tanto al hombre como a sus rasgos. Jorlain no tenía pasaporte ni un documento de identidad reciente, con su respectiva fotografía digitalizada; así que, para obtener una foto vinculada a una identidad, era necesario contactar con la administración que había emitido el documento. Así pues, Vic había llamado a la subprefectura de Vienne, donde se habían emitido el carné de conducir y la tarjeta de circulación en el año 1997. Le informaron de que los archivos habían sido destruidos por un incendio hacía unos dos años. Una investigación concluyó que había sido un incendio criminal.

Moriarty había eliminado su rostro una vez más.

Vic no se sentía tan excitado ni confiado como sus compañeros, pues había algo que lo inquietaba, aunque no sabía exactamente qué. Los eventos se habían sucedido demasiado rápido en las últimas horas: el interrogatorio de Jeanson, la memoria USB

escondida detrás de las ecuaciones, luego la identidad de Moriarty…, como si todo se hubiera desbloqueado de repente. Contempló aquella noche estrellada, que hacía que la nieve brillara. Las colinas desaparecían, perseguidas por la velocidad de los coches. Vic giró la cabeza hacia su compañero. Podía ver cómo le brillaba el ojo derecho y cómo apretaba la mandíbula.

La casa era igual que el propietario: borrada del mundo, invisible, en lo alto de la ciudad, con el río Ródano justo abajo y el bosque alrededor. Era necesario tomar un camino de tierra, entre los árboles, para llegar hasta ella. Una vez aparcados los vehículos, los hombres bajaron; los más corpulentos al frente. Todo estaba tranquilo, tal vez demasiado. La casa de piedra, de un solo piso, se alzó ante sus atentas miradas. Era antigua, de tamaño medio, protegida por una verja y rodeada por un alto muro de ladrillo. Todas las persianas estaban bajadas y las luces parecían apagadas, pero había un sedán gris y una furgoneta blanca estacionados a lo largo de la fachada. Vic sintió el sabor de la excitación quemándole los labios. ¿Iban a poner fin a aquel caso de una vez por todas?

No tuvieron problemas para abrir el portal y, una vez en el jardín, los hombres actuaron con más prudencia todavía: todos recordaban el fracaso en casa de Delpierre. Muy rápidamente, con gestos precisos y coordinados, se distribuyeron para vigilar las salidas, mientras que un grupito compacto se encargaba de la puerta principal. Veinte segundos después, irrumpieron en el interior, linternas en mano y fusiles al hombro.

Esa vez no hubo ni un solo disparo. Revisaron el piso superior y la planta baja, los equipos se aseguraron de que no hubiera peligro. La casa parecía vacía. Alguien encendió las luces. Desde la sala, el jefe del grupo de intervención hizo señas a Manzato y a sus tenientes para que se acercaran. Tenía el rostro serio. Cuando los policías se adentraron en la habitación, reconocieron el olor de la muerte.

El cuerpo de un hombre con vaqueros y camiseta yacía con la cabeza y los brazos introducidos en el hogar de la chimenea. Estaba un poco hinchado y había sido quemado hasta los codos y la nuca. El cabello se había encogido sobre el cráneo como unos finos resortes. En el suelo, un poco apartadas, había una botella de

whisky y unas pastillas sacadas de su caja. Somníferos.

Manzato prohibió que se acercaran y empezó a hacer llamadas. A Vic solo le apetecía una cosa: lanzarse sobre el cadáver para darle la vuelta, enfrentarse a ese rostro chamuscado, convertido en humo, a ese semblante que, una vez más, iba a escapársele entre los dedos. No era posible: Moriarty no podía estar muerto; no podía haberse quitado de en medio y llevado consigo todas las respuestas; todo menos eso.

Vic recorrió las salidas: nada roto ni sospechoso; la casa había sido cerrada con llave desde dentro. Una voz se alzó por detrás de él:

—Venid a ver esto.

Mangematin los llamó desde el primer piso. Subieron y descubrieron que una de las dos habitaciones estaba protegida por una puerta blindada. Había una reja en la ventana; la cama estaba sellada al suelo; la televisión, empotrada en la pared e inaccesible. ¿Una celda? Pensó en Sarah Morgan, la primera en ser secuestrada, la última en morir. ¿Habría estado allí retenida y no en el sótano de Delpierre? ¿Había ocupado esa habitación durante cuatro largos años? Pero ¿por qué ese trato tan particular, si todas las demás habían muerto poco después de su secuestro?

Se puso unos guantes de látex y entró en la habitación. Abrió el armario. Había ropa de mujer, doblada con cuidado. Vestidos, ropa interior… Acarició una chaqueta deportiva y la reconoció: era la que llevaba Sarah el día de su desaparición. Moriarty nunca se deshizo de ella.

Se dirigió a la habitación contigua, aquella sin puerta blindada. Todo apuntaba a que allí dormía el propietario del lugar. Todo estaba limpio; la cama, perfectamente hecha; los trajes y las corbatas, bien organizados en perchas. Olía a almizcle. En la pared, una copia de un cuadro de Greuze, *Jeune Fille avec une rose* («Niña con una rosa»).

Vadim estaba en el despacho, al final del pasillo, con la nariz metida en papeles y libros sobre bienes raíces. Vic se unió a él.

—Parece que trabajaba en una inmobiliaria. Alquileres, ventas. Un autónomo, o algo por el estilo.

Vic se apoyó en la pared y suspiró. Vadim lo miró de reojo.

—¿En qué piensas?

—No sé, pero tengo la sensación de estar dando un paseo por un museo… ¿Recuerdas las últimas palabras de Jeanson? «Creéis que estáis jodiendo a Moriarty, pero es él quien os está jodiendo a vosotros». Y luego está eso que escribió Delpierre en su carta, habló de «la más hermosa de las desapariciones, a ojos de todos». Hay algo que no cuadra. No me imagino al hombre que buscamos muriendo de esta forma, con la cabeza metida en el fuego de la chimenea.

—Si esa no es una de las desapariciones más hermosas, ¿qué es, entonces? Quizá jamás sepamos cómo era físicamente, pero ese puto chiflado está muerto, Vic. Está bien muerto, eso sin duda.

Pero Vic ya no lo escuchaba. Volvió a bajar al salón. Manzato se despidió del equipo de intervención, que ya volvía de regreso. Luego se dirigió a su subordinado.

—La Policía científica está a punto de llegar. —Señaló el cadáver—. He llamado al juez y solicitado un análisis de ADN de prioridad extrema. Mañana tendremos la confirmación de que es Moriarty.

Vic contempló la escena sin decir nada. Los medicamentos, la botella, el cuerpo en la chimenea: la sensación de estar en una partida de Cluedo, con todos los elementos clave a la vista. Demasiado caricaturesco, demasiado simple. ¿Acaso Moriarty no habría desaparecido de este mundo con mucho más despliegue, con más estilo?

¿O quizá Vic se había equivocado con él?

Capítulo 76

Colin y Léane entraron en la villa. El policía se bajó la cremallera del abrigo y sacó el ordenador portátil de su funda.

—No quiero que te sientas obligada a ver este vídeo, pero… creo que tendrás que hacerlo tarde o temprano, Léane. Y mejor que sea ahora.

La observaba con detenimiento, estudiando cada una de sus reacciones. ¿Debería Léane esperar a Jullian, negarse a ver el vídeo? Se sentó a su lado.

—Venga.

Colin clicó en un fichero. La imagen infrarroja aparecía en tonos blancos y negros, con matices verdes. Léane reconoció esa parte de la bahía: las lenguas alargadas de arena, el serpenteante río Authie, el oasis de salicornias y coclearias. La imagen se distorsionaba a veces por culpa de la llovizna. La hora en la parte inferior marcaba las 17:02 h del 23 de diciembre. El policía aceleró la reproducción y volvió a poner la velocidad normal cuando llegó a las 17:04 h. Luego señaló la pantalla.

—Ahí…

Léane notó una variación, lejos, muy lejos, al fondo de la bahía; dos puntos luminosos que finalmente desaparecieron. Los faros de un coche. Colin aceleró aún más.

—Tu suegro acaba de llegar por la carretera, a lo largo del canal. Estaciona en el pequeño aparcamiento… Bueno, lo supongo, ya que fue allí donde encontramos su vehículo. Por desgracia, la vegetación, el clima y la distancia nos impiden ver algo de eso. Luego, no pasa nada durante media hora. Tal vez estuviera borracho, resguardado en su coche… Y después esto…

17:32 h. Léane se imaginó la oscuridad absoluta en la bahía, la

pulsación regular del faro de Berck. Una silueta insignificante emergió de la vegetación. Cabalgaba sobre las finas láminas de agua, avanzaba por los grandes bancos de arena, cayendo en numerosas ocasiones. La lluvia caía con más fuerza ahora, era imposible distinguir el rostro, y Léane solo podía adivinar la identidad de Jacques porque se acercaba cada vez más. Su cabeza calva… El impermeable… Vagaba en la oscuridad como un mendigo, adentrándose en la bahía, hacia el mar y la cámara, mientras el agua subía por todas partes. Lo rodeaba sin que él se diera cuenta, como una tarántula rodea a su presa.

—Es horrible. Horrible. ¿Qué pretendes, Colin? Maldita sea.

—Dos minutos…, dos minutitos… Espera a que disminuya la intensidad de la lluvia y verás.

Léane se obligó a mirar. Jacques tropezó de nuevo y se quedó sentado en la arena, empapado. En el infierno de la naturaleza, su cuerpo sufría pequeños espasmos. Léane estaba segura: estaba llorando. Lloraba como un niño mientras dejaba que la arena resbalara entre sus dedos. Cuando la lluvia cesó, Colin señaló el extremo derecho de la pantalla. Miró a Léane de reojo.

—¿Qué ves?

Otra silueta surgió de entre la vegetación…

—¡Dios mío!

Pausó la imagen y se acarició los pelos cortos y pelirrojos de su barbilla, en plena reflexión.

—Se me pone la piel de gallina cada vez que lo veo. Alguien lo vio morir, alguien que no se distingue por la lluvia, pero que probablemente estuvo allí desde el principio, oculto entre los arbustos, cerca del estacionamiento. Te ahorro lo que pasó después, pero ese desconocido permaneció allí hasta las 17:55 h, momento en que Jacques fue arrastrado por el agua, sin llamar a los servicios de emergencia en ningún momento.

Léane se tapó la cara con las manos. Colin empujó una fotografía hacia ella.

—Siento hacerte pasar por esto. Hemos sacado esta imagen del vídeo. Hemos hecho todo lo que hemos podido: la ampliamos, optimizamos los ajustes, pero no conseguimos nada mejor que

esto…

Léane observó la imagen.

—Es imposible decir si se trata de un hombre o de una mujer. Parece que lleva una capucha y un impermeable de pescador. Con esa prenda, es difícil conseguir algún indicio morfológico.

Léane sentía que caminaba manteniendo el equilibrio por la cresta de una montaña, con un precipicio a cada lado. El policía la observó detenidamente antes de aclararse la garganta.

—Siento mucho tener que hacerte esta pregunta en unas circunstancias como estas, pero… ¿no te suena? Tenemos a un experto que cree que esa ropa de pescador es de un color claro, que podría ser amarilla o gris, algo similar a eso...

Señaló la fotografía de Jullian en el marco, al lado de la librería. Léane ya veía el fondo del abismo: estaba a punto de estrellarse y no volver a despertar.

—No… no sé. Es demasiado brutal. ¿Qué quieres que te diga? —Cogió el marco—. Todo el mundo tiene ese tipo de prendas por aquí, podría ser cualquier persona. No estarás insinuando que… En fin, quiero decir, ¿sigues haciéndote preguntas sobre Jullian, como llevas haciendo estos últimos cuatro años?

—Me conoces de sobra, Léane… Solo quiero entender. Un padre muere mientras llora desconsoladamente y alguien se queda mirando cómo fallece… Es normal que la primera persona que quiera interrogar sea su hijo, ¿no te parece? Antes de encontrarme contigo en la bahía, me tomé la libertad de echar un vistazo en el cobertizo. No encontré la ropa que se ve en la foto. ¿Se te ocurre qué pudo haber hecho Jullian con ella?

—No, no. ¿Cómo quieres que lo sepa? Yo ya no vivía aquí y Jullian está amnésico. ¿Qué quieres decir con todo esto?

Sacó su cuaderno, se chupó el dedo índice y empezó a pasar las páginas.

—Me gustaría que regresáramos precisamente al día 23 de diciembre. Fui yo quien trajo a Jullian hasta aquí después de que le dieran el alta en el hospital. Debían de ser alrededor de las tres de la tarde… De paso, aproveché para recoger mi cartera, ¿recuerdas? Me la había olvidado el día anterior…

Léane asintió, sumida en el silencio.

—Comprobamos el historial de llamadas de Jacques. Jullian llamó a su padre a las... 15:22 h, exactamente. Fue una llamada que duró menos de cinco minutos. Como dijo él, probablemente solo fue para informarle de que le habían dado el alta. Tiene sentido.

Apoyó el dedo en la pantalla del ordenador.

—Una hora y media más tarde, su padre aparca al borde de la bahía, se emborracha y se ahoga. ¿Por qué cometer un acto así? ¿Por qué justo después de que su hijo saliera del hospital? A eso ya no le encuentro tanto sentido. Iba a ver a Jullian al hospital cada día. Si hubiera sido él, probablemente habría venido hasta aquí, a vuestro hogar, para ver qué tal iba la vuelta a casa. No me habría ido a ahogarme. ¿Por qué esperar el alta de Jullian para actuar?

—Jacques no estaba bien.

—Sí, sí, lo sé. Jullian me lo ha dicho unas cuantas veces. Parece ser que estaba bajo tratamiento de depresión, a juzgar por las pastillas encontradas en el alojamiento y por los resultados de los análisis toxicológicos. Pero… algo le afectó profundamente esa noche, hasta tal punto de cometer un suicidio. Necesito aclarar todo esto, ¿entiendes? Porque esta historia me está volviendo loco. Quizá puedas ayudarme a llenar el vacío entre el momento en que dejé a Jullian aquí y el momento en que se ven los faros de un coche en el vídeo. Si mi memoria no me falla, no estabas aquí para recibir a Jullian cuando regresó. ¿Recuerdas a qué hora volviste a casa?

Léane se levantó y fue a servirse un *whisky* para ganar algo de tiempo. Colin rechazó el vaso que le ofreció haciendo un gesto de la cabeza. El día 23… ¿Qué estaba haciendo ella el día 23? Ah, ya recordaba: estaba de vuelta de Reims, después de haber amenazado al psiquiatra con un arma y de haber conseguido información sobre Giordano. Recordó que le había mentido a Jullian, así que se limitó a repetir la excusa que había utilizado:

—Volvía de París, todavía hasta el cuello de problemas con todo el tema del plagio con mi editorial… Debí de llegar a casa alrededor de las cuatro de la tarde, cuatro y media como mucho. Recuerdo que me sorprendió toparme con Jullian sentado en el sillón. A partir de entonces, no volvimos a separarnos.

—¿Estás segura?

—Totalmente.

Colin apretó los labios, tomó un par de notas y cerró el cuaderno con un golpe seco. Luego la miró, sin pestañear, con ese brillo sombrío en el gris de sus pupilas y sus rasgos pesados, como los de un hombre que de repente se entera de que su mujer lo deja.

—Entendido.

Se levantó y guardó el ordenador portátil sin pronunciar una sola palabra. Ni siquiera la volvió a mirar. En ese preciso momento, lo entendió todo: Colin sabía que le estaba mintiendo y que nunca había ido a ver a su editor. Seguro que había llamado a la editorial y lo había anotado en rojo en su maldito cuaderno: «¿Dónde estaba Léane todas las veces que dijo estar con su editor? ¿Por qué mintió?» Se bebió el *whisky* de un solo trago. Tenía que hacer algo; tenía que llenar ese silencio mortal en el que el policía se había sumergido. ¿Por qué había venido él solo con ese vídeo? ¿Por qué se enfrentó a ella y no a Jullian? ¿Había querido darle una oportunidad para que confesara? ¿Comenzaba a sospechar de ella también?

Lo acompañó hasta la puerta. Se giró hacia ella.

—Guarda la foto. Es bastante probable que regrese mañana para hacerle unas preguntas a Jullian. Si queréis llamarme alguno de los dos, no dudéis en hacerlo. Hay algo que se me escapa en toda esta historia, varios vacíos que no consigo llenar, pero ya sabes que me parezco un poco a las mareas. Me llevará mi tiempo, pero conseguiré llenar esos vacíos, tarde o temprano. Adiós, Léane.

Se dio la vuelta, con la nariz hundida en el cuello del jersey, y corrió hacia su coche. Léane cerró la puerta, se apoyó en ella y respiró hondo. Cogió el marco con la foto de su marido y volvió a pensar en la silueta oculta.

Corrió al garaje, rebuscó en la guantera del coche hasta encontrar un tique de peaje del trayecto de la autopista desde Reims hasta la salida a diez kilómetros de Berck, el día 23 de diciembre. El horario indicaba las 18:48 h, aproximadamente una hora después del supuesto ahogamiento. En teoría, Jullian habría tenido tiempo de regresar a pie por la playa. Caminando rápido, se tardaría unos treinta minutos desde ese extremo del canal. Debido a la marea,

habría tenido que tomar el puente, rodear un sendero que pasaba por el bosque, y luego volver a la arena, más al sur.

Pero ¿qué quería decir todo eso? ¿Que Jullian se encontraba al lado de Jacques en el coche antes de que se ahogara? ¿Quién si no?

Sentada en el sillón frente a la chimenea, Léane se colocó una manta sobre los hombros. El frío ya no la abandonaba. Los ventanales daban a una oscuridad absoluta; era como si la casa derivara en un espacio helado e infinito.

La mente de Jacques era frágil. ¿Era posible que Jullian lo hubiera animado a internarse en la bahía? Pero ¿cómo se puede empujar a un hombre a morir? ¿Mediante una amenaza? ¿Con palabras? Jacques lloraba en el vídeo. Las palabras pueden herir, pero ¿qué palabras lo bastante fuertes y destructivas podría haber pronunciado un amnésico como para llevar a alguien al suicidio?

A menos que, como decía el médico, Jullian nunca hubiera estado o ya no estuviera amnésico.

Léane se sobresaltó cuando escuchó el ruido del motor, dos horas más tarde. Se tensó todavía más cuando la puerta se abrió. Jullian se acercó a abrazarla por detrás, deslizando los labios por su cuello.

—Ya está hecho.

Sus palabras, su olor… Léane sintió un escalofrío. Él se colocó frente a ella y miró la botella de alcohol y luego la maleta cerrada, de pie sobre sus ruedas.

—¿Qué quiere decir esto? ¿Te marchas?

Léane inspiró y sacó la foto de debajo de la manta.

—¿Me puedes explicar esto?

Jullian miró la imagen.

—¿Qué es?

—¿No lo sabes?

—Claro que no. Explícamelo.

—Había una cámara la noche que tu padre se ahogó. Estaba escondida entre los árboles del otro lado del canal. ¿Te suena Bérenger Argoud?

—¿Quién?

—Alguien que conoces bien, un ornitólogo. Se interesa por la colonia de focas, como tú. Colin se pasó por aquí y me enseñó el

vídeo. Esa silueta que ves en la foto se quedó mirando cómo las aguas engullían a tu padre y cómo se ahogaba.

Jullian se dejó caer en el sillón.

—No me lo puedo creer.

Léane permaneció en silencio; las rodillas dobladas contra su busto. Le asustaba su propio marido. Las imágenes violentas no dejaban de desfilar por su mente: Jullian rompiéndole el pie a Giordano…, la forma en la que había golpeado al ladrón con cara de mero…, la parte posterior del cráneo destrozado del policía… ¿La amnesia explicaba todas esas reacciones exacerbadas que desconocía de él? ¿Jullian era así de violento antes de su agresión?

Una voz grave la arrancó de sus pensamientos:

—¿… pensarás que tengo algo que ver con eso?

—Cuando saliste del hospital, ¿por qué llamaste a tu padre y no a mí?

—¿Por qué? ¡Porque quería darte una sorpresa! Le dije a mi padre que todo iba bien y que lo esperábamos al día siguiente para celebrar Nochebuena. Me quedé en casa, intentando adaptarme a la situación y esperándote; no quería llamarte para no estropear la sorpresa.

Se levantó y se llevó las manos a la cabeza. Se le marcaba una vena gruesa en la frente.

—¡Joder, Léane! ¿Sospechas de mí? ¿Por qué habría hecho algo así? ¿No se te ha pasado por la cabeza que quizá esa silueta puede ser ese puto parásito que se nos metió en casa?

Se dirigió hacia el ventanal, lo abrió de par en par y contempló la noche. El viento se coló en la habitación.

—¿Quién dice que no nos está vigilando en este preciso momento, que no intenta destruirnos?

Se quedó ahí, plantado ante la inmensidad. Luego se acercó a su mujer y quiso abrazarla, pero ella se apartó. Se levantó de golpe.

—Lo siento, pero no puedo. Hay algo que ha cambiado en ti. No sé el qué, y no sé si esta transformación ya había empezado antes de que orquestaras tu propia agresión y nos metieras a los dos en este infierno. Pero, en todos los casos, tú ya no eres el hombre que conocí.

Se puso el abrigo y cogió la maleta.

—Me vuelvo a París unos días, necesito pensar.

Lo miró con tristeza. Jullian tenía los brazos caídos y la espalda encorvada.

—Así que me abandonas en medio de la tempestad… ¿Nos dejas solos a mi memoria fracturada y a mí? Estamos unidos para siempre, ¿acaso lo has olvidado?

—No lo he olvidado. Cada hora que pasa, escucho esos malditos golpes con la pala. En cuanto cierro los ojos, veo el rostro hinchado de Giordano. Pero mañana por la noche tengo algo que hacer, un viaje que espero que por fin me dé las respuestas que busco. Sea cual sea la forma en que termine este calvario, lo importante para mí es eso: que termine de una vez.

Capítulo 77

La autopsia había terminado. Vadim y Ehre habían abandonado la sala refrigerada hacía ya un buen rato. Aquel viernes 29 de diciembre, a media tarde, Vic se encontraba solo frente al cuerpo hallado en la casa a las afueras de Vienne, con las manos hundidas en los bolsillos de su abrigo. Bajo las luces, la parte inferior del cadáver tenía un tono blanco casi azulado, como si flotara en la superficie de un agua cristalina. No obstante, la mitad superior parecía una tierra de fuego, negra y roja, de relieve lunar.

Las conclusiones del examen forense coincidían con la escena del crimen. Cuando la forense abrió el estómago, dijo «*whisky*» solo con percibir el olor. Algunos somníferos no habían sido digeridos. El cuerpo no había sido desplazado y no presentaba ninguna otra lesión aparte de las relacionadas con la caída en la chimenea. Los análisis toxicológicos deberían confirmar lo que la médica ya suponía: una caída provocada por la ingestión de un cóctel mortal de alcohol y somníferos.

Así que Vic nunca vería el rostro de ese hombre. ¿Por qué Jorlain se había empeñado en borrar sus rasgos hasta su último suspiro? ¿Con qué propósito? El policía seguía pensando en la historia de los libros de Léane Morgan, trasladados de su librería al internado, en la agresión a su marido, en toda esa parte de Berck que se le escapaba entre los dedos. Si Moriarty realmente estaba muerto, dejaba tras de sí un enigma enorme.

Vic apagó las luces, sumió el cadáver en la oscuridad y se

quedó allí, inmóvil, como si esperara que las explicaciones surgieran de las tinieblas. Pero la muerte no estaba especialmente habladora. El silencio empezó a molestarle, así que salió de la sala. Una capa de nieve fina acariciaba Grenoble; eran unos copos tan pequeños que sentía como si estuviera respirando polvo helado. Estaba harto del invierno, de la montaña y de todo lo demás. ¿Qué hacía aún allí? Coralie… Era ella, y solo ella, quien lo ataba a esa región en la que había vivido toda su vida.

Se fue a pegar el culo en su silla, en la brigada, mientras esperaba los resultados del ADN. Por una vez, mientras sus compañeros registraban la casa de Jorlain, él no podía hacer otra cosa más que esperar. Necesitaba la prueba definitiva de que el hombre de la chimenea era Moriarty, alias David Jorlain, alias Luc Thomas, alias un niño salido de la nada, abandonado en un contenedor de basura por una madre desconocida. Una existencia en forma de matrioska. Nacido entre la basura, muerto en medio de las cenizas.

Vic suspiró. Incluso con el líder de la red muerto, quedaba muchísimo por hacer. Faltaba llenar los vacíos de esa investigación y entender los puntos más oscuros; encontrar a otros posibles implicados, aparte del trío del internado Rocas Negras; aportar algo de luz a todos esos padres, esos familiares cuyas vidas habían quedado destrozadas. Vic no sabía si encontraría fuerzas para seguir rebuscando en el vacío. Porque eso era todo lo que quedaba de esa historia.

La noticia llegó alrededor de las seis de la tarde. Manzato entró en la oficina con dos papeles en la mano, con aire victorioso.

—Es él, Altran. El ADN obtenido del cadáver hallado en la chimenea corresponde al cien por cien con el del pequeño Luc Thomas de hace treinta años.

Vic observó los resultados enviados por el banco de ADN. Los perfiles genéticos eran idénticos; los ordenadores habían confirmado la correspondencia con la huella genética de Luc Thomas, que llevaba desde 2002 en el archivo. Vic tuvo que

admitir que, esa vez, el hombre sin rostro, sin familia, sin raíces, realmente había llegado a su fin.

Le devolvió las hojas a su jefe y se perdió en sus pensamientos, incapaz de escuchar las directrices que le golpeaban los oídos. Ya se preocuparía de eso más tarde…

De nuevo solo en su oficina, se frotó los ojos. Estaba cansado, desgastado hasta el límite. Ya imaginaba lo que se le venía encima. Tendría que explicarle a la madre adoptiva de Luc Thomas quién había sido su hijo. También tendría que hablar con los Morgan y con todos los demás padres, enfrentarlos a la dura realidad. La voz del padre de Apolline aún sonaba cristalina en su cabeza. «Por mucho que esté aquí, haciendo gala de una falsa compasión, es ajeno al sufrimiento de la gente». No, no era ajeno a ese sufrimiento. Se enfrentaba a él de frente, con cada víctima que se cruzaba en su camino.

Los monstruos existían y existirían siempre, con o sin él. Y seguirían devorando vidas, sin importar lo mucho que se esforzara.

Se puso el abrigo y se dirigió hacia la horrible zona comercial donde había estado sobreviviendo durante más de dos meses. «Miserable». ¿Existía una palabra mejor para describirse?

Pegado a la máquina de café situada en el vestíbulo del hotel, esperó a que Romuald terminara su turno para ir a ver a su perra, ese animal que tanto amaba, que nadie le quitaría, y cuya existencia olvidaba la mayoría de las veces.

El *cocker* inglés surgió del fondo de su caseta y lo colmó de generosos lametones. Era una enérgica bola de pelo con un pelaje increíble en la cabeza: negro en el lado izquierdo y blanco en el derecho, salvo alrededor de los ojos, donde los colores se invertían.

Vic se apretó contra él y rodó en la nieve, llorando a moco tendido. Frente al espejo opaco de su propia existencia, finalmente pronunció en voz alta el nombre de su perro.

MammaM3.

3 Aquí termina el manuscrito original de Caleb Traskman. Tal y como se indicó en el prefacio, las siguientes páginas fueron escritas por su hijo.

Capítulo 78

Léane conducía hacia la última cita.

En el silencio opaco del interior de su coche, sin radio y con el móvil apagado, avanzaba sola; sola con su conciencia, sola con sus dudas, sola con su ira. Y su miedo. Porque tenía miedo, como era lógico. ¿Quién no sentiría miedo ante la idea de tener un cara a cara con el ser infame que se había ensañado con la sangre de su propia sangre? ¿Quién podría dirigirse al lugar donde se acababa trágicamente *El manuscrito* sin sentir miedo? ¿Por qué los personajes que habían enfrentado tormentas y mareas habrían de salir indemnes? No tenía sentido. Si sus libros solían terminar mal, era porque la vida era una zorra, ni más ni menos.

Recordaba haber recorrido esa misma carretera dos años antes, cuando su novela todavía no era más que un embrión en su mente. A ella, la escritora de éxito que se divertía asustando a sus lectores, le había tocado vivir un escenario mucho más retorcido y doloroso que en sus tramas más diabólicas. Esa noche, escribiría a mano alzada el epílogo de su propia historia. Y ese final no lo plasmaría en el papel.

Enseguida sintió la fuerza de la naturaleza soplando las últimas velas de la civilización. La oscuridad más absoluta la recibía con los brazos abiertos; las vastas tinieblas de los acantilados, el cielo manchado de nubes que anunciaban una tormenta; su existencia se reducía a dos huellas amarillentas sobre el asfalto. Tal vez Moriarty nunca llegaría, tal vez ese viaje solitario no fuera más que una etapa adicional en su sufrimiento, pero debía llegar hasta el final.

Étretat: esa ciudad que tanto apreciaba, con su playa de guijarros protegida como un tesoro por los colosos de piedra caliza, sus coquetas casas de pescadores y esas vistas que de día se abrían

hacia el infinito y ahora le tendían sus brazos inquietantes. En esa noche de invierno, una noche de diciembre en la que el viento cortaba las mejillas y agrietaba los labios, Étretat adquiría la apariencia aterradora de un trozo de roca negra arrancado de las entrañas del mismísimo infierno.

Léane llegó a la ciudad con dos horas de antelación, dejando la posibilidad de regresar rápidamente al vehículo desde la aguja. La prudencia era más necesaria que nunca. Deslizó una mano bajo el asiento, palpando a ciegas, se hizo con la linterna, y luego con la empuñadura rugosa de la SIG Sauer: era el arma de Giordano, encontrada en la mesilla de noche de Jullian, que ahora sostenía con la palma sudorosa de su mano. Era el arma numerada y registrada de un policía cuyo cadáver se desintegraba en las entrañas de un bosque.

Con el cuello del jersey subido y un gorro ajustado a la cabeza, Léane salió del coche de la manera más anónima posible; una silueta más entre muchas otras en un teatro de sombras chinas, con un decorado tan lúgubre como majestuoso. Allí, la gente se amaba y moría. Pintores y novelistas habían capturado cada matiz de gris, azul y rojo de aquel paisaje normando.

Corrió en dirección sur, pero no tomó la escalera que ascendía hacia la arista. Desde lo alto de la ciudad, se adentró en la vegetación y descendió por el campo de golf con la viveza cautelosa de una presa. El cielo estaba tan oscuro que no se veía a un metro de distancia, y el viento lo empujaba todo hacia los acantilados. Esperó, alerta. ¿Estaba Moriarty por allí también, acechando en algún lugar? Iluminó brevemente para integrarse lo mejor que pudo en la vegetación, cerca de la pasarela que se extendía hacia la famosa aguja. Su cuerpo se lanzaba, como movido por un último impulso, frágil, pero preparado para ese momento.

Con la intención de un final digno de ese nombre, la lluvia era obligatoria, por supuesto, y llegó sin previo aviso; unas gotas como clavos que perforaban la Costa de Alabastro con el estrépito de un astillero. Léane volvió a ser un feto, la cabeza metida en el pozo de calor formado por su cuerpo encogido sobre sí mismo, con los brazos abrazando sus espinillas. La humedad y el frío insidioso le

lamieron primero la nuca, luego la espalda y el vientre, antes de atacar los huesos. Resistió durante media hora, entumecida, con los labios azules como el fondo de una piscina, pero finalmente se refugió en un cobijo, más allá de la pasarela, en «la habitación de las hadas», esa boca tenebrosa que durante el día ofrecía una vista directa y clara de la aguja. Se quitó rápidamente el abrigo y los guantes, sopló sobre sus manos entumecidas y se frotó los hombros para reactivar la circulación. Pese a que evitaba la lluvia, el viento furioso se colaba como en un cuerno de niebla, azotaba, aullaba su lamento, ofreciéndole un anticipo de lo que podría ser el fin del mundo.

Fue en el momento en que alzó la mirada hacia el norte, a lo largo de la arista, cuando atisbó la pulsación. El círculo blanco de una linterna parecía balancearse sobre un mar enfurecido. Y se agrandaba cada vez más.

Moriarty estaba llegando.

Léane cogió el arma, quitó la seguridad y se pegó a la pared, a la izquierda de la cavidad. Le temblaba todo el cuerpo. Por fin. Allí estaba, en el fin de la tierra, de la historia, de su historia, sin esperanza de retorno y sin posibilidad de huida. Era ella o él, y era ahora o nunca.

En la roca justo detrás de ella, percibió los gritos de una colonia de aves marinas que anidaban; quizá fueran gaviotas. Contuvo la respiración cuando el cono de luz devoró la cueva. Los pasos resonaron sobre las últimas tablas crujientes y, lentamente, la sombra se alargó hasta alcanzar el fondo del espacio, escalándola como si intentara cobrar vida y envolver a Léane en una última danza macabra.

Entonces, el rostro apareció. Cuando lo descubrió, Léane sintió cómo le abandonaban sus últimas fuerzas.

—Jullian…

Su voz apenas era perceptible por el golpeteo de la lluvia. El hombre le quitó la pistola de las manos con delicadeza. Sabía que no le dispararía.

—Tu marido está muerto, Léane. Cayó de cabeza por una chimenea. Nos parecíamos mucho los dos, hasta tal punto que ni

siquiera tú notaste la diferencia. Me llamo David Jorlain. Soy su hermano gemelo.

Capítulo 79

Léane estaba atrapada en un torbellino de emociones tan violento como los vientos que azotaban la aguja. Todo se estrellaba en su cabeza, como si su cerebro fuera víctima de un cortocircuito. Por un momento, su mente le decía que Jullian no podía estar muerto, ya que él estaba allí, frente a ella.

Al siguiente instante, pensó que el hombre en la entrada de la cavidad era un desconocido que llevaba una máscara que imitaba el rostro de su marido. Y la voz de Jullian, o la del extraño, golpeaba sus sienes.

—Los gemelos tienen el mismo ADN, pero las huellas dactilares son diferentes. El parásito siempre ha estado en tu casa, y era yo. Siempre fueron mis huellas las que el pelirrojo encontró en los muebles y en los pomos de las puertas. Buscaba por todas partes a su dueño, cuando me tenía delante de sus narices…

Léane tuvo que sentarse, o de lo contrario acabaría por desplomarse. No supo cuánto tiempo pasó —unos agujeros negros la absorbían, durante los cuales dejaba de existir momentáneamente — antes de que se aferrara a la realidad: Jullian estaba muerto, y un hombre que se le parecía tantísimo había tomado su lugar.

Y la voz seguía zumbando:

—Se dice que los destinos de los gemelos están vinculados, hagan lo que hagan, vayan donde vayan. ¿Alguna vez has oído esas historias increíbles de hermanas o hermanos que terminan por encontrarse, décadas después de su separación, incluso viviendo a miles de kilómetros de distancia? Mi destino se cruzó con el de Jullian hace cuatro años. El azar decidió que el apartamento que alquilasteis en Annecy fuera mío. Dejo que te imagines mi sorpresa cuando vi mi propio rostro en las grabaciones de las cámaras

escondidas en cada habitación.

Léane alzó la mirada. La luz de la linterna cortaba el rostro del hombre en dos, sumergiendo una parte entera en la oscuridad.

—Un gemelo. Tenía un hermano gemelo. Y Jacques lo sabía. Con esa misma pistola apunté a mi padre cuando le dije quién era, en el coche, al borde de la bahía. No hizo falta mucho más para que empezara a beber y soltara toda la verdad sobre mi historia, sobre mis primeros días. Sabía que había nacido de un embarazo negado, una conversación que, lamentablemente, escuché en casa de mi familia adoptiva, pero no tenía todos los detalles…

Léane se sintió como absorbida por un abismo. Todo parecía disolverse a su alrededor: la roca húmeda, el puente a su izquierda, el rostro de Moriarty, una copia casi exacta de Jullian.

—Me contó que la puta de mi madre había deseado más que nada en el mundo quedarse embarazada; que querían tener hijos, que lo intentaban desde hacía años, pero no lo conseguían. Luego, un día, mi madre se dio cuenta de que estaba embarazada al consultar a un médico por casualidad. Ya tenía seis meses de embarazo, pero no había engordado ni un kilo. En lo más profundo de sí misma, ya no quería engendrar. No fue al ginecólogo y le ocultó su embarazo a todo el mundo. Hace más de cuarenta años, me expulsó sobre el suelo de su habitación, sola como una perra, y luego fue a deshacerse de mí entre la basura, a dos kilómetros de allí, abandonándome en el fondo de un contenedor…

Léane no lo asimilaba. Ese hombre había tomado el lugar de Jullian, había entrado en su casa y había tocado sus cosas. Había colonizado su vida, dormido en su cama, la había violado. Y había asesinado a Sarah.

—Estaba tumbada en la cocina cuando llegó mi padre unas horas más tarde. Le dolía el vientre y la sangre corría de entre sus piernas. Su calvario no había terminado, eso es lo más fuerte de todo: esperaba a otro hijo, un hermano gemelo, un puto gemelo que seguía bien escondido y calentito, ¡como si hubiera sentido lo que habría pasado de haber nacido primero!

Se golpeó la frente con la palma de la mano varias veces, como un desquiciado.

—¡Es aún mejor que en tus novelas, joder! Mi padre se la llevó corriendo al hospital. Parió en el coche, la muy perra, mientras gritaba que no quería al niño, que había que deshacerse de él en la basura, al igual que con el otro. ¡Mi padre podría haber ido a buscarme, intentar, no sé, ver si estaba vivo! Pero no lo hizo. Prefirió convencer a su puta mujer de no hablar nunca, jamás, de ese accidente descartado. Debían hacer como si yo nunca hubiera existido. Nací sin nombre, sin fecha de nacimiento, sin orígenes, en un montón de basura.

Le hizo oler su brazo.

—¡Huele! ¡Huéleme! Todavía rezuma en mi piel. Mi hermano… ¿Me permites que lo llame así? Mi hermano conoció un hogar. Quizá su madre nunca lo amó, pero mi padre sí. No hubo que empujarlo para que se ahogara cuando le revelé quién era y lo que había hecho con su querido hijo.

Léane no conseguía ni llorar, las lágrimas se le quedaban bloqueadas. Respiraba con fuerza, tratando de recobrar la calma. El hombre se sentó frente a ella, contra la pared opuesta.

—Tienes derecho a entenderlo todo, Léane. Te lo debo. Todas esas desapariciones, las chicas secuestradas… Solo era… el curso natural de las cosas. Seguramente formo parte de lo que tú llamas en tus libros «las escorias». Quizá debería haber muerto en aquel cubo de basura, quizá había una maldita razón divina que empujó a mi madre a tirarme. Pero sobreviví, Léane. Me aferré a la vida.

Léane sintió el mismo dolor que cuando desapareció Sarah. Se había abierto, se había entregado, había confiado sus pensamientos más íntimos a un hombre que solo tenía la apariencia de Jullian, un desconocido que se había escondido detrás de una máscara y se había refugiado tras el muro de la amnesia. Todo regresó a su mente en forma de destellos: la voz diferente, la sequedad de su cuerpo, el pelo corto, esa violencia repentina. ¿Cómo la podía haber engañado hasta tal punto?

—Al principio, solo puse las cámaras en mi apartamento de Annecy para poder observar a las familias en su intimidad: compartir sus risas, sus gritos, verlos hacer el amor… Alquilaba el apartamento durante las vacaciones y dormía en un pequeño hotel, no muy lejos.

Cuando ellos salían a pasear, iba a recoger las tarjetas de memoria y veía los vídeos por la noche en mi habitación…

Bajó la linterna. El viento danzaba entre el cabello de Léane. Iba recuperando la compostura y sus fuerzas, poco a poco. El dolor psicológico regresaría, pero más tarde, al igual que la marea.

—También frecuentaba clubes, bebía. Vivía de noche y quemaba mi vida con todo tipo de excesos… Algunos contactos que fui haciendo con el tiempo me permitieron entrar en el Torreón Negro. Quería ver a las perras sufrir, aullar bajo las quemaduras de las cuerdas y la cera de las velas.

Tenía los dedos encogidos, como las garras de un águila.

—También fue la época en la que volví a encontrarme con Jeanson, mi compañero de habitación en el internado, que lo estaba pasando muy mal, entre el paro y trabajos en negro en obras de la periferia de Lyon. Nunca había perdido el contacto con el tercero, Delpierre…

Giraba el arma frente a sus ojos; una mueca torcida en la comisura de los labios.

—Delpierre, que nunca se había recuperado de sus años en el internado… Delpierre, que había tenido algunos problemas con la justicia por acostarse con cadáveres. Su juventud había sido destrozada. Esos tipos aún llevaban el dolor en lo más profundo de su ser. Parecido a mí, pero por razones diferentes.

Léane recibía cada palabra como si fuera un corte con un bisturí.

—Empezamos a vernos regularmente, a beber juntos, a… hablar de unas cosas y otras… Nuestro trío se reformó, como en los viejos tiempos, como aquella mañana en que me ayudaron a cortar el sexo de su profesor de Educación Física.

—Estás loco. Ni siquiera es locura, es algo todavía más fuerte que eso…

—Al contrario, estoy muy lúcido. Gracias a Mistik pude ver hasta dónde eran capaces de llegar los hombres, en qué bestias feroces podían llegar a convertirse detrás de unas máscaras y cuánto estaban dispuestos a pagar para traspasar fronteras y destrozar a las mujeres… Yo quería que las destrozaran, Léane. Cada vez más. Y quería ser testigo de cómo lo hacían. Así que monté el sitio en la

darknet y utilicé a Mistik como reclutadora. El concepto para quienes querían probar la experiencia definitiva era sencillo: la promesa de tener a una chica durante unos días, para uno solo, en el anonimato más absoluto, y practicar sin restricciones, sin límites; hasta la muerte si así lo deseaban… Destruirían vidas por mí.

Léane sintió unos calambres en el estómago, pero ya no le quedaba nada para vomitar.

—Colgaba fotos y vídeos de la chica en cuestión en la *darknet*. Las escogía puras, jóvenes, todavía no mancilladas. Quien la quisiera tenía que ofrecerme la suma más alta, así de simple; como una puja. Era el Christie's de los desequilibrados. Y ya te adelanto que se me agolpaban en la puerta.

Léane se abalanzó sobre él, pero él fue más rápido: la empujó con violencia hacia un lado, por lo que Léane se golpeó el hombro con fuerza. Él le clavó el cañón de la pistola en la sien derecha y le retorció la piel. Léane gritó.

—¿Quieres morir ahora? ¿No te apetece saber cómo continúa la historia?

Se enderezó, jadeante, y le apuntó con el haz de la linterna directamente a la cara.

—En esa esquina, venga.

Léane obedeció mientras pensaba en una forma de salir de allí. Detrás, a través del agujero tallado en la roca, el vacío. Ninguna escapatoria.

—Había comprado una casa en ruinas cerca de Vienne, que fui restaurando en negro con el dinero de la red. David Jorlain quizá no había tenido un buen nacimiento, pero tenía recursos insospechados. Luego llegó lo que representa el punto culminante de mi existencia: vuestra estancia en Annecy…

Léane estaba recluida en un rincón de la cueva, pues él la había obligado a sentarse de nuevo.

—Vine a veros por primera vez hace un poco más de cuatro años, entré en vuestra villa con la llave que había moldeado. Vi la felicidad perfecta de mi hermano, su éxito, su hermosa familia. Era insoportable, no podía existir. Le pedí a Jeanson que se llevara a Sarah unos meses después; pretendía que fuese la cuarta «venta»,

y te aseguro que habría batido todos los récords. Su escena de masturbación en el apartamento era antología pura…

Léane debía soportar el daño que le hacían sus palabras y encontrar un modo de salvarse el pellejo. Porque, si moría, jamás podría hacer que pagara por todo lo que había hecho. No podía salirse con la suya.

—Mi historia tiene tela, ¿eh? Es un buen final para un libro, ¿no te parece? Pero espera, que aún no ha acabado. Finalmente, decidí quedarme con Sarah y encerrarla en mi casa. Quería recordar en todo momento lo que le había quitado a mi padre, a mi hermano e, indirectamente, a la zorra de mi madre. No todos los días fueron sencillos para tu hija, teniendo en cuenta que tenía que hacerle frente a un tío con el rostro de su padre, en eso estoy de acuerdo.

—¡Era una niña inocente!

—Precisamente por eso eran interesantes, ¿qué te crees? De todas formas, he de aclararte que Giordano jamás la tocó. Pero tampoco tenía las manos limpias, ni mucho menos. La tomó con otra, con la quinta, Pauline Perlot. Y llegó hasta el final con ella.

Jorlain se acuclilló delante de Léane y le enjugó las lágrimas.

—¡No me toques!

La estampó contra la pared; una mano en la garganta.

—Todavía tengo que contarte una cosa sobre ese puto gorro. Giordano habló justo antes de que le estrellara el cráneo contra la pared. Así…

Le golpeó la cabeza contra la piedra, con dulzura, y paró antes de enderezarse.

—Cuando se follaba a Pauline y cuando le quemó la piel y le perforó el vientre con un cuchillo durante una semana entera, pensaba en su hija. Ese chalado regresaba a menudo a Vercors con su hija; al lugar donde se gastaba la herencia familiar para revivir sus fantasías. Era Pauline la que llevaba el gorro, no tu hija. Probablemente se cayó en la autocaravana y Jeanson se lo puso a Pauline, pensando que era suyo. Lo cierto es que Giordano había conseguido recuperar el gorro y llevárselo como… recuerdo, como un trofeo.

—Debió de reconocerte en el fuerte. ¿Por qué no dijo nada?

—Porque nunca había visto mi cara. Todos los intercambios entre los «clientes» se hacían a través de la *darknet*. El anonimato y la flexibilidad eran las claves del sistema.

Desvió su atención brevemente hacia la roca, desde donde se oía a los pájaros cantando.

—A partir del episodio de Annecy, me puse como objetivo volver a cambiar de identidad: tomaría el lugar de tu marido. Lo asesinaría y me quedaría a tu lado, fingiendo amnesia. Después de todo, él ya había vivido suficiente por los dos, ¿no? Tenía derecho a comerme mi parte del pastel.

Un parásito, eso es lo que era: sin identidad ni raíces; un ser perdido y destinado a nutrirse y destruir, pero dotado de una inteligencia inimaginable. Se había metido en la piel de Jullian a la perfección, engañando incluso a Léane.

—Casi me puse manos a la obra cuando arrestaron a Jeanson, pero no estaba preparado, y Jeanson nunca cedió, más bien al contrario: montó un buen lío entre los polis. Pero, con su arresto, Delpierre y yo tuvimos que pararlo todo, pues era demasiado complicado seguir actuando. Seguí perfeccionando mi futura nueva vida. Fui a darme una vuelta por tu casa hace dos meses. Necesitaba el ADN de Jullian, ya que quería estar seguro de que teníamos el mismo perfil genético, por si acaso. Mandé todo eso a un laboratorio privado que me lo confirmó. Aproveché para llevarme tus novelas. Quería saber quién eras… Tomar el lugar de mi gemelo era imposible sin la agresión y la amnesia. Ay, la amnesia… Es muy útil, ¿verdad? Ya lo había hecho de niño. El problema es que físicamente era más fibroso que Jullian y tenía la voz un poco más aguda, además de que poseíamos algunas arrugas en sitios distintos… Por lo demás, éramos exactamente iguales.

Léane negó con la cabeza. Ojalá no se hubiera separado de Jullian… No tenía ni idea de cómo habían sido los últimos meses de vida de su marido, pues se había alejado de él y Jorlain había aprovechado la situación. Se dejó golpear con un bate de béisbol en la cabeza, sabiendo que podría haber muerto. Pero asumió el riesgo.

—Así que tú la mataste… Mataste a mi hija.

—No me quedó más remedio. Alquilé el chalé en La Chapelle-en-

Vercors, donde pasamos un par de días más, los dos juntos. Creo que no hace falta que te haga un croquis para que lo entiendas… Luego la dejé allí encerrada y le envié un mensaje urgente a Delpierre para que se encargara de terminar el trabajo. Yo ya había cogido un tren con destino a Berck. Había llegado la hora de hacer borrón y cuenta nueva, de despojarme del pasado y ponerme mis nuevos harapos: los de Jullian Morgan…

Léane debía reunir sus fuerzas, no para huir, sino para matarlo. No podía dejar esos acantilados, montarse en el coche y regresar a su casa.

—Cuando llegué a la estación, anduve unos seis kilómetros hasta la villa. Esa noche, Jullian había salido… Debía de estar torturando a Giordano, ¡qué ironías de la vida! Vi los faros de su coche, esperé a que saliera y lo ataqué por la espalda. Lo até de pies y manos y lo encerré en el cuatro por cuatro. Luego me puse en marcha de camino a Vienne. Evidentemente, no tenía ni idea de que llevaba el gorro de Sarah, que había encontrado en casa de Giordano, guardado en el abrigo, ni que iba a conseguir esconderlo en el compartimento de la rueda de repuesto y grabar ese puto mensaje en la chapa…

Negó con la cabeza.

—¡Deberías haberle visto la cara cuando abrí el maletero! Fue un momento tan… No sé cómo explicártelo.

—Eres un puto deshecho humano. Deberías haber muerto en el fondo de aquel contenedor.

El hombre se calló durante largo rato. Apagaba y encendía la linterna en cuanto oía un ruido, un crujido. En cada ocasión, a Léane le faltaba un segundo más de oscuridad para abalanzarse hacia él e intentar algo, lo que fuera. Pero él la dejó definitivamente encendida cuando retomó la palabra:

—Lo obligué a tragarse unos medicamentos… Y se lo expliqué todo, al igual que estoy haciendo contigo. Lloraba como un puto crío. Cuando perdió el conocimiento, intercambié los papeles, los teléfonos y las llaves. Me convertí en Jullian Morgan. Y lo tiré al fuego; no debía tener ni rostro ni huellas dactilares… David Jorlain estaba muerto.

Todo se invirtió en la cabeza de Léane. Jullian Morgan estaba muerto y David Jorlain vivo. Había destruido a su familia. Y bastaba un último disparo para que él borrara a los Morgan de la faz de la Tierra.

—Cuando regresé a La Inspiradora a la una de la madrugada, me topé con la sorpresa de tener que sortear la alarma; después organicé mi agresión esa misma noche, teniendo mucho cuidado antes de borrar las investigaciones de tu querido marido. ¿Sabes una cosa? Era muy bueno. Hacía falta tenerlos bien puestos para conseguir llegar hasta Giordano, luego hasta Mistik, y liarla como lo hizo. Tenías un marido estupendo.

Le lanzó unas fotos a la cara. Las del perro, las de los plataneros, las de las tortugas.

—El plan podría haber sido perfecto, Léane. Era impecable, incluso con toda la mierda que nos cayó encima. Una simple foto que miraba a escondidas bastaba para hacerte creer que tenía recuerdos antiguos de ese chucho más feo que una garrapata, o de las vacaciones juntos. No te haces una idea de lo difícil que era fingir una amnesia, pues no sabía nada sobre vuestra vida… Lo más duro fue contenerme para no estrangular a mi padre cuando se me plantó delante. Pero aguanté como un campeón porque sabía que al final pagaría caro. ¡Se sintió tan bien ver cómo se ahogaba!

Cogió el abrigo y se lo lanzó a la cara.

—Ponte esto.

Había llegado la hora. Léane no se movió. Él se acercó y le clavó el cañón de la pistola en el hombro; luego le giró la piel hasta que la hizo gritar.

—Venga, no me obligues a ser malo contigo. Ha llegado el momento, y lo sabes. Por eso estás aquí, ¿no?, para seguir el mismo destino que tu protagonista y terminar la historia con propiedad, para ponerle punto final al libro de tu vida.

Finalmente obedeció. Salir de allí y acercarse al precipicio. Tenía más opciones fuera que allí metidos.

—Puede que la Policía ya haya descubierto mi cuerpo, teniendo en cuenta la hora que es. Con las pistas que he ido dejando, ya han debido de llegar hasta mi casa y entender que David Jorlain,

Moriarty y el pequeño Luc Thomas ya están muertos los tres. Pronto cerrarán la investigación.

Se deslizó por detrás de ella, apuntándola con el arma. Léane permaneció recta, fuerte. Vivir o morir, ya poco importaba. A diferencia de él, ya no le quedaba nada que perder.

—No habría venido hasta aquí si hubiera albergado la esperanza de que pudiéramos salir de esta los dos juntos. Pero…, joder, no me dejaste elección cuando me enseñaste la foto de la bahía y te vi marcharte anoche con la maleta. Estos últimos días empezaste a tener dudas demasiado serias. Eres demasiado frágil; habrías acabado por ceder y contárselo todo al pelirrojo, ese madero que sería capaz de matar a su padre y a su madre con tal de estar contigo. Es una pena.

—¿Qué vas a hacer? ¿Pegarme un tiro en la cabeza?

—¿Con el arma de un poli que he enterrado con mis propias manos? Demasiado arriesgado. No, te vas a suicidar. Elegiste el lugar del final de tu última novela para morir, porque ya no soportabas todo lo que estaba pasando a tu alrededor: la muerte de Sarah, de mi padre, mi amnesia… La Policía verá en las cámaras de los peajes que estabas sola, no dudarán ni un segundo de las circunstancias de tu muerte. Yo seguiré con mi papel, volveré a casa y todo lo demás. Construiré una nueva vida, la que se me negó, la que debería haber sido mía.

La empujó con brusquedad hacia la pasarela. Léane volvió a enfrentarse a las ráfagas de viento y a la lluvia que cayó por su rostro para diluir sus lágrimas. Entre las tablas bajo sus pies, pese a la oscuridad y la vegetación, sentía la furia del mar, el rugido áspero de las olas erguidas para engullirlo todo, las corrientes desatadas que jugarían con su cuerpo, lo harían girar, lo arrastrarían hasta estrellarlo contra las rocas, como a una bolita de poliestireno. En ese momento, llegó a la conclusión de que la historia no podía acabar así; que sin duda ella iba a morir, sí, pero él no podía seguir viviendo, engañando a todos, usurpando la vida de otro con tanta violencia.

Se detuvo y se dio la vuelta.

—A ver si lo he entendido bien. Para que tu plan funcione… no me

puedes disparar.

Entonces, dio un salto y se abalanzó sobre él; las uñas clavadas como garras en sus mejillas. La sorpresa del ataque hizo que una bala saliera disparada hacia el cielo, seguida del arma en sí misma: una parábola de acero perdida en el vacío. Los pájaros anidados en las paredes rocosas salieron volando en bandadas, gritando. Las dos siluetas chocaron contra la barandilla; todo a su alrededor rugía: el viento en la cavidad, la madera, el cielo, el llamado del mar. Desde lejos, uno podría haber llegado a pensar que estaba presenciando el violento *ballet* de dos bailarines rápidos y funestos, como en una película muda. Cuando uno se inclinaba, el otro le daba la vuelta, y uno u otro tomaba cierta ventaja, y todo comenzaba de nuevo; una especie de lucha épica, con fuerza, con valentía, hasta el agotamiento. Incluso participaba el instinto, como el de un león contra un leopardo; el instinto capaz de multiplicar el deseo de vivir para sobrevivir; hasta que, finalmente, uno de los dos combatientes se precipitó por encima de la barandilla, rodó por la empinada pendiente de vegetación y fue pulverizado en el vacío; una estela blanca y tan fugaz como una estrella.

Y eso fue todo. Los pájaros volvieron a aparecer y el superviviente se tomó su tiempo para recuperar el aliento en la pasarela: las manos sobre la barandilla, la cabeza gacha, los hombros sacudidos por la violencia de su respiración, el pecho subiendo y bajando con fuerza.

Luego, el vencedor retomó el camino hacia tierra firme y se perdió en la distancia.

En silencio, las estrellas auguraron noches eternas.